

CONAN DOYLE

MIGUEL

CLARKE

2

1

73468



1

73.468





A. CONAN DOYLE

MIGUEL CLARKE

(TOMO II)



Casa editorial Sopena, Provenza, 93, 95 y 97.—BARCELONA

Biblioteca Nacional de España

MIGUEL CLARKE

TOMO II

41745

A. CONAN DOYLE

MIGUEL CLARKE

TRADUCCIÓN DE J. MATEOS

TOMO II



BARCELONA

CASA EDITORIAL SOPENA

PROVENZA, 93, 95 Y 97

Derechos reservados.

R. Sopena, impresor-editor, Provenza, 93, 95 y 97.—Barcelona

INDICE

	<u>Págs.</u>
I.—De cómo medí mi pulso con el brandeburgués.	7
II.—De las noticias recibidas de Havant. . .	31
III.—De la celada en que caí en el camino de Weston.	44
IV.—De la acogida que encontré en Badminton. .	69
V.—De las extrañas aventuras que me ocurrieron en el calabozo de Boteler.	94
VI.—De la gresca que se armó en el Consejo. . .	115
VII.—Del incidente que nos ocurrió cerca del puente de Keynsham.	123
VIII.—De la pelea en la catedral de Wells. . . .	140
IX.—Del grito de angustia que salió de la casa solitaria.	155
X.—Del espadachín de chaqueta parda.	165
XI.—De la niña de los marjales y de la burbuja que salió del pantano.	183
XII.—Del combate de Sedgemoor.	206
XIII.—De la peligrosa aventura que me sucedió en el molino.	245
XIV.—De la llegada de Salomón Sprent.	264
XV.—Del diablo de toga y peluca.	280
XVI.—Del fin y remate de todo ello.	314
APÉNDICE.	323

MIGUEL CLARKE

I

DE CÓMO MEDÍ MI PULSO CON EL BRANDEBURGUÉS

El rey Monmouth había convocado un Consejo para aquella noche é invitó á él á Décimus Saxon. Yo le acompañé llevándome el pequeño paquete que sir Jacobo Clancings me había dado á guardar. A nuestra llegada al castillo, echamos de ver que el monarca no había salido aún de su cámara ; pero se nos introdujo en el gran salón de espera, que era una magnífica pieza con rasgados y altos ventanales y un rico artesonado de maderas finas. En el festero se había colocado el escudo real sin la siniestra barra que en otro tiempo había usado Monmouth. Aquí se habían reunido los principales jefes del ejército con muchos oficiales, funcionarios de la ciudad y otros que deseaban presentar algunas peticiones. Lord Grey de Wark permanecía silencioso junto á la ventana, contemplando el paisaje con rostro sombrío. Wade y Holmes conversaban en voz baja en un rincón moviendo la cabeza con aire desesperanzado. Ferguson paseaba, de un lado á otro, á grandes zancadas; con su peluca descompuesta, canturreando plegarias y exhortaciones con acento marcadamente escocés. Algunos de los que estaban vestidos con mayor elegancia se colocaron alrededor de la apagada

chimenea y escuchaban el relato de cierto sujeto que profería al hablar repetidos juramentos y arrancaba frecuentes carcajadas á los que le escuchaban. En otro rincón se había formado un numeroso grupo de fanáticos que usaban togas negras ó bermejas con anchas bandas blancas y largas capas y escuchaban atentamente á algún predicador de nota, que ocupaba el centro del corro ó discutían en tono moderado cuestiones de filosofía calvinista relacionadas con la política.

Unos cuantos jefes militares, de aspecto llano y sencillo que no eran sectarios ni cortesanos vagaban de un sitio á otro, ó bien se asomaban á las ventanas y esparcían la vista por el bullicioso campamento, establecido en la pradera del castillo. Saxon me condujo á donde estaba uno de esos militares, notable por su elevada estatura y robustos hombros, y tocándole en la manga, le tendió la mano como á un viejo amigo.

—*Mein Gott!* (¡ Santo Dios !) (1)—exclamó el soldado alemán aventurero, porque era el mismo que mi compañero me había indicado por la mañana,—apenas tenía certeza de que fueras tú, Saxon, cuando te vi junto á la puerta de la ciudad, porque estás mucho más delgado que en otro tiempo. Cómo un hombre pueda echarse al colete tanta cantidad de cerveza bávara como la que tú has envasado, y á pesar de todo no criar más carnes es cosa que no puedo comprender. Y ¿qué tal lo has pasado?

—Como antaño—dijo Saxon.—Más golpes que *thalhers*, y más necesidad de un cirujano que de una caja de caudales. ¿Cuándo nos vimos la última vez, amigo? ¿No fué en el ataque de Nuremberg, en que tú mandabas el ala izquierda de la caballería pesada y yo la derecha?

—No, hombre—respondió Buyse.—Posterior-

(1) Literalmente: ¡Dios mío!

mente nos hemos encontrado en nuestras aventuras guerreras. ¿Es posible que te hayas olvidado de la refriega que tuvimos en las riberas del Rhin cuando me disparaste aquel tiro á quemar ropa? ¡Ira de Dios! Si no es porque en aquel momento un canalla me mató el magnífico alazán que montaba, te hubiera barrido de un tajo la cabeza, con la misma facilidad que la hoz del segador troncha los tallos de las espigas.

—Tienes razón—repuso nuestro coronel con acento reposado,—ya no lo recordaba. Tú caíste prisionero, si la memoria no me es infiel, pero poco después dejaste por muerto al centinela dándole un golpe en la cabeza con los mismos grillos que te sujetaban, y atravesaste á nado el Rhin bajo el fuego de un regimiento. Sin embargo, creo que te ofrecimos iguales condiciones que á los demás, si querías quedarte con nosotros.

—Se me hizo, á la verdad, cierta oferta indecorosa—repuso el alemán en tono serio.—Y entonces respondí que, aunque había vendido mi espada, por nada del mundo quería vender mi honor. Porque conviene que un soldado aventurero sepa demostrar, cuando llega el caso, la firmeza y la... ¿cómo la llamas?... la inviolabilidad de sus compromisos, hasta tanto que haya terminado la guerra... Después, déjesele cambiar de habilitado si lo cree conveniente. *Warum nicht?* (¿Por qué no?)

—Muy cierto, amigo mío, muy cierto—replicó Saxon.—Esos desarrapados italianos y pordioseros suizos han convertido en un tráfico indecente el servicio militar de los mercenarios, y se venden en cuerpo y alma á la bolsa más espléndida con tanta facilidad, que necesitamos nosotros portarnos con delicadeza en cuestiones de honor. Pero ¿conservas todavía en el puño aquel brío que te dió el campeonato en todo el Palatinado por tus irresistibles apretones de manos? Pues aquí tienes á mi capitán, Miguel

Clarke, guapo mozo, á quien querría que demostraras la calurosa efusión con que un alemán del Norte sabe estrechar la mano de un amigo.

El brandeburgués sonrió ligeramente dejando ver su blanca dentadura, mientras me tendía su ancha y morena diestra. Tan luego como hizo presa en la mía la dobló repentinamente con toda su fuerza estrujándome los dedos hasta que la sangre se agolpó en los pulpejos, dejándome la mano rendida y poco menos que inútil.

—¡Rayos y truenos!—exclamó, riéndose, con toda su alma, al observar la cara de sorpresa y dolor que debí poner.—Es un juego prusiano un poco fuerte; y parece que no les sienta bien á los jóvenes de Inglaterra.

—Os aseguro, señor—repuse,—que me ensayo por primera vez en este pasatiempo; y por cierto me gustaría ejercitarme en él bajo la dirección de un maestro tan competente.

—¡Ah! ¿De modo que queréis repetir la suerte?—preguntó.—Yo creía que vuestros dedos habrían quedado un tanto doloridos. Por mi parte no he de rehusaros la petición, aunque temo que la experiencia os reste el brío, necesario para apretar la empuñadura de la espada.

Mientras esto decía, me alargó nuevamente su mano, y entonces yo la así firmemente, procurando mantener el codo á conveniente altura para echar toda mi fuerza sobre él. Su artificio consistía, según observé, en dominar la diestra del adversario mediante un gran esfuerzo hecho al principio, y eso es lo que yo evité poniendo en juego todo el brío y resistencia de mi brazo. Por espacio de un minuto ó algo más, permanecimos inmóviles, contemplándonos el uno al otro; pero no mucho después observé que brotaban de su frente unas ligeras gotas de sudor, y por ellas conocí que mi contendiente estaba vencido. Poco á poco aflojó la presión con que apretaba mi mano,

debilitándose la suya cada vez más, hasta que se vió forzado á pedir con voz áspera y temblorosa la terminación del pugilato reconociendo mi superioridad.

—¡ Voto á cien mil demonios! — exclamó sacudiendo la sangre que le brotaba de debajo de las uñas, — tanto me hubiera valido meter la mano en un laminador. Vos sois el primero de los que hasta ahora midieron el pulso con Antonio Buyse.

—En Inglaterra se cría nervio de tan buena calidad como el de Brandeburgo—dijo Saxon riéndose á carcajadas de la derrota del soldado alemán.—¡ Vaya! Yo he visto á este jóven tomar á todo un sargento de dragones, que era un hombrón, y echarlo en un carro como si se tratara de un costal de paja.

—El muchacho es fuerte—refunfuñó Buyse, retorciéndose todavía la mano,—fuerte como el célebre Götz de Berlichingen, el del férreo puño. Pero ¿para qué sirve la fuerza sola cuando se necesita manejar un arma? Lo que principalmente importa no es la fuerza del golpe, sino la forma en que se le descarga. Vuestra espada, señor capitán, pesa mucho más que la mía, á juzgar por lo que veo; y sin embargo, mi hoja penetraría mucho más causando una herida de mayor peligro. ¿No es verdad que ese deporte corresponde mejor á lo que piden las necesidades de la guerra que la chiquillada de pulsar y otras cosas análogas?

—Mi subordinado es un joven modesto—dijo Saxon.—Pero querría veros contender con él probando la fuerza de un fendiente.

—Y ¿cuánto vamos á apostar?—gruñó el alemán.

—Todo el vino que podamos beber de una sentada.

—Pues en todo caso, señalemos una cantidad respetable—dijo Buyse;—por lo menos un par de galones. Conforme con lo dicho. ¿Aceptáis, capitán?

—Haré lo que pueda—respondí,—aunque difícil-

mente podré descargar un golpe tan fuerte como el de un soldado veterano y experto.

—¡Ea, joven! Dejémosos de cumplimientos—exclamó Buyse con cierta acrimonia.—Con esas blandas palabras me habéis estrujado los dedos... Bien, aquí está mi casco de acero de prueba; como veis tiene algunas melladuras procedentes de los golpes recibidos, y una más no ha de hacerle perder su valor. Aquí le pongo sobre este banquillo de roble que tiene altura suficiente para descargar sobre él un mandoble con toda comodidad. ¡Hala con él, joven! y veamos si podemos hacerle una señal nueva más profunda que las que ya tiene.

—Comenzad vos—dije,—puesto que de vos ha partido el desaffo.

—De manera que necesito echar á perder mi propio casco, para afianzar mi buen nombre de guerrero—gruñó.—Bien, bien; ya ha resistido en otras ocasiones uno ó dos tajos.

Desenvainó su chafarote, y después de mandar retirarse á los curiosos, reunidos en nuestro alrededor, blandió su espadón con tremenda fuerza alrededor de la cabeza y le dejó caer sobre la bruñida superficie del capacete con un tajo de través limpio y vigoroso. El casco saltó en el aire á gran altura y cayó luego sobre el entarimado de roble, dejando ver una hendidura larga y profunda abierta en el metal.

—¡Bravo golpe! ¡Soberbio tajo!—exclamaron los espectadores.—Se conoce que es acero de prueba de triple hoja martillada, y garantido para resistir la hoja más cortante—observó uno, levantando el casco para examinarlo, y volviéndole á poner sobre el banquillo.

—He visto á mi padre cortar piezas de acero de prueba con esta misma espada—dije desenvainando mi arma que tenía una antigüedad de medio siglo.—Aunque es verdad que él descargaba el golpe con mayor fuerza que vos. Le he oído decir que un buen

mandoble debe arrancar de la espalda y de los riñones, más bien que de los músculos del brazo.

—Aquí no necesitamos lecciones, sino un *beis-peil* (1), digo, un ejemplo—replicó el alemán.—Lo que nos importa es vuestro golpe y no las instrucciones de vuestro padre.

—Mi golpe—dije yo,—estará en conformidad con esas enseñanzas—y blandiendo á mi vez la espada dándole algunas vueltas, la descargué con toda mi fuerza y poder sobre el yelmo del alemán. La antigua y bien probada hoja de la época de la República, penetró en la plancha de acero y después de cortarla en todo su espesor, hendió en dos partes el banquillo y sepultó su punta á dos pulgadas de profundidad en el roble del entarimado.—Este es un juego que requiere cierta maña—añadí,—y lo he practicado en casa en ciertas tardes de invierno.

—Pero no me agradaría que lo ensayarais en mi persona—dijo lord Grey, en medio de un murmullo general de aplauso y admiración.—¡Pardiez, muchacho! ¡Lástima que no te hubiera tocado vivir dos siglos antes! ¿Quién sabe adónde hubieras llegado con esos bríos, antes que la invención de la pólvora pusiera á todos los hombres al mismo nivel?

—*Wunderbar!* (¡Admirable!)—refunfuñó Buyse,—*Wunderbar!* He perdido el primer puesto, capitán, y os cedo de buen grado la palma de la fuerza. Ha sido un golpe de primera. Me cuesta un par de barriles de vino de Canarias y un excelente yelmo antiguo; pero no me quejo, porque se ha hecho como Dios manda. Le doy sinceras gracias porque no estaba dentro de él mi cabeza. En otras ocasiones Saxon solía mostrarnos algunas habilidades de su cosecha, si bien no es hombre de corpulencia bastante para descargar golpes tan terribles como el último.

(1) Palabra alemana que significa lo que Buyse indica á continuación.

—Mi ojo sigue siendo certero y mi mano firme, aunque tal vez hayan perdido algo por la falta de uso—dijo Saxon, complaciéndose en que se le ofreciera ocasión de atraer sobre sí las miradas de los jefes.—Con sable, espada y daga, espada y rodela, simple cimitarra y juego de cimitarras, desafío todavía á cualquier adversario, exceptuando únicamente á mi hermano Quartus, que maneja todas las armas blancas tan bien como yo, pero con la ventaja de alcanzar media pulgada más.

—En mis tiempos estudié esgrima con el *signor* Contarini de París,—dijo lord Grey.—¿Con quién la aprendisteis vos?

—Con el *signor* Severo Aprieto de la Necesidad, gran profesor europeo —respondió Saxon.— Llevo cincuenta y tres años defendiendo mi vida diariamente con esta lámina de acero. Voy á mostraros un pequeño juego que supone alguna finura de vista, y consiste en arrojar al techo esta sortija y recogerla en la punta de mi espadín. A primera vista, quizá parezca sencillo, pero sólo puede ejecutarse con perfección después de alguna práctica.

—¿Sencillo decís? —exclamó Wade el abogado, que era un hombre de rostro franco y mirada audaz.—Pues yo creo que no siendo esa sortija de mucho mayor diámetro que el grueso de vuestro dedo, podrá tomársela en el aire alguna vez por casualidad; pero la suerte no deberá repetirse mucho sin riesgo de salir chasqueado.

—Apostaré una guinea á que la ensarto en mi espada—dijo Saxon; y lanzando al aire el menudo anillo de oro blandió el espadín y tiró una estocada. La sortija resbaló á lo largo de la hoja de acero y chocó contra la cruz de la empuñadura. Con un rápido movimiento de la muñeca la disparó nuevamente al techo, donde tropezó en uno de los adornos del mismo, mudando de dirección; pero Saxon avanzó rápidamente hacia ella, y en el momento de caer,

la recibió en la punta de su espada.—Seguramente habrá aquí algún caballero, que ejecute la misma suerte con tanta limpieza como yo—dijo mientras volvía á colocarse en el dedo la sortija.

—Me parece, coronel, que podría yo arriesgarme á ensayar ese juego—dijo una voz; y al volver la cabeza vimos que Monmouth había entrado en la sala y permanecía tranquilamente cerca del corro, sin que nosotros hubiéramos advertido su presencia, entretenidos como estábamos en mostrar nuestras habilidades.—Quietos, quietos, caballeros—continuó diciendo afablemente, al observar que nos descubríamos é inclinábamos un tanto avergonzados;—¿qué ocupación mejor podrían tener mis leales amigos que ejercitarse en la esgrima? Dadme vuestro espadín, coronel.

Sacó del dedo una sortija de diamantes, y después de lanzarla á lo alto, la traspasó con la misma destreza y seguridad que Saxon.

—He practicado este ejercicio en La Haya, donde, por cierto, tenía muchas horas que dedicar á semejantes niñerías. Pero ¿qué significan estos trozos de acero y las astillas que veo esparcidas sobre el piso?

—Un hijo d' Anak ha aparecido entre nosotros—dijo Ferguson, volviendo su rostro hacia mí, y pronunciando con exagerado acento escocés.—Un verdadero Guliath de Gath qu' ha descargado un porrazo capaz e partir una columna. ¿No es verdad que tieni cara e niñu y fuerzas d' un *behemoth*, como se llama la bestia descrita en el libro de Job? (1).

—Ciertamente que éste es un tajo extraordinario—observó el rey Monmouth, recogiendo la mitad del banquillo.—¿Cómo se llama el autor de la hazaña?

(1) En el dialecto usado por este personaje predominan los sonidos de la *i* y *u* en una forma análoga á la indicada en el texto castellano.

—Es mi capitán, Majestad — respondió Saxon, envainando el espadín que el rey le había alargado ; —Miguel Clarke, natural de Hampshire.

—En esa región hay gente fornida y briosa— dijo Monmouth ;—¿pero á qué habéis venido aquí, señor? He convocado esta junta sólo para que en ella tengan parte el personal de mi servicio y los coroneles de los regimientos. Si hubiéramos de admitir en nuestros Consejos á todos los capitanes, tendríamos que celebrar las reuniones en la pradera del castillo, porque aquí no habría sala bastante capaz para todos nosotros.

—Me he atrevido á venir, señor—repliqué,—porque, durante mi viaje, se me confió un encargo consistente en entregaros este pequeño paquete ; y he creído que no debía diferir el cumplimiento de mi cometido.

—¿Qué es ello?—preguntó Monmouth.

—No lo sé—respondí.

El doctor Ferguson murmuró algunas palabras al oído del rey ; y éste se echó á reir y alargó la mano para tomar el paquete.

—¡Bah ! ¡Bah !—dijo Monmouth.—Han pasado ya, doctor, los tiempos de los Borgias y los Médicis. Además, el joven no es ningún conspirador italiano, y sus honrados ojos azules y pelo rubio constituyen un buen certificado natural respecto de su carácter. Esto pesa un poco... parece un lingote de plomo. Dadme vuestra daga, coronel Holmes. Está atado con un bramante. ¡Calle ! Es una barra de oro... oro sólido y puro... ¡verdaderamente admirable ! Encargaos de ello, Wade, y procurad que vaya á aumentar el fondo común. Esa pieccita del precioso metal puede suministrarnos diez piqueros. ¿Qué tenemos aquí? Una carta y un sobre. «Para Jacobo, duque de Monmouth...» ¡hum ! está escrita antes que tomáramos nuestro real título. «Sir Jacobo Clancings, oriundo de Snellaby Hall, envía un respetuoso salu-

do junto con un pequeño obsequio en testimonio de adhesión. Proseguid la buena obra comenzada hasta llevarla á cumplido término. Otros cien lingotes más os esperan, cuando hayáis cruzado la Llanura de Salisbury.» ¡Excelente promesa, sir Jacobo! Yo hubiera deseado que la hubierais cumplido desde luego. Bien, caballeros, ya veis cómo de todas partes nos llegan socorros y frases afectuosas. ¿No estaremos en vísperas de iniciar una serie interminable de triunfos? ¿Podrá sostenerse el usurpador por mucho tiempo? ¿No le abandonarán sus defensores? Dentro de un mes ó menos he de veros reunidos á todos en Westminster; y entonces nada consideraré tan grato como saber que todos, desde el más alto al más bajo habéis recibido la recompensa debida á vuestra lealtad en la hora de angustia y de peligro.

Del grupo de los cortesanos salió un murmullo de agradecimiento por aquellas generosas palabras; pero el alemán tiró de la manga á Saxon mientras le decía en voz baja:

—Le abrasa la fiebre; mas dentro de poco le verás tiritar.

—Aquí se me han unido mil quinientos hombres, cuando sólo esperaba un millar escaso—continuó el rey.—Si sentíamos grandes esperanzas, al desembarcar en Lyme Cobb con solos ochenta hombres, ¿no hemos de tenerlas ahora que estamos en la ciudad principal de Somerset con ocho mil valientes á mi alrededor? Esto ya es muy distinto de lo de Axminster, y el poder de mi tío se vendrá abajo como un castillo de naipes. Pero sentaos á la mesa, caballeros, y discutiremos los asuntos en debida forma.

—Veo ahí un trozo de papel que no habéis leído, señor—dijo á Wade mientras recogía la hoja que había venido incluida en el billete.—Son unos versos ó quizá la leyenda de una sortija—dijo Monmouth,

echando una ojeada al escrito.—¿Qué vamos á hacer de esto?

Quando tu estrella esté en trino,
Entre eclipsarse y lucir,
¡Oh, Monmouth, Monmouth,
Guárdate mucho del Rhin!

¡Tu estrella en trino! ¿Qué estúpida jerigonza es ésta?

—Con permiso de Vuestra Majestad—dije,—tengo motivos para creer que la persona que os envía este mensaje es uno de los hombres más peritos en las artes de la adivinación, y que pretenden predecir la suerte de los hombres por el movimiento de los cuerpos celestes.

—Este caballero tiene razón, señor—observó lord Grey.—La frase «tu estrella en trino» es un término astrológico, que significa : cuando el planeta que presidió á vuestro nacimiento, esté en cierta región del cielo ; y el verso tiene todo el corte de una profecía. Dícese que antiguamente los caldeos y egipcios habían adquirido gran habilidad en el arte mencionado ; pero confieso que no fío mucho de los profetas de época reciente, y menos de alguno que se ocupa en contestar á las necias preguntas de las amas de llaves.

Por Vénus y la luna les declara
Quién se llevó el dedal y la cuchara,

murmuró Sansón, citando su poema favorito.

—¡Hola! Aquí parece que nuestros coroneles se hacen eco del comentario que os ha merecido el verso del adivino—dijo el rey riéndose.—Tendremos que dejar la espada y tomar el arpa, como lo hizo Alfredo en estas mismas regiones. O bien me convertiré en un rey de bardos y trovadores, á ejemplo del buen René de Provenza. Pero, caballeros, si los tales versos fueran de hecho una profecía, me parece que no son adversos para nuestra empresa sus presagios. Sin

duda se me advierte que me prevenga contra el Rhin ; pero no hay probabilidades de que hayamos de pelear en aquellas riberas.

—¡ Tanto peor !—murmuró el alemán entre dientes.

—Podemos pues dar las gracias á sir Jacobo y á su gigante mensajero, tanto por el vaticinio como por el oro que nos regala. Mas aquí viene el digno alcalde de Taunton, que es el más anciano de nuestros consiliarios y el más joven de nuestros caballeros. Capitán Clarke, deseo que permanezcáis de guardia á esa puerta para prevenir cualquier intrusión. Tengo la confianza plena de que guardaréis secreto sobre lo que aquí se trate.

Hice una inclinación y ocupé mi puesto, conforme se me ordenaba, mientras los consejeros y jefes se reunían alrededor de la gran mesa de roble que ocupaba la parte central del salón. La suave luz del crepúsculo penetraba por las tres ventanas de Occidente y el lejano murmullo de los soldados que acampaban en la pradera del castillo sonaba como el zumbido adormecedor de un enjambre de insectos. Monmouth se puso á pasear con aire precipitado é incierto de un extremo á otro de la pieza hasta que todos estuvieron sentados, y entonces, se volvió hacia ellos y les habló así :

—Sin duda habréis supuesto, caballeros, que os he convocado hoy para oír vuestros consejos sobre los pasos que conviene dar. Hemos avanzado al presente unas cuarenta millas por el interior de nuestro reino, y en todas partes se nos ha otorgado la favorable acogida que esperábamos. Muy cerca de unos ocho mil hombres siguen nuestras banderas, habiendo tenido que retirarse otros tantos por la falta de armas. Dos veces hemos encontrado al enemigo, logrando proveernos de armamento á sus expensas. Desde el principio al fin todo nos ha salido favorablemente, y tenemos motivos para esperar que nues-

tros resultados sean más satisfactorios aún en lo futuro. Para conseguirlo os he reunido en este lugar, ahora os pido que me deis vuestro parecer sobre la situación presente, retirándoos luego que haya oído vuestras opiniones, á fin de que pueda yo formar mi plan. Entre vosotros hay estadistas y militares, no faltando tampoco sujetos de piedad que acaso puedan suministrarnos luz en puntos donde no lo hagan los hombres de guerra y de gobierno. Hablad, pues, sin reserva de ningún género, y manifestadme lo que pensáis.

Desde el sitio que yo ocupaba junto á la puerta, podía distinguir las filas de rostros que aparecían á ambos lados de la mesa : graves puritanos enteramente rasurados, militares de color moreno y cortesanos de blancos mostachos y pelucas. Mis ojos se posaron especialmente en las escorbúticas facciones de Ferguson, en el anguloso y aquilino perfil de Saxon, en el abultado semblante del alemán y en el continente meditabundo y enclenque de lord Wark.

—Si ningún otro de los presentes quiere dar su opinión—comenzó á decir el fanático doctor,—no por eso dejaré yo e manifestar lo que siento interiormente. Porque, ¿no es verdad que vengo trabajando con todas mis fuerzas á favor de la buena causa, sacrificándome por ella y soportando grandes sufrimientos y vejaciones procedentes de enemigos perversos, los cuales han puesto á prueba mi virtud? ¿Acaso no he sido triturado como en prensa e lagar y arrojado al arroyo entre burlas y escarnios?

—Nos son bien conocidos vuestros méritos y penalidades, doctor—dijo el rey.—La cuestión que hemos de ventilar se refiere á la manera de portarnos en lo futuro.

—¿Quién no ha oído la voz que s' ha levantado en el Esti?—continuó el empedernido *whig*.—¿Por ventura no ha resonado como un gran grito e protesta y recriminación, lanzado contra un Pactu rotu

y una generación delincuente? ¿De onde vinu ese gritu? ¿Quién articuló esa voz? ¿No ha sido Roberto Ferguson, que s' ha levantadu contra los grandes de la tierra, sin qu' haya nada ni nadie capaz de hacerli callar?

—Sí, sí, doctor—dijo Monmouth con impaciencia.—Ceños á la cuestión principal, ó dejad que hable otro.

—Voy á explicarmi con toda claridad, señor. ¿No hemos oídu qu' Argyle ha sido copadu? ¿Y por qu' ha sido copadu? Porque no tenía la debida fe en las obras del Altísimo y porque se empeñó en rechazar la ayuda e los hijus de la luz, favoreciendu así á los despreciables partidarios del prelatismu, que son medio paganus, medio papistas. Si hubiera caminadu por las sendas del Señor no estaría ahora en las mazmorras de Edimburgo sin otra perspectiva que la del tajo y el hacha. ¿Por qué no ciñó sus lomos y marchó en busca el enemigo, desplegando la bandera e la luz, en lugar d' entretenerse aquí y d' aguardar allá, á manera d' un Dídimo irresolutu y vacilanti? Pues otro tantu ó algo parecidu nos sobrevendrá si no marchamos tierra aentro y plantamos nuestra enseña en la perversa ciudá e Londres; la ciudá en que se dejará sentir la mano el Señor, y cuya cizaña está á puntu de ser separada del trigu y puesta en hacis para el fuego.

—En resumen—dijo Monmouth :—que á vuestro juicio debemos avanzar.

—Sí, debemos seguir adelante, señor, y prepararnos para ser vasos de gracia absteniéndonos de infamar la causa del Evangelio usando la librea el diablu (y al decir esto, sus ojos se fijaron en el traje elegante de un caballero, sentado al otro lado de la mesa) y guardándonos también de los juegos de naipes, de las canciones profanas y de los juramentus y por miembros de esti ijércitu, con gravi iscándalo del pueblu e Dios.

Un murmullo de asentimiento y aprobación salió del grupo puritano del Consejo al oír aquellas palabras, mientras los cortesanos se miraban mutuamente y fruncían los labios con expresión de burla. Monmouth dió dos ó tres vueltas y luego pidió otra opinión.

—Vos, lord Grey—dijo,—sois soldado y hombre de experiencia. Decidnos cuál es vuestro pensamiento. ¿Deberemos hacer alto aquí ó avanzar hacia Londres?

—Avanzar hacia el Este nos sería fatal, en mi humilde sentir—respondió Grey, hablando lentamente á la manera del hombre que ha pensado por largo tiempo lo que dice.—Jacobó Estuardo cuenta con numerosa caballería y nosotros carecemos de tal arma. Podremos sostenernos en terreno fragoso ó quebrado; pero ¿qué probabilidades de vencer tendríamos en medio de la llanura de Salisbury? Cuando los dragones nos rodearan, vendríamos á ser como un rebaño de ovejas entre una manada de lobos. Fuera de esto, cada paso que demos hacia Londres nos aleja del terreno donde se nos ofrecen las principales ventajas y de la fértil región que suministra los víveres; y al mismo tiempo nuestro enemigo cobra nueva fuerza al acortarse la distancia de los puntos á donde tiene que trasportar sus tropas y vituallas. Por consiguiente, en tanto que no tengamos noticia de haber ocurrido algún gran levantamiento en cualquier parte ó alguna insurrección general á nuestro favor en Londres, lo mejor que podemos hacer es defendernos aquí del ataque de nuestros enemigos.

—Razonáis con gran tino y agudeza, milord Grey—dijo el rey.—Pero ¿cuánto tiempo tendremos que esperar ese levantamiento que nunca llega, y ese apoyo que se nos viene prometiendo sin que hasta ahora haya llegado el momento de recibirlo? Siete largos días hace que estamos en Inglaterra, y durante todo ese tiempo no ha venido á presentárenos ni

un solo miembro de la Cámara de los Comunes ó de los Lores, excepto milord Grey, que está desterrado también. Ningún barón, ningún conde, ningún caballero con bandera ó baronete, ha tomado las armas á mi favor. ¿Dónde están los hombres, que Danvers y Wildman me habían prometido desde Londres? ¿Dónde están los animosos jóvenes de la City, que, según nos dijeron, ansiaban mi venida? ¿Dónde las insurrecciones, que habían de levantarse desde Berwick hasta Portland? Nadie se ha movido, más que estos buenos labriegos. Se nos ha engañado, escarnecido, puesto en riesgo de perecer, atraído al matadero por viles agentes de mis enemigos.

Dicho esto, comenzó á pasear de un lado á otro, cruzando las manos y mordiéndose los labios con aire de desesperación. Observé entonces que Buyse sonreía y murmuraba algunas frases al oído de Saxon; y supuse que se referiría al acceso de frío que debía de seguir á la elevada temperatura del entusiasmo, anteriormente descrito.

—Decidme, coronel Buyse—continuó el rey, dominando su emoción con un esfuerzo supremo.—¿Estáis de acuerdo, como soldado, con el dictamen de milord Grey?

—Preguntad á Saxon, señor—respondió el alemán.—En todos los Consejos á que he asistido, mi opinión se ha identificado siempre con la suya.

—Entonces acudiremos á vos, coronel Saxon—dijo Monmouth.—Entre los aquí reunidos hay quienes opinan á favor de un avance, y quienes creen lo más acertado mantenernos aquí. El número y calidad de las personas que sostienen los dos extremos enunciados son, á mi juicio, casi iguales. Si tuvierais vos el voto decisivo, ¿qué haríais?

Todas las miradas se volvieron hacia nuestro jefe, porque su marcial continente y el respeto que le había demostrado el veterano Buyse hacían creer que su opinión inclinara la balanza. Saxon continuó al-

gunos momentos en silencio con el rostro sepultado entre las manos.

—Voy á decir mi parecer, señor—dijo por fin.—Feversham y Churchill están avanzando en dirección á Salisbury con tres mil infantes, y tienen ya en dicha región ochocientos caballos de la Guardia Real y dos ó tres regimientos de dragones. Por consiguiente, si tuviéramos que pelear en la llanura de Salisbury, como ha dicho muy bien lord Grey, nuestra infantería, armada de un modo imperfectísimo y abigarrado, difícilmente podría resistir el empuje de la caballería enemiga. Verdad es, conforme ha dicho sabiamente el doctor Ferguson, que todo es posible para el Señor, ya que nosotros no representamos otro papel que el de granos de polvo en el hueco de su mano; pero también es cierto que nos ha dado la razón para elegir el mejor camino, y si no lo hacemos así, debemos sufrir las consecuencias de nuestra locura.

Ferguson se echó á reír con expresión de desprecio y murmuró una plegaria; pero muchos de los demás puritanos inclinaron la cabeza, reconociendo la sensatez de las razones expuestas por nuestro jefe.

—Por otra parte, señor—continuó Saxon,—me parece que es imposible permanecer aquí. Los amigos de Vuestra Majestad en toda Inglaterra desmarjarían, si el ejército continuara inactivo sin descargar un golpe. Los labriegos se desbandarían, regresando al lado de sus mujeres y familias; y, una vez dado el ejemplo, los demás no tardarían en seguirle. He tenido ocasión de ver á un gran ejército disolverse como la escarcha herida por los rayos del sol. Una vez que los voluntarios se hayan retirado á sus casas, no es fácil volver á recogerlos. Para evitar que se marchen, necesitamos tenerlos ocupados y no dejarles ociosos un minuto. Obligadlos á hacer la instrucción, á marchar, á ejercitarse en el manejo del arma, á trabajar, á que oigan sermones, á que obedezcan á Dios

y á su coronel. Esto no puede hacerse teniéndolos acuartelados con abundantes provisiones ó acampados cómodamente. Es preciso que se muevan. No podemos dar por terminada nuestra empresa hasta que estemos en Londres. Esa debe ser nuestra constante aspiración ; mas para llegar á la capital pueden elegirse diversos caminos. Vuestra Majestad tiene, según mis noticias, muchos amigos en Bristol y en la región central de Inglaterra. Si se me permitiera dar un consejo, recomendaría que diéramos la vuelta por esa parte. Cada día que pasa puede servir para engrosar nuestras fuerzas y mejorar la condición de nuestras tropas teniendo siempre algún proyecto importante que realizar. En el caso de sernos posible tomar á Bristol (que según mis noticias no posee grandes fortificaciones) contaríamos con una posición muy ventajosa para ejercer nuestro dominio sobre la marina y á la vez un centro excelente de operaciones. Si todas las cosas nos salen bien, podemos emprender el camino de Londres por los condados de Gloucester y Worcester. Entretanto, me atrevería á indicar la conveniencia de ayunar un día dedicándole á prácticas piadosas, á fin de atraer las bendiciones del Cielo á favor de nuestra causa.

Este discurso, en el que se combinaban hábilmente la prudencia mundana y el celo espiritual, se conquistó los aplausos de todos los concurrentes y especialmente los del rey Monmouth, cuya melancolía se desvaneció como por arte de encantamiento.

—A fe mía, coronel—dijo,—habéis aclarado el asunto cuanto podía desearse. Por supuesto, si nos hacemos fuertes en el Oeste, y surge en otra parte cualquiera una rebelión contra mi tío, no tendrá probabilidades de sostenerse contra nosotros. Para combatirnos en nuestro terreno, necesita sacar tropas del Norte, Sur y Este, cosa en que no puede pensarse. Por tanto, podemos perfectamente avanzar hacia Londres por la vía de Bristol.

—Me parece que el consejo del coronel Saxon es acertado—observó lord Grey ;—pero yo le preguntaría qué fundamentos tienen para decir que Churchill y Feversham están en la región que ha indicado con tres mil hombres de infantería regular y varios regimientos de caballería.

—Pues los motivos que tengo son la palabra de un oficial de la guardia del rey con quien he conversado en Salisbury—replicó el interpelado.—Ese jefe, me habló con toda confianza, creyéndome incorporado á la servidumbre del duque de Beaufort. En cuanto á la caballería, una parte de ella nos persiguió en la llanura de Salisbury valiéndose de sabuesos ; y la otra nos atacó á veinte millas de aquel lugar, perdiendo algunos soldados y un alférez.

—Hemos tenido algunas noticias acerca de ese encuentro—dijo el rey.—Fué una acción brillante... Pero si esos hombres están tan cerca, no dispondremos de mucho tiempo para prepararnos.

—La infantería del enemigo no puede tardar una semana en llegar aquí—dijo el alcalde.—Para entonces podemos estar detrás de los muros de Bristol.

—Hay un punto en que conviene fijar la atención—observó Wade el abogado.—Conforme ha dicho Vuestra Majestad fundadamente, tropezamos con un obstáculo grave en el hecho de no haberse declarado á favor nuestro ningún noble ni representante popular de nombradía. La causa de ello, á mi juicio, es que todo el mundo espera que comience por dar el ejemplo el vecino. Bastaría que se nos incorporaran uno ó dos para que los demás siguieran pronto su ejemplo. Ahora bien, ¿de qué modo lograremos atraer uno ó dos próceres á nuestra bandera?

—Esa es la cuestión, maestro Wade—dijo Monmouth moviendo la cabeza con aire de desconfianza.

—Me parece que podría hacerse—continuó el abogado *whig*.—A esos peces gordos no se los pesca con proclamas dirigidas á la nación ; ni puede esperarse

que traguen el anzuelo vacío. Por eso, yo recomendaría el empleo de una especie de intimación ordenándoles comparecer en nuestro campo en un plazo prudencialmente establecido, y conminándoles con la pena de alta traición.

—Habló el curial—dijo riéndose el rey Monmouth.—Pero habéis omitido decirnos cómo había de llegar el documento á manos de los delincuentes.

—Ahí tenemos al duque de Beaufort—continuó Wade, sin hacer caso de la dificultad propuesta por el rey.—Ocupa el cargo de presidente de Gales, y es, como Vuestra Majestad no ignora, gobernador de cuatro condados ingleses. Su influencia predomina en toda la parte occidental del país. Tiene doscientos caballos en sus establos de Badminton y, según he oído, diariamente comen en sus mesas un millar de hombres. ¿Por qué no había de hacerse un esfuerzo especial para conquistarnos el apoyo de una persona de tanto valimiento, sobre todo, dada la circunstancia de tener nosotros que avanzar en esa dirección?

—Por desgracia—repuso Monmouth con acento contrariado,—Enrique, duque de Beaufort está ya en armas contra su soberano.

—Así es, señor, pero podría inducírsele á que volviera en favor vuestro las mismas armas que ha levantado en contra. Es protestante, y según se dice, *whig*. ¿No convendría enviarle un mensaje? Halagando su orgullo, invocando su religión, brindándole con señaladas distinciones, ó amenazándole con severos castigos... ¿quién sabe? Y hasta pudiera tener sus quejas particulares de las que nada sabemos, y que acaso vinieran á favorecer con gran oportunidad nuestro proyecto.

—No está mal vuestro consejo, Wade—dijo lord Grey,—pero me parece que Su Majestad ha hecho una pregunta importante. El portador de vuestros documentos sería colgado en alguna de las viejas encinas de Badminton, si al duque se le antojara dar una

prueba más de lealtad á Jacobo Estuardo. Y, ¿dónde vamos á hallar un hombre bastante astuto y atrevido para el desempeño de semejante misión á no ser que arriesguemos la vida de algún jefe de los pocos con que contamos?

—Es verdad—dijo el rey.—Antes que emplear ese procedimiento de una manera torpe y con escasas probabilidades de éxito, sería preferible no pensar en él. Beaufort podría pensar que se trataba de una estratagema encaminada á desacreditarle. Pero ¿qué significan los gestos que nos hace el centinela colocado á la puerta?

—Si place á Vuestra Majestad—dije ;—desearía que se me permitiera hablar una palabra.

—Con mucho gusto os escucharemos, capitán—respondió el rey afablemente.—Si vuestro entendimiento corresponde de alguna manera á la extraordinaria fuerza que poseéis, no podrá menos de ser respetable vuestro sentir.

—Me ofrezco, señor, para servir de mensajero en este asunto. Mi padre me encargó cooperar con alma y vida al triunfo de la buena causa ; y si este honorable Consejo cree que es posible atraer al duque á nuestro partido, por mi parte, doy todas las seguridades de que el mensaje llegará á su destino, en cuanto cabe esperarlo de medios humanos.

—Seguramente no se hallará otra persona de más confianza á quien encargar el asunto—afirmó Saxon.—El joven posee gran serenidad y valor á toda prueba.

—Siendo así, joven capitán, aceptaremos vuestra leal y generosa oferta—dijo Monmouth.—¿Estáis todos conformes, caballeros?

Un murmullo general de asentimiento contestó á la anterior pregunta.

—Vos, Wade, os encargaréis de redactar el documento. Ofrecedle dinero, un puesto de prioridad entre los duques, la presidencia perpetua de Gales...

lo que queráis, con tal que logréis conmoverle. En caso contrario, el secuestro, el destierro é infamia perdurable. Y, oídllo bien, podéis incluir una copia de los documentos escritos por Van Brunow, que demuestran el casamiento de mi madre, junto con las declaraciones de los testigos. Los tendréis dispuestos para mañana al apuntar el día, momento en que podrá salir el mensajero (1).

—Vuestra Majestad será obedecido—dijo Wade.

—Entonces, señores—continuó el rey Monmouth, —podéis retiraros á vuestros puestos. Si algo nuevo ocurriera, os convocaré de nuevo para consultaros. Por el momento permaneceremos aquí, con el beneplácito de sir Esteban Timewell, hasta que la gente descanse y se incorporen los reclutas. Luego emprendemos la marcha en dirección á Bristol y veremos qué contingencias nos aguardan en el Norte. Si Beaufort nos presta su apoyo, todo irá bien. Adiós, mis buenos amigos, no creo necesario recomendaros diligencia y fidelidad.

Los consejeros se levantaron, al oír estas palabras del rey y, haciéndole una inclinación, comenzaron á salir de la sala del castillo. Varios de los miembros me rodearon para hacerme indicaciones relativas á mi viaje ó al comportamiento que debía guardar.

—Es hombre orgulloso é insolente—dijo uno.—Habladle con humildad, porque de otro modo, en lugar de daros oídos, mandará que os arrojen á palos de su presencia.

—Nada de eso—observó otro.—Tiene temperamento colérico, pero le gustan los hombres resueltos y de corazón. Habladle con firmeza y seriedad, y así conseguiréis que se dé á razones.

—Lo mejor es que os expreséis en la forma que

(1) Nota A, Apéndice.—Razones en que Monmouth apoyaba su legitimidad.

el Señor os dicte—dijo un puritano ;—porque el mensaje que lleváis es de Dios tanto como del rey.

—Procurad tener con él una entrevista á solas y en lugar apartado con cualquier excusa—dijo Buyse, —y luego echadle mano y plantadle en vuestro caballo, escapando con él á toda prisa. ¡ Rayos y truenos ! Sería una jugada de primera.

—Dejadle solo—intervino Saxon.—El muchacho tiene tanto juicio como cualquiera de vosotros, y seguramente sabrá elegir el camino más acertado. Vamos, amigo Clarke, á incorporarnos á nuestra gente.

—Me duele tener que prescindir de vuestra cooperación y compañía—dijo el coronel, mientras nos abríamos paso por entre los grupos de labriegos y soldados que llenaban la pradera del castillo.—Seguramente vuestros soldados han de sentir la ausencia de su capitán. Lockarby cuidará de las dos compañías. Suponiendo que no haya ningún tropiezo, estaréis de regreso dentro de tres ó cuatro días. Inútil me parece advertiros que la empresa es arriesgada. Si el duque quiere demostrar á Jacobo que con él no se juega, sólo puede hacerlo castigando al mensajero, cosa que está en sus facultades, en épocas de revuelta, como gobernador que es del condado. Tened en cuenta que, si los informes no mienten, es hombre de genio áspero. Por otra parte, si salís airoso en vuestra demanda, tal vez la hazaña sea la base de vuestro futuro engrandecimiento, á la vez que el medio de salvar á Monmouth. Por cierto que bien necesita el auxilio del duque. Jamás he visto una catterva de gente tan desarrapada y salvaje como la de este ejército. Buyse dice que pelearon animosamente en Axminster, pero está de acuerdo conmigo en que cuatro descargas cerradas y varias cargas de caballería bastarían para dispersarlos por la campiña ; ¿ tenéis que confiarme algún recado ?

—Ninguno, como no sea afectos cariñosísimos para mi madre—respondí.

—Perfectamente. Si llega á ocurriros alguna desgracia, no olvidaré al duque de Beaúfort; y el primero de sus parientes ó subordinados que caiga en mi poder, será colgado tan alto como Amán. Y ahora, lo mejor que podéis hacer es retiraros á vuestro cuarto y dormir lo que podáis, puesto que mañana al apuntar la aurora comienza vuestra nueva misión.

II

DE LAS NOTICIAS RECIBIDAS DE HAVANT

Después de mandar que *Covenant* estuviera ensillado y enjaezado al apuntar el día, me retiré á mi habitación y me dispuse á dormir por largo tiempo. Pero no me había metido aún en la cama, cuando sir Gervasio, que dormía en la misma pieza, entró muy regocijado levantando en alto un paquete de papeles.

—Tres adivinanzas, Clarke — dijo. — ¿Qué es lo que más querriáis?

—Cartas de Havant—respondí con acento de viva ansiedad.

—Muy bien—respondió entregándomelas. — Ahí tenéis tres; y ninguna parece escrita por mujer. Que me maten, si entiendo lo que habéis hecho en toda vuestra vida. No rezan con vos, por lo visto, aquellos versos que dicen:

¿Podrá eludir la juventud su sino
De amar las bellas y el chispeante vino?

Pero tan absorto estáis con vuestras noticias, que ni siquiera habéis advertido mi transformación.

—¡ Calle! ¿De dónde os ha venido ese lujo?—pregunté asombrado, al echar de ver que vestía un traje finísimo de verde malva con botonadura y guar-

niciones de oro, completado por medias de seda y zapatos de piel española con rosas en el empuje.

—Más propio es de la corte que del campamento—añadió sir Gervasio frotándose las manos y contemplándose con cierta satisfacción.—Pues habéis de saber que además me he revituallado en cuestión de ratafia y agua de azahar y que he adquirido dos pelucas nuevas, una de bucles cortos y otra de etiqueta, una libra de rapé imperial, marca de «El Negro», una caja de polvos para el pelo de Cregigny, un manguito de piel de zorro y varias otras cosas necesarias. Pero veo que os estorbo en la lectura.

—Ya he leído lo bastante para saber que en casa no ocurre novedad—respondí mirando á mi interlocutor por encima de la carta de mi padre.—Y ¿cómo os han llegado todas esas cosas?

—Por conducto de algunos jinetes llegados de Petersfield, los cuales las han traído consigo. En cuanto á mi baúl, que me ha sido remitido por un buen amigo de Londres, hubo de ser dirigido á Bristol, donde suponían que estaba, y donde en efecto me hallaría, á no haber tenido la buena fortuna de tropezar con vosotros. Sucedió, pues, que el baúl llegó á la *Posada de Bruton*, y la patrona, cuyas simpatías me había atraído, halló manera de remitírmelo. Mientras peregrinemos en esta vida mortal, ya lo sabéis, Clarke, una regla que da buenos resultados es la de besar á las dueñas de las posadas. Quizá parezca una pequeñez; pero la vida no es más que un tejido de minucias como ésa. Tengo pocos principios fijos; pero hay dos á los que rara vez falto, ó por mejor decir, no falto nunca, y son: llevar siempre un descorchador y no olvidarme de besar á la patrona.

—Juzgando por lo que he visto—dije riendo,—podría jurar que habíais cumplido siempre esos dos deberes.

—También yo tengo cartas—dijo sentándose al la-

do de la cama y repasando un fajo de papeles.—«Vuestra inconsolable Araminta...» ¡hum!... La muchacha no puede persuadirse de que estoy arruinado; porque, de otro modo, no tardaría en consolarse... ¿Qué es esto?... Un desafío para una riña de mi gallo *Julius*, con el gallipollo de milord Dorchester... En el *match* irán apostadas cien guineas... ¡Sí, por cierto! ¡Pues no ando yo ahora poco ocupado con sacar triunfante el gallo de Monmouth!... Aquí hay otro que me invita á una cacería de ciervos en Epping. ¡Caramba! ¡No es mala escapada la que he tenido que dar para librarme de ser cazado por una cuadrilla de corchetes que me seguían de cerca la pista!... Una factura importunísima de mi sastre. Bien puede perder el importe de esta cuenta, porque otras muchas y más largas me ha cobrado.. Una oferta de tres mil guineas de Ricardito Chichester... No, no, Ricardo, no es preciso. Un caballero que se estime no debe vivir á costa de sus amigos. Sin embargo, se agradece el obsequio... ¡Esto sí que es bueno! Una misiva de la señora Butterworth diciendo que desde hace tres semanas no hay dinero en casa y que están en ella los alguaciles. Ya veis, ¡maldita desdicha! si todo esto no es demasiado malo.

—Pero, ¿de qué se trata?— pregunté, echando una mirada á sir Gervasio.

El pálido rostro del baronete había tomado un ligero tinte rubicundo y paseaba furioso á grandes zancadas de un lado á otro del cuarto, estrujando en la mano una carta.

—¡Es de lo más vergonzoso que cabe imaginar, Clarke!— exclamó.— ¡Aunque reviente tendré que darle mi reloj! ¡Un reloj construído por Tompion, de la marca de las «Tres Coronas», comprado en el gran establecimiento de *Paul's Yard* y que, de nuevo, costó cien guineas! Con el producto de mi cronómetro podrá sostenerse algunos meses. Pero le juro á Mortiner que tendrá que batirse conmigo por esta

fechoría ; y le he de escribir en todo el cuerpo la palabra «villano» con la punta de mi espadín.

—Nunca os había visto enfadado hasta ahora—dije.

—¡ Oh, enfadarme, no !—respondió sonriendo.— Muchos han vivido conmigo por espacio de años y podrían darme un certificado de genio tranquilo y apacible. Pero esto es demasiado. Sir Eduardo Mortimer es el hermano menor de mi madre, Clarke ; pero casi somos de una edad. Muchacho formal, bien vestido y afable, progresó considerablemente en riquezas, aumentando sin cesar sus posesiones, finca tras finca, como un antiguo patriarca de la Antigua Ley. En otro tiempo le había protegido yo con mi bolsillo, pero no tardó en aventajarme en riqueza, porque conservaba todo lo ganado, mientras que lo adquirido por mí... bien, se disipaba como el humo de la pipa que estáis fumando. Cuando vi que lo había perdido todo, recibí de Mortimer un anticipo que bastaba para los gastos del viaje hasta Virginia, conforme al proyecto que entonces tenía, junto con un caballo y un equipo completo. Había alguna probabilidad, Clarke, de que fueran á parar á él los territorios que á mí me hubieran tocado en dicha colonia, de suerte que no tuvo dificultad en contribuir á que partiera para aquella tierra de fiebres y de salvajes que arrancan á sus prisioneros el cuero cabelludo. No, no mováis la cabeza, mi querido joven de la campiña ; pues desconocéis las artimañas del mundo.

—Pensemos de él lo mejor, mientras no se demuestre lo peor—dije yo sentado en la cama fumando con mis cartas esparcidas en desorden frente á mí.

—Lo peor está ya demostrado—dijo sir Gervasio con semblante torvo.— Como he dicho, Mortimer había recibido de mí algunos favores, que debería recordar, aunque no me esté bien echárselos en cara. Esa señora Butterworth es mi antigua nodriza,

y ha sido costumbre de mi familia proveerla de todo lo necesario. No puedo soportar la idea de que al arruinarse toda mi fortuna, pierda la mísera guinea semanal que le libraba de pasar hambre. Lo único que le pedí á Mortimer fué que, en atención á nuestra antigua amistad, continuara pagándole la pitanza, y le prometí que si llegaba á prosperar en mis negocios le reembolsaría todo lo que hubiera gastado. El miserable juró hacerlo así, dándome un apretón de manos. ¡Qué cosa tan vil es la naturaleza humana, Clarke! Por esa mezquina suma un hombre rico, como él, ha roto todos sus compromisos dejando morir de hambre á la pobre mujer. Pero le aseguro que tendrá que responderme de su felonía. El me supone navegando en el Atlántico. Como logre regresar á Londres con estos bravos muchachos, he de perturbar un poco la dulce tranquilidad de su bienaventurada existencia. Entretanto, no tendré más remedio que fiarme de los cuadrantes solares, y enviar mi reloj á la buena señora Butterworth. ¡Dios la bendiga por la abundante leche con que me amantó! Seguramente no he aplicado mis labios desde entonces á otra fuente que me suministrara un licor más saludable. Y bien, ¿qué me decís de vuestras cartas? Mientras las leáis, no habéis hecho más que fruncir el ceño y sonreír como un día de primavera.

—He recibido una misiva de mi padre con una posdata de mi madre—respondí.—Otra de las cartas es de un antiguo amigo mío, Zacarías Palmer, el carpintero de la aldea. La tercera me viene de Salomón Sprent, marino retirado, á quien profeso cariño y respeto.

—¡Curioso trío de corresponsales! Hubiera querido conocer á vuestro padre, Clarke, porque de lo que decís colijo que debe ser un fornido inglés de antigua cepa. Os decía, hace un instante que sabíais poco del mundo, pero bien pudiera ser que en vues-

tra aldea hayáis tenido ocasión de observar á los hombres sin el barniz que da el trato con gente culta y distinguida y que de esa suerte hayáis llegado á conocer mejor el buen fondo de la naturaleza humana. Con barniz ó sin él, el mal enseña siempre la oreja. Ese carpintero y marino indudablemente han de mostrarse en lo que son. En cambio cualquiera hubiera podido tratar á mis amigos de la corte por toda la vida, sin llegar nunca á conocerlos á fondo, siendo estériles todas vuestras investigaciones. ¡ Mala peste, pero me voy volviendo filósofo, que es el viejo recurso de todos los tronados! Dadme un tonel, y me plantaré muy fresco en la plaza de Covent Garden, convertido en el Diógenes de Londres. No quiero volver á ser rico, Miguel. ¿Qué es lo que dice la antigua jácara?

Como estamos sin dinero
Nadie al juez nos llevará,
Ni á la casa del banquero;
Si naufraga algún velero,
Si amaga el filibustero,
¿A nosotros qué nos da?

Sin casa ni posesiones,
No tenemos que temer
Ni saqueo ni ladrones,
Tasas, ni contribuciones;
Que el que yace en tierra no puede caer.

He ahí una excelente inscripción para un hospicio.

—Vais á despertar á sir Esteban—le dije en tono de reconvención, porque vociferaba con toda la fuerza de sus pulmones.

—No hay cuidado. Está con sus aprendices, ejercitándose en el manejo del montante; los he visto al pasar por el patio. Merece verse la figura que hace el buen viejo blandiendo su espada y gritando al tirar un tajo: ¡ajajá! La señorita Ruth y el amigo Lockarby están en la sala adornada con colgaduras: ella hilando, y él leyendo en voz alta uno de

esos libros de pasatiempo que la niña se empeñaba en que yo debía conocer. Me parece que ha emprendido la conversión del amigo Rubén, y que el asunto terminará convirtiéndose ella de muchacha en mujer... Y hablando ahora de otro asunto, ya es cosa resuelta que vais á veros con el duque de Beaufort. Bien, yo querría acompañaros ; pero Saxon no quiere oír hablar de ello ; así que tendré que continuar al frente de mis mósqueteros. ¡ Que Dios os permita regresar sano y salvo ! ¿ Dónde están mis polvos de jazmín y la cajita de parches?... Leedme vuestras cartas, si contienen algo interesante. He estado apurando una botella con nuestro bizarro coronel en la posada, y me ha contado varias cosas de vuestra casa de Havant, metiéndome en ganas de saber algo más.

—Esta trata de asuntos algo serios—dije.

—No importa : ahora estoy de humor para ello. Haced el favor de leérmela, aunque contenga toda la filosofía de Platón.

—El autor de ella es un venerable carpintero que por espacio de muchos años ha sido mi consejero y amigo. En él hallaríais un hombre religioso sin ribetes de sectarismo, filósofo sin exclusivismos de escuela y de carácter dulce sin debilidades ni condescendencias.

—¡ Bonito retrato ! ¡ Un hombre modelo ! — exclamó sir Gervasio, mientras se cepillaba las cejas.

—Ya os lo había dicho—continué, y me puse á leer la misma carta que ahora vais á escuchar vosotros :

«Habiendo sabido por tu padre, mi querido Miguel, que había alguna probabilidad de poder remitirte cuatro letras, he escrito la presente, y te la envió por conducto del buen Juan Packingham de Chichester que se encamina al Oeste. Espero que estés en salvo en el ejército de Monmouth y que hayas recibido en él un puesto honroso. No dudo que

has de hallar entre tus camaradas algunos sectarios, burlones y descreídos. Te aconsejo, como amigo, que evites tanto un extremo como otro. Porque el fanático no solamente defiende sus creencias religiosas, en lo cual hace muy bien, sino que quiere imponérselas á los demás, y en esto cae en el mismo error que combate. El que irreflexivamente se burla de la religión, por otra parte, suele descender á un terreno más bajo, puesto que le falta el respeto á su propia dignidad y la humilde resignación.»

—¡ Por vida mía !—exclamó el baronete ;—que el buen viejo se expresa con escasa blandura.

«Aceptemos la religión en sus conceptos fundamentales, porque la verdad debe ser más amplia de lo que nosotros podemos concebir.

»La presencia de una mesa demuestra la existencia de un carpintero ; y de igual modo el universo prueba la existencia de un Creador, llámese como se quiera. Hasta aquí pisamos terreno firme, sin necesidad de inspiración, enseñanza ni ayuda de ningún género. Ahora bien, puesto que debe haber un Hacedor del mundo, veamos de conocer la naturaleza del mismo por su obra. No podemos contemplar las magnificencias del firmamento, su extensión infinita, su belleza y la suprema perfección con que cada planta y animal están atendidos en sus necesidades, sin echar de ver que el Autor de tantas maravillas posee en grado inmenso la sabiduría, la inteligencia y el poder. Todavía continuamos, según comprenderás, en terreno firme, sin necesidad de invocar otras luces que las de la pura razón.

»Una vez que hemos llegado á este punto, averigüemos para qué fin ha sido hecho el universo y para qué se nos ha puesto en él. La Naturaleza toda nos enseña que ese fin debe consistir en el perfeccionamiento y desarrollo de nuestras facultades, crecien-

do principalmente en virtud positiva, en ilustración y en sabiduría. La Naturaleza es un predicador silencioso que nos habla constantemente, así en los días de trabajo como en los festivos. Vemos que la bellota se transforma en encina, el huevo en pájaro y la larva en mariposa. ¿Cómo, pues, podremos dudar de que el alma humana, la más preciosa de todas las cosas del mundo, ha de estar á su vez en la misma senda de progreso? Y ¿de qué modo ha de verificarse ese progreso del alma, si no es mediante el cultivo de las virtudes y de la abnegación y dominio de sí mismo? ¿Hay, por ventura, otro camino? No, indudablemente. Por tanto, estamos en condiciones de afirmar que hemos sido colocados aquí para crecer en ciencia y en virtud.

»Esta es la sustancia de toda religión; y no se necesita fe para aceptarla. Es tan cierta y demostrable, como cualquiera de esos teoremas de Euclides que hemos dilucidado juntos. Sobre este terreno común los hombres han levantado muchos edificios diferentes. El cristianismo, la religión mahometana, el credo de los orientales, todos tienen la misma esencia, diferenciándose en las formas y en los pormenores. Defendamos nuestro credo cristiano con su hermosa doctrina de amor, profesada por muchos, y practicada por muy pocos; pero no despreciemos á nuestros prójimos, porque todos somos ramas del tronco común de verdad.

»El hombre sale de las tinieblas á la luz; se detiene un momento en la claridad y luego vuelve á sepultarse en las tinieblas. Querido Miguel, los días de nuestra vida se pasan, lo mismo los míos que los tuyos. No permitamos que se malgasten. Son contados en número. ¿Qué nos dice el Petrarca? «Para el que viene, la vida parece infinita; para el que parte, nada». Empleemos, pues, todos los días, todas las horas y todos los momentos en secundar los fines del Creador y en utilizar todas las facultades para el bien

que hay dentro de nosotros. ¿Qué viene á ser el dolor, el trabajo ó las contrariedades? La nube que empaña por un momento el disco del sol. Pero el resultado de las buenas obras lo es todo, y ése dura eternamente. Vive y se desenvuelve con el trascurso de los siglos. No te detengas á descansar; el descanso vendrá cuando haya pasado la hora del trabajo.

»¡ Plegue á Dios protegerte y guardarte! No hay grandes noticias que comunicar de aquí. La guarnición de Portsmouth ha marchado al Oeste. Sir Juan Lawson, el magistrado, ha estado en ésta, amenazando á tu padre y á otros, pero no conseguirá gran cosa por falta de pruebas. Los miembros de la iglesia oficial están á matar con los disidentes. En hecho de verdad, la ley de Moisés es más tolerante que las mansas enseñanzas del Evangelio. ¡ Adiós, querido Miguel! Te desea todo género de venturas tu viejo amigo,

»ZACARÍAS PALMER.»

—¡ Pardiez!—exclamó sir Gervasio, mientras yo doblaba la carta,—ni Stillingfleet y Tenison pronunciaron jamás un sermón más elocuente. Este es un obispo disfrazado de carpintero. El báculo le sentaría mejor que la garlopa. Pero y ¿qué hay de nuestro amigo el marino? ¿Es también un teólogo de vela y estacha?

—Salomón Sprent no tiene que ver nada con el anterior, aunque no le ceda en bondad á su manera.—dije yo.—Pero ya le juzgaréis por su carta.

«Señor don Miguel Clarke: Cuando estuvimos juntos por última vez, yo me fuí al abordaje bajo el fuego de las baterías, mientras tú barloventeabas en el Canal aguardando señales. Habiéndome detenido á hacer buena mi presa, la cual resultó, después del examen, bien equilibrada y asentada desde los fondos á la cubierta...»

—¿Qué diablos quiere decir eso?—preguntó sir Gervasio.

—Habla de una muchacha, de una tal Lucía Dawson, hermana del herrero. Salomón apenas ha puesto el pie en tierra por espacio de unos cuarenta años, y, por consiguiente, no sabe hablar más que en esta jerga de mar, si bien él se imagina usar un inglés tan castizo como cualquiera de Hampshire.

—Seguid, pues—dijo el baronete.

«Habiéndola leído también los artículos de guerra, y explicado las condiciones en que habíamos de navegar juntos en el viaje de la vida, es á saber :

»Primera.—Le tocará á ella obedecer señales sin réplica, inmediatamente de recibirlas.

»Segunda.—Gobernar por mi rumbo y estima.

»Tercera.—Mantenerse lista á mi lado, como verdadera consorte, en tempestad, batalla ó naufragio.

»Cuarta.—Refugiarse bajo mis cañones, en caso de ataque de piratas, filibusteros ó guardacostas.

»Quinta.—Me tocará á mí mantenerla debidamente carenada, ponerla en dársena de tiempo en tiempo y cuidar de que tenga su asignación para pintura de casco, grímpolas y empavesadas, como corresponde á un bote de recreo.

»Sexta.—No llevar otra barca á remolque, y cortar el cable de la que ahora pudiera seguirme.

»Séptima.—Avituallarla día por día.

»Octava.—Si, soplando fuertes los vientos del infortunio, le ocurriera hacer agua ó sufrir averías, á mí me tocaría socorrerla, achicar y adrizar.

»Novena.—Izar el pabellón protestante en el penol durante el viaje de la vida y navegar con rumbo al gran puerto, esperando poder hallar donde amarrrar como conviene á dos naves de construcción inglesa que han zarpado para la eternidad.

»Estaban cerca de dar las ocho campanadas, cuan-

do se firmaron y sellaron estos artículos. Salí de proa á ti, pero no pude divisar más que la punta de tu palo mayor. Poco después, supe que habías ido á la guerra junto con aquel barco medio pirata, de mástiles inclinados y largos que últimamente había visto en la aldea. Siento que no hayas saludado con la bandera al zarpar. Pero tal vez el tiempo era favorable y no podías detenerte. Si no hubiera estado yo mal enjarcado y con una verga rota, me habría gustado tender el velamen y navegar contigo, para oler otra vez la pólvora de cañón. Lo haría ahora, carcomido y todo, si no fuera por mi consorte, que podría reclamar por haber faltado á los artículos, y desviarse. Tengo que seguir el farol de su toldilla mientras estemos juntos.

»¡ Adiós, camarada! Cuando entres en acción, sigue el consejo de este viejo marino: «¡ Orza y al abordaje!» Díselo á tu almirante, el día de la batalla. Díselo en voz baja al oído: «¡ Orza y al abordaje!» Dile también que pegue pronto, duro y firme. Esta era la orden de Cristóbal Mings; y mejor marino que él no se ha embarcado jamás, á pesar de haber subido á capitán por la bocina del escobén.

»Siempre á tus órdenes,

»SALOMÓN SPRENT.»

Sir Gervasio se había estado riendo entre dientes, mientras le leía la carta anterior, y al fin los dos prorrumpimos en grandes carcajadas.

—Para Salomón lo mismo es el mar que la tierra—dijo el baronete;—sin duda cree que todas las batallas se pelean en barcos. ¡ Lástima que no hubierais tenido la carta antes de ir al Consejo de hoy para que Monmouth la hubiera tenido en cuenta. Si por ventura os pidiere todavía vuestra opinión, deberéis decirle: «manteneos á barlovento y lanzaos al abordaje».

—Necesito dormir—repuse, dejando mi pipa.—Al apuntar el día debo estar ya en camino.

—Aguardad un momento y permitidme que conozca algo de lo que os dice vuestro padre, el austero *cabeza redonda*.

—No son más que cuatro líneas—respondí.—Siempre fué hombre de pocas palabras. Pero, si os interesan, os las leeré.

«Te envió la presente por conducto de una persona de piedad, querido hijo mío, para decirte que confío en que has de portarte como corresponde á tu educación y sentimientos. En todos los peligros y dificultades no pongas la esperanza en tus propias fuerzas, sino pide el auxilio de lo alto. Si tienes autoridad, enseña á tus subordinados á cantar salmos al entrar en combate, conforme á la antigua y santa costumbre que nosotros teníamos. En la pelea usa más las estocadas que los tajos. Una estocada debe siempre ser superior á un golpe de corte. Tu madre y hermanos te envían recuerdos cariñosos. Sir Juan Lawson ha estado en casa como lobo rapaz, pero no ha podido hallar prueba contra mí. Juan Marchbank de Bedhampton está en la cárcel. En realidad, el Antecristo domina en el país, pero se acerca el reinado de la luz. Pelea valerosamente por la verdad y la religión.

»Tu amante padre,

»JOSÉ CLARKE.»

«Posdata (de mi madre).—Espero que te acuerdes de mis advertencias, acerca de las medias de lana y los cuellos de lienzo que hallarás en la bolsa. Hace poco más de una semana que faltas de aquí, y me parece que ha transcurrido un año. Cuando tomes frío ó alguna mojadura, bebe diez gotas de elixir de Daffy en un vasito de aguardiente. Si te lija el calzado, úntale bien de sebo por dentro. Da mis re-

cuerdos á maese Saxon y á maese Lockarby, si están contigo. Su padre se ha puesto furioso con su partida, porque estaba preparando una gran cantidad de cerveza y no tiene á nadie que le ayude en la operación. Ruth te envía ese pastel, pero el horno le ha jugado una mala pasada, así que ha salido muy apelmazado por dentro. Recibe un millar de besos de tu amante madre—*M. C.*»

—Forman una digna pareja—observó sir Gervasio, que después de haber terminado su tarea de componerse, se había metido en la cama. — Ahora comienzo á comprender vuestra pasta, Clarke. Veo los materiales de que habéis sido hecho ; y que vuestros padres atienden no sólo á las necesidades del cuerpo, sino también á las del espíritu, repartiéndose entre ellos la carga. Sin embargo, me parece que se acomodan más á vuestro gusto las predicaciones del viejo carpintero. Sois de hecho un latitudinarista empedernido. Sir Esteban os rechazaría ; y Josué Pettigrue os echaría la excomuni6n. Bien, apaguemos, porque uno y otro tenemos que levantarnos al cantar el gallo. Esa es por el momento nuestra religi6n.

—Cristianos avanzados—indiqué, y los dos nos echamos á reir, entregándonos inmediatamente al sueño.

III

DE LA CELADA EN QUE CAÍ EN EL CAMINO DE WESTON

Apenas había salido el sol, cuando fuí despertado por uno de los criados del alcalde con el anuncio de que el honorable señor Wade me estaba esperando en las habitaciones del piso bajo. Luego que me hube vestido, bajé y le hallé sentado á la mesa entretenido con varios papeles y una caja de obleas, cerrando y

sellando la misiva que yo tenía que llevar. Era un hombre de pequeña estatura, bastante gastado y de semblante triste, muy estirado de porte y listo de lengua, con más apariencia de militar que de abogado.

—De modo, que tenéis el caballo preparado ya para la partida—dijo imprimiendo el sello sobre la cuerda que servía de precinto.—Lo mejor que podéis hacer es dar la vuelta por Nether Stowey y por el Canal de Bristol, porque sabemos que la caballería enemiga vigila los caminos por la parte más lejana de Gales. Aquí está vuestro paquete.

Saludé con una inclinación y metí el sobre dentro de mi túnica.

—Es una orden escrita conforme á las indicaciones hechas en el consejo. El duque podrá daros la contestación de palabra ó por escrito. En cualquiera de los dos casos, guardadla bien. El paquete contiene, además, una copia de las declaraciones prestadas por el ministro de La Haya y otros testigos que presenciaron el matrimonio de Carlos de Inglaterra con Lucía Walters, madre de Su Majestad. La misión que lleváis es de tal importancia, que de ella puede depender el éxito bueno ó malo de nuestra empresa. Procurad entregar los documentos al mismo Beaufort y no os valgáis de intermediario alguno, porque de otra manera tendría poco valor el hecho, el día que hubiera de ser juzgado en un tribunal.

Prometle hacerlo así, en cuanto me fuera posible.

—Además, me tomo la licencia de aconsejaros—continuó—que llevéis espada y pistola para defenderos de los probables peligros que os sobrevengan en el camino, pero dejando el yelmo y las demás piezas de la armadura que os dan un aspecto demasiado guerrero para la pacífica misión que vais á desempeñar.

—Ya me había parecido á mí lo mismo—repuse.

—Pues entonces no hay más que decir, capitán

—dijo el abogado alargándome la mano.—Os deseo muy de veras feliz suerte. Procurad hablar poco y oír mucho. Observad atentamente la marcha del asunto y qué personas ponen buena ó mala cara. Tal vez el duque esté en Bristol; pero lo mejor es encaminarse á Badminton. Nuestro santo y seña de hoy es: «Tewkesbury».

Di las gracias á mi instructor por su consejo, después de lo cual monté en *Covenant* que comenzó á piafar y morder el bocado en señal de la satisfacción que le causaba la nueva partida. La mayoría de los vecinos continuaban durmiendo; pero, aquí y allá, vi asomar por las ventanas algún que otro curioso con su gorro de dormir. Tomé la precaución de llevar el caballo al paso y sin hacer ruido hasta que estuve á alguna distancia de la casa, porque no había dicho nada á Rubén de mi proyectado viaje, y estaba convencido de que, si llegaba á tener noticia de él, ni la disciplina ni los vínculos que le unían á su adorada, serían parte á impedirle acompañarme. A pesar de mi cuidado, los herrados cascos de *Covenant* resonaban al chocar con los guijarros, pero al mirar atrás, observé que las ventanas del cuarto de mi fiel amigo continuaban cerradas y que en la casa parecía reinar completa tranquilidad. Así, pues, aflojé la rienda y emprendí un trote acelerado por las silenciosas calles, que aparecían aún engalanadas con flores marchitas y alegres banderolas. En la puerta del Norte había una guardia formada por media compañía que me dejó libre el paso después de oír el santo y seña. Luego que estuve fuera de las antiguas murallas, me encontré de nuevo en la campiña, de cara al Norte y frente á un camino enteramente despejado.

La mañana estaba deliciosa. Levantábase el sol por encima de los cerros lejanos y un tinte de púrpura y oro bañaba enteramente el paisaje. Los árboles de los huertos inmediatos al camino despedían rumo-

rosos gorjeos de las aves en ellos albergadas, y sus cantos crecieron hasta llenar el aire de armonía. Todo parecía respirar júbilo y vida nueva. A lo largo de los setos pastaban rojas vacadas, que proyectaban grandes sombras sobre el verdor de los prados y alzaban la cabeza para verme pasar. Los caballos de las casas de labor que yacían echados en los corrales, saludaban con sus relinchos la aproximación de *Covenant*. Un numeroso rebaño de blancas ovejas venía en dirección contraria á la mía por las lomas inmediatas, y de cuando en cuando dejaban el pasto para triscar y corretear por el campo. Todos los ruidos causaban una impresión de vida inocente, desde el trino de la calandria encima de mi cabeza hasta el rumor de la musaraña entre los tallos del trigo ó el aleteo del avión que rasgaba el aire, como una flecha, por delante de mi caballo. ¡Qué cuadro tan animado de inocente vida campestre! Y, ¿qué hemos de pensar del hombre, mis queridos niños, al ver las bestias del campo tan pacíficas y agradecidas á los beneficios de la Naturaleza? ¿Dónde está la superioridad de que tanto nos ufanamos?

Desde lo alto de las laderas, situadas al Norte, volví la cara para contemplar la ciudad dormida, con la ancha orla de carros y tiendas de campaña que mostraban el rápido aumento de su población. El estandarte del rey seguía ondeando sobre Santa María Magdalena; y no lejos de esta iglesia la torrecilla gemela de San Jacobo ostentaba la bandera azul de Monmouth. De pronto sonó el importuno redoble de un tambor al que instantes después se unió el claro y estridente toque de las trompetas que llamaban á la tropa. Del otro lado de la ciudad y á ambos lados de ella se extendía el magnífico panorama de los campos de Somersetshire, dilatándose hasta el mar en el último límite del horizonte, salpicado de ciudades y aldeas, torrecillas de castillos y campanarios de iglesias, masas de arbolado y zo-

nas de tierra cultivada de cereales, formando el conjunto más hermoso y pintoresco que la vista podía desear. Al reanudar mi camino y lanzar mi caballo al galope, sentí, amados míos, que aquella tierra merecía el sacrificio de guerrear en su defensa y que la vida de un hombre importaba poco, á trueque de ayudar, aunque fuera en grado mínimo, á conquistar su libertad y procurar su ventura. Al llegar á una aldehuela en lo alto del cerro tropecé con una avanzada de caballería, cuyo jefe me acompañó durante un trecho hasta ponerme en el camino que conduce á Nether Stowey. Acostumbrados mis ojos al color blanquecino de las margas y cantizales de nuestra aldea, extrañaban el color rojizo de los territorios de Somerset. Además, las vacas en aquel país son en su mayoría rojas. Las casitas no están construídas con ladrillo ó madera, sino con una especie de argamasa que llaman *cob*, la cual es resistente y lisa mientras no se pone en contacto con el agua; por lo cual los habitantes de esta parte en Inglaterra protegen las paredes de sus viviendas con grandes bardales. En toda la comarca apenas se ve una aguja, circunstancia que parece extraña á un natural de la región opuesta. Todas las iglesias tienen una torre cuadrada guarnecida de pináculos en el remate y en su mayoría son amplias y magníficas con excelentes juegos de campanas.

Mi camino avanzaba bordeando el arranque de las hermosas colinas de Quantock, donde en las hondonadas anchas y fragosas, cubiertas de helechales y gayubas, aparecen diseminados numerosos vallecitos, vestidos de espeso bosque. A uno y otro lado de la ruta alzaban sus lomas cañadas retorcidas, en cuyos bordes crecía el argomón amarillo, resaltando sobre el tono rojo vivo del suelo, como una llama sobre las ascuas. Corrientes de agua pardusca se precipitaban en ruidosas cascadas en lo hondo de estos valles, llegando hasta el camino, en que

Covenant hundía sus corvejones y los sacudía asustado al ver saltar delante de sus patas delanteras los pardos lomos de las truchas.

Durante el día entero cabalgué por esta pintoresca región, encontrando poca gente á causa de huir de los caminos principales. Algunos pastores y labriegos, un clérigo alto y zancudo, un buhonero con su mula y un jinete con una gran saca, á quien tomé por un comprador de lana, fueron todas las personas que puedo recordar. Por todo alimento se me ofreció en una posada del camino un jarro de cerveza y un gran trozo de pan. Cerca de Combwich, *Covenant* perdió una herradura, y tardé dos horas en hallar en la villa un herrador que subsanara aquella deficiencia. Hasta bien avanzada la tarde no llegué á las márgenes del canal de Bristol, cerca de un lugar llamado Shurton Bars, donde el cenagoso Parret se abre paso hasta el mar. En este punto el canal es tan ancho, que apenas pueden distinguirse las montañas de Gales. Las riberas son llanas, negras y cenagosas, y en ellas se ven blancos grupos de aves marinas; pero, más hacia el Este, se alza una línea de colinas de aspecto bravío y quebrado, que á trechos ofrecen escarpados precipicios. Esta cadena de eminencias penetra en el mar y su ondulada superficie forma numerosos puertecitos y bahías, los cuales están secos la mitad del día, pero á media marea contienen fondo bastante para un bote de regular tamaño. El camino da la vuelta alrededor de estas yermas y rocosas colinas, muy poco pobladas por una raza inculta de pescadores y pastores, que se metieron dentro de sus casas al oír el galopar de mi caballo y me dispararon, al pasar, algunos chistes brutales. Al paso que avanzaba la noche, la región se tornaba más desierta y solitaria. El único signo de la presencia del hombre era alguna temblorosa luz que centelleaba á lo lejos, en las remotas cabañas de las colinas. El camino con-

tinuaba bordeando el mar, y á pesar de que el terreno tenía bastante elevación, la espuma de las rompientes saltaba por encima de las rutas.

Cubriéronse mis labios de una sutil capa de sal marina y aturdió mis oídos el ronco mugir del oleaje mezclado con el agudo canto de los chorlitos que cruzaban rápidamente en la obscuridad como fantasmagóricas y quejumbrosas apariciones de otro mundo. Soplabá del Oeste un viento desigual en oleadas breves y violentas, y allá lejos, en la negra superficie de las aguas, el oscilar de una luz intermitente mostraba lo picado que estaba el mar en el canal.

Al caminar entre las densas sombras del crepúsculo por este paisaje extraño é inculto, mi ánimo se volvió naturalmente hacia el pasado. Pensé en mi padre y en mi madre, en el viejo carpintero y en Salomón Sprent. Luego me puse á meditar sobre la especial índole de Décimus Saxon, cuyo complejo carácter tenía tantas dotes admirables y tantos defectos aborrecibles. ¿Le profesaba yo algún afecto? No podía decirlo con toda certeza. Del soldado aventurero pasé á mi fiel amigo Rubén y á sus amores con la linda puritana, lo cual me llevó después á pensar en sir Gervasio y en el naufragio de su fortuna. Mi atención vagó por las diversas escenas en que había intervenido el baronete para fijarse más tarde en la situación del ejército y en la proyectada revolución, causa de aquel viaje que yo hacía con sus peligros y dificultades. Después de revolver en mi ánimo todas estas cosas, comencé á dormitar sobre el caballo, abrumado de la fatiga del viaje y experimentando el influjo enervante de los rumores del mar. No bien me había quedado dormido y comenzado á soñar que Rubén Lockarby había sido coronado como rey de Inglaterra por la señorita Ruth Timewell, mientras Décimus Saxon trataba de dispararle un tiro con un frasco de elixir Daffy, cuando

de repente y sin el menor aviso fuí arrancado violentamente de mi caballo y me hallé medio sin sentido sobre la pétreo superficie de la ruta.

Tan aturdido y estropeado quedé con aquella violenta caída, que á pesar de tener una conciencia vaga de las personas que se inclinaban sobre mí y de sus broncas carcajadas, no pude decir por espacio de algunos minutos dónde estaba ó qué me había sucedido. Cuando al fin intenté ponerme de pie, vi que me habían atado piernas y brazos para sujetarme. Tras una lucha violenta, logré desatar una mano y golpeé con ella el rostro de uno de los hombres que me tenían en tierra; pero toda una cuadrilla de doce ó más, se echaron sobre mí al punto, y mientras unos me daban puñadas y puntapiés, otros me ataban con una nueva cuerda, codo con codo, sujetándome de tal suerte que no me era posible el menor movimiento. En vista de que mis esfuerzos de nada servirían en aquella situación, permanecí mudo y atento sin hacer caso del turbión de golpes que seguía lloviendo sobre mí. La obscuridad era tan densa, que ni pude ver los rostros de mis asaltantes, ni formar conjetura alguna sobre su probable condición ni acerca del modo como me habían arrancado de la silla. El patullar de un caballo que cerca de mí luchaba por escaparse me hizo comprender que *Covenant* estaba tan preso como su amo.

—El holandés Pedro ha recibido todo lo que podía llevar—dijo una voz ruda y áspera.—Ahí está tendido en el camino, hecho un congrio.

—¡Pobre Perico!—refunfuñó otro.—Me parece que no volverá á escanciarnos más vasos de legítimo cognac ni á manejar los naipes.

—Mientes en eso, mi puen amigo—repuso el sujeto aludido en un tono de voz débil y temblona.—Y yo prepararé que mientes, si tienes una potella á mano.

—Aunque Pedro estuviera muerto y sepultado—

dijo el primer interlocutor,—bastaría una palabra referente á licores para hacerle salir del sepulcro. Dale un sorbo de tu botella, Dicon.

Oyóse á continuación un rumoroso gorgoteo acompañado de fuertes chupetones, terminando con un erupto del bebedor.

—*Gott sei gelobt* (Alabado sea Dios)—exclamó con voz más firme el llamado Pedro ;—he fisto más estrellas de las que hay en el cielo. Si no hubiera tenido tan pien apriçada mi capeza, seguramente me la hapría puesto el pruto como un parril desfondado. Las puñadas del hombre son coces de capallo.

Mientras hablaba, el cuadrante de la luna asomó por encima de una eminencia iluminando la escena con un resplandor intenso y frío. Alzando la vista pude observar que había una maroma atada de un árbol á otro al través del camino. No me hubiera sido posible divisarla aunque hubiera ido enteramente despierto, á causa de la obscuridad, y esa cuerda fué la que agarrándome por delante del pecho, al trotar *Covenant* por debajo de ella, me había arrancado de la silla, y arrojado violentamente contra el suelo. La caída ó los golpes que había recibido me habían causado grave daño, porque pude sentir que un cálido hilo de sangre me corría por detrás de la oreja y alrededor del cuello. A pesar de todo, no hice diligencia alguna para moverme, sino que aguardé en silencio á ver qué clase de gente eran mis agresores. Unicamente temía que me quitaran las cartas, frustrando el objeto de mi misión. Avergonzábame sólo de pensar en el trance de que en este mi primer ensayo me hubieran desarmado sin lucha y pudieran arrebatarme los documentos que llevaba.

La cuadrilla que se había apoderado de mí se componía de individuos que usaban barba y se abrigan con capas de pieles y ropas de pana, ajustadas al cuerpo por cinturones de ante, de los que pendían puñales cortos y anchos. Sus morenos y tostados ros-

tros y las altas botas que calzaban me hicieron creer que eran pescadores ó marineros, y así lo confirmaba además la rudeza de su lenguaje. Dos de ellos se pusieron á mis lados, asiéndome de los brazos; un tercero se puso detrás apuntándome á la cabeza con una pistola montada, mientras los restantes, que eran siete ú ocho, ayudaban á ponerse en pie al hombre á quien yo había herido y que sangraba abundantemente de una herida abierta encima de un ojo.

—Lleva el caballo á casa del abuelo Mycroft—dijo un hombre fornido y de negra barba que parecía ser el jefe.—No es un rocín (1) cualquiera de esos que llevan los dragones, sino un hermoso bruto de buena raza que ha de valer al menos sesenta piezas. A vos, Pedro, os tocará lo bastante para comprar bálsamo y unguento con que curaros la herida.

—¡ Ah, grandísimo perro!—exclamó el holandés amenazándome con el puño.—¿ Querías matar á Pedro, fealdad? Querías derramar la sangre de Pedro, ¿ no es así? *Taunsend Teufel!* (¡ Voto á mil demonios!) Hombre, si tú y yo nos encontráramos mano á mano allá en la ladera, habías de fer quién es Pedro.

—¡ Menos bravatas, Perico!—gruñó uno de sus camaradas;—este sujeto es seguramente un esbirro de Satanás y tiene una profesión que ningún hombre bien nacido y honrado querría seguir. Pero yo aseguro, juzgando por su apariencia, que había de aplastarte si te tomara por su cuenta. Luego comenzarías á aullar pidiendo auxilio como hiciste en el pasado noviembre, cuando confundiste á la mujer de Cooper Dick con un aforador.

—¿ Aplastarme á mí? ¿ Quién, él? ¡ Rayos y truenos!—repuso el aludido, á quien el golpe y el aguar-

(1) Nota B, Apéndice.—Monturas de los dragones y de las demás tropas de caballería.

diente habían puesto medio loco.—Eso lo feríamos. ¡Toma, hijo del diablo, toma!

Y, al decir esto, se precipitó sobre mí y me dió de puntapiés con todas sus fuerzas.

Algunos de la cuadrilla se echaron á reír; pero el hombre que había hablado primero dió al holandés un empellón que le arrojó á tres pasos tambaleando.

—¡Cuidado con eso!—dijo con acento amenazador.—Puesto que estamos en suelo inglés, hay que portarse á la inglesa, y no tolero ninguna de esas ruines artimañas. Delante de mí, ¿sabes? ningún panzudo hijo de Amsterdam lleno de ginebra, ningún gallina crapuloso dará de puntapiés á un hijo de Inglaterra. Si el patrón lo cree conveniente, se le ahorcará. Eso se da por supuesto; pero, ¡mil rayos! si quieres bronca, vuelve á tocarle otra vez.

—Muy bien hablado, Dicon—dijo el jefe con acento tranquilo.—Todos sabemos que Pedro no sirve para recibir cuatro bofetones; pero en cambio es el mejor tonelero de toda la costa, ¿verdad? No hay quien le iguale en punto á poner duelas ó apretar los aros, ó á dar á las vasijas la debida curvatura. Será capaz de tomar una tabla y convertirla en un barril antes que otro cualquiera lo piense.

—Vos lo reconocéis así, capitán Murgatroyd—dijo el holandés con acento de enojo;—y, sin em-pargo me feis aporreado, ensangrentado, aprumado de insultos y llenado de amenazas, sin darme auxilio. Juro que cuando vuelva á estar en el Texel después de regresar en el *María*, he de dedicarme á mi antiguo oficio y no poner más los pies en el parco.

—No hay miedo—respondió el capitán riendo.—Mientras el *María* transporte cinco mil piezas al año y pueda sacar ventaja á todas las escampavías de la costa, no hay que temer que el ambicioso Perico deje de tener su parte en el negocio. ¡Vaya, hombre! A este paso podrás tener en un año ó dos un

magnífico *chalet* de tu propiedad con su bonita pradera y sus árboles de vistoso ramaje y criaderos de flores y un canal junto á la puerta y una rolliza ama de casa tan corpulenta como un burgomaestre. Muchas fortunas como ésa se han hecho con géneros de Malinas y cognacs.

—Sí, y también hay muchas capezas rotas con eso de los artículos de Malinas y cognac—gruñó mi enemigo.—¡Rayos y truenos! Otras cosas hay además de las casas de recreo y las estufas para criar flores. Porque, ¿dónde me dejáis los nordestes y las costas de sotafento y los espolones y las nafes que os persiguen?

—Y, ¿dónde los bravos marinos que bregan sin provecho en la pesca del arenque, ó navegan en barcos de cabotaje de Navidad á Navidad corriendo todo género de peligros y sin obtener ninguna ganancia especial?... Pero baste lo dicho. Levantad al prisionero y sujetémosle bien con los grillos.

Pusiéronme de pie y la cuadrilla me llevó, medio en el aire, medio arrastrando. Mi caballo había sido trasladado ya de aquel sitio en dirección contraria. Nosotros dejamos el camino y comenzamos á descender por una rocosa y escarpada barranca que se abría en dirección al mar. Al parecer, no había el menor rastro de senda ó camino; y, como yo continuaba atado y sin poder valerme, no ofrecí otra resistencia que la de enredarme entre los arbustos ó hacer hincapié en las rocas. Sin embargo, la sangre de mis heridas se había secado y la fresca brisa marina me despejó la cabeza, ayudándome á formar idea más clara de mi situación.

Del lenguaje de aquellos hombres se deducía evidentemente que eran contrabandistas. Como tales, no habían de sentir gran afecto al gobierno, ni tener gran empeño en apoyar al rey Jacobo por ningún concepto. Al contrario, lo probable era que se inclinaran á favor de Monmouth, porque, ¿no había

visto yo el día antes en su ejército á todo un regimiento de infantería, reclutado de entre la población de la costa? Mas, por otra parte, su avaricia podía sobreponerse á todo sentimiento de lealtad é inducirlos á que me entregaran á la justicia esperando recibir algún premio. Bien mirado todo, creí más prudente no decir nada de mi misión y guardar el secreto de mis papeles mientras fuera posible.

Pero mientras me llevaban á rastras, hube de preguntarme con extrañeza por los motivos que habrían tenido estos hombres para tenderme aquella asechanza, conforme lo habían hecho. El camino que yo había seguido era solitario; mas, aun así, por él debían transitar bastantes viajeros, que desde el Oeste hacían el viaje á Bristol, pasando por Weston. La cuadrilla no podía estar vigilándolo constantemente. ¿Por qué habrían puesto esa trampa precisamente la noche de mi viaje? Los contrabandistas eran gente desesperada que vivía fuera de la ley; sin embargo, generalmente, no descendían al nivel de los salteadores de caminos ó ladrones. Con tal de no meterse en sus asuntos, rara vez ocurría que se anticiparan á causar desórdenes. Y entonces, ¿cómo se explicaba que hubieran estado en acecho para perjudicarme á mí, que ningún daño les había causado nunca? ¿Cabía imaginar que alguien me hubiera hecho traición? Revolviendo andaba todavía en mi cabeza estas preguntas, cuando llegamos al sitio en que era preciso hacer alto; y el capitán hizo sonar una nota aguda con un silbato que tenía colgado al cuello.

El lugar donde á la sazón nos encontrábamos era el más tenebroso y abrupto de todo aquel salvaje desfiladero. A un lado y otro se alzaban grandes riscos que formaban un arco sobre nuestras cabezas, guarnecido de maleza y helechos por ambos lados, de suerte que casi quedaban ocultos el obscuro cielo y las pocas estrellas que brillaban en él con luz débil.

Grandes rocas negras aparecían vagamente en la penumbra, mientras de frente nos obstruía el paso una revuelta vegetación de brezos. Al sonar un segundo silbido, se percibió por entre el ramaje un destello luminoso y toda la cuadrilla torció á un lado como si se hubiera movido girando sobre un gozne. Más allá se abría un pasadizo tortuoso penetrando en el interior de la ladera y nos metimos por él, teniendo que bajar las cabezas para no chocar con las rocas de la parte superior. Entonces sentimos resonar á ambos lados el murmullo del mar.

Después de pasar aquella entrada, que debía haberse abierto en la roca viva con gran trabajo, llegamos á una espaciosa cueva, iluminada por la hoguera que ardía en un extremo y por varias antorchas. Á su amarillo y fuliginoso resplandor pude observar que el techo tendría unos cincuenta pies de altura, y de él pendían largas y brillantes estalactitas, que reverberaban y centelleaban con deslumbrante intensidad. El piso de la cueva era de fina arena, tan mullida y suave como una aterciopelada alfombra de Wilton, y descendía á lo largo en tal forma, que parecía dirigirse á desembocar en el mar; conjetura confirmada por el mugir y estrellarse de las olas y por la humedad salitrosa que llenaba toda la caverna. Sin embargo, no era posible divisar el agua, porque el subterráneo torcía bruscamente impidiendo ver su continuación.

En esta especie de elipsoide, abierto en la roca que tendría unos sesenta pasos de longitud por treinta de anchura, había grandes pilas de pipas, barriles y cajas; mosquetes, cuchillos, duelas, garrotes y montones de paja esparcidos sobre el piso. En un extremo ardía la alegre llama de una hoguera, proyectando extrañas sombras sobre las paredes y esparciendo innumerables destellos diamantinos en los cristales de la techumbre. El humo escapaba por una enorme abertura del techo. Sentados en cajas,

ó tendidos en la arena alrededor del fuego, había otros siete ú ocho contrabandistas que se pusieron de pie y corrieron á nuestro encuentro al entrar.

—¿Le habéis aprehendido?—preguntaron.—¿De modo que al fin vino? ¿No le acompañaba nadie?

—Aquí está, pero solo—respondió el capitán.—La maroma le arrancó del caballo tan fácilmente como la red del cazador roquero barre á la descuidada gaviota. ¿Qué habéis hecho entretanto, Silas?

—Preparar los paquetes para el transporte—respondió el interrogado, que era un fornido marinero de rostro curtido por la intemperie y mediana edad.—La seda y encajes están en esas cajas cubiertas con jerga. En una de ellas he puesto «hilados» y en la otra «cañamo»... un millar de encajes de Malinas por un centenar de piezas satinadas. Podrán ir perfectamente á lomo en un mulo. El aguardiente, la ginebra holandesa, la especial de Schiedam y el *goldwasser* (1) de Hamburgo han sido dispuestos todos en debido orden. El tabaco está en las cajas achatadas junto á la *Boca Negra*. Es un cargamento de lo más engorroso que jamás hemos transportado aquí; pero al fin podemos colocarlo en el barco, aunque el lugre flotará con él como una espumadera, pues apenas tiene lastre para resistir una brisa de cinco nudos.

—¿Hay alguna señal de que llegue el *Fairy Queen*?—preguntó el contrabandista.

—Ninguna. Juanón está allá abajo en la ribera mirando á ver si descubre el farol insignia. Este viento favorecerá el arribo con tal que haya doblado la punta de Combe-Martín. Había un barco, unas diez millas en la dirección este-nordeste, al ponerse el sol. Tal vez fuera una goleta de Bristol ó un fibote del rey.

—¡No están malos fibotes las naves-tortugas de

(1) Célebre licor alemán, muy estimado.

Su Majestad! —repuso el capitán Murgatroyd en tono de mofa.—No podemos ahorcar al empleado de aduanas hasta que el capitán Venablos llegue con el *Fairy Queen*, porque, al fin y al cabo, la víctima de los agentes del fisco ha sido uno de sus hombres. Que se encargue él de la molesta tarea de ejecutar al delincuente.

—¡Ira de Dios!—exclamó furioso el holandés.—¿No sería el mejor modo de obsequiar al capitán Venablos precipitar desde luego al aduanero por la *Poca Negra*? ¿Quién sabe si tendrá que prestarnos él algún día un serficio análogo?

—¡Callaos con cien mil demonios! ¿Quién manda aquí, vos ó yo?—preguntó indignado el jefe.—Traed el prisionero junto á la hoguera. Vamos á ver, granuja, podéis contaros por tan muerto, como si estuvierais tendido en la caja, rodeado de cirios. Mirad esto (y al hablar así levantó una antorcha mostrándome á su roja luz un gran boquete que se abría en el piso en el extremo más remoto de la cueva); podréis juzgar de la profundidad que tiene la sima de *Boca Negra* escuchando atentamente hasta que percibáis un ruido.

Dicho esto, levantó un barril vacío y lo arrojó por la abertura del piso. Por espacio de diez segundos estuvimos aguardando en silencio, hasta que un sordo y lejano ruido indicó que el objeto lanzado había caído en el fondo.

—Antes de que suelte el último aliento, habrá recorrido medio camino del infierno—observó uno.

—Será una muerte más dulce que la que le daría la horca de Debizes—añadió otro.

—No—interpuso un tercero;—hay que ahorcarle antes. La *Boca Negra* sólo nos servirá para darle sepultura.

—Desde que le hicimos prisionero no ha abierto la boca—dijo el llamado Dicon.—¿Será mudo? Mostradnos, buen amigo, que sabéis hablar y decidnos

cuál es vuestro nombre. Más os hubiera valido haber nacido sin lengua para no denunciar á nuestro camarada y ser causa de su muerte.

—Había estado esperando una pregunta cortés después de todas vuestras insolencias, y bravuconadas—dije.—Mi nombre es Miguel Clarke. Ahora haced el favor de decirme quiénes sois y con qué autoridad detenéis á los viajeros pacíficos en una vía pública.

—Aquí está nuestra autoridad—respondió Murgatroyd acariciando el mango de su machete.—En cuanto á quiénes somos, debéis saberlo de sobra. Vuestro nombre no es Clarke, sino Westhouse ó Waterhouse, y sois el mismo condenado aduanero que maltrató á nuestro pobre camarada, Cooper Dick, y le quitó la vida en Ilchester.

—Juro que os equivocáis—reliqué.—En mi vida he estado por aquí antes de ahora.

—¡Bonitas palabras! ¡Bonitas palabras!—repitió otro de los contrabandistas.—Aduanero ó no, daréis el salto mortal por la boca del precipicio, puesto que conocéis el secreto de nuestra cueva.

—Vuestro secreto está bien seguro por lo que á mí toca—respondí;—pero si queréis asesinarme, soportaré mi desgracia como corresponde á un soldado. Hubiera preferido morir en el campo de batalla antes que encontrarme como ahora á merced de semejante gavilla de ratas de agua, metidas en su guarida.

—¡Por quien soy!—exclamó Murgatroyd.—Estas son palabras mayores que seguramente no sabría pronunciar un aduanero. El hombre se porta como verdadero soldado. Tal vez queriendo cazar la zorra, hemos atrapado el león. Sin embargo, teníamos cierta confianza de que había de venir por este camino y con un caballo semejante.

—Llamad á Juanón—sugirió el holandés.—Yo no daría una pipa de trinidado por la palapra de Schelm.

Juanón estaba con Cooper Dick cuando cayó prisionero.

—Así es—refunfuñó Silas.—Y por cierto que recibió una cuchillada en el brazo de manos del aduanero. Nadie mejor que él ha de conocerle.

—Que venga, pues—dijo Murgatroyd y poco después llegó un marinero alto y seco, abandonando la boca de la cueva donde había estado de centinela. Usaba un pañuelo rojo alrededor de la cabeza y un chaquetón azul y venía arremangándose una de sus mangas.

—¿Dónde está el aduanero Westhouse?—preguntó;—aquí me ha dejado una señal en el brazo. ¡Mala peste sobre mí, si el rasguño se ha cicatrizado todavía! Pero ahora se han vuelto las tornas, amigo... ¡Calle! ¿Quién es éste que tenéis en el cepo? No es el hombre que buscamos.

—¿De modo que no es él?—preguntaron entre ternos y maldiciones.

—Claro que no. Con este sujeto se podrían hacer dos hombres de la estatura del aduanero y aun sobraría materia para fabricar el amanuense de un juez. Podéis ahorcarle para mayor seguridad, pero repito que no es nuestro hombre.

—Sí, lo mejor es ahorcarle—dijo el holandés Pedro.—¡Foto al infierno! ¿Fa á ser nuestra cuefa el asunto de las confersaciones de toda la comarca? ¿Adónde iría entonces nuestro parco *María* con sus sedas y satines, sus parriles y sus cajas? ¿Hemos de sacrificar nuestra cuefa por la conveniencia de este perillán? Además ha maltratado á nuestro tonelero, golpeándole la capeza párbaramente. Pien merece eso la corpata de cáñamo.

—Lo que merece es un buen vaso de *rumbo* (1)—repuso Dicon.—Por vuestra vida, capitán, me atrevería á decir que no somos una cuadrilla de sal-

(1) Especie de licor.

teadores ó rateros, sino un grupo de honrados marineros que sólo hacemos daño á los que nos perjudican. El aduanero Westhouse ha ocasionado la muerte de Cooper Dick, y es justo que muera á su vez; pero por lo que se refiere á sacrificar á este joven soldado, lo encuentro tan irracional como dar un barreno á nuestro barco *María* ó poner en su penol otro pabellón.

No puedo decir qué respuesta se dió á tales palabras, porque en ese momento resonó un agudo silbido fuera de la cueva, y aparecieron dos contrabandistas trayendo el cuerpo de un hombre. Tan desmayado venía éste, que en un principio creí que se trataba de un cadáver; pero cuando le depositaron sobre la arena comenzó á moverse y al fin se sentó como quien despierta de un ligero sueño. Era un sujeto con cara de perro dogo, que presentaba una rozadura en la mejilla y vestía una chaqueta azul ajustada con botones dorados.

—Ese es el aduanero Westhouse—exclamaron á coro varias voces.

—Yo soy—dijo tranquilamente el hombre haciendo un movimiento como quien siente la molestia de un dolor.—Yo represento la ley y autoridad de nuestro legítimo soberano, y en su nombre os arresto á todos, declarando embargados y confiscados todos los géneros de contrabando que veo á mi alrededor, conforme á la sección segunda de la primera cláusula del estatuto referente al tráfico ilegal. Si entre los presentes hay algún hombre honrado, le pido que me ayude á cumplir con mi deber.

Hizo un movimiento para ponerse de pie, mientras decía las anteriores palabras, pero sus fuerzas no le acompañaron y volvió á caer sobre la arena entre las carcajadas de los rudos marinos.

—Le hemos encontrado tendido en el camino, al regresar de casa del abuelo Mycroft—dijo uno de los recién venidos, y que era el mismo que se había lle-

vado á *Covenant*.—Debió pasar después de retiraros vosotros, y la cuerda le dió por debajo de la barba arrojándole á la distancia de doce pasos. Descubrimos la botonadura dorada de su chaquetilla y por eso le hemos traído. ¡Voto á tal y lo que ha pateado mientras estaba aturdido!

—¿Habéis aflojado la cuerda?—preguntó el capitán.

—Hemos desatado una de las puntas y la hemos dejado colgando.

—Perfectamente. Retendremos con nosotros al aduanero para entregárselo al capitán Venablos. Y por lo que toca al otro prisionero, debemos registrarle y examinar sus papeles; porque son tantos los barcos que navegan con bandera falsa, que se necesita andar con cautela. ¡Vamos á ver, señor soldado! ¿Qué os trae por estos parajes, y á qué rey servís, pues, según mis noticias, ha estallado un motín en el que se disputan dos patronos la propiedad de la antigua nave de Inglaterra.

—Presto mi servicio á las órdenes del rey Monmouth—respondí viendo que el registro proyectado había de concluir con el hallazgo de mis documentos.

—¿A las órdenes del rey Monmouth?—preguntó con tono de duda el contrabandista.—No, amigo, eso no parece verdad. El buen rey necesita, según dicen, de todos sus amigos en el Sur, y no se concibe que deje á un soldado capaz como vos, vagar á lo largo de la costa como cualquier raquero de Cornualla, capeando un sudoeste.

—Llevo despachos—dije—de puño y letra del mismo rey para Enrique, duque de Beaufort, que debe estar en su castillo de Badminton. Podéis hallarlos en mi bolsillo interior; pero os ruego que no rompáis el sello, porque eso desacreditaría mi misión.

—Señor—exclamó el empleado de aduanas apo-

yándose sobre el codo,—os arresto por vuestras mismas palabras en méritos de ser traidor y promotor de traición, vagabundo y rebelde, conforme al tenor del estatuto cuarto del Acta. Como ministro de la ley, os intimo la sumisión á mi autoridad.

—Ponle una mordaza con tu faja, Jacobo—dijo Murgatroyd.—Cuando llegue Venablos, no tardará en hallar el modo de hacerle cerrar el pico... Sí —continuó mirando el sobrescrito de mis papeles,—aquí consta lo que decís : «De Jacobo II de Inglaterra, conocido últimamente como duque de Monmouth, á Enrique, duque de Beaufort, presidente de Gales, por mano del capitán Miguel Clarke, del regimiento de infantería de Wiltshire, mandado por el coronel Saxon.» Quitadle las ligaduras, Dicon. Ahora, pues, capitán, volvéis á ser hombre libre ; y siento que os hayamos perjudicado por equivocación. A fuer de buenos luteranos, estamos más dispuestos á prestaros ayuda, que á poner obstáculos á vuestra misión.

—¿No podríamos ayudarle de hecho á desempeñar su cometido?—dijo el piloto Silas.—Por mi parte no tendría inconveniente en soportar algunas molestias por la causa y dudo que no seáis todos de mi opinión. Aprovechando la brisa que sopla, podríamos navegar hasta Bristol y desembarcar al capitán mañana por la mañana, librándole así de caer en las garras de algún bandido.

—Muy bien pensado—repuso Juanón.—La caballería del rey está más allá de Weston, pero el soldado se libraría de ella contando con la ayuda de nuestro barco.

—Bien—dijo Murgatroyd,—podemos retroceder tres largas bordadas. Venablos necesitará cerca de un día para desembarcar sus géneros ; si hemos de hacer la navegación en compañía, tendremos tiempo de sobra. ¿Qué os parece el proyecto, capitán?

—¿Y mi caballo?—pregunté.



Una nueva descarga salió del barco de guerra ; pero esta vez habían perdido nuestro rastro y disparaban á bulto. (Pág. 73.)

SIG. 5.—CLARKE.—TOMO II

LÁMINA I

—No hay motivos para detenernos por esa causa. Soy hombre capaz de improvisar una caballeriza con mis arboladuras de repuesto y los enjaretados; así que el vuestro estará bien atendido en el barco. El viento ha dejado de soplar; con lo que podremos llevar el lugre hasta el borde mismo de la «Punta del Muerto» y embarcar allí el caballo. Ve corriendo, Jacobo, á casa del abuelo, y tú, Silas, búscanos el bote. Aquí hay carne, fiambre y galletas... la mnestra del marino, capitán... y un vaso de legítima jamaica con que remojar la garganta. Conviene que vuestro estómago no se ande con escrúpulos y se acostumbre á todo.

Sentéme sobre una barrica junto al fuego y estiré mis miembros, que estaban entumecidos á consecuencia de las ligaduras, mientras uno de los marineros me curaba la herida de la cabeza, lavándola con un pañuelo húmedo, y otro me ponía delante la comida en una caja. El resto de la banda se había ido á la boca de la cueva á preparar el lugre, con excepción de dos ó tres que quedaron haciendo guardia junto al desdichado aduanero... Permanecía éste apoyando la espalda contra el muro de la cueva, los brazos cruzados sobre el pecho, y echando de cuando en cuando una mirada amenazadora á los contrabandistas, como pudiera hacerlo un viejo y valiente sabueso rodeado de una camada de lobos. Revolví en mi imaginación si podría hacer algo en su ayuda, cuando llegó Murgatroyd y hundiendo un vaso de estaño en un tonelito abierto, que estaba casi lleno de ron, me le ofreció brindando por el éxito de mi misión.

—Mandaré que os acompañe Silas Bolitho—dijo, —mientras aguardo aquí la llegada de Venablos que manda la nave compañera. Si puedo hacer algo para reparar los malos tratos...

—Una sola cosa voy á rogaros, capitán—le interrumpí con viva ansiedad.—Lo que os pediré es

de tanto interés para vos como para mí. No consintáis que asesinen á ese infeliz.

El semblante de Murgatroyd se puso rojo de indignación.

—Os expresáis con expresiva crudeza, capitán Clarke—repuso.—Esto no es un asesinato, sino justicia seca. ¿Qué daño hacemos nosotros ejerciendo nuestra profesión? En toda la comarca no hay una mujer de su casa que no nos eche mil bendiciones. ¿Dónde había de comprar su *souchong* (1) ó sus licores y bebidas espirituosas si no fuera por nosotros? Vendemos barato y no obligamos á nadie á comprar nuestros géneros. Somos negociantes pacíficos. Pues con todo eso, este compadre y los de su cuerda no dejan de andar mordiéndonos los zancajos como tiburones en un banco de abadejo. Se nos acosa, se nos caza á ojeo, se nos persigue á tiros hasta obligarnos á buscar refugio en antros como el que veis. Hace un mes, cuatro de los nuestros llevaban un barrilito de ginebra por la ladera inmediata á la granja de Black, que era parroquiano nuestro desde hacía cinco años. De pronto llegó un piquete de caballería, conducido por este aduanero, y sin más ni más, los soldados desenvainaron los montantes y la emprendieron á cuchilladas con mi gente dando un tajo en el brazo á Juanón y tomando prisionero á Cooper Dick. Condujéronle á la cárcel de Ilchester y después de presentarlo al tribunal que le sentenció á muerte, le colgaron junto á las prisiones, dejándole allí como un armiño á la puerta de un guardabosque. Tuve noticia de que este aduanero había de pasar hoy por la noche por el camino que vos traíais, ignorando que nosotros tratábamos de darle caza. ¿Tiene nada de extraño que le hayamos tendido una red, y que habiendo conseguido ca-

(1) Especie de te negro.

zarle, hagamos en él la misma justicia que ha ejecutado en nuestros camaradas?

—No es más que un subordinado—objeté.—El no es el autor de la ley; su deber consiste en hacerla cumplir. De quien debéis quejaros es del código.

—Tenéis razón—dijo el contrabandista con aire sombrío.—A quien tenemos que ajustar la cuenta es al juez Moorcroft. Tal vez pase por este camino el día menos pensado. ¡Quiera el Cielo que así sea! Pero hemos de colgar también al aduanero. Ahora conoce ya nuestra guarida y sería una locura dejarle escapar.

Viendo que de nada servía continuar intercediendo por el preso, me contenté con dejar caer disimuladamente en la arena mi cuchilla cerca del aduanero, esperando que pudiera servirle de algo. Los que le guardaban reían y bromeaban entre sí, haciendo poco caso de su obligación; pero la víctima estaba alerta porque no tardó en alargarse la mano para agarrar el arma.

Por espacio de algunas horas paseé de un lado á otro fumando pipa tras pipa, hasta que al fin apareció el piloto Silas y me dijo que el lugre estaba ya dispuesto con el caballo á bordo. Despedíme de Murgatroyd, aventurándome á decir algunas palabras más á favor del aduanero; pero se me contestó con un movimiento de cabeza que indicaba una redonda negativa. Metieron un bote en el interior de la cueva y le atracaron para que yo saltara en él, como de hecho lo hice, después de haber recibido mi espada y pistolas. Los marineros desatracaron y entraron en el barquichuelo, al deslizarse, avanzando mar adentro.

A la luz de la antorcha que Murgatroyd había traído, pude ver que el techo de la cueva bajaba rápidamente al paso que nos acercábamos á la entrada. A corta distancia de ésta disminuía mucho el es-

pacio entre el agua y la bóveda de la cueva, viéndonos precisados á doblar la cabeza para no chocar contra las rocas. Los remeros dieron dos golpes vigorosos que nos lanzaron fuera de la boca del subterráneo trasladándonos de pronto al exterior, donde las estrellas brillaban débilmente y la luna vertía una confusa claridad por entre las nubes y la niebla.

Frente á nosotros se divisaba un gran bulto, que al acercarnos tomó la forma de un enorme lugre columpiándose majestuosamente sobre las olas. Sus altas arboladuras y delicado cordaje campeaban sobre nuestras cabezas mientras nos acercábamos al costado; y al mismo tiempo el rechinar de poleas y el frote de cuerdas nos dió á entender que se aprestaba á darse á la vela. Mecíase en el mar con un suave balanceo, semejando una gigante ave marina que iba extendiendo lentamente sus alas para emprender el vuelo. Los boteros empujaron la pequeña embarcación hasta el pie de la escalera y la sujetaron mientras yo trepaba á cubierta.

Era un barco grande que presentaba notable anchura de manga con una graciosa curva en la proa y mástiles más altos de los que yo había visto en ninguna de las embarcaciones del Solent. Estaba cubierto enteramente por la parte de proa y dejaba entrever gran profundidad en la de popa, llevando numerosas cuerdas fijas alrededor de los costados para sujetar en ellas barriles cuando estuviera llena la bodega. En el castillo de popa los marineros habían construído un establo donde hallé á *Covenant* junto á un pozal de avena. Mi antiguo amigo alargó la cabeza hacia mí y relinchó al reconocer á su dueño. Estábamos todavía entretenidos en acariciarnos, cuando asomó por la escotilla del camarote la cabeza entrecana de Silas Bolitho el piloto.

—Ahora ya estamos en nuestro camino, capitán Clarke—dijo.—Como veis, la brisa ha amainado en-

teramente y tal vez tardemos algo en llegar al puerto. ¿No sentís alguna molestia?

—Estoy un poco cansado—confesé.—Me duele algo la cabeza á causa del golpe que recibí al ser arrancado de la silla.

—Pocas horas de sueño os bastarán para que quedéis enteramente despejado—dijo el contrabandista.—Vuestro caballo está bien atendido y podéis descuidar enteramente sobre ese particular. Voy á mandar á un hombre que se encargue de él, aunque, á decir verdad, estos pícaros entienden más de arrastraderas y drizas que de cuidar caballos. Sin embargo, podéis estar tranquilo y bajar al camarote.

Descendí por la escalera casi vertical que conducía al interior del lugre y hallé dos huecos dispuestos en los lados para servir de cama.

—Aquí podéis acostaros—dijo el piloto señalándome á uno de ellos.—Nosotros os llamaremos si ocurre alguna novedad.

No necesité segunda invitación, y acomodándome en el lugar que se me había indicado, sin aguardar á desnudarme, quedé sumergido á los pocos minutos en un profundo sueño, que no pudieron interrumpir ni el balanceo del barco ni el rumor de pisadas sobre mi cabeza.

IV

DE LA ACOGIDA QUE ENCONTRÉ EN BADMINTON

Cuando abrí los ojos, me costó algún trabajo recordar dónde estaba; mas al incorporarme y chocar con la cabeza en el cielo raso del camarote, caí en la cuenta de todo. En el lado opuesto al mío yacía Silas Bolitho tendido cuan largo era con un gorro de noche de lana roja en la cabeza, enteramente dormido y roncando. En el centro pendía del techo

una mesa muy usada, con innumerables manchas de grasa y licor. Un banco de madera, atornillado al piso, completaba el mobiliario junto con un soporte para mosquetes á lo largo de uno de los lados. Encima y debajo de las literas en que descansábamos nosotros había varias filas de alacenas, en las que se guardaban indudablemente los encajes y piezas de seda más preciosas. El barco subía y bajaba con suave balanceo; pero el aleteo de las velas me hizo comprender que apenas soplabá el viento. Deslicéme silenciosamente de la litera para no despertar al piloto y salí á cubierta.

Allí pude cerciorarme de que estábamos, no sólo encalmados, sino envueltos por una espesa niebla que formaba á nuestro alrededor espesos pelotones ocultándonos del todo el agua y el cielo. Hubiera podido creer que nuestro barco flotaba en el aire navegando sobre un blanco estrato de cirros. De cuando en cuando, soplabá un momento la brisa hinchando el trinquete, que caía otra vez á los pocos instantes lacio y flojo contra el mástil. A veces un rayo de sol penetraba á través de la densa neblina, bañando la cubierta con un débil resplandor irisado, pero las masas de vapores volvían á acumularse cerrando el paso al invasor. *Covenant* volvía la cabeza á derecha é izquierda como agujoneado por la curiosidad. La marinería se había reunido á lo largo de las amuradas; y cada hombre se puso á fumar su pipa mientras clavaba en la densa niebla una mirada escudriñadora.

—¡Ira de Dios, capitán!—dijo Dicon llevándose la mano á su montera de piel.—Mientras ha soplado la brisa, hemos navegado á nuestro gusto, y según la estima del piloto, estábamos á pocas millas de Bristol.

—En ese caso, mi buen amigo—respondí,—podéis desembarcarme, porque estoy cerca del punto de mi destino.

—Necesitamos aguardar á que levante la niebla —dijo Juanón.—En esta parte no hay más que un sitio donde descargar nuestros géneros con toda tranquilidad. Cuando aclare, navegaremos con rumbo á ese lugar; pero hasta tanto que pongamos en salvo el cargamento, no tenemos más remedio que aguantar al socaire.

—¡Vigila bien por esa parte, Tomás Baldock!—ordenó Dicon á un marinero que estaba en proa.—Estamos en la ruta seguida por todos los barcos de Bristol, y aunque el viento es tan escaso, una nave de alta arboladura podría hallar la brisa que á nosotros nos falta.

—¡Chist!—dijo de pronto Juanón recomendando cautela con una señal de su mano.

Pusímonos á escuchar con la mayor atención, pero no percibimos otro ruido que el suave chapoteo de las invisibles olas contra los costados de nuestro lugre.

—Llamad al piloto—repuso en voz baja el marinero.—Hay un barco cerca del nuestro, porque oigo el crujir de una cuerda sobre cubierta.

En un instante tuvimos á nuestro lado á Silas Bolitho, y todos aguzamos el oído y nos pusimos á atisbar por entre la densa niebla. Casi habíamos llegado á convencernos de que aquello era una falsa alarma, y el piloto se disponía á volver al camarote con humor algo avinagrado, cuando resonó siete veces muy cerca de nosotros el tañido de una campana, al que siguió un agudo silbido y un confuso rumor de voces y pataleo.

—Es un barco del rey—gruñó el piloto.—La campana marca las tres y media y hacen el relevo de los centinelas.

—Estaba en la dirección de nuestra cuarta—murmuró uno.

—No, me parece que le teníamos á babor—repuso otro.

El piloto hizo señal de callar y todos permanecimos escuchando los nuevos ruidos que pudieran salir del vecino barco, tan en mal hora hallado. Habíase levantado un poco de viento y navegábamos á la sazón con una velocidad de cuatro ó cinco nudos por hora. Repentinamente oímos una voz bronca que dictaba imperiosas órdenes á nuestro lado.

—¡ Virar de bordo! —gritaba.—¡ Echad una mano á esas cuerdas! ¡ Izad esas vergas, canallas, ó iré yo allá con el bastón á calentaros las costillas!

—Es un navío del rey, no cabe duda, y le tenemos á dos brazas—dijo Juanón apuntando por la cuadra de popa.—Los marinos mercantes hablan con decencia. Sólo esa gente de las chaquetillas azules con botones dorados que no saben salir del alcázar, donde tienen buenos repuestos de licores y golosinas, es la que acostumbra amenazar con el bastón. ¡ Hola! ¿ No os dije yo?

Mientras hablaba, rasgóse la blanca nube de vapor que nos envolvía, desapareciendo como el telón de un escenario y descubriéndonos un soberbio barco de guerra, tan inmediato á nosotros que hubiéramos podido arrojar una galleta á bordo del mismo. Su largo y negro casco se balanceaba con gracioso ritmo, mientras los altos mástiles y blancas velas se irguieron un instante frente á nosotros, para quedar envuelto poco después en la niebla que nos rodeaba. Nueve cañones de bronce asomaban frente á nosotros por las portas de batería. Sobre la línea de hamacas que pendían como vellones de lana á lo largo de sus amuradas, pudimos ver las cabezas de los marinos que se volvían hacia nosotros y conversaban entre sí. En el castillo de popa estaba el oficial más antiguo con su sombrero escarapelado sobre la blanca y acicalada peluca, é inmediatamente nos enfocó su antejo.

—¡ Ah, del barco !—vociferó apoyándose en el coronamiento.—¿ Qué lugre es éste ?

—El *Lucy*—respondió el piloto,—que viene de Porlock Quay y va á Bristol con pieles y sebo en rama. Aprestaos á virar—añadió en voz más baja ; —porque la niebla vuelve otra vez.

—Una de las pieles está todavía en el caballo—gritó el oficial.—Atracad á nuestro costado, que necesitamos veros más de cerca.

—Sí, señor, sí—respondió el piloto y accionando rápidamente el timón, hizo funcionar la botavara, y el *María* salió disparado como una gaviota y se ocultó entre la niebla. Al volver atrás la cabeza me fué imposible discernir adónde habíamos dejado al barco de guerra. Con todo eso no tardaron en oirse roncadas voces de mando y ruido de maniobras.

—¡ Aprovechad el viento, muchachos !—exclamó el piloto.—Ahora podremos escapar.

—No había acabado de pronunciar las palabras anteriores cuando se percibieron entre la niebla media docena de llamaradas, y otros tantos proyectiles cruzaron por entre nuestras jarcias. Uno de ellos partió la perilla del palo mayor y le dejó colgando ; otro dió en el bauprés é hizo saltar una nube de blancas astillas.

—No lo hacen mal, ¿ verdad, capitán ?—dijo el viejo Silas frotándose las manos.—¡ Pardiez ! Tiran mejor con la niebla que en plena luz. Han disparado ya á este lugre más cañonazos que balas podría llevar, si se le cargara de material de guerra. Y, sin embargo, nunca le han hecho tanto daño como ahora en el barniz del casco. Vuelven otra vez.

Una nueva descarga salió del barco de guerra ; pero esta vez habían perdido nuestro rastro y disparaban á bulto.

—Ese es su último ladrido—observó Dicon.

—No hay cuidado—murmuró otro de los contrabandistas ;—en el resto del día tal vez sigan hacien-

do fuego porque es un buen ejercicio para la dotación y como las municiones son del rey, no les cuestan una blanca.

—Fortuna ha sido que se levantara la brisa—dijo Juanón.—Oí que echaban al agua los botes después de la primera descarga; se ve que querían registrarlos, y lo habrían hecho, tan cierto como no soy holandés.

—Tanto mejor para vos si lo fuerais, maldito pacaño de siete pies—repuso mi enemigo el tonelero cuyo aspecto no había ganado gran cosa con la gran venda que le cubría el ojo.—Hubierais aprendido algo más que á tirar de una cuerda ó á fregar cupiertas de parcos como una fil mozuela durante toda vuestra vida.

—Oye, tocinero—replicó el marino;—voy á meterte en uno de tus toneles y á echarte al agua dejándote al garete.—¿Cuántas baquetas tendremos que darte para que acabes de soltar la grosería?

—La niebla levanta un poco por la parte de tierra—observó Silas.—Me parece que veo la forma confusa de la punta de San Agustín, que se levanta por la parte de estribor.

—Allí está seguramente, señor—confirmó uno de los marinos, apuntando á una molé obscura que se divisaba á través de la niebla.

—Entonces voy á poner el rumbo hacia la ensenada que tiene tres brazas de fondo—dijo el piloto.—Cuando hayamos doblado la punta, capitán Clarke, podremos desembarcaros con vuestro caballo. Desde allí sólo tendréis algunas horas de caminata hasta el punto de vuestro destino.

—Llamé aparte al viejo marinero, y después de darle gracias por sus bondades y servicios, le hablé del aduanero y le rogué que empleara toda su influencia para salvarle la vida.

—Eso depende del capitán Venablos—me respon-

dió con semblante torvo.—Pero si le dejamos marchar, ¿qué va á ser de nuestra cueva?

—¿No hay manera de conseguir que guarde el secreto?—pregunté.

—Bien, quizá pudiéramos embarcarlo para los ingenios de América—dijo el piloto.—Le llevaríamos á la isla de Texel, y pediríamos al capitán Donders ó á algún otro que le traslade del otro lado del Océano.

—Hacedlo así—dije,—y yo me encargaré de hacer saber al rey Monmouth la ayuda que habéis prestado á su mensajero.

—Vamos á desembarcar dentro de poco—observó.—Bajemos al camarote en busca de algunas provisiones, porque no hay nada como zarpar con buen asiento y abundante lastre en la bodega.

Siguiendo el consejo del marino, le acompañé y tomamos una refacción tosca, pero sana. A la hora en que habíamos acabado, el lugre estaba entrando en una estrecha ensenada formada por dos bancales de arena. La región aparecía yerma y estaba llena de pantanos, sin que se descubriera la menor señal de habitantes. A fuerza de caricias y de empujones logramos que *Covenant* entrara en el agua y nadara hasta salir á tierra, mientras yo le seguía en el bote del contrabandista. Despidiéronse de mí con demostraciones rudas pero afectuosas; y poco después vi que la lancha regresaba y que el hermoso lugre comenzaba á alejarse en la costa, desapareciendo una vez más entre la niebla que seguía cubriendo la superficie del mar.

Verdaderamente, niños queridos, la Providencia realiza sus planes siguiendo caminos bien extraños; y hasta que el hombre no llega al otoño de su vida, apenas sabe decir qué sucesos le han sido adversos ó prósperos. Porque entre todos los aparentes infortunios que me han ocurrido en el transcurso de mi azarosa vida, no hay uno solo que no haya llegado

á considerarle como una bendición del Cielo. Y si vosotros grabáis profundamente en vuestros corazones las palabras que acabáis de oirme, hallaréis en ellas una poderosa ayuda para arrostrar todas las contrariedades con ánimo sereno, pues ¿por qué habríamos de quejarnos, no sabiendo si los sucesos que nos ocurren pueden ó no llegar á ser causa de regocijo?

En lo que acabo de referiros, observaréis que comencé siendo arrojado de mi caballo á un camino pedregoso; después de lo cual, se me llenó de golpes y por último estuve á punto de ser condenado á muerte por equivocación. Con todo eso, mi desgracia terminó con trasladarme al punto á donde me encaminaba, mientras que si hubiera proseguido el viaje por tierra, lo más probable es que hubiera sucumbido en Weston; porque, conforme supe después, un destacamento de caballería operaba activamente en aquellos parajes bloqueando los caminos y apresando á todos los que caminaban en aquella dirección.

Luego que me vi solo, mi primer cuidado consistió en lavarme la cara y las manos en una corriente que se precipitaba en dirección al mar, á fin de eliminar todas las huellas de la aventura que me había ocurrido la noche antes. Mi herida era de escasa importancia quedando oculta debajo de mi cabello. Después de haber compuesto mi traje y ordenado de algún modo el atavío de mi persona, pasé á limpiar mi caballo lo mejor que pude colocándole los arreos en mejores condiciones. Luego le conduje de la brida á lo más alto de un montículo arenoso para desde allí orientarme.

La niebla se tendía espesa á lo largo del canal, pero en el interior de la isla la atmósfera estaba despejada y pura. En la dirección de la costa el terreno se mostraba árido y pantanoso; mas en la parte opuesta se extendía una hermosa y fértil llanura, bien cuidada y cultivada. La línea entera del horizonte

aparecía cubierta por una cadena de eminencias, que creí fueran los Mendips; y por la parte del Norte se divisaba en último término otra segunda barrera de colinas. El río Avon describía su tortuoso curso por la campiña, semejante á una culebra de plata arras-trándose por un macizo de flores. Cerca de su desembocadura, y á unas dos leguas del punto donde yo estaba, surgían las agujas y torres de la magnífica ciudad de Bristol, la reina del Oeste, que era á la sazón y tal vez sigue siendo la segunda ciudad del reino. Los bosques de mástiles, que se alzaban á manera de un espeso pinar sobre las techumbres de las casas, daban testimonio del activo comercio, sostenido por la floreciente ciudad con Irlanda y las colonias de América.

Como yo sabía que la residencia del duque estaba situada á varias millas de Bristol por la parte del condado de Gloucester, y, como además recelaba que, si penetraba en la ciudad, había de correr el peligro de ser arrestado y registrado, emprendí mi camino por el interior dando la vuelta por las afueras. La vereda que seguí me llevó á un camino real por donde transitaban numerosos viajeros á caballo y á pie. Los revueltos tiempos, en que estábamos, obligaban á viajar con armas; por lo que no hubo en mis arreos militares nada que excitara la atención; y de ese modo pude mezclarme con los demás jinetes sin dar lugar á preguntas y sospechas. Juzgándolos por sus apariencias, eran labradores ó ricos hacendados en su mayoría y se encaminaban á Bristol para recoger noticias y colocar en lugar seguro sus objetos de valor.

—Con vuestro permiso, señor—me dijo un corpulento caminante de cara gruesa que usaba una chaqueta de terciopelo:—¿Podéis decirme si Su Excelencia el duque de Beaufort está en Bristol ó en su casa de Badminton?

Respondí que no podía decirle nada, y que yo mismo iba también á buscarle.

—Ayer tarde se le vió en Bristol presidiendo el ejercicio de las milicias—añadió el forastero ;—pero, en hecho de verdad, Su Excelencia trabaja con tal celo y lealtad por la causa del rey, que casi siempre anda recorriendo el condado, y sólo por casualidad se consigue encontrarle. Pero, si en efecto vos le buscáis ¿adónde pensáis encaminaros?

—Pienso ir á Badminton—respondí,—y aguardarle allí. ¿Podéis indicarme el camino?

—¡Cómo! No hay quien ignore el camino de Badminton—replicó lleno de asombro.—¡Vaya! Yo creí que todo el mundo le conocía. Se ve que vos no sois de Gales ni de los condados inmediatos.

—Soy de Hampshire—repuse,—y he venido desde allí á ver al duque.

—Ahora lo comprendo todo—observó riendo á carcajadas.—Si no conocéis el camino de Badminton, no sabéis gran cosa ; pero yo os acompañaré, os lo juro, y os enseñaré el camino, porque he de ver si puedo hablar allí con el duque. ¿Cómo os llamáis?

—Miguel Clarke.

—Y yo Vairmer (1) Brown ; Juan Brown según el registro, pero más conocido por el nombre de Vairmer. Tomaremos por la derecha del camino real, y así podremos trotar con nuestros caballos sin que nos moleste el polvo de otros viajeros. Y ¿para qué vais á ver á Beaufort?

—Para un asunto privado del que no puedo hablar—respondí.

—¡Oh! cosas de gran importancia, negocios de Estado tal vez—repuso en tono de guasa.—Bien, el silencio prudente ha salvado á muchos la vida. También yo soy un hombre precavido, y hay ocasiones en

(1) Corrupción de «Farmer».

que no dejaría traslucir el menor de mis pensamientos á nadie, ni me atrevería á tocar ciertos temas á solas con mi yegua por miedo de que el animal declarara algún día contra mí.

—En la ciudad parece que se trabaja con gran diligencia—observé al llegar á un punto desde donde se dominaban las murallas de Bristol, y al ver en ellas numerosas brigadas de obreros que se ocupaban en repararlas con picos y palas.

—Sí, por cierto; aquí se trabaja mucho á fin de tenerlo todo dispuesto en el caso de que los rebeldes vengan por esta parte. Cromwell y sus aguerridas huestes tuvieron un contratiempo en Bristol en tiempo de mi padre y puede suceder que le ocurra lo mismo á Monmouth.

—También cuentan con una fuerte guarnición—dije acordándome del consejo de Saxon en Salisbury.—Veo dos ó tres regimientos allá lejos en aquel escampado.

—Tienen cuatro mil infantes y mil caballos—respondió el labrador.—Pero la infantería se compone toda de milicianos, y aquí no hay confianza en ellos, después del desastre de Axminster. Dicen que los rebeldes ascienden á cerca de veinte mil y que no dan cuartel. Bien, si hemos de tener guerra civil, espero que sea recia y breve, no de doce años como la última. En el caso de que hayan de cortarnos el cuello, que lo hagan con una navaja de afeitar y no con unas tijeras embotadas.

—¿No querriais tomar un vaso de sidra?—pregunté, al pasar frente á una posada cuya puerta aparecía cubierta de yedra y que llevaba la inscripción *Mesón de Beaufort*.

—Con alma y vida, joven—respondió mi compañero.—Lo mejor que podemos tomar aquí son dos pintas de buena cerveza, para limpiar el polvo del camino. El verdadero *Mesón de Beaufort* está más allá en la hospedería que el duque tiene en Badmin-

ton ; y allí se puede pedir lo que se quiere al despen-
sado sin tener que pagar una blanca.

—Habláis de la casa como si la conocierais bien
—repuse.

—Y ¿quién podría aventajarme en ese punto?—
preguntó el fornido labriego enjugándose los labios
mientras reanudábamos el viaje.—¡ Vaya ! Parece
que fué ayer cuando jugaba al escondite con mis her-
manos en el viejo castillo de Boteler, que se alzaba
donde ahora está la nueva casa de Badminton ó Acton
Turville, como algunos la llaman. Hace pocos años
que el duque la ha construído ; y, á la verdad, no es
mucho más viejo su ducado. Algunos creen que hu-
biera hecho mejor en conservar el antiguo palacio de
sus antecesores.

—¿ Qué clase de hombre es el duque?—pregunté.

—Arrebatado é impetuoso, como todos los de su
familia. Sin embargo, cuando se detiene á pensar lo
que hace y está sereno, procede con rectitud... Vues-
tro caballo ha estado en el agua esta mañana, amigo.

—Sí—respondí secamente ;—le he dado un baño.

—Pues yo voy á ver á Su Excelencia con motivo
de un caballo—añadió mi compañero.— Sus oficia-
les me han tomado uno que tenía, de cuatro años,
bayo, sin tomarse siquiera la molestia de decirme :
« con vuestro permiso, ó contando con vuestra venia,
nos llevamos este caballo para uso del rey ». Querría
hacerles comprender que hay algo más alto que el
duque y que el rey mismo, es á saber, la ley inglesa,
que defiende los bienes y enseres de todos los ciuda-
danos. No tendría inconveniente en hacer algún sa-
crificio á favor del rey Jacobo, pero deshacerme de
mi caballo bayo es demasiado.

—Mucho temo que las necesidades del servicio
público prevalezcan sobre vuestras razones—repuse.

—¡ No faltaba más ! Entonces sí que tendría mo-
tivos para hacerme partidario de los *whigs*—replicó
en tono acalorado.—Hasta los mismos *cabezas re-*

dondas pagaron siempre penique por penique todo lo que tomaron, no obstante hallarse tan escasos de dinero, que les faltó hasta para los objetos de menos valor. He oído decir á mi padre que nunca florecieron los negocios tanto como en el año cuarenta y seis, cuando la revolución andaba por esa parte. El gran Noll (1) tenía siempre preparado un lazo de cáñamo para los ladrones de caballos; ahora los robaran para el rey, ó bien para el Parlamento. Pero aquí viene el carruaje de Su Excelencia, si no me equivoco.

Mientras hablaba, apareció en el camino avanzando rápidamente hacia nosotros un magnífico coche de color amarillo, tirado por seis yeguas flamencas. Dos lacayos montados galopaban delante y otros dos á los lados, luciendo libreas de azul claro con adornos de plata.

—Su Excelencia no viene en el carruaje; porque si así fuera, le seguiría una escolta—dijo el labrador, mientras apartábamos nuestros caballos á un lado para dejar sitio al carruaje. Al pasar, mi compañero preguntó si el duque estaba en Badminton, y el grave auriga, que adornaba su cabeza con elegante peluca le contestó con una inclinación de cabeza.

—Vamos á tener la suerte de encontrarle—dijo el cultivador Brown.—Tan difícil es hallarle en casa estos días, como dar con una trucha en un campo de trigo. Dentro de una hora ó menos habremos llegado. Debo daros las gracias por no haber hecho un viaje inútil hasta Bristol. ¿Cuál decíais que era el objeto de vuestro viaje?

—De nuevo me vi obligado á contestar que el asunto era de carácter reservado y que por tanto no podía hablar de él con un desconocido; á lo que se me mostró enfadado y hosco, caminando algunas millas sin abrir la boca. Espesos grupos de arbolado crecían á ambos lados del camino, y comenzamos á per-

(1) Cromwell.

cibir en el aire el suave aroma de los pinos. A lo lejos se oyó el tañir de una campana que se difundió en todas direcciones, haciendo vibrar el cálido ambiente de la mañana. La sombra del ramaje era deliciosa, porque el sol quemaba brillando en un cielo sin nubes y levantando una bruma asfixiante en los campos y valles.

—Es la campana de Chippin Sodbury—dijo mi compañero al fin,—enjugándose el congestionado rostro.—Allá en lo alto de la colina está la iglesia de Sodbury, y aquí á la derecha tenemos la entrada del parque de Badminton.

Dos altas puertas de hierro en las que campeaban un leopardo y un grifo sosteniendo el escudo de Beaufort, giraban sobre las columnas situadas á sus lados para dar entrada á una hermosa extensión de pastos y prados en los que aparecían aquí y allá grupos de árboles y corrientes de agua, cubiertas por grandes bandadas de patos salvajes. De trecho en trecho, mientras seguíamos la tortuosa avenida, nuestros ojos tropezaban con algún rincón de singular belleza, y el labrador Brown, que parecía estar tan orgulloso de aquella posesión como si le perteneciera, se detenía á explicármelas una por una. Aquí era un grupo de rocas, en el que asomaba un millar de piedras de brillantes colores por entre el helecho y las enredaderas que de intento se habían plantado para servirles de adorno; allá, un rumoroso arroyuelo, cuyo cauce se había trazado de un modo que cayera formando una cascada por la cortadura de una roca; y acullá, en fin, alguna estatua de una ninfa ó divinidad de las selvas ó bien alguna glorieta artificiosamente construída y festoneada de rosales y madresevas.

Nunca he visto una extensión cultivada con tanto esmero, siguiendo tan de cerca las condiciones peculiares del lugar, de suerte que el trabajo del hombre parecía confundirse con el de la Naturaleza, y sólo

se distinguía del último en ocasiones por su profusión ó reducida área. Pocos años más tarde, el buen gusto inglés se corrompió con el pedante estilo de jardinería holandesa, caracterizado por sus estanques uniformes y sus series de árboles dispuestos en fila como soldados de un regimiento de granaderos. A mi juicio, la responsabilidad del cambio pesa sobre el príncipe de Orange y sir Guillermo Temple ; pero la moda pasó, y me parece que volvemos á seguir en el cultivo y embellecimiento de nuestros campos los sabios preceptos de la Naturaleza.

Ya cerca de la casa, llegamos á una amplia extensión vestida de césped, en la que hacía el ejercicio un escuadrón de caballería, reclutado, según dijo mi compañero, de entre la servidumbre del mismo duque. Después de pasar por aquel lugar, avanzamos por una espesura de árboles curiosos y salimos á un escampado cubierto de grava frente á la casa. El palacio era de grandes dimensiones y había sido edificado conforme al nuevo estilo de Italia, más bien para regalo y comodidad que para defensa ; pero subsistía un ala, que según me indicó Brown pertenecía á los antiguos baluartes del castillo feudal de los Botelers, y parecía tan fuera de su sitio como un verdugado del tiempo de la reina Isabel cosido á un traje de última moda llegado de París. En la entrada principal se veían hileras de columnas y una escalinata de mármol, sobre la que aguardaba un grupo de criados y lacayos que tomaron nuestras cabalgaduras, luego de habernos apeado.

Un mayordomo de cabellera gris nos preguntó por el asunto que llevábamos ; y al saber que queríamos ver al duque en persona, nos dijo que Su Exce-lencia recibiría á los forasteros por la tarde á eso de las tres y media. Inmediatamente añadió que estaba ya preparada la comida para los huéspedes, y que por voluntad de su señor ninguno de los visitantes de Badminton debería salir de allí con hambre. Mi com-

pañero y yo nos alegramos muy de veras de aceptar la invitación del mayordomo; y, después de haber visitado el cuarto de baño y satisfecho las necesidades del tocador, seguimos á un lacayo, que nos introdujo en una gran pieza donde estaban ya sentados los comensales.

El número de los huéspedes sería de unos cincuenta ó sesenta, viejos y jóvenes, rústicos y gente de ciudad, ofreciendo los tipos y aspectos más diversos. Observé que muchos de ellos miraban descarada y curiosamente á su alrededor durante los intervalos entre plato y plato, como si cada uno se maravillara de haber venido á ser miembro de una multitud tan abigarrada. El único carácter común que ofrecían era la ostensible devoción que demostraban á los manjares y á las botellas de vino. Se hablaba poco, porque eran raros los que conocían á sus vecinos. En la concurrencia se veían soldados que habían venido á ofrecer sus espadas y servicios al lugarteniente del rey; otros eran comerciantes de Bristol, que traían alguna propuesta ó indicación relativa á la seguridad de sus bienes.

También se contaban entre los huéspedes dos ó tres funcionarios de la ciudad, que habían venido á recibir instrucciones para la defensa de la misma; mientras aquí y allá se notaba la presencia del hijo de Israel á quien había llevado á aquel lugar la esperanza de procurarse elevados intereses, y generosos prestatarios en los turbulentos tiempos que corrían. Tratantes en caballos, guarnicioneros, armeros, cirujanos y clérigos completaban el número de los allí reunidos; y el servicio de la mesa estaba desempeñado por un grupo de criados vestidos de librea, los cuales traían y llevaban los platos con la seguridad y silencio propios de una larga costumbre.

La pieza formaba notable contraposición con la desnuda sencillez del comedor que yo había visto en

Taunton en casa de sir Esteban Timewell, porque estaba adornada de ricos artesonados y lucía lujosas decoraciones en los muros. El piso era de mármol blanco y negro que ofrecía un dibujo compuesto de cuadros; y los entablamentos de los muros, de encina pulimentada, presentaban una larga serie de retratos pertenecientes á la familia de Somerset, comenzando por Juan de Gante. Además, el techo tenía delicadas pinturas de flores y ninfas en tanto número, que no era posible contemplarlas todas detenidamente sin sentir el cansancio de mirar á lo alto. En el extremo más apartado del salón se abría una gran chimenea de mármol blanco, y encima de su tablero campeaban las armas de Somerset con leones y flores de lis tallados en roble, y una inscripción dorada con la siguiente leyenda que servía de empresa al escudo de la familia: «Mutare vel timere sperno» (1). Las sólidas mesas á que nos sentábamos estaban cargadas de fuentes y candelabros de plata y brillaban con la rica vajilla que daba gran celebridad á la residencia de Badminton. No pude menos de pensar al verla que, si Saxon hubiera podido echarla una ojeada, no habría tardado mucho tiempo en recomendar que se llevara la guerra por aquella parte.

Después de comer, se nos introdujo en una pequeña antecámara, guarnecida de asientos de terciopelo, y en la que debíamos esperar hasta que el duque estuviera dispuesto á darnos audiencia. En el centro de esta pieza aparecían varias cajas, cubiertas de cristal por la parte superior y forradas de seda, las cuales contenían varillas de hierro y acero, tubos de bronce y otros objetos diversos de ingeniosa construcción, cuyo destino me fué imposible adivinar. Un gentilhombre de servicio dió la vuelta alrededor de la sala con un papel y un tintero de cuerno, tomando nota de nuestros nombres y asuntos. Preguntéle si

(1) La volubilidad y el miedo me inspiran desprecio.

no me sería posible obtener una audiencia enteramente privada.

—Su Excelencia no recibe nunca en audiencia particular—replicó.—Siempre lo hace ante sus especiales consejeros y empleados.

—Pero el asunto que aquí me trae es de carácter reservado; y nadie más que el señor duque debe tener noticia de él—insté.

—Su Excelencia dice que no hay asunto exclusivamente reservado para él—repuso el gentilhombre.—Debéis disponer las cosas del mejor modo posible, cuando os llegue el turno de hablar con el señor. Os prometo, sin embargo, comunicarle vuestro deseo, aunque os advierto que no se os concederá lo que pedís.

Le di las gracias por sus buenos oficios y me volví con el labrador á mirar las curiosas máquinas que había dentro de las cajas.

—¿Qué es esto?—pregunté.—Nunca he visto nada semejante.

—Son aparatos contruídos por el marqués de Worcester, que estaba loco—me respondió.—Era el abuelo del duque, y pasó la vida haciendo é ideando mecanismos como los presentes que no sirvieron para nada. ¡Mirad! El marqués decía que calentando agua en ese pote, podrían hacerse andar unas ruedas y viajar sobre barras de hierro con más velocidad que la de un caballo. Nosotros la llamamos la máquina de agua. Ya veis qué disparate... ¡Porra! Yo apostaría mi yegua torda á que tales inventos no se harán en jamás de los jamases. Pero volvamos á nuestros puestos, porque viene el señor duque.

Apenas nos habíamos sentado con los demás solicitantes cuando se abrieron las puertas de dos hojas y apareció en ellas un hombre grueso de baja estatura, como de unos cincuenta años, el cual entró con majestuoso continente en la sala y la recorrió entre las dos hileras de clientes que saludábamos con

una inclinación. Tenía grandes ojos azules y saltones, bajo los que la piel se alzaba formando grandes repliegues, y un semblante de color amarillento y cetrino. Seguíanle doce empleados y personas de categoría, los cuales lucían flotantes pelucas y largas espadas. No bien hubieron penetrado en el cuarto particular del duque, situado en la parte opuesta de la sala, cuando el gentilhomme que tenía la lista llamó á uno de los que estábamos presentes, dando principio la audiencia.

—Me parece que Su Excelencia no está hoy de buen temple—observó el labrador Brown.—¿No habéis observado cómo se mordía el labio inferior al pasar?

—Sin embargo, me ha parecido un señor bastante pacífico—respondí.—La verdad es que se necesitaría toda la paciencia de un santo Job para recibir á esta gente en una sola tarde.

—¡Escuchad! ¡Escuchad eso!—murmuró levantando el dedo.

Oíase la voz del duque que se alzaba indignada en el interior de la cámara; y poco después salía un hombrecillo de cara enjuta y pasaba rápidamente por la antecámara, como si el temor le hubiera puesto fuera de sí.

--Es un armero de Bristol—murmuró uno de mis vecinos.—Sin duda el duque no accede á las condiciones del contrato que le presenta.

—No es eso—añadió otro.—El hombre ha suministrado sables á las tropas de sir Marmaduke Hyson, y, según se dice, las hojas se doblaban como si fueran de plomo, de tal suerte que una vez usados no fué posible hacerlos entrar de nuevo en sus vainas.

—El hombre alto que entra ahora, es un inventor—observó el primero de los interlocutores.—Conoce el secreto de un combustible mortífero, como el usado por los griegos contra los turcos de Levante, y desea venderle para usarlo en la defensa de Bristol.

El fuego griego no pareció complacer mucho al duque, porque el inventor salió al poco tiempo con el semblante enrojecido, como si hubiera experimentado los efectos del abrasador material, por él ideado. Siguió luego en la lista mi buen amigo el labrador, y las voces de enfado con que fué recibido no parecían de buenos augurios para el recobro de su potro bayo; pero los acentos de indignación se trocaron en otros de condescendencia y asentimiento, y poco después salió mi hombre y volvió á ocupar su asiento, fro-tándose las enrojecidas manazas con gran satisfacción.

—¡Ajajá!—dijo en voz baja.—Al principio estaba furioso; pero luego cambió enteramente y me ha prometido que, si pago el sostenimiento de un soldado de caballería mientras dure la guerra, se me devolverá el potro.

Entretanto yo había permanecido sentado cavilando cómo me las compondría para despachar mi encargo entre aquella turba de solicitantes y el grupo de funcionarios que acompañaban al duque. Si hubiera habido alguna probabilidad de celebrar una entrevista con él en cualquiera otra forma, la habría aprovechado con mil amores; pero todos mis esfuerzos en ese sentido habían sido inútiles.

Mientras no se presentara esa ocasión, lo mejor sería abstenerme de entrar; porque ¿cómo el duque había de conceder la debida atención al asunto delante de otros y entrar en discusiones sobre los extremos que abarcaba? ¿Qué esperanza cabía de que apreciara la importancia de la propuesta, como se merecía? Aun cuando sus sentimientos le inclinaran á favor de la misma, seguramente no había de atreverse á manifestarlo, delante de tantas personas como tenían fijos en él los ojos.

Sentí tentaciones de fingir alguna otra razón de mi venida, esperando que la fortuna me brindara mejor ocasión de entregarle mis documentos. Pero en

ese caso, pudiera muy bien no presentarse otra nueva oportunidad, y el tiempo urgía. Decíase que había de regresar á Bristol á la mañana siguiente. En resumen parecía que lo más acertado era aprovechar las circunstancias de la situación presente, confiando en que la discreción del duque y el dominio que tuviera de sí mismo le indujeran á procurarme una entrevista privada, luego que hubiera visto los términos en que estaba concebida la dirección de mis despachos.

Apenas había llegado á esta conclusión, cuando se leyó mi nombre en voz alta; y entonces me levanté y encaminé á la cámara interior. Era una pieza pequeña, de mobiliario suntuoso, con las paredes tapizadas de seda azul y guarnecidas de una ancha cornisa con adornos dorados. En el centro había una mesa cuadrada llena de mamotretos y papeles; y, detrás de ella estaba sentado Su Excelencia, adornada la cabeza con una amplia peluca que le caía sobre los hombros, en actitud majestuosa é imponente. Advertíase en su persona el mismo aire sutil de cortesano que yo había tenido ocasión de observar, tanto en Monmouth como en sir Gervasio; y esa cualidad, unida á sus atrevidas facciones y ojos grandes y vivos le daban el aspecto de un hombre de mando y autoridad. Su secretario particular estaba sentado junto á él, tomando nota de sus órdenes, mientras los demás miembros del Consejo se hallaban colocados en semicírculo, ó bien tomaban rapé en el hueco de la ventana.

—Extended un pedido para Smithson—dijo al entrar yo.—Cien marmitas con sus correspondientes accesorios que deberán estar preparadas para el martes; además, una gruesa de llaves para los mosqueteros y descientas palas de primera calidad para los trabajadores. Advertid que la orden será declarada nula y sin valor, á no cumplirse en el tiempo señalado.

—Así lo hago constar, señor.

—Capitán Miguel Clarke—dijo el duque, leyendo la lista que tenía enfrente.—¿Qué os trae por aquí, capitán?

—Un favor que desearía pedir á Su Excelencia en privado—respondí.

—¡ Ah ! ¿ De modo que sois vos el que deseaba una audiencia particular? Bien, capitán, éstas son las personas de mi Consejo y debéis considerarlas como á mí mismo. Así, pues, figuraos que estamos solos. Lo que yo puedo oír, pueden oírlo ellos. ¡ Vamos, hombre ! ¡ Nada de vacilaciones ni temores y exponedme vuestro asunto !

—Mi súplica había despertado el interés de los circunstantes ; y los que estaban en la ventana se acercaron á la mesa. Nada peor podía ocurrir para el buen resultado de mi misión ; mas, á pesar de todo, allí no quedaba otro remedio que entregar mis despachos. Aseguro con toda verdad y sin el menor asomo de vanagloria, que no sentía temor alguno por lo que pudiera sobrevenirme. La idea dominante en mi espíritu era la del cumplimiento del deber ; y aquí puedo decir de una vez para siempre, mis queridos niños, que estoy hablando de mí con la misma imparcialidad que si se tratara de otro hombre. En hecho de verdad, el joven de veintiún años, lleno de fuerza y resolución, era muy distinto del anciano de cabellos grises que ahora se sienta en el ángulo de la chimenea, sin poder hacer otra cosa que contar viejas historias á los muchachos. La vanidad acarrea grandes humillaciones ; y siempre me parecieron despreciables las personas jactanciosas. Espero, por tanto, que no habéis de mirar á vuestro abuelo como á un viejo chocho que se entretiene en elogiarse á sí mismo ó en presentarse como mejor que los demás. No hago más que exponer los hechos en la forma que puedo recordarlos, procurando hacerlo con entera independencia y verdad.

Mi breve tardanza y vacilación hicieron apare-

cer en el semblante del duque señales de impaciencia; de modo que saqué el paquete de papeles de mi bolsillo interior y se lo entregué con una inclinación respetuosa. Al fijar la vista en el sobrescrito el duque hizo un gesto repentino de sorpresa é inquietud, acompañado de un ligero movimiento, como si quisiera ocultar el sobre en su seno. Si tal fué su primer impulso, lo dominó, quedando pensativo por espacio de uno ó más minutos con los papeles en la mano. Luego, con un rápido movimiento de cabeza, propio del que ha formado su resolución, rompió los sellos, leyó rápidamente el contenido y arrojó luego los papeles sobre la mesa con una carcajada sarcástica.

—¿Qué os parece, caballeros?—preguntó mirando alrededor con expresión desdeñosa;—¿á qué pensáis que se reduce este mensaje particular? ¿Pues nada menos que á una carta del traidor Monmouth, intimándome renunciar á mi fiel adhesión al legítimo soberano y desenvainar mi espada á favor suyo. Si lo hago así, obtendré su magnánimo favor y protección. En caso contrario, me haré reo de las penas de secuestro, destierro y confiscación de bienes. Por lo visto, se figura que la lealtad de Beaufort puede comprarse como la tienda de un mercachifle ó torcerse con bravuconadas. ¡Tendría que ver un descendiente de Juan de Gante (1) rindiendo pleito homenaje al hijo de una actriz vagabunda!

Varios de los consejeros se pusieron de pie al oír aquellas palabras que fueron seguidas de un murmullo general de sorpresa é indignación. El duque permaneció sentado frunciendo el ceño, golpeando el

(1) Juan de Gante, duque de Lancaster, que casó, después de la expedición del Príncipe Negro, con Constanza, hija de Pedro I de Castilla y tomó el título de rey de Castilla, hasta que en 1387 renunció sus derechos á favor de su hija, Catalina.

piso con el pie y revolviendo los papeles que había sobre la mesa.

—¿En qué cifrará sus esperanzas para pretender tales locuras?—exclamó.—¿Cómo puede haberse atrevido á enviar semejante mensaje á una persona de mi calidad? ¿Será porque ha visto huir á una cuadrilla de cobardes milicianos y porque ha logrado reunir bajo su estandarte algunos centenares de destripaterrones que acaban de abandonar la manquera? ¿Qué otra cosa puede haberle movido á hablar de ese modo á todo un Presidente de Gales? Pero vosotros seréis testigos de la manera cómo correspondo á la invitación.

—Los presentes estamos dispuestos á defender á Vuestra Excelencia de todo peligro de difamación en este punto—dijo el consejero más antiguo, mientras los demás acogieron la observación con murmullos de asentimiento.

—Y vos—continuó Beaufort, levantando la voz y clavando en mí sus ojos inflamados por la cólera ;—¿cómo os habéis atrevido á presentaros en Badminton con un documento de tal índole? Por fuerza habéis perdido el juicio, al comprometeros á emprender este viaje.

—Yo estoy en las manos de Dios aquí y en todas partes—respondí con cierto dejo peculiar del fatalismo de mi padre.—He cumplido la palabra que había dado ; y lo demás no me importa.

—Pues vais á ver que os importa muchísimo—vociferó saltando en su silla y abandonándola para pasear de un lado á otro de la pieza ;—os importa tanto, que acabaréis de tener interés en cualesquiera otros asuntos de esta vida. ¡ Llamad á los alabareros que están en el vestíbulo ! ¿ Tenéis que alegar algo en vuestra defensa ?

—No hay nada más que decir—contesté.

—Pero hay todavía algo que hacer—replicó furioso.—¡ Agarrad á ese hombre y maniatadlo !

Cuatro alabarderos que habían acudido al llamamiento, me asieron inmediatamente. Hubiera sido una locura intentar ninguna resistencia, además de que yo no quería causar daño alguno á personas que se limitaban á cumplir con su deber. Puesto que me había decidido á probar fortuna, si el resultado de mi determinación era la muerte, como parecía entonces bastante probable, debía aceptarla como una cosa prevista. Viniéronme entonces á la memoria los versos latinos, que maese Chillingfoot de Petersfield había presentado innumerables veces á nuestra admiración :

Non civium ardor prava jubentium
 Non vultus instantis tyranni
 Mente quatit solidâ. (1)

Frente á mí tenía ahora el *vultus instantis tyranni* en aquel hombre fornido, de rostro bilioso, coronado por espléndida peluca y de ricos vestidos con adornos de encajes. La pintura del poeta tenía su realización en mi intrepidez é impasibilidad. Debo confesar ahora que las vanidades del mundo no me atrajeron jamás de tal modo que sintiera la menor pena en abandonarlas. Por lo menos, así ha sucedido hasta la época de mi matrimonio... hecho que, como veréis, modifica nuestras ideas sobre el valor de la vida, y también sobre otros asuntos. En tales condiciones, pues, permanecí erguido y mirando de frente al furioso prócer, mientras sus soldados me sujetaban los puños con esposas.

-
- (1) El varón de alma intrépida y entera
 No se conmueve ante el furor insano
 De inicuos poderosos, ni le altera
 El rostro amenazante del tirano.

V

DE LAS EXTRAÑAS AVENTURAS QUE ME OCURRIERON
EN EL CALABOZO DE BOTELER

—Levantad acta de la declaración de este sujeto—dijo el duque á su secretario. Quizá ignoréis, seor galopo, que Su Graciosa Majestad el rey me ha conferido plenos poderes durante estos revueltos tiempos y que estoy autorizado para juzgar y castigar á todos los traidores sin necesidad de que intervenga tribunal alguno. ¿Es verdad que desempeñáis un cargo en el cuerpo rebelde que se denomina regimiento de infantería de Wiltshire, mandado por un tal Saxon? Si queréis salvar la vida, no ocultéis ó neguéis lo que se os pregunta.

—Diré la verdad por consideración á algo más alto que Vuestra Excelencia—respondí.—Mando una compañía de ese regimiento.

—¿Y quién es ese Saxon?

—Yo responderé tan sólo de cosas que se refieran á mí mismo—dije;—pero no esperéis que diga la menor palabra relativa á otros.

—¡Hola!—repuso con acento indignado.—Nuestro caballerete se pica de puntillos de honor, después de haber hecho armas contra su rey. Os aseguro, amigo, que vuestro honor anda ya tan mal parado en las conversaciones ajenas, que podéis muy bien prescindir de él y mirar por vuestra seguridad. A la hora presente se está poniendo el sol; y antes de que haya traspuesto el horizonte, pudiera ocurrir que vuestra vida se pusiera también para siempre.

—Tengo el deber de mirar por mi honor, señor duque—repuse.—Por lo que se refiere á mi vida, no me veríais aquí en este momento, si temiera mucho

perderla. Pero he de decir, porque lo creo justo, que mi coronel ha jurado tomar venganza de vos ó de cualquiera de vuestros allegados ó dependientes que pudieran caer en su poder, por el mal que me sobrevenga. Digo esto, no en son de amenaza, sino de advertencia, porque le conozco y es hombre que sabe cumplir su palabra.

—Vuestro coronel, como vos le llamáis, tendrá bastante que hacer con salvar su vida—replicó el duque en tono despreciativo.—¿Cuántos hombres tiene Monmouth en su campamento?

Al oír esa pregunta, sonreí indicando que no estaba dispuesto á contestar.

—¿Qué haremos para hacerle cantar claro?—preguntó furioso, volviéndose á las personas que formaban su Consejo.

—Yo le pondría las empulgueras—dijo un viejo soldado de rostro feroz.

—Una cerilla entre los dedos hace prodigios, según mis noticias—sugirió otro.—Con tan persuasivo procedimiento pudo sir Tomás Dalzell en las guerras de Escocia doblegar la resistencia de los más obstinados defensores del *Covenant* en el Oeste.

—Sir Tomás Dalzell—dijo un caballero de pelo entrecano, vestido de terciopelo negro—había aprendido á guerrear entre los moscovitas durante sus bárbaras y sangrientas campañas con los turcos. No permita Dios que los cristianos de Inglaterra vayamos á buscar ejemplo entre los idólatras de un país salvaje.

—Sir Guillermo quería que la guerra se hiciera conforme á los cánones de la más exquisita cortesía—repuso el que antes había hablado.—Para él una batalla debería ser algo parecido á un elegante minué, donde no sufrieran menoscabo la dignidad ni la etiqueta.

—Caballero—repuso el aludido con acento acalorado.—Yo me he visto en batallas cuando vos anda-

bais aún envuelto en pañales, y empuñaba un bastón de mando cuando vos apenas podíais con el sonajero. En un asalto ó embestida puede el soldado proceder con dureza y rigor; pero sostengo que el uso de la tortura, abolido por la ley de Inglaterra, debería ser condenado además por el derecho de gentes.

—¡Basta, señores, basta!— exclamó el duque, viendo que la disputa daba señales de agriarse.— Tenemos en mucho vuestra opinión, sir Guillermo; y también la vuestra, coronel Hearn. Discutiremos eso más detenidamente en privado. Alabarderos, llevaos de aquí al prisionero y llamad á un ministro que atienda á sus necesidades espirituales.

—¿Le meteremos en el cuarto de piedra, señor?— preguntó el capitán de la guardia.

—No, sino en el antiguo calabozo de Boteler— replicó.

Al salir por la puerta lateral con un guardia delante y otro detrás, oí pronunciar el nombre del que me seguía en la lista. Pasamos por interminables galerías y corredores haciendo resonar el piso con el ruido de las armas, hasta que llegamos al antiguo pabellón. En la torrecilla del ángulo de éste había un cuarto de paredes desnudas, cubierto de moho y humedad, con una elevada bóveda y una larga rendija por donde entraba la luz. Una cama de madera y una silla tosca componían todo el ajuar. El capitán, después de poner un guardia á la puerta, me introdujo en él y me quitó las esposas. Era un hombre de semblante triste, ojos hundidos de mirar grave y expresión austera que contrastaba con su brillante uniforme y correa.

—No desmayéis, amigo— dijo con voz hueca.— Todo ello se reduce á una sensación de ahogo y á una lucha. Hace unos días hemos tenido que aplicar la misma pena y la víctima apenas se quejó. El viejo Spender, que es el ejecutor del duque, sabe preparar el nudo corredizo y disponer la caída tan bien

como el verdugo de Tyburn. Por consiguiente, tened buen ánimo, que no vais á caer en las manos de cualquier principiante ramplón.

—Desearía poder comunicar á Monmouth la entrega de sus cartas—repuse sentándome sobre la cama.

—Yo aseguro por quien soy que las habéis entregado. Aunque hubierais sido el mismísimo cartero de Roberto Murray, de quien me contaron tantas cosas en Londres la primavera pasada, no podríais haber desempeñado vuestro cometido de una manera más directa. ¿Por qué no hablasteis al duque con mejores modos? Es un señor generoso y afable, excepto cuando se le contraría ó cuando se enoja. Si le hubierais dicho algo acerca del número y condiciones de los rebeldes, os habríais salvado.

—Extraño sobremanera que, siendo vos soldado, habléis de ese modo—repliqué fríamente.

—Bien, bien. Podéis hacer lo que queráis de vuestra garganta. Si os place que el verdugo la adorne con el corbatín de cáñamo, sería lástima no daros ese gusto. Pero Su Excelencia recomendó procuraros un capellán, y yo voy á traérosle.

—Os ruego que no lo hagáis—repliqué.—Pertenzco á los disidentes en materia de religión y veo que hay una Bibliá en aquel hueco de más allá. Nadie puede ayudarme á ponerme en paz con Dios.

—No me parece mal—observó el capitán ;—porque casualmente ahora el deán Hewby ha llegado de Chippenham y está discutiendo con nuestro buen capellán sobre la necesidad de la mortificación, remojando al mismo tiempo la garganta con una botella de vino de Tokay. En la comida le oí dar gracias por los manjares que se le servían y preguntar al mismo tiempo al despensero cómo se atrevía á servir á un deán de la iglesia anglicana un pollo sin su acompañamiento de trufas. Quizá os agrade recibir

los auxilios espirituales del mencionado ministro... ¿No? Bien, os prestaré gustoso cualquier favor razonable que me pidáis, puesto que no vais á estar mucho tiempo en nuestras manos. Sobre todo tened buen ánimo.

Salió de la celda, y poco después abrió de nuevo la puerta y asomó su tétrico semblante.

—Soy el capitán Sinclair, de la servidumbre del duque—dijo;—os lo advierto por si acaso os ocurriera preguntar por mí. Haríais mejor en permitir que viniera el capellán, porque os aseguro que en esta parte del castillo hay algo peor que guardias y prisioneros.

—¿Qué hay, pues?—interrogué.

—¿Deseáis saberlo? ¡Pardiez! nada menos que el mismo diablo—respondió entrando nuevamente y cerrando la puerta.—El caso sucedió del siguiente modo—continuó bajando la voz:—Hace dos años Héctor Marot, el salteador de caminos, fué encerrado en este mismo calabozo de Boteler. Aquella noche estaba yo de guardia en el corredor y vi al prisionero á las diez sentado en esa cama como estáis vos ahora. A las doce vine á echar una mirada, según mi costumbre, con la esperanza de ayudarle á pasar más alegremente sus horas solitarias, y figuraos mi sorpresa al ver que no estaba el prisionero. Sí, podéis maravillaros. Mis ojos no se habían separado de la puerta, y ya veis qué facilidades hay para salir por las ventanas. Los muros y el piso son de piedra, de un espesor igual al de una gran roca. Cuando yo entré se percibía un repugnante olor á piedra azufre, y la llama de mi linterna se volvió azul. No, no es asunto de risa. Si no fué el diablo el que se llevó á Héctor Marot, decidme: ¿quién pudo hacerlo? Porque, seguramente, que no bajaría á salvarle un ángel del Cielo como en otro tiempo sucedió con San Pedro. Pudiera muy bien ocurrir que el diablo quisiera llevarse de la misma jaula un segundo pá-

jaro, y así os he referido lo anterior para que os prevengáis contra sus asaltos.

—No le tengo miedo alguno—repuse.

—Está bien—refunfuñó el capitán.—No os amilanéis.

Desapareció su cabeza y la llave giró rechinando en la cerradura. Tan espesos eran los muros, que no pude percibir el menor ruido después de haberse cerrado la puerta. El susurro del viento en las ramas de los árboles era el único rumor exterior que penetraba por la alta ventana, y en el interior del calabozo reinaba un silencio sepulcral.

Abandonado así á mis pensamientos, traté de seguir el consejo del capitán Sinclair acerca de no dejarme dominar del abatimiento, por más que su conversación había tenido muy poco de consoladora y confortante. En los días de mi juventud, y especialmente entre los sectarios, con quienes más me había tratado, circulaba como dogma de fe la aparición del príncipe de las tinieblas en ciertas ocasiones y su intervención en los asuntos humanos en forma corpórea. Los filósofos pueden muy bien demostrar en el tranquilo retiro de sus gabinetes de estudio lo absurdo de semejantes creencias; mas para el que está en la obscuridad de un calabozo, aislado del mundo, en las primeras horas de la noche, y esperando la muerte de un momento á otro, el asunto es muy diferente. La fuga del salteador, á ser cierta la historia del capitán, parecía rayar con lo milagroso. Examiné cuidadosamente los muros de mi prisión, y vi que estaban formados de grandes piedras cuadradas, unidas de tal suerte, que no dejaban espacio alguno. La delgada hendidura de la ventana había sido abierta en el centro de un mismo bloque. Todo alrededor, hasta donde la mano podía alcanzar, aparecían numerosos letreros escritos por sucesivas generaciones de cautivos. El piso se componía de viejas losas desgastadas y las juntas de las mismas estaban llenas

de sólido cemento. El más minucioso registro no descubriría agujero ó intersticio alguno por donde pudiera escapar un ratón, cuanto menos un hombre.

Es una situación, queridos míos, nada grata ni tranquilizadora la del que á sangre fría piensa en que dentro de pocas horas habrá dejado de latir su pulso y habrá emprendido su alma el viaje final. Las circunstancias son verdaderamente terribles. El jinete que se lanza á lo más duro de la refriega, con los dientes apretados, la rienda en una mano y la espada en la otra, no puede comprender lo angustioso de este trance; porque el alma humana es de tal naturaleza, que una emoción rechaza y desaloja siempre á otra. Ni siquiera el moribundo, que en su lecho de muerte respira anhelosamente aguardando la llegada del último instante, puede decir que sabe lo que padece el prisionero puesto en capilla; y la razón es que la sensibilidad debilitada por los padecimientos se somete á su destino sin examinar de cerca los horrores que le acompañan. Pero cuando un hombre, joven y sano, se encuentra solo y en calma contemplando la muerte cara á cara, tiene tanta materia en qué pensar, que si llegara á sobrevivir hasta edad avanzada, en todo el resto de su vida se dejaría sentir de aquellas horas solemnes, alterando el desenvolvimiento de su actividad, al modo que la roca plantada en el álveo de un arroyo muda el curso de su corriente. En presencia de la muerte, se manifiestan hasta las faltillas y lunares más menudos, á la manera que los átomos de polvo que enturbian la transparencia del aire aparecen al penetrar un rayo de sol en el sombrío recinto de una habitación. Entonces eché de ver mis numerosas imperfecciones, y me parece que desde aquella época no he dejado de advertirlas.

Continuaba sentado con la cabeza apoyada en el pecho y absorto en tan graves reflexiones, cuando vino á sacarme de mi ensimismamiento un ruido

inesperado y que se repetía con insistencia, como si procediera de alguien que me llamara. Púseme de pie al instante y escudriñé la penumbra que me envolvía, sin poder cerciorarme del origen de aquel rumor. Casi había llegado á persuadirme de que mis sentidos se engañaban, cuando el sonido se reprodujo con mayor intensidad que antes, y alzando los ojos á lo alto, percibí el semblante de alguien que miraba por la rendija, ó para hablar con más exactitud, vi una parte de ese semblante, porque sólo asomaba un ojo y una parte de la mejilla. Me puse de pie sobre el taburete y entonces averigüé que el que allí estaba era el labrador, mi compañero de viaje.

—¡ Chist, muchacho! — murmuró, indicándome que anduviera con cuidado.—Hablad bajo, no sea que nos oiga el guardia. ¿Qué puedo hacer en favor vuestro?

—¿Cómo habéis sabido que estaba aquí?—pregunté asombrado.

—¡ No faltaba más!—respondió.—Conozco esta casa tan bien como el mismo Beaufort. Antes que se construyera el nuevo palacio de Badminton, mis hermanos y yo habíamos pasado muchos días en subir á la vieja torre de Boteler. No es la primera vez que hablo por esta aspillera. Pero, vamos pronto: ¿qué es lo que puedo hacer por vos?

—Os doy mil gracias, señor—respondí,—pero me parece que no podéis hacer nada como no sea llevar la noticia de mi encarcelamiento al ejército rebelde del Oeste.

—Puedo hacerlo—repuso en voz baja el labrador Brown.—Oíd una cosa que todavía no he dicho a nadie. La conciencia me remuerde en ocasiones por consentir que una nación protestante esté gobernada por un papista. Cada quién que gobierne á los de su religión, digo yo. Cuando las elecciones me fuí á caballo á Sudbury y di mi voto por el señor Evans de Turnford, que se presentaba candidato por los exclu-



sionistas. A buen seguro que si ese bill hubiera sido aprobado, á estas horas el duque ocuparía el trono de su padre. La ley en ese caso le habría apoyado, mientras que ahora le es contraria. Yo soy partidario de las leyes que hablan claro y llaman á las cosas por su nombre, como Barclay el cuáquero que no se muerde la lengua para decirle al párroco que es un fantoche de campanario. Cuando la ley lo dice, de nada sirve andar á tiros ni á lanzadas con ella ni darle cargas con tropa de caballería. Si la ley comenzara por decir *no*, *no* sería hasta el fin del capítulo. Pelear contra ella valdría tanto como querer andar á sablazos con el libro del Génesis. Que Monmouth logre mudar la ley, y eso le servirá más que tener de su parte á todos los duques de Inglaterra. Pero basta que sea protestante para que yo le favorezca cuanto pueda.

—En el Oeste encontraréis al capitán Lockarby, que presta servicio en el regimiento del coronel Saxon—repuse.—Si las cosas me salen mal, os agradeceré muchísimo que le llevéis mis cariñosos recuerdos, rogándole que los transmita de palabra ó por escrito á mis padres y amigos de Havant. Me serviría de gran consuelo saber que cumpliríais mi encargo.

—Descuidad, muchacho, que lo haré sin falta—replicó el buen labrador.—Pienso enviar al criado de mi mayor confianza con un buen caballo esta misma noche, para que sepan allá el trance en que estáis. Traigo una lima por si acaso pudiera servirlos de algo.

—Gracias—respondí;—en estas circunstancias poco pueden valerme los auxilios humanos.

—Antes había un boquete en la parte superior de la bóveda. Mirad á ver si descubríis algo.

—Hay gran altura desde aquí—repliqué mirando á lo alto;—y no percibo señal alguna de abertura.

—Pues es cierto que había una—repitió.—Mi her-

mano Roger bajó por ella en cierta ocasión con una maroma. Antiguamente introducían á los prisioneros desde arriba, como los hermanos de José metieron á éste en una cisterna. La puerta es cosa de ayer como si dijéramos.

—Haya ó no ese boquete, me es imposible utilizarle—repuse.—No tengo medios para subir hasta él. No aguardéis más tiempo, buen amigo, no sea que os ocurra alguna desgracia.

—Adiós, entonces, querido—dijo, y desapareció de la rendija.

Muchas veces en el transcurso de la noche levanté los ojos á la abertura, esperando que regresara; y cada rumor que producía el viento en el ramaje exterior me hacía encaramar á la silla, pero no volví á ver al labrador Brown.

Esta bondadosa visita, con haber sido tan corta, me sirvió de gran consuelo, porque contaba con la promesa de que, ocurriera lo que ocurriera, mis amigos al menos tendrían noticia de mi desgracia. A la sazón había obscurecido enteramente y yo comencé á pasear de un lado á otro, cuando rechinó la llave en la puerta y entró el capitán con una candela y un gran cuenco de sopa de leche.

—Aquí tenéis la cena, amigo—me dijo.—Tomadla, con apetito ó sin él, porque os dará fuerzas para portaros como un hombre cuando llegue la ocasión. Dicen que daba gusto ver la serenidad con que murió lord Russell en Tower Hill. ¡Animo! ¡Mucho ánimo! La gente ha de hablar mucho de vos. Su Excelencia está de un humor endiablado. No hace más que pasear de una parte á otra, mordiéndose el labio y retorciendo las manos como quien difícilmente puede contener su cólera. Quizá no sea contra vos; pero no sé qué otros motivos tenga para estar furioso.

No respondí nada á las palabras anteriores, que tenían tan poco de consoladoras como las de los ami-

gos de Job ; y así se marchó poco después, dejándome la candela y el cuenco sobre la silla. Tomé aquel alimento y sintiéndome fortalecido, me tendí en la cama y caí en un profundo sueño. En ese estado permanecí tres ó cuatro horas, cuando de pronto me despertó un rumor semejante al crujir de goznes. Sentéme en el jergón y eché una mirada en torno mío. La candela se había gastado y en el calabozo reinaba impenetrable obscuridad. Un débil resplandor mostraba en un punto del muro la situación de la aspillera, pero todo lo demás estaba en tinieblas. Escuché atentamente, pero no volví á percibir ningún otro rumor. Sin embargo, tenía la certeza de no haberme engañado y de que dentro del calabozo había sonado cierto ruido. Me levanté y anduve á tientas alrededor del cuarto aplicando mi mano á las paredes de la puerta. Luego paseé de un punto á otro examinando con el pie el piso. Ni á mi alrededor ni encima se había operado cambio alguno. ¿De dónde, pues, había salido aquel ruido? Sentéme en el borde de la cama y aguardé pacientemente con la esperanza de volver á oirlo.

Poco después se repitió el mismo crujido sordo, semejante al producido por una puerta ó ventana que ha estado largo tiempo sin abrirse. Al mismo tiempo penetró por la parte superior una luz rojiza que procedía de una delgada abertura situada en el centro superior de la bóveda. Mientras yo seguía observando, la hendidura se ensanchó lentamente, como si hubieran corrido un tablero movedizo, hasta que apareció un boquete de regular tamaño y vi asomar por él una cabeza que me miraba, proyectándose sobre la confusa luz que brillaba detrás. Echaron por aquella abertura el extremo anudado de una maroma que bajó oscilando hasta el pavimento del calabozo. Era una gruesa cuerda de cáñamo, capaz de sostener el peso de un hombre corpulento, y, al tirar de ella, hallé que estaba firmemente asegurada en el extremo

superior. Evidentemente mi desconocido bienhechor deseaba que yo subiera por ella; y así comencé á trepar, echando una mano tras otra, y después de alguna dificultad para sacar los hombros por el boquete, conseguí llegar á una pieza situada encima del calabozo. Mientras estaba frotándome los ojos á causa del repentino cambio de la obscuridad á la luz, tiraron rápidamente de la cuerda, y el tablero corredizo se cerró nuevamente. Para los que no estuvieran en el secreto, mi desaparición tenía que parecer cosa diabólica.

Halléme en presencia de un hombre grueso y de baja estatura, vestido con un tosco chaquetón y una zamarra que le daba cierta apariencia de mozo de cuadra. Llevaba en la cabeza un ancho sombrero de fieltro echado sobre los ojos, mientras la parte inferior de su cara desaparecía detrás de una ancha bufanda. A la luz de la linterna que tenía en la mano pude ver que el cuarto en que estábamos era de dimensiones iguales á las del calabozo inferior, diferenciándose de él únicamente en estar rasgado por una amplia ventana que miraba al parque. No había muebles en aquella pieza, y una gran viga iba de un extremo á otro teniendo atada aún la maroma por donde yo había trepado.

—Hablad alto, amigo—dijo el desconocido.—Los muros son gruesos y las puertas están cerradas, aunque no querría que vuestros guardianes supieran de qué manera habéis desaparecido.

—Verdaderamente, señor — respondí, — apenas puedo creer que no estoy soñando. Es asombroso que mi prisión se haya deshecho con tanta facilidad; y más asombroso aún haber hallado un amigo capaz de arrostrar tantos riesgos por salvarme.

—Mirad aquí—dijo acercando su linterna de modo que iluminara la parte del piso donde estaba la trampa.—¿Observáis lo vieja y desmoronada que está la obra de mampostería que la rodea? Esta abertura

del techo es tan antigua como el mismo calabozo y de fecha muy anterior á la puerta por donde habéis entrado en él. Porque esta prisión era una de aquellas celdas en forma de botella, que los feroces hombres de otros tiempos idearon para tener seguros á sus cautivos. La persona que era introducida por esta abertura en la mazmorra donde habéis estado, podía despedirse del mundo porque su fatal destino era irrevocable. Sin embargo, ya veis cómo el mismo artificio que en otras épocas impedía la fuga, ha servido para ponerlos en libertad.

—Gracias á vuestra clemencia, señor—respondí, clavando la mirada en mi compañero.

—Bien; ¡fuera disfraces!—dijo con cierta displicencia, echándose atrás el sombrero y dejándome ver el semblante del duque.—Hasta un joven soldado sin instrucción me descubre á pesar de mis esfuerzos para ocultar quién soy. Me parece, capitán, que no había de servir para un complot, porque mi genio es tan franco como... bien sí, como sutil. No he podido redondear mejor la comparación.

—La voz de Vucencia es tal, que una vez oída no es fácil olvidarla—repuse.

—Especialmente cuando habla de dogales y calabozos—respondió sonriendo.—Pero si es cierto que os he encerrado en una prisión; también debéis reconocer que he reparado el rigor de la sentencia sacándoos del fondo del mismo en la punta de mi sedal, como si fuerais un pez. Pero ¿por qué me habéis entregado semejantes documentos en presencia de mi Consejo?

—Señor, habían sido inútiles todos mis esfuerzos para tener con vos una entrevista privada—repliqué.—Recordaréis que os envié un mensaje pidiendo ese favor.

—Es verdad—respondió;—pero tales mensajes suelo recibirlos de cada soldado que quiere vender su espada y de cada inventor que tiene tan larga la len-

gua como corta la bolsa. ¿Podía yo suponer que el asunto fuera de verdadera importancia?

—Temía dejar escapar la ocasión—repuse;—porque, según me dijeron, Vucencia anda ahora muy ocupado.

—En rigor, no puedo censurar con justicia lo que habéis hecho—añadió paseando de un lado á otro en la pieza.—Pero fué una fatalidad. Si hubiera tratado de ocultar los despachos, habría despertado sospechas, y, al fin, se habría traslucido el objeto de vuestra venida. Hay muchos que envidian mi elevada posición, y que desean aprovechar la primera coyuntura para malquistarme con el rey Jacobo. Tanto Sunderland como Somers acogerían con júbilo el menor rumor para convertirlo en base de una acusación terrible. No quedaba, por tanto, otro arbitrio que mostrar los documentos y encolerizarse contra el mensajero. El comportamiento que observé no permite que se ceben en mí las lenguas más venenosas. ¿Qué hubierais hecho vos mismo en semejantes circunstancias?

—Seguir el camino derecho—respondí.

—¡Ya, ya, hombre integérrimo! Conque el camino derecho? Las personas que ocupan cargos públicos no pueden atenerse á esa máxima, porque en muchos casos irían á parar al precipicio. Si todos fuéramos á llevar el corazón en la mano, los calabozos de la Torre no bastarían para contener tantos prisioneros. Pero á vos puedo manifestaros aquí en privado lo que realmente pienso, sin temor á la traición ni á la calumnia. Os advierto que no escribiré una palabra; de modo que vuestra memoria será el documento que llevará mi respuesta á Monmouth. Y ante todas las cosas, os ruego que olvidéis las palabras proferidas por mí en la sala del Consejo. Imaginad que no se han pronunciado. ¿Estamos de acuerdo?

—Comprendo que no representan en realidad la opinión de Vucencia.

—Ni con mucho, capitán. Pero ¿podéis decirme qué esperanzas de triunfo alimentan los rebeldes? Sin duda habréis oído á vuestro coronel y á otros discutir este asunto, ó habréis podido colegir lo que piensan por su modo de portarse. ¿Tienen fundados motivos para creer que han de resistir el empuje de las tropas del rey?

—Hasta ahora han triunfado en todas partes—respondí.

—Sí, contra las milicias; pero ya verán que no es lo mismo pelear con tropas regulares. Y no obstante... no obstante... Lo único que sé es que cualquier derrota del ejército de Feversham traerá consigo un levantamiento general en todo el país. Por otra parte, los defensores del rey despliegan celo y gran diligencia. Cada correo que recibo me trae la noticia de alguna leva añadida á las anteriores. Albezarle continúa al frente de las milicias en el Oeste. El conde de Pembroke ha organizado su gente de guerra en Wiltshire. Lord Lumley avanza desde el Este con las fuerzas de Sussex. El conde de Abingdon está en armas en Oxfordshire. En la Universidad se están transformando los manteos y birretes en cascos y petos. De Amsterdam han zarpado los regimientos holandeses contratados por Jacobo. Con todo eso, Monmouth ha ganado dos batallas, y ¿por qué no había de ganar la tercera? Hay mar de fondo... ¡mucho mar de fondo!

El duque comenzó á pasear avanzando y retrocediendo, siempre de cara á mí, con el ceño fruncido, y murmuró las razones precedentes hablando consigo mismo más bien que conmigo y moviendo la cabeza indicando gran perplejidad:

—Querría que dijerais á Monmouth—añadió, al fin, —que le doy las gracias por su misiva, y que la meditaré detenidamente. Manifestadle también que

le deseo fortuna en su empresa y que le ayudaría en ella si no me lo impidieran las muchas personas que me vigilan de cerca y que me denunciarían tan luego como descubrieran mis intenciones. Añadiréis que, si avanza con su ejército en esta dirección, podré declararme francamente á favor suyo; pero que hacerlo así, hoy por hoy, equivaldría á labrar la ruina de mi casa sin el menor provecho para él. ¿Podéis llevarle esa contestación?

—Seguramente, señor.

—Y bien, ¿cómo se porta Monmouth en la campaña emprendida?—preguntó.

—Como un jefe prudente y valeroso—respondí.

—Es extraño—murmuró;—fué siempre el hazmerreir de la corte por su falta de constancia en los juegos, pues casi siempre tiraba la raqueta antes de haberse terminado el partido. A cada instante mudaba de plan, como las veletas mudan de dirección según el viento. Sólo era constante en su inconstancia. Verdad es que capitaneó las tropas del rey en Escocia; pero no hay quien ignore que los verdaderos vencedores en Bothwell Bridge fueron Claverhouse y Dalzell. Me parece que recuerda al Bruto de la historia romana, el cual fingía flojedad de ánimo para ocultar sus ambiciones.

El duque conversaba nuevamente consigo mismo más bien que conmigo, de modo que no hice ninguna observación, fuera de hacer constar que Monmouth se había atraído el amor del pueblo.

—Ahí precisamente radica su fuerza—dijo Beaufort.—Circula por sus venas la sangre de la actriz Lucia Walters, y no cree indigno de sí estrechar la roñosa mano del gañán ni terciar en unas carreras con los mozos de cualquier aldea ó apostar un vaso de cerveza con el herrero. Bien, los acontecimientos siguen dándole la razón. Esos gañanes no le han abandonado, como lo han hecho sus amigos de más elevada categoría. Si pudiera uno leer en lo porve-

nir... Pero ya habéis recibido mi contestación, capitán, y espero que, si lográis hacerla llegar á su destino, sea en el sentido de que fué expresada con gran cordialidad. Ahora es tiempo ya de que partáis; porque dentro de tres horas se hará el relevo de la guardia y se descubrirá vuestra fuga.

—Pero ¿por dónde he de salir?—pregunté.

—Por aquí—respondió abriendo la ventana y echando la cuerda que estaba sujeta á la viga en aquella dirección.—Tal vez la maroma sea un pie ó dos más corta; pero tenéis estatura bastante para subsanar esa deficiencia. Cuando hayáis llegado á tierra, seguid el paseo de grava que tuerce á la derecha hasta llegar á los árboles altos del borde del parque. El séptimo de esos árboles tiene una rama que pasa por encima de la cerca, trepad hasta esa rama y podréis saltar al otro lado, donde hallaréis á mi propio paje, que os aguarda con vuestro caballo. Emprended el camino sin pérdida de tiempo y galopad á toda prisa hacia el Sur. Al amanecer podréis hallaros fuera de todo peligro.

—¿Y mi espada?—pregunté.

—Ahí están todas vuestras cosas. Haced saber á Monmouth mi respuesta y no olvidéis añadir que os he tratado con todo género de consideraciones.

—¿Qué dirá el Consejo de Vucencia cuando sepa que me he escapado?—pregunté.

—¡Bah! no os inquietéis por eso. Yo partiré para Bristol al rayar la aurora y dejaré á mi Consejo bastantes asuntos que resolver para que no tenga tiempo de pensar en vos. Los guardias se persuadirán de que ha sido cosa del diablo, como ya ha ocurrido otras muchas veces. Si fueran verdad las cosas que se dicen, todos los demonios del infierno habrían pasado ya por este calabozo. Pero el tiempo apura. ¡Ea! trepad á la ventana. ¡Así! No olvidéis mi encargo.

—Adiós, señor—respondí y asiéndome á la cuer-

da me deslicé por ella sin ruido hasta llegar abajo ; después de lo cual, el duque recogió la maroma y cerró la ventana. Al tender la vista á mi alrededor, divisé la estrecha abertura de mi calabozo, por la que el honrado Brown había conversado conmigo. Media hora antes estaba tendido en el jergón de la celda sin la menor esperanza de poder escapar. Ahora me encontraba en pleno aire libre, enteramente dueño de mí mismo, respirando el aire de independencia que la prisión y los grillos me habían arrebatado y sintiéndome como el que despierta de una pesadilla funesta. Tales alternativas, mis queridos niños, conmueven profundamente el alma humana. El corazón que se endurece en ocasiones al contemplar la muerte cara á cara, se enternece al tener seguridad de haber salido del peligro. Conocí á un honrado mercader que habiendo soportado valerosamente el peligro de ver devorada toda su fortuna por las olas del Océano, perdió no obstante su ecuanimidad cuando supo que no había motivo para tal alarma y que al cabo el riesgo había desaparecido enteramente. Por mi parte, persuadido como estoy de que la casualidad no entra para nada en los asuntos de este mundo, he creído que la Providencia me sometió á esa prueba á fin de disponer mi ánimo á concebir pensamientos más serios, poniéndome después en condiciones de ejecutarlos. Animado de vehementes propósitos de hacerlo así, me arrodillé sobre el verde césped, á la sombra de la torrecilla de Boteler, y pedí á Dios que me otorgara la gracia de ser útil en la tierra elevándome sobre mis propios intereses y necesidades para prestar mi concurso á todas las nobles y grandes empresas de aquellos días. Hace ya cerca de cincuenta años, amados niños míos, desde que me postré ante el Gran Desconocido en el parque de Badminton, bañado por la luz de la luna ; y con toda verdad puedo decir que desde ese día las aspiraciones que entonces concebí me han servido de

norte en el tenebroso mar de la vida ; norte que tal vez no haya seguido con la debida constancia, porque la carne es débil y flaca, pero que al menos ha brillado siempre en el cielo de mi espíritu, permitiéndome volver á él los ojos en épocas de duda y en trances angustiosos.

La vereda que torcía á la derecha pasaba por entre grupos de árboles y estanques de carpas en el espacio de una milla ó más, hasta que llegué á la línea de abetos que guarnecían la cerca de la posesión del duque. No tropecé en mi camino con ser alguno viviente, excepto un rebaño de gamos que huyó veloz al acercarme, á modo de sombras fantásticas, que se disiparon á la luz de la luna. Al volver la cara, contemplé las altas torres y gabletes del castillo de Boteler que proyectaban su negra silueta sobre el estrellado cielo. Luego que llegué al árbol que se me había indicado, trepé á él y me deslicé por la rama que salía por encima de la cerca y me dejé caer del otro lado, encontrando allí á mi buen *Covenant* que me aguardaba con uno de los palafreneros de Beaufort. Luego de haber saltado á la silla, me sujeté nuevamente la espada y partí galopando á toda velocidad.

Durante el resto de la noche cabalgué á rienda suelta, dejando atrás dormidas aldeas, granjas iluminadas por la luna, corrientes que brillaban en la obscuridad y colinas cubiertas de hayas. Cuando el Oriente trocó su tinte rosado por el de escarlata, y asomó por las azuladas colinas del norte de Somerset el gran disco del sol, había recorrido ya una enorme distancia. Era un domingo por la mañana, y de todas las aldeas salía un alegre campaneó. Ahora no llevaba conmigo papeles peligrosos, y podía, por tanto, seguir mi ruta con mayor descuido. En cierto lugar, un peajero me preguntó con aire receloso de dónde venía ; pero sus sospechas se disiparon

al punto cuando le respondí que viajaba por encargo de Su Excelencia el duque de Beaufort.

Más allá, cerca de Axbridge, alcancé á un ganadero que se encaminaba á trote corto al interior del país de Gales en una lucida jaca. Conversé con él un rato y supe que todo el norte de Somerset, lo mismo que el sur estaba ahora en franca rebelión, y que Gales, Shepton Mallet y Glastonbury estaban ocupados por voluntarios del rey Monmouth. Las fuerzas de Jacobo se habían retirado al Oeste y Este, para aguardar la llegada de nuevos contingentes. Al pasar por las aldeas, observé que la bandera azul ondeaba en las torres de las iglesias y que los campesinos hacían la instrucción en las praderas, sin el menor indicio de tropas regulares que defendieran la autoridad de los Estuardos.

Mi camino pasaba por Shepton Mallet, por la Posada del Gaitero, Bridgwater y por Petherton del Norte, hasta que al llegar el frío de la mañana detuve á mi fatigado caballo en el lugar denominado «Cross Hands» y vi las torres de Taunton en el valle que se tendía á mis pies. Una botella de cerveza para el jinete y una cribada de avena para la cabalgadura restauraron los bríos de ambos; y nuevamente reanudé la marcha. De pronto, por la ladera de la colina aparecieron avanzando hacia mí unos cuarenta jinetes que caminaban á todo galope. Era tal su ímpetu, que refrené á *Covenant*, no sabiendo si eran amigos ó enemigos, hasta que al acercarse á mí en tropel, vi que los dos oficiales que mandaban aquella fuerza eran nada menos que Rubén Lockarby y sir Gervasio Jerónimo. Al verme, tendieron los brazos hacia mí, y Rubén se echó sobre el cuello de su caballo, donde permaneció un momento abrazado á la crin, hasta que el bruto le empujó nuevamente obligándole á enderezarse en la silla.

—¡ Es Miguel ! ¡ Es Miguel !—dijo con voz rota

por la emoción, mientras corrían las lágrimas por su rostro.

—¡Córreholis! ¡Recórreholis! ¿Cómo habéis venido?—preguntó sir Gervasio palpándome con el índice, como para cerciorarse de que realmente era yo en cuerpo y alma.—Salíamos capitaneando una incursión al territorio de Beaufort con el propósito de atacarle y pegar fuego á su residencia si habías recibido daño alguno. No hace mucho ha llegado un criado de cierto labrador de aquella comarca, trayéndonos la noticia de que estabas sentenciado á muerte; y, al oirlo, fuí al punto á buscar al amigo Lockarby, sin detenerme á peinar la peluca y vi que había obtenido permiso de lord Grey para partir en dirección al Norte con este destacamento. Pero ¿cómo te ha ido?

—Bien y mal—respondí estrechando sus manos.—La noche pasada no tenía esperanza de ver salir el sol, y no obstante ya veis que estoy aquí sano y salvo; pero se necesita algún tiempo para contar todas estas cosas.

—Seguramente, y, fuera de eso, el rey Monmouth estará en ascuas hasta verte. ¡Doble derecha, muchachos, y al campamento! Jamás hubo quien hiciera un viaje tan rápido y feliz como éste. Mal lo hubieran pasado en Badminton, si llegan á causarte algún mal.

Los soldados volvieron grupas y trotaron lentamente en dirección á Taunton, mientras yo seguía detrás entre mis dos fieles amigos, oyéndoles referir todo lo ocurrido en mi ausencia y refiriéndoles á mi vez las aventuras de la expedición. Había cerrado la noche antes que penetráramos por las puertas de la ciudad, y una vez en ella, entregué á *Covenant* al criado del alcalde y marché directamente al castillo á dar cuenta de mi misión.

VI

DE LA GRESCA QUE SE ARMÓ EN EL CONSEJO

El Consejo del rey Monmouth estaba reunido cuando llegué, y mi entrada causó la mayor sorpresa y regocijo, tanto más cuanto acababan de recibir noticias del terrible trance en que me encontraba. Ni siquiera la presencia del rey fué parte á impedir que varios miembros, entre los que se contaban el viejo alcalde y los dos soldados aventureros, se pusieran de pie y me estrecharan la mano calurosamente. El mismo Monmouth me dijo algunas palabras afectuosas, invitándome á que me sentara á la mesa con los demás.

—Os habéis conquistado el derecho de asistir á nuestro Consejo—dijo ;—y para que otros capitanes no os tengan envidia por asistir á nuestras juntas, os confiero el título especial de jefe de batidores, el cual, aunque de escasa importancia en cuanto á las obligaciones que impone en el estado presente de nuestras tropas, os dará, no obstante, la precedencia sobre vuestros compañeros. Hemos sabido que Beaufort os recibió de muy mal talante y que habéis pasado terribles apuros en sus calabozos. Mas, por fortuna, habéis llegado poco después que el mensajero de tales noticias. Decidnos, pues, todo lo que os ha ocurrido sin omitir ningún pormenor.

Por mi parte hubiera deseado haber referido sólo la entrevista con Beaufort y su respuesta ; pero, como los consejeros dieron muestras de esperar una relación completa de mi viaje, tuve que describir con la mayor brevedad y sencillez que pude, los diversos lances que me habían sobrevenido, la emboscada de los contrabandistas, la cueva, la captura del aduane-

ro, la navegación en el lugre, el encuentro con el labrador Brown, mi encarcelamiento y, por último, el modo con que recobré la libertad y el mensaje que se me había confiado. El Consejo escuchó mi relato con el mayor silencio; y tal cual interjección ahogada que salía de labios de algún cortesano, alternando con los suspiros y jaculatorias de los fanáticos del puritanismo, demostraban la profunda impresión que causaban los variados incidentes de mi viaje. Pero, sobre todo, estuvieron atentos á oír lo dicho por Beaufort, deteniéndome más de una vez cuando en apariencia refería de pasada algún dicho ó suceso, sin dejarles tiempo para meditarlo. Cuando, al fin, terminé, permanecieron silenciosos, mirándose unos á otros y aguardando que alguien expresara su opinión.

—A fe mía—dijo, por fin Monmouth,—el capitán es un joven Ulises aunque su odisea no ha durado más que tres días. Seguramente Scudéry no sería tan pesado en sus narraciones, si se hubiera inspirado en los episodios de estas cuevas de contrabandistas y de esos muros corredizos. ¿Qué os parece, Grey?

—Que verdaderamente el joven ha corrido curiosas aventuras—respondió el noble prócer,—logrando llevar á cabo su misión como mensajero intrépido y celoso. ¿Decís que Beaufort no os dió nada por escrito?

—Ni una palabra, milord—repliqué.

—¿Y su respuesta privada se redujo á que nos deseaba buena suerte, estando dispuesto á unirse á nosotros cuando estuviéramos en su territorio?

—Exactamente, milord.

—Sin embargo, según tengo entendido, profirió en su Consejo frases acerbas contra nosotros, injuriando al rey y menospreciando sus justas reclamaciones al homenaje de su nobleza. ¿Es cierto esto?

—Cierto—respondí.

—Quiere nadar entre dos aguas—dijo el rey Mon-

mouth.—Los que así proceden corren el peligro de no tener las ventajas de ninguna de las dos partes, teniendo que sufrir sus odios. Sin embargo, pudiera ocurrir que avanzáramos por la parte de Badminton para darle ocasión de declararse.

—En todo caso—dijo Saxon,—según recordará Vuestra Majestad, tenemos resuelto marchar hacia Bristol y amenazar la ciudad.

—Las obras de defensa han sido reforzadas—añadí;—y hay cinco mil hombres de los que han recibido instrucción militar, procedentes del condado de Gloucester, reunidos dentro de los muros. Al pasar he visto á los operarios trabajando en los bastiones.

—Si tenemos de nuestra parte á Beaufort, nos apoderaremos de la ciudad—observó sir Esteban Timewell.—Hay ya un gran número de gente piadosa y honrada dentro de Bristol, y se alegrará de ver entrar en la ciudad un ejército protestante. En el caso de ponerle sitio, podríamos contar con recibir ayuda de dentro.

—¡Rayos y truenos!—exclamó el soldado alemán, dejándose arrebatarse de un impulso de impaciencia que ni siquiera la presencia del rey pudo reprimir;—¿cómo nos atrevemos á hablar de sitios y asedios si no tenemos en el ejército un solo cañón de batir?

—El Señor nos dará todas las baterías que necesitemos—repuso Ferguson con su voz gangosa de raras inflexiones.—¿No derribó el Señor los muros de Jericó sin necesidad de cañones? ¿No suscitó el Señor en estos tiempos á un hombre como Roberto Ferguson, sacándoli con bien de treinta y cinco procesos y de veintidós condenas de los impíos? ¿Hay acaso alguna cosa que El no pueda hacer? ¡Hosana! ¡Hosana!

—El doctor tiene razón—repuso uno de los Independientes, de rostro enjuto y apergaminado,—

Aquí hablamos demasiado de medios carnales y arbitrarios mundanos, sin invocar la ayuda y apoyo de la voluntad celestial, que debería servirnos de fundamento inconvencible, sacándonos de todos los apuros y dificultades. Sí, caballeros—continuó, levantando la voz y clavando la mirada en uno de los cortesanos;—podéis burlaros de las palabras piadosas, pero yo afirmo que vosotros, y los que son como vosotros, habéis de atraer la cólera del Cielo sobre este ejército.

—Estoy conforme con lo dicho—vociferó otro secretario con furia.

—Y yo; y yo—repitieron varios con Saxon entre ellos, si no oí mal.

—¿Desea Vuestra Majestad que se nos insulte en la misma mesa del Consejo?—preguntó uno de los cortesanos, poniéndose de pie, con el semblante rojo de cólera.—¿Por cuánto tiempo vamos á estar sujetos á semejantes insolencias por tener la religión que corresponde á las personas de calidad y preferir practicarla en el secreto de nuestros corazones más bien que en los ángulos de las plazas como esos fariseos?

—No soltéis vuestra lengua contra los santos del Señor—increpó un puritano en voz alta y grave.—Oigo en el fondo de mi conciencia que sería preferible que cayerais muerto, aun en presencia del rey, antes que insultar á los regenerados en la vida del espíritu.

Por ambas partes la excitación creció de tal modo, que eran muchos los que se habían puesto de pie. Las manos requirieron las empuñaduras de las espadas, cruzándose miradas fulminantes y venenosas; pero los miembros más neutrales y sensatos del Consejo consiguieron restablecer la paz y persuadir á los contendientes á que volvieran á sentarse.

—¿Qué es esto, señores?—interrogó el rey con semblante airado, luego que se restableció el silen-

cio.—¿Es ése el respeto que os inspira mi autoridad, para bravuconear en este sitio, como si la cámara del Consejo fuera cualquier fonducho de Fleet Street? Os aseguro que estoy dispuesto á renunciar para siempre á mis derechos y volver á Holanda, ó bien dedicar mi espada á la causa de la cristiandad contra los turcos, antes que tolerar semejantes indignidades. Si alguno se atreviera á suscitar discordias entre los soldados de la nación con pretexto de creencias religiosas, sabré cómo tengo que portarme con él. Profese cada uno las ideas que crea convenientes, pero absténgase de inmiscuirse en las de su vecino. En cuanto á vos, señor Bramwell, y vos, señor Joyce, y vos también sir Enrique Nuttall, estáis dispensados de asistir á estas juntas hasta que os avisemos. Ahora podéis separaros, yendo cada uno á ocupar su puesto; y mañana por la mañana saldremos con la bendición de Dios para el Norte, á probar la suerte que nos aguarda en esas regiones.

El rey hizo una inclinación en señal de haber terminado la junta, y llamando aparte á lord Grey, conversó con él animadamente en el hueco de una ventana. Los cortesanos, en cuyo número se contaban varios caballeros ingleses y extranjeros, llegados á Taunton con alguna gente distinguida de Devonshire y Somerset, salieron del cuarto en un grupo con mucho sonar de espuelas y chocar de espadas. Los puritanos se reunieron y abandonaron el local después de los anteriores, andando, no con el semblante modesto y recogido que tenían por costumbre, sino con la cabeza erguida y el ceño fruncido, á guisa de los antiguos judíos al escuchar aquellas palabras: ¡A tus tiendas, Israel!

Sentiase en el ambiente la disensión religiosa y sectaria. En los alrededores de la pradera del castillo resonaban las voces de los predicadores como el zumbido de un enjambre de insectos. Todos los carros, pipas y cajas de provisiones se habían convertido en

púlpitos ; y en cada uno de ellos peroraba un orador á su corrillo de ávidos oyentes. Aquí era un voluntario de Taunton, vestido de tosco chaquetón con botas de caña y ancha bandolera, muy empeñado en sostener la justificación por las obras. Allá, un granadero de la milicia luciendo guerrera roja y cinturón blanco, se engolfaba en el misterio de la Trinidad. En uno ó dos lugares, donde las tribunas estaban demasiado cerca, los sermones habían degenerado en acalorada discusión entre los dos predicadores, mientras el auditorio aplaudía con murmullos y exclamaciones al campeón cuyo credo estaba más en armonía con el suyo. Por entre aquellas animadas escenas á las que daban un tinte extraño los rojizos resplandores de las hogueras del campamento, me abrí paso con el corazón oprimido, comprendiendo lo inútil que era esperar el triunfo mientras reinaran tales divisiones. Saxon, no obstante, contemplaba el espectáculo brillándole los ojos de satisfacción y frotándose las manos de gusto.

—La levadura está produciendo sus efectos—observó.—Algo va á resultar de toda esta fermentación.

—No sé que pueda provenir otra cosa más que el desorden y la debilidad—respondí.

—Y también soldados aguerridos, muchacho—replicó.—Están aguzando los filos de su denuedo enardecándose á su manera con las discusiones religiosas. Todo esto supone fanatismo, que es la pasta de que se hacen los conquistadores. ¿No habéis oído contar cómo el ejército del famoso Noll estaba dividido en presbiterianos, anabaptistas, independientes, vociferadores (1), sectarios de la quinta monarquía, brownistas y otra multitud de sectas, entre los que se for-

(1) Mote con que se designaba á una secta del tiempo de la República.

maron los mejores regimientos que salieron jamás á campaña?

Creyentes, como otros tantos,
Que su fe y su religión
Fundan en los textos santos
De la espada y el cañón,

como nos dice en verso el viejo Samuel. Os aseguro que prefiero verlos así antes que ocupados en hacer el ejercicio, á pesar de toda su gritería y alboroto.

—Pero ¿cómo ha podido armarse tal pelotera en el Consejo?—pregunté.

—En hecho de verdad, el asunto es grave. Se necesita mantener la armonía entre todos los credos; pero el puritano y el indiferente son como el aceite y el agua, si bien el puritano es el aceite, porque siempre flota. Los cortesanos están solos, mientras los otros tienen de su parte el nervio y médula del ejército. Me alegro de que mañana rompamos la marcha. Las tropas del rey están, según mis noticias, atravesando la llanura de Salisbury; pero la artillería y bagajes les causan gran retraso, porque necesitan ir bien provistos de víveres y municiones, ya que esperan poco de la buena voluntad de los paisanos. ¡Hola, amigo Buyse! ¿Cómo va?

—*Ganz gut* (Perfectamente bien)—dijo el corpulento alemán, echando una mirada escudriñadora por entre la obscuridad.—Pero ¡vive Dios! ¡qué barullo de graznidos y cacareos como de corral de gallinas al ponerse el sol! Vosotros los ingleses sois una gente bien estrafalaria... sí, ¡rayos y truenos! la gente más extravagante que he conocido. No hay dos bajo la capa del cielo que piensen de igual modo sobre cualquier asunto. El caballero de la corte quiere que le dejen sus lujosos vestidos y licencias de lenguaje. El puritano os cortaría el cuello de muy buena gana si tratáis de hacerle abandonar su traje sórdido y su Biblia. ¡Viva el rey Jacobo!, grita uno; ¡arriba

Monmouth!, vociferan los campesinos; ¡queremos el reinado de Jesús!, exclaman los sectarios de la quinta monarquía; ¡abajo los reyes de todas clases!, predicán maese Wade y algunos otros partidarios de la República. Desde que puse el pie en el *Helde-
renbergh* en Amsterdam, vengo devanándome inútilmente los sesos por saber qué es lo que deseáis, porque antes de haber oído á uno exponer enteramente sus ideas y cuando comienzo á divisar un poco de luz entre las finsternas (1), digo, entre las tinieblas, viene otro con una nueva historia que me pone en tantas dificultades como el anterior... Pero celebró mucho veros de vuelta sin novedad, mi joven Hércules. Ahora tengo cierto miedo de daros la mano, después de haber visto cómo la tratasteis últimamente. Espero que no hayáis empeorado al atravesar por tantos peligros.

—Lo que siento ahora es alguna pesadez en los párpados—repuse.—Fuera de una hora ó dos á bordo del lugre y casi otro tanto en el calabozo, no he pegado los ojos desde que salí del campamento.

—Mañana romperemos la marcha al segundo toque de trompeta, á eso de las ocho—dijo Saxon.—Por tanto, os dejaremos en paz á fin de que podáis recobraros de vuestras fatigas.

Los dos soldados partieron haciéndome una señal de despedida y siguieron la calle de Fore, que estaba llena de gente, mientras yo regresaba á la hospitalaria residencia del alcalde, donde tuve que repetir mi historia desde el principio al fin ante la familia reunida, antes de poder retirarme á mi cuarto.

(1) *Finsterniss*; en alemán, obscuridad, tinieblas.

VII

DEL INCIDENTE QUE NOS OCURRIÓ CERCA DEL PUENTE
DE KEYNSHAM

El lunes 21 de junio de 1685 amaneció nublado y con gran viento que arrastraba pesados nubarrones. La lluvia caía sin cesar y abundantemente; mas á pesar de todo, poco después del alba las trompetas comenzaron á sonar en todos los barrios de Taunton, desde el puente del Tone hasta Shuttern, y á la hora señalada los regimientos habían formado, se había pasado lista y la vanguardia marchaba con paso animado por la puerta de Oriente. La salida de la ciudad se efectuó siguiendo el mismo orden observado en la entrada, ocupando la retaguardia nuestro regimiento y la compañía de tauntoneses. El alcalde Timewell y Saxon se repartieron la tarea de ordenar esta parte del ejército; y á fuer de hombres experimentados, colocaron la artillería en una posición menos arriesgada, protegiéndola con una fuerte escolta de jinetes y dejando una batería en las últimas filas para hacer frente á cualquier tentativa de los dragones del rey.

Observóse en general que el ejército había ganado mucho en orden y disciplina durante los tres días de descanso, por efecto quizá de su ejercicio incesante y práctica de la disciplina militar. El número de combatientes había crecido hasta cerca de ocho mil, todos bien alimentados y animosos. Sus apretadas filas marchaban con aire marcial por pantanos y aguazales, entre rústicas bromas y gran derroche de cánticos é himnos.

Sir Gervasio cabalgaba á la cabeza de sus mosqueteros, cuyas coletillas empolvadas cafan lacias y chorreando agua. Los piqueros de Lockarby y mi

compañía de guadañiles eran en su mayor parte labriegos de la campiña, hechos á soportar las inclemencias del tiempo, los cuales avanzaban pacientemente con las caras salpicadas de gotas de lluvia. Al frente marchaba la infantería de Taunton; y en último lugar venía el tren de bagajes protegido por la caballería. De este modo siguió su camino por las colinas la prolongada línea de tropas.

En el vértice de la eminencia, donde el camino empieza á descender, se dió la orden de alto para permitir á los regimientos acercarse unos á otros; y desde allí volvimos la cara para contemplar la hermosa ciudad, que muchos de nosotros no habíamos de ver nuevamente. Aun alcanzamos á percibir en las negruzcas murallas y en los tejados de las casas el ondear de blancos pañuelos agitados por los que nos daban la despedida. Rubén cabalgaba á mi lado, levantando en alto una camisa blanca, que excitaba la risa de sus piqueros y con los pensamientos y la mirada tan distantes que no advertía sus muecas. Mientras continuábamos con los ojos fijos en la ciudad, un rayo de sol salió de entre dos negros nubarrones y reverberó sobre la torre de la Magdalena, donde continuaba ondeando el estandarte real. Aquel incidente fué saludado como señal de feliz augurio, y al verle estalló en el ejército una gran gritería, acompañada de ruido de armas y agitar de sombreros. Entonces las trompetas tocaron un aire militar, los tambores batieron paso de carga, Rubén metió su prenda de ropa blanca en la mochila, y el ejército continuó marchando por pantanos y charcos, bajo la espesa lluvia, protegidos en ambos flancos por colinas de aspecto tétrico. Un agorero hubiera dicho que los cielos derramaban sobre nosotros torrentes de desventuras.

Durante el día entero tuvimos que caminar penosamente por caminos llenos de lodazales con el barro hasta las rodillas; pero, al caer la tarde, lle-

gamos á Bridgwater, donde se nos incorporaron algunos reclutas y adquirimos varios centenares de libras para nuestra caja militar, porque aquel lugar era rico y tenía un comercio floreciente que se extendía por toda la costa hasta River Parret. Después de pasar una noche en cuarteles cómodos, reanudamos la marcha con un tiempo peor que hasta entonces. El terreno en aquellas regiones es un lodazal aun en tiempo de verano; pero las lluvias abundantes habían hecho que los pantanos crecieran extraordinariamente, convirtiéndose en dos anchos lagos á un lado y otro del camino. Esta circunstancia podía, en cierto modo, sernos favorable por librarnos de las cargas de la caballería real, pero en cambio entorpecía y dificultaba nuestro avance.

Continuamos chapoteando entre cieno y agua con las armas y caballos empapados de lluvia. Después de pasar el río Parret por Eastover, junto á la pacífica villa de Bawdrip, emprendimos la subida por el cerro de Polden, hasta que las trompetas hicieron la señal de hacer alto en las arboledas de Ashcot, donde se sirvió á los soldados una rústica comida. Luego volvimos á caminar á través de la implacable lluvia; y dejando atrás el fragoso parque de la «Posada del Gaitero», penetramos en Walton, donde la crecida de los torrentes amenazaba las viviendas, pasamos por los huertos de Street y seguimos adelante hasta que al obscurecer llegamos á la vieja ciudad de Glastonbury, cuyos buenos habitantes hicieron cuanto estaba en su mano para suavizar con sus afectuosas demostraciones de bienvenida las penalidades que nos había ocasionado el temporal.

Al día siguiente continuó la lluvia y el viento, de suerte que el ejército sólo hizo una breve jornada hasta Wells, ciudad de regular importancia, bien situada y que tiene una hermosa catedral con numerosas estatuas de piedra colocadas en nichos de la fachada, como las que habíamos visto en Salisbury.

La población estaba toda á favor de la causa protestante ; de modo que el ejército encontró allí una acogida tan entusiasta, y las vituallas apenas ocasionaron gasto alguno á la caja militar. Ahora comenzamos á ponernos por primera vez en contacto con la caballería del rey. Más de una vez, cuando al aflojar la lluvia se aclaraba el horizonte, columbramos el brillo de las armas en los cerros que dominan el camino ; y nuestros exploradores anunciaron la presencia de numerosos cuerpos de dragones en ambos flancos. En cierta ocasión, se acumularon en gran número sobre nuestra retaguardia, como si proyectaran caer sobre la impedimenta ; pero Saxon colocó un regimiento de piqueros á uno y otro lado de los carros ; con lo que los enemigos se retiraron diseminándose por las colinas.

Desde Wells marchamos el día veinticuatro hasta Shepton Mallet con el espectáculo amenazador de los sables y cascos de la caballería enemiga en ambos flancos.

Aquella noche nos encontramos en Puente de Keynsham, á menos de dos leguas de Bristol en línea recta, y algunos de nuestros caballos vadearon el río y avanzaron casi hasta las murallas.

A la mañana siguiente, el horizonte había despejado ; por lo que Rubén y yo resolvimos acercarnos poco á poco á una de las verdes laderas inmediatas, situadas á la espalda del campamento, esperando divisar desde allí al enemigo. Nuestros soldados se habían dividido en varios grupos é intentaban hacer hogueras sobre el césped con ramaje recogido en los alrededores, ó bien ponían á secar al sol sus ropas. Por cierto que formaban una muchedumbre de aspecto estrafalario, salpicados como estaban de lodo de los pies á la cabeza, con los sombreros lacios y empapados de agua, las armas cubiertas de orín y el calzado tan roto que muchos andaban descalzos y otros se habían atado los pañuelos á los pies. Sin em-

bargo, su breve aprendizaje militar los había convertido de gañanes de honrado semblante en soldados de fiera mirada, largos mostachos y mejillas hundidas, que llevaban las armas con la misma bizarría que si no hubieran hecho otra cosa desde su niñez.

La condición de los oficiales, por lo que mira á las incomodidades de la campaña, no era mejor que la de los soldados; fuera de que un oficial, mis queridos niños, estando de servicio no debe permitirse gozar comodidad alguna que no puedan todos compartir con él. Si no sabe tenderse junto á la hoguera del soldado ó comer el rancho de éste, será un obstáculo y un estorbo para todos. Nuestros vestidos estaban empapados de agua; nuestros cascos, rojos de mugre; y los caballos, cubiertos de lodo, como si se hubieran revolcado en la pecina. Hasta las espadas y pistolas se encontraban en tan miserable estado, que apenas podíamos desenvainar las unas ni montar las otras. Únicamente sir Gervasio consiguió mantener su atavío y persona tan limpios y elegantes como siempre. Nunca pude comprender cómo hacía las guardias de la noche ni cuándo satisfacía la necesidad del sueño, porque día tras día se presentaba al toque de corneta lavado, perfumado, cepillado, con la peluca compuesta y los vestidos sin la menor mancha. Llevaba en el arzón constantemente la gran caja de polvos, que le vimos usar en Taunton; y sus buenos mosqueteros aparecían todas las mañanas con las cabezas empolvadas, aunque á la hora sus coletas habían tomado el color obscuro que les era natural, mientras los polvos blancos formaban regueros blanquecinos á lo largo de sus anchas espaldas ó costras en las faldas de los jubones. Aquello era una porfiada lucha entre las inclemencias del tiempo y el *baronet*; pero nuestro camarada llevaba la mejor parte.

—Hubo una época en que me llamaban Rubén el gordinflón—observó mi amigo mientras proseguíamos

juntos el tortuoso camino.—Pero me voy liquidando de tal suerte, que antes de volver á Havant voy á convertirme en Rubén el esqueleto. Estoy tan repleto de lluvia como los barriles de mi padre lo están de cerveza. Querría, Miguel, que me retorciera para ver si suelto el agua y me pusieras luego á secar en alguno de esos arbustos.

—Pues si nosotros estamos calados de agua, los soldados del rey Jacobo han de estarlo también hasta los huesos—repuse,—porque siquiera nosotros hemos tenido algún abrigo.

—Menguado consuelo es para el que se muere de hambre saber que el vecino padece la misma necesidad. Te aseguro, Miguel, que el lunes me apreté el cinturón saltando un ojal, el martes tuve que saltar dos, ayer uno y hoy otro. Nada, puedes creerlo; me disuelvo como un carámbano á los rayos del sol.

—Sentiría que disminuyeras hasta reducirte á la nada—repliqué riendo,—porque, ¿qué cuenta iba yo á dar de ti en Taunton? Yo creía que desde que habías hecho tus primeras armas y conquistado el corazón de una linda doncella, nos habías aventajado á todos, convirtiéndote en hombre de peso y substancia.

—Mayor substancia y peso tenía antes de empezar á dar tumbos por estos andurriales como cualquier tendero de Hambleton. Pero, á decir verdad, y hablando en serio, Miguel, es bien extraño advertir que todas tus esperanzas y ambiciones se hayan reducido á tan menguado espacio, que una caperuza basta para cobijarlas y dos malos zuecos para sostenerlas... Por lo que se refiere á mi adorada, me parece que forma la porción más elevada de mi ser, y que si llegara á perderla, quedaría condenado á la situación de un ente incompleto y deforme. Teniéndola á ella, no deseo más. Si me falta ella, todo me sobra.

—Pero ¿no le has dicho nada al viejo?—pregunté.—O ¿estás en realidad desposado?



—¿Qué significa esa gran mole de piedra? (Pág. 142.)

SIG. 9.—CLARKE.—TOMO II

LÁMINA II



—Ya le he hablado—respondió mi amigo;—pero estaba tan entretenido en llenar de municiones unas cajas, que no logré conseguir que escuchara. Cuando intenté hablarle del asunto por segunda vez, estaba contando con una tarja y un tintero de cuerno las picas de repuesto que hay en la armería del castillo. Le dije que había ido á solicitar la mano de su nieta, y entonces se volvió á mí preguntándome : «¿qué mano?», con una mirada tan vaga que evidentemente no había entendido mi pregunta. En la tercera tentativa, hecha el día en que regresaste de Badminton, me resolví al fin á exponerle mi pretensión ; pero me respondió furioso que no era tiempo de semejantes tonterías y me pidió que aguardara á que el rey Monmouth ocupara el trono y que entonces podría pensar en el asunto. Apostaría la cabeza á que hace cincuenta años, cuando él era un pretendiente como yo, no llamaba tonterías á cosas tan serias.

—Pero, al fin y al cabo, no te rechazó—repliqué. —La promesa es tan grata, que si nuestra causa triunfa, también tú habrás logrado la victoria.

—Por cierto—añadió Rubén,—que si hay algún hombre capaz de darnos el triunfo con el esfuerzo de su brazo, seguramente no hay nadie que esté más interesado en ello que yo. No, no ; ni el mismo Monmouth. El aprendiz Derrick había puesto desde muy atrás los ojos en la nieta de su amo, y el viejo, prendado de su celo y piedad, estaba dispuesto á tomarle por hijo. Pero alguien me ha soplado al oído que es un hombre de mala vida y un disoluto, á pesar de la máscara de piedad con que disimula su relajación. He creído, como tú, que ese canalla era el que capitaneaba la banda de malhechores que intentó secuestrar á la señorita Ruth ; aunque, á decir verdad, apenas tengo derecho á odiarlos, porque me prestaron el mayor servicio que hombre alguno podía hacerme en el mundo. Entretanto, antes de partir de

Gales, hace dos noches, he tenido ocasión de hablar al amigo Derrick advirtiéndole que, si estimaba en algo su vida, no tramara ninguna traición contra la señorita Ruth.

—Y ¿cómo recibió él esta cariñosa intimación? —pregunté.

—Como el ladrón la vista de las esposas. Murmuró despreciativamente algunas palabras de odio, y escurrió el bulto.

—¡ Voto al chápiro, joven! —repuse;—has tenido tantas aventuras como yo mismo. Pero henos aquí en lo más alto del cerro desde donde podemos gozar la vista del magnífico panorama.

Precisamente á nuestros pies arrastraba su corriente el Avon, serpeando en largas ondulaciones por entre los bosques y despidiendo á trechos destellos deslumbradores, á manera de un gran cordón de plata en que se hubieran ensartado una serie de minúsculos soles. Allá en la lejanía dilataba sus ámbitos la sosegada región agrícola de aquella comarca, salpicada de chozas, y ondulando entre huertos y sembrados, hasta terminar en una zona de bosque junto al remoto Malvers. A nuestra derecha se alzaban las verdes colinas inmediatas á Bath, y á la izquierda las escarpadas laderas de Mendips con la majestuosa Bristol, rodeada de sus fortalezas, tras de las que se extendía la superficie gris del canal, moteada de blanco por numerosas embarcaciones de nevado velamen.

A nuestros pies teníamos á Puente de Keynsman, y en sus verdes campos aparecían negros grupos de nuestro ejército, y multitud de hogueras de las que se alzaban espesas nubes de humo y rumor de voces que se difundía en el tranquilo ambiente de aquel día de verano.

A lo largo de la ribera del Avon por la parte del condado de Somerset, corría un camino, por el que avanzaban dos destacamentos de nuestra caballería

con intento de establecer avanzadas en el flanco derecho. Mientras trotaban con algún abandono, penetraron en un bosque de pinos donde la vereda tuerce de pronto. Estábamos contemplando todavía la escena, cuando, con la velocidad de un relámpago, un escuadrón de guardias reales de caballería apareció de pronto en el escampado y lanzándose á galope tendido atacó como una tromba á nuestros desprevenidos escuadrones. En las primeras filas resonó el apresurado preparar de las carabinas, pero en un instante los guardias rompieron por medio de ellos cayendo sobre el segundo grupo.

Durante algún tiempo, los valientes campesinos se mantuvieron firmes, y la densa masa de hombres y caballos osciló avanzando y retrocediendo, mientras las hojas de las guadañas giraban rápidamente despidiendo siniestros resplandores. Entonces los uniformes azules comenzaron á abrirse paso por entre las toscas chaquetas de los labriegos, que retrocedieron hasta cien pasos; la densa muchedumbre de campesinos se dividió en dos partes, y los guardias del rey penetraron por la brecha y atacaron por derecha é izquierda, á través de los setos y sobre los pantanos, acuchillando y acosando á la caballería fugitiva. Aquella escena en que se mezclaba el patullar de los caballos con los gritos de triunfo ó desesperación y el acezar de los combatientes con el musical retintín y choque del acero, se nos ofreció á Lockarby y á mí, que la contemplábamos sobre la colina, como una visión extraña; tan rápida fué en su aparición y desenvolvimiento. Un agudo é imperioso toque de trompeta ordenó la retirada de los guardias azules al camino, donde formaron y emprendieron luego el regreso trotando lentamente, antes de dar tiempo á que llegaran nuevos escuadrones en apoyo del derrotado. El sol seguía brillando esplendoroso, el río arrastraba un caudal más revuelto y crecido que de ordinario; y en el lugar donde se había veri-

ficado el combate no quedaba otro indicio de la racha infernal que se había desencadenado contra nosotros más que un largo reguero de hombres y caballos tendidos en tierra.

Mientras los azules se retiraban observé que un solo oficial se había quedado atrás protegiendo la retaguardia, y que cabalgaba con gran lentitud, como si se sintiera muy contrariado de volver la espalda, aunque fuera á un ejército entero. El espacio que le separaba del resto del escuadrón fué aumentando constantemente; mas aun así no hizo el menor esfuerzo para acelerar el paso, sino que prosiguió su camino á trote corto, volviendo la cara atrás de cuando en cuando para ver si le seguían. En el mismo instante, nos asaltó á mi camarada y á mí un pensamiento idéntico que mutuamente leímos en nuestros semblantes.

—Esta vereda—me dijo con vehemencia—nos llevará del otro lado de los árboles y avanza en todo su trayecto por el vallado.

—Llevemos del diestro á los caballos hasta encontrar terreno más firme—respondí.—Si la suerte nos favorece, podremos coparle.

Sin hablar una palabra más, descendimos apresuradamente por aquel paso desigual, resbalando y dando traspiés en el húmedo césped. Saltamos nuevamente á las sillas y nos deslizamos por el barranco, entre el arbolado, logrando salir al camino con tiempo para ver la desaparición de la tropa enemiga y cortar el paso al oficial solitario.

Era un hombre de rostro atezado y facciones prominentes, con negros mostachos, y montaba un caballo castaño y huesudo. Al desembocar nosotros en el camino, se detuvo para contemplarnos á su sabor. Luego, después de haberse penetrado de nuestras hostiles intenciones, desenvainó su espada, empuñó con la izquierda una pistola que sacó del arzón y, agarrando la brida con los dientes, hundió las espue-

las en los ijares de su caballo y cargó sobre nosotros á todo galope. Al abalanzarnos á él, Rubén por la izquierda y yo por la derecha, me descargó un tajo terrible y al mismo tiempo hizo fuego contra mi compañero. La bala rozó el carrillo de Rubén, dejando en él un verdugón rojo como la señal de un latigazo, y ennegreciéndole la cara con el humo de la pólvora. El tajo asestado contra mí no logró alcanzarme, y tendiendo yo el brazo en el instante de cruzarse nuestros caballos, le así de la cintura y le puse boca abajo á través de mi arzón delantero. El valiente *Covenant* continuó pesadamente su marcha con aquella nueva carga, y antes que los guardias cayeran en la cuenta de haber perdido á su oficial, le habíamos llevado sano y salvo, á pesar de sus esfuerzos y contorsiones, á vista del campamento de Monmouth.

—¡Vaya una navaja de afeitar mal suavizada! Me ha lastimado la piel, amigo—dijo Rubén llevándose la mano á la mejilla.—Y el tatuaje de mi cara hecho con pólvora va á ser causa de que parezca hermano de Salomón Sprent.

—Gracias á Dios no has recibido daño alguno—repliqué.—Mira cómo nuestra caballería avanza por el camino alto, capitaneada por el mismo lord Grey. Lo mejor es que llevemos el prisionero al campamento, porque aquí nada podemos hacer.

—¡Por los clavos de Cristo, matadme de una vez ó ponedme en tierra!—exclamó.—No puedo sufrir que me conduzcaís de este modo á donde me vean vuestros groseros gañanes.

—A mí tampoco me gusta burlarme de ningún valiente—respondí.—Si me dais palabra de honor de no escapar, podréis ir á pie entre nosotros.

—No tengo inconveniente—dijo echándose á tierra y componiéndose el arrugado uniforme.—A fe mía, señores, que me habéis dado una lección para no pensar tan bajamente de mis enemigos. A sospechar

que podía haber riesgo de caer en manos de vuestras avanzadas ó centinelas, habría cabalgado con mi gente.

—Antes de cortaros la retirada, estábamos en lo alto de la colina—observó Rubén.—Pero, si la bala de vuestra pistola llega á tomar una dirección un poco más recta, hubiera puesto término á todas mis proezas militares. ¿Qué te parece, Miguel? Hace un momento me estaba quejando de haber enflaquecido, pero si mis carrillos hubieran estado tan redondos como en otro tiempo, ahora tendría en uno de ellos un regular agujero que me haría muy poca gracia.

—¿Dónde nos hemos visto antes de ahora?—preguntó nuestro cautivo examinándome atentamente.—¡Ah, ya caigo! Fué en la posada de Salisbury, donde mi aturdido camarada Horsford se batió con el viejo soldado que iba en vuestra compañía. Me llamo Ogilvy, el comandante Ogilvy de la guardia azul de caballería. Me alegré de que consiguierais escapar de los sabuesos. Tuvimos cierta confianza relativa á vuestro destino, luego que partisteis; y por eso el mismo Horsford con el mayor y algunos otros fanáticos cuyo celo, á mi juicio, ahoga en ellos los sentimientos humanitarios, pusieron á los perros en vuestra pista.

—Os recuerdo perfectamente—repliqué.—En el campamento hallaréis á mi antiguo compañero el coronel Décimus Saxon. Indudablemente no tardaréis en ser canjeado por alguno de nuestros prisioneros.

—Lo más probable es que pierda el cuello—repuso con una sonrisa.—Feversham está ahora de tal temple, que difícilmente ha de pensar en hacer prisioneros; y Monmouth, como es natural, ha de sentirse tentado á pagarme en la misma moneda. Pero así son las vicisitudes de la guerra; y es justo que expié mi falta de precaución. A decir verdad, mi espíritu andaba á la sazón muy lejos de batallas y emboscadas, distraído enteramente con la acción del

agua regia sobre los metales hasta que vuestra aparición me hizo volver á la realidad de la vida del soldado.

—He perdido de vista á la caballería—dijo Rubén mirando á su espalda,—tanto á la nuestra como á la enemiga. Sin embargo, percibo desde aquí un grupo de soldados allá lejos, al otro lado del Avon por la parte de la colina; ¿no columbras el brillo de los cascos?

—Allí hay infantería—respondí mirando con alguna atención.—Me parece que distingo cuatro ó cinco regimientos y otras tantas banderas de caballería. Es preciso que lo sepa al instante el rey Monmouth.

—Indudablemente tiene ya noticia del hecho—dijo Rubén.—Allá está debajo de los árboles rodeado de su Consejo. Mira, uno de ellos viene por este camino.

Y de hecho un jinete se había destacado del grupo y galopaba hacia nosotros.

—Si sois el capitán Clarke—manifestó con un saludo,—el rey manda que comparezcáis en su Consejo.

—Entonces ahí te dejo al comandante confiado á tu custodia, Rubén. Cuida de que no le falte nada de cuanto podamos procurarle.

Así diciendo, apliqué espuelas á mi caballo, y poco después me incorporé al grupo reunido en torno del rey. Allí estaban Grey, Wade, Buyse, Ferguson, Saxon, Hollis y algunos más, todos muy cariacontecidos, explorando el valle con sus anteojos. Monmouth se había apeado del caballo y permanecía apoyado contra el tronco de un árbol, con los brazos cruzados sobre el pecho y la desesperación pintada en su semblante. Detrás del árbol, un lacayo iba y venía llevando del diestro su lucio caballo negro que galleaba majestuosamente agitando su elegante crin.

—Ya veis, amigos—dijo Monmouth, paseando su

lánguida mirada por el grupo de jefes,—la Providencia parece estar contra nosotros; y siempre hemos de vernos perseguidos por alguna desgracia.

—No es la Providencia, señor—intervino Saxon atrevidamente,—sino nuestro descuido.—Si la noche pasada hubiéramos continuado el avance sobre Bristol, ahora podríamos estar á la derecha de los bastiones.

—Pero ¿cómo podíamos imaginar que la infantería enemiga estuviera tan cerca?—preguntó Wade.

—Ya os advertí lo que podría resultar, y lo mismo hizo el coronel Buyse y el digno señor alcalde de Taunton—replicó Saxon.—Sin embargo, nada sacaremos en limpio de lamentar la torpeza cometida; y lo conveniente ahora es hacer lo posible por subsanarla.

—Avancemos sobre Bristol, y pongamos nuestra confianza en el Altísimo—observó Ferguson.—Si es su soberana voluntad que nos apoderemos de la ciudad, entonces entraremos en ella, aunque lluevan proyectiles y lanzas tan espesas como los guijarras de las calles.

—¡Eso! ¡eso! ¡A Bristol! ¡Dios está con nosotros!—exclamaron á coro varios puritanos exaltados.

—Pero eso es una locura—interrumpió Buyse con gran acaloramiento,—una *dummheit* (1), una mani fiesta tontería. Cuando tuvisteis la ocasión, no quisisteis aprovecharla. Ahora que no es tiempo, mostráis una solicitud estéril. Aquí á la derecha del río tenemos un ejército de cinco mil hombres á lo que puedo calcular. Nosotros estamos en la margen izquierda y, sin embargo, habláis de pasar al otro lado y de poner sitio á Bristol sin tren de batir y sin zapadores ni minadores, teniendo, además, á retaguardia á todas estas tropas enemigas. ¿Cómo ha de ca-

(1) Palabra alemana, que significa bobería, necedad.

pitular la ciudad, si desde sus baluartes pueden los defensores ver la vanguardia del ejército que viene en su auxilio? Y ¿acaso nos ayudará á combatir á ese ejército la circunstancia de tener á nuestro lado una ciudad fortificada, de la que pueden salir tropas de infantería y caballería para atacar nuestro flanco? Digo y repito que eso es una locura.

Lo dicho por el soldado alemán expresaba una verdad tan clara, que hasta los más fanáticos guardaron silencio. Las prolongadas y brillantes líneas de cascos y armaduras que aparecían por la parte de Oriente, y las manchas de escarlata que resaltaban sobre el verdor de las laderas vecinas, eran argumentos que los más desaprensivos y faltos de entendimiento no podían dejar de comprender.

—¿Qué aconsejaríais, pues, en tales circunstancias?—preguntó Monmouth, pensativo, golpeando sus altas botas de montar con la rica empuñadura de la fusta.

—Pasar el río y embestirles, antes que puedan recibir auxilio de la ciudad—respondió el corpulento alemán en tono brusco.—No comprendo para qué estamos aquí, si no es para pelear. Si vencemos, la ciudad caerá en nuestro poder. Si salimos derrotados, habremos intentado un golpe atrevido contra Bristol y no podemos hacer otra cosa.

—¿Es ésa también vuestra opinión, coronel Saxon?—interrogó de nuevo el rey.

—Seguramente, señor, si se nos ofrece ocasión de pelear con ventaja. Sin embargo, difícilmente podremos hacerlo así, teniendo que cruzar el río por un sencillo y estrecho puente, con semejante ejército á la vista. Yo aconsejaría más bien destruir el puente de Keynsham y marchar por la margen meridional con propósito de dar batalla en la posición que podamos escoger.

—Todavía no hemos intimado á Bath que apoye nuestra causa—dijo Wade.—Hagamos, pues, lo que

propone el coronel Saxon, y avancemos entretanto en esa dirección enviando un heraldo al gobernador.

—Todavía queda otro plan—observó sir Esteban Timewell,—y consiste en avanzar apresuradamente hacia Gloucester, cruzar allí el Severn, y seguir la marcha por Wercestershire, Shropshire y Cheshire. En todos esos puntos Vuestra Majestad tiene muchos amigos.

Monmouth paseaba de un lado á otro con la mano puesta en la frente, profundamente distraído.

—¿Qué voy á hacer?—exclamó, al fin,—¿qué resolución tomar en medio de consejos tan contrarios, cuando sé que no solamente el triunfo sino las vidas de esos pobres campesinos y artesanos dependen de lo que yo determine?

—Con todo el respeto debido á Vuestra Majestad —dijo lord Grey, que acababa de regresar á caballo, —yo indicaría, teniendo en cuenta que hay muy poca tropa de caballería enemiga en esta parte del Avon, volar el puente y avanzar hacia Bath, para desde allí penetrar en Wiltshire que sabemos nos es leal.

—¡Sea enhorabuena!—exclamó el rey con el aire impaciente del que acepta un plan, no porque sea el mejor, sino porque comprende que todos pecan igualmente de inútiles.—¿Qué pensáis vosotros, señores? —añadió con una amarga sonrisa.—He tenido noticias de Londres esta mañana, y según ellas, mi tío ha encerrado á doscientos comerciantes y á otras personas en la Torre y en la Flota, por creerles sospechosos de no profesar la verdadera religión. Con el tiempo va á necesitar que la mitad de la nación haga guardia para tener presa á la otra mitad.

—Y al final, Vuestra Majestad hará guardia cerca de su calabozo—sugirió Wade.—Tal vez un día de éstos le tengamos á él en las prisiones de Traitor's Gate.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿De veras? ¿Lo creéis así?—

repitió Monmouth, frotándose las manos y sonriendo con satisfacción. — Bien, tal vez habéis acertado. ¿Quién sabe? La causa de Enrique pareció perdida, hasta que al fin Bosworth dirimió la contienda (1). ¡A caballo, señores! Dentro de media hora vamos á partir. El coronel Saxon y vos, sir Esteban, cubriréis la retaguardia, defendiendo los bagajes con lo que prestaréis un servicio honroso, pues el enemigo ha de amenazaros de cerca.

El Consejo se disolvió inmediatamente volviendo cada miembro de él á su regimiento. Todo el campo hervía en actividad, resonando sin cesar el toque de las trompetas y el redoble de los tambores, hasta que en breve tiempo el ejército se puso en orden, y partió el escuadrón de caballería encargado de reconocer el terreno, marchando á la descubierta por el camino que conduce á Bath. En la vanguardia iban quinientos caballos con los milicianos de Bonschire. Tras ellos seguían por su orden el regimiento de marineros, los voluntarios del Somerset Septentrional, el primer regimiento de ciudadanos de Taunton, los mineros de Mendip y Bagworthy, los tejedores de artículos de lana y operarios de encajes de Honiton, Wellington y Ottery de Santa María; los leñadores, ganaderos, habitantes de los pantanos y la gente del distrito de Quantock. A continuación iban los cañones y los bagajes con nuestra brigada y cuatro escuadrones de caballería, formando la retaguardia. Mientras seguíamos nuestro camino, pudimos ver á los *chaquetas rojas* de Feversham, los cuales continuaban pacíficamente en la ribera opuesta del Avon. Una gran división de la caballería y dragones del enemigo había vadeado la corriente y nos acosaba de cerca; pero Saxon y sir Esteban protegieron tan hábilmen-

(1) Enrique VII, hijo de Edmundo Tudor y Margarita Beaufort, obtuvo el trono de Inglaterra, después de derrotar y dar muerte á Ricardo III en la batalla de Bosworth.

te los bagajes é hicieron frente á las acometidas con tal aparato de mosquetería siempre que los jinetes se acercaron demasiado, que no se resolvieron á dar una carga.

VIII

DE LA PELEA EN LA CATEDRAL DE WELLS

Al llegar á este punto, mis queridos niños, he de seguir puntualmente los hechos históricos, citando con exactitud los nombres, lugares y fechas, permítalo ó no la amenidad del relato. En el caso de un drama tan interesante como el que voy á presentaros, sería impertinente hablaros de mi persona, á no ser como testigo que presencié aquellos hechos y desea pintároslos con mayor viveza. Por cierto que no es para mí materia tan agradable, que halle gusto en insistir en ella; pero, estando convencido de que no existe la casualidad ni en las cosas grandes ni en las pequeñas de este mundo, tengo á la vez plena seguridad de que no se perdieron estérilmente los generosos sacrificios de aquellos valientes y de que sus esfuerzos no fueron tan inútiles como á primera vista pudiera parecer. Si la intransigente raza de los Estuardos no ocupa hoy el trono, y si la libertad religiosa sigue siendo una planta que crece libremente en Inglaterra, podemos agradecerérselo á los gañanes de Somerset, que fueron los primeros en demostrar á qué poca costa puede derribarse el trono de un rey impopular. El ejército de Monmouth no era más que la vanguardia del que tres años después marchó á Londres, obligando á Jacobo y á sus crueles ministros á salir de la nación, apareciendo ante el mundo entero como proscriptos.

En la noche del 27 de junio, ó más bien al apuntar el 28, llegamos á la ciudad de Frome, empapados

de agua y en condición lastimosa, porque la lluvia había vuelto de nuevo y todos los caminos estaban convertidos en verdaderas charcas. Aquel mismo día avanzamos una vez más hasta Wells, donde pasamos la noche y todo el día siguiente, á fin de dar á los soldados tiempo para que secaran sus vestidos y se recobraran de las fatigas y privaciones sufridas.

Antes de mediodía, nuestro regimiento de Wilts-hire celebró una parada cerca de la catedral; y en aquel acto Monmouth le elogió como se merecía por los progresos que había alcanzado tan rápidamente en materia de instrucción militar.

De regreso á nuestros cuarteles, después de despachar á los soldados, tropezamos con un grupo numeroso de rudos mineros, procedentes de Bagworthy y Oare, que se había formado en la explanada inmediata á la catedral, y estaba escuchando á uno de sus camaradas que les predicaba desde un carro. Los descompuestos y frenéticos ademanes del orador nos hicieron comprender que era uno de esos sectarios exaltados, cuya religiosidad corre el riesgo de tocar en locura. Los murmullos y sollozos que salían de la multitud demostraban, no obstante, que su arrebatada arenga respondía á los sentimientos del auditorio; y, en vista de eso, nos detuvimos en las últimas filas de la multitud para escuchar al predicador. Era éste un hombre de semblante torvo y barba roja con revueltos é hirsutos cabellos que le caían sobre los ojos centelleantes; y su voz bronca resonaba en la plaza entera.

—¿Qué podremos dejar de hacer por el Señor?— exclamaba.—¿Qué no haremos por el Santo de los Santos? ¿Por qué se deja sentir sobre nosotros tan pesadamente el rigor de su mano? ¿Cómo es que no hemos sabido libertar á este país, al modo que Judit libró á Betulia del furor de Holofernes? ¡Ay, hermanos míos! Hemos buscado la paz, sin haber conseguido bien alguno; hemos buscado la salud,

y he aquí que la enfermedad nos oprime. Y ¿por qué sucede esto? En verdad, hermanos, la razón de todo está en que hemos tenido en poco al Señor y en que no le hemos guardado sincera fidelidad. Considerad bien que si le hemos honrado con los labios, en cambio nuestros corazones han estado lejos de El. Vosotros no ignoráis que el prelatismo es una doctrina maldita... un escarnio y una abominación á los ojos del Altísimo. Y, no obstante, ¿qué hemos hecho los que nos preciamos de ser sus siervos para defender la gloria de Dios en este punto? ¿No hemos visto iglesias prelatistas, templos de sombra y figura, en los que se confunde á la criatura con el Creador? ¿No los hemos visto, repito, absteniéndonos de barrerlos de la sobrehaz de la tierra, y de infligirles el castigo merecido? ¡ Ahí, ahí está el gran pecado de esta generación indiferente y retrógrada! ¡ Ahí está la causa por que el Señor mirará con desvío á su pueblo! Ved cómo hemos dejado á nuestra espalda en Shepton y en Frome templos como los que acabo de mencionar. Y también en Glastonbury hemos respetado esos infames edificios levantados por las manos idólatras de los antiguos. ¡ Ay de vosotros si, después de haber puesto la mano en el arado, volvéis la cara atrás! Alzad los ojos y fijadlos por un instante en lo que nos rodea—gritó volviéndose á la hermosa fábrica de la catedral.—¿Qué significa esa gran mole de piedra? ¿No es acaso un altar de Baal? ¿No ha sido edificado para tributar culto al hombre más bien que á Dios? ¿No es ahí donde falsos ministros, como Tomás Ken (1), se pavonean con sus roquetes burlescos y vestidos ridículos, predicando doctrinas muertas y sepultadas, que no son más que las antiguas invenciones del papismo presentadas en una forma nueva? Y ¿toleraremos semejantes infamias?

(1) Prelado anglicano, autor de varios himnos (1637-1711).

Nosotros, las criaturas escogidas del Señor, ¿permitiremos que siga en pie este lugar maldito? ¿Cómo podremos esperar que el Todopoderoso nos dispense su ayuda, si nosotros no tendemos una mano para vindicar su honra? Atrás hemos dejado los demás templos del prelatismo; y ¿consentiremos que siga alzándose éste también, hermanos míos?

—¡No, no!—aulló la multitud agitándose frenética.

—¿Verdad que debemos derribarla, hasta que no quede en ella piedra sobre piedra?

—¡Sí, sí!—gritaron los oyentes.

—Pues bien: sea ahora mismo.

—¡Ahora mismo!

—¡Manos, pues, á la obra!—exclamó, y saltando del carro se precipitó hacia la catedral llevando tras sí á toda la turba de feroces fanáticos. Varios de ellos arremetieron en tropel, vociferando y gritando por las puertas de la catedral, que estaban abiertas, mientras otros trepaban á los pilares y pedestales de la fachada para destruir las obras de ornamentación escultórica y derribar de sus hornacinas las antiguas imágenes ennegrecidas por el tiempo.

—Hay que poner coto á esta barbarie—dijo Saxon con sequedad.—No podemos consentir este insulto y afrenta á toda la Iglesia de la nación, por dar gusto á cuatro energúmenos. El saqueo de esta catedral hará más daño á nuestra causa que la pérdida de una gran batalla. Traed vuestra compañía, sir Gervasio, mientras nosotros lucharemos con todas nuestras fuerzas para tenerlos á raya hasta que lleguen los mosqueteros.

—¡Oíd, Masterton!—gritó el *baronet* al divisar á uno de sus subordinados entre la muchedumbre de curiosos que permanecían indiferentes sin ayudar ni oponerse á los alborotadores.—Id corriendo á los cuarteles y decid á Barker que venga la compañía con

las mechas encendidas. Yo aguardo aquí, por si puedo servir de algo.

—¡Hola! ¡Aquí tenemos á Buyse!—exclamó Saxon regocijado viendo que el corpulento alemán se abría paso por entre la multitud.—Y también lord Grey. Debemos salvar la catedral, milord; quieren saquearla y pegarle fuego.

—Por aquí, caballeros—dijo un viejo de cabello entrecano, corriendo hacia nosotros con las manos tendidas y un atado de llaves colgado del cinto.—¡Aprisa, señores, si es que vais á lograr detener á esos desalmados! Ya han derribado la estatua de San Pedro y harán otro tanto con la de San Pablo, si el auxilio no llega pronto. No van á dejar en pie á uno solo de los apóstoles. La ventana de Oriente está hecha añicos; y ahora han traído un tonel de cerveza y tratan de abrirle sobre el altar mayor... ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Parece mentira que tales cosas puedan suceder en un país de cristianos!

Y sollozando con grandes demostraciones de dolor, se agitaba con una especie de frenesí.

—Es el pertiguero, señores—dijo uno de los circunstantes.—Le han salido las canas en la catedral.

—Por aquí, caballeros y milores, iremos á la puerta de la sacristía—insistió el viejo avanzando resueltamente por entre la multitud.—¡Ay qué desdicha, señor! También han echado abajo á San Pablo.

Apenas había acabado de pronunciar las palabras anteriores, cuando en el interior de la catedral resonó un crujido de maderas rotas, que indicaba un nuevo atropello por parte de los fanáticos. Nuestro guía aceleró el paso hasta llegar á una pequeña puerta de encima, medio oculta bajo un robusto arco, y la abrió después de largo rechinar de chapetas y chirriar de goznes. Por allí nos introdujimos, como nos fué posible, y siguiendo al viejo salimos á un corredor en-

losado, que conducía por una poterna al interior de la catedral, cerca del altar mayor.

El grandioso recinto del templo estaba lleno de amotinados que corrían de un lado á otro, destrozando y destruyendo cuanto podían haber á las manos. Un buen número de ellos eran genuinos fanáticos, discípulos del predicador, á quien habíamos oído en las afueras de la catedral. Pero al frente de ellos se veían también ladrones y vagabundos, de los que suelen seguir á los ejércitos en marcha. Mientras los primeros se ocupaban en arrancar las imágenes de los muros ó en lanzar los libros de rezos contra las vidrieras de colores, los segundos arrebatában los candeleros de bronce macizo llevándose todo lo que era de valor. Uno de los saqueadores se había encaramado al púlpito y desgarraba con furia el terciopelo carmesí que le cubría, lanzando los retazos sobre la multitud. Otro había derribado el atril y trabajaba afanosamente por quitarle las abrazaderas de bronce que le sujetaban. En el centro de la nave lateral un pequeño grupo había echado una cuerda al cuello de la imagen de San Marcos Evangelista, y los iconoclastas tiraban con fuerza de ella hasta que, en el momento de entrar nosotros, la estatua, después de vacilar unos momentos, cayó con gran estrépito sobre el pavimento de mármol. Las voces que aplaudían todas aquellas violencias, el crujir de la madera, el saltar de los cristales y los golpes de las piedras al caer, formaban un ruido ensordecedor, que se aumentó con el tronar del órgano que alguien se entretenía en hacer sonar después de haber sacado la lengüetería, hasta que otro de los sacrílegos asaltantes le redujo al silencio desgarrando el fuelle.

Lo que desde luego llamó principalmente nuestra atención fué la escena que se estaba representando á nuestra vista en el altar mayor. Sobre él habían colocado un tonel de cerveza, y á su alrededor se movía una docena de rufianes esperando que uno de ellos,

armado de un hacha y puesto de pie sobre el altar, acabara de abrir un boquete en el tonel, entre chistes obscenos y repugnantes blasfemias. En el momento preciso de entrar nosotros, el que tenía el hacha acababa de hacer una abertura en la pipa de cerveza, la cual vertió abundante espuma sobre el altar, mientras la turba llenaba los vasos entre ruidosas carcajadas. Al ver aquel espectáculo, el soldado alemán soltó un juramento brutal y abriéndose paso á empujones por entre aquella canalla, se plantó de un salto junto al tonel. El jefe de la cuadrilla se inclinaba en aquel momento sobre el barril con el vaso en la mano, y el puño de hierro de Buyse cayó sobre el pestorejo del escanciador, sepultándole la cabeza dentro de la pipa, mientras el pataleo de la víctima derramaba en todas direcciones el espumante líquido. El forzudo coronel tomó la pipa con el minero embutido en ella y la arrojó por las anchas escaleras de mármol que conducían al centro de la catedral. Al mismo tiempo, con la ayuda de una docena de nuestros soldados que nos acompañaban, rechazamos á los demás del grupo, obligándoles á retirarse detrás de la verja que establecía la separación entre el coro y la nave.

Nuestra acometida calmó por un momento el alboroto; pero al mismo tiempo el furor de los fanáticos dejó de cebarse en los muros y ventanas para dirigirse contra nosotros. Las imágenes, la sillería del coro y los relieves quedaron abandonados, y la turba entera se nos vino encima con broncos rugidos de rabia perdiendo toda la noción de orden y disciplina en su religioso frenesí.

—¡Degollar á esos prelatistas! — aullaban. —
¡Abajo los amigos del Antecristo! ; Sacrifiquémosles en los cuatro ángulos del altar, como se hacía con las víctimas en la ley antigua! ; Mueran los ídólatras!

En breves momentos se reunió á ambos lados de

nosotros una muchedumbre enfurecida y medio loca en la que si no todos tenían armas, en cambio no había uno que no clamara contra nosotros pidiendo nuestras cabezas.

—Esto es una guerra civil dentro de otra—dijo lord Grey, sonriendo tranquilamente.—Caballeros, lo mejor será desenvainar y defender la entrada de la verja lo mejor que podamos hasta que nos llegue auxilio.

Desenvainó su espada y se puso en la parte superior de la escalinata, teniendo á Saxon y sir Gervasio á un lado, y á Buyse, Rubén y á mí al otro. El espacio era tan estrecho, que sólo cabíamos en él los seis en condiciones de blandir nuestras armas eficazmente; por lo que nuestros compañeros hubieron de diseminarse á lo largo de la verja, la cual era por fortuna tan alta y fuerte, que imposibilitaba el escalo de la misma con una pequeña resistencia.

El alboroto se había convertido á la sazón en un verdadero motín de los mineros y habitantes de los marjales. Veíanse brillar en el sombrío ambiente del augusto recinto numerosas picas, guadañas y cuchillos, mientras los gritos salvajes de los amotinados repercutían en las altas bóvedas como los aullidos de una manada de lobos.

—¡Adelante, hermanos míos!—clamaba el predicador fanático, que había sido causa del tumulto.—¡Adelante y á ellos! ¿Qué importa que ocupen altos puestos? Más alto está el trono de Aquel por quien peleamos. ¿Acaso nos retraerá de cumplir con nuestro deber la vista de una espada desnuda? ¿Consentiremos que el altar de los prelatistas sea conservado por esos hijos de Amalek? ¡Adelante, en nombre del Señor!

—¡A ellos, en nombre del Señor!—vociferó la multitud con una especie de mugido sordo.

Por ambos lados, los asaltantes crecieron en nú-

mero y se acercaron hasta llegar al alcance de nuestras espadas.

No puedo decir lo que ocurrió á mi derecha é izquierda durante la refriega; porque tan empeñada fué ésta y tantos nuestros enemigos, que cada uno de nosotros no pudo pensar más que en defender su puesto. Tuvimos en nuestro favor la furia y número de los enemigos, que se estorbaban unos á otros al querer hacer uso de sus armas. Un fornido minero me tiró un tajo con su guadaña, pero le falló el golpe y dió media vuelta arrastrado por el empuje de su arma; momento que yo aproveché para hundirle mi espadón en el cuerpo traspasándole antes que tuviera tiempo de recobrase. Aquélla fué la primera vez que di muerte á un hombre con saña deliberada, queridos niños; pero nunca se borrará de mi memoria la imagen de aquel rostro cadavérico que me miró con ojos vidriosos antes de caer. Otro de los amotinados cerró contra mí, cuando aun no había sacado mi espada del cuerpo del minero, pero pude herirle con la mano izquierda, y descargando en seguida de plano mi espada sobre su cabeza, le derribé sin sentido en el pavimento.

Bien sabe Dios que no deseaba quitar la vida á aquellos fanáticos, engañados é ignorantes; pero nos veíamos forzados á defender la nuestra. Un morador de la región pantanosa del Oeste, hombre que parecía una bestia feroz más que un ser racional, se me abalanzó por debajo de la espada y se abrazó á mis rodillas, mientras otro me asestaba una mazada en el yelmo, en el que resbaló, cayendo luego sobre mi hombro. Un tercero me hirió con una pica en el muslo, pero yo le rompí de un revés el arma en dos pedazos, y de un mandoble le partí la cabeza. El del mazo retrocedió acobardado, y un puntapié me libró del que estaba asido á mis piernas, de suerte que me vi libre de mis enemigos, sin haber recibido

otro daño que una picada en la pierna y una contusión en el cuello y hombro.

Entonces pude mirar en torno mío y observé que mis compañeros habían rechazado también el ataque de sus adversarios. Saxon empuñaba en su mano izquierda la espada llena de sangre, mientras le salía un reguero de ella del brazo derecho. Frente á él yacían muertos dos mineros y cuatro á los pies de sir Gervasio Jerónimo, que en el momento de fijar yo en él la vista había sacado su caja de rapé y la presentaba abierta á lord Grey con una inclinación cortés, mostrándose tan indiferente como si volviera á estar en el Café de Londres. Buyse permanecía apoyado en su largo chafarote contemplando con semblante torvo un tronco sin cabeza que yacía tendido junto á él, y que por el vestido reconocí ser el cadáver del predicador. Rubén no había recibido ningún daño, pero se mostró apenadísimo por mi herida, á pesar de haberle asegurado que no pasaba de un rasguño menos grave aún que los que de muchachos habíamos recibido en los zarzales al tomar moras.

Los fanáticos, sin embargo, no eran gente capaz de escarmentar con aquel castigo. Habían perdido diez hombres entre los que se contaba su jefe, sin lograr romper nuestra línea; pero el fracaso no sirvió más que para aumentar su furor. Por espacio de uno ó dos minutos continuaron reunidos en la nave lateral preparándose para una nueva arremetida; y luego, con un horrible clamoreo, se precipitaron una vez más é hicieron esfuerzos desesperados por abrirse paso hasta el altar. La lucha ahora fué más recia y prolongada que antes. Uno de nuestros hombres cayó con el corazón atravesado sin exhalar un gemido. Otro cayó en tierra sin conocimiento, de una pedrada que le disparó un montañés gigantesco. A Rubén le derribaron de un porrazo, y seguramente le hubieran arrastrado y despedazado á no

haber yo acudido á tiempo para rechazar á sus enemigos.

Sir Gervasio no pudo tenerse en pie resistiendo el empuje de la muchedumbre ; pero derribado y todo se defendía como un gato salvaje hiriendo furiosamente á todo el que se ponía al alcance de su espada. Buyse y Saxon, espalda con espalda, se mantenían firmes contra la revuelta y furiosa muchedumbre acuchillando á todos los que se les acercaban. Con todo, en semejante lucha el número debía prevalecer al fin ; y confieso que por mi parte había comenzado á temer el éxito desgraciado de la refriega ; cuando de pronto sonó en toda la catedral el andar acompasado de la infantería, y los mosqueteros del baronete acudieron corriendo á la nave central. Los fanáticos no aguardaron á resistir la embestida, huyendo á la desbandada á refugiarse detrás de los bancos y escaños ; pero aun allí les persiguieron nuestros soldados, que se pusieron furiosos al ver en tierra á su amado capitán. Durante breves minutos se oyó confuso ruido de pisadas, lamentos y culatazos de mosquetes sobre el piso de mármol. Allí quedaron muertos algunos de los amotinados ; pero la mayoría tiró las armas y fueron arrestados por orden de lord Grey que puso á las puertas de la catedral dos nutridos retenes para evitar nuevos asaltos de la furia sectaria.

Cuando, al fin, la catedral quedó despejada y restablecido el orden, pudimos echar una mirada en torno nuestro y reconocer las pérdidas y daños sufridos. En todas las vicisitudes y trances apurados de mi vida, así como en las muchas guerras en que me he visto desde entonces, y respecto de las que la campaña de Monmouth era sólo una leve escaramuza, no he visto jamás una escena más terrible ni que me causara mayor impresión. Los montones de cadáveres tendidos frente á la verja, con sus miembros retorcidos y cárdenos semblantes ofrecían, á la débil y augusta claridad del sagrado recinto, un aspecto en

extremo fúnebre y espantoso. La luz de la tarde que penetraba por una de las pocas vidrieras de colores, salvadas de la destrucción, envolvía en ráfagas de púrpura sangrienta y verde enfermizo aquel montón de cuerpos inmóviles. Algunos heridos ocupaban la sillería de enfrente, ó bien permanecían tendidos en las escaleras, clamando por agua. Ninguno de nosotros había salido ileso. Tres de los soldados que nos habían seguido, quedaron muertos, mientras otro yacía en tierra sin sentido á causa de un golpe. Buyse y sir Gervasio tenían heridas de alguna importancia; Saxon una cuchillada en un brazo, y Rubén había sido derribado de un porrazo y seguramente hubiera perecido, á no ser por el fino temple del peto de sir Jacobo Clancings, merced al cual se había librado de una terrible lanzada. Mis heridas apenas merecen citarse; pero por espacio de algunas horas sentí dentro de mi cabeza un zumbido constante y, además, la sangre de mi pierna teñía enteramente una de las botas de montar, lo cual tal vez me fuera beneficioso, porque nuestro barbero de Havant, Sneckson, me estaba repitiendo constantemente que había de sentarme muy bien una sangría.

Mientras tales sucesos se verificaban, las tropas todas se reunieron y el motín pudo ser rápidamente sofocado. A no dudarlo, había muchos puritanos que no podían ver á los prelatistas; pero, exceptuando los fanáticos más exaltados, ninguno dejaba de comprender que el saqueo de la catedral había de levantar en armas á todos los partidarios de la Iglesia oficial, arruinando la causa de Monmouth. Así y todo, no eran escasos los daños causados, porque mientras los alborotadores que habían penetrado en la catedral, destruían cuanto hallaron á mano, otros compañeros suyos la emprendieron fuera del edificio contra las cornisas y gárgolas, hasta hacerlas trizas; y no contentos con eso, arrancaron del tejado las planchas de plomo que lo cubrían y, en grandes trozos las

arrojaron á los que estaban debajo. Este destrozo no fué del todo estéril; porque el ejército carecía de abundantes municiones, de suerte que aquel plomo fué recogido por orden de Monmouth y fundido para hacer bala. Durante algún tiempo, los prisioneros permanecieron custodiados; pero se consideró imprudente castigarlos; por lo cual se les arrojó del ejército, después de haberles otorgado el perdón.

Como el segundo día de nuestra permanencia en Wells amaneciera espléndido y caluroso, tuvimos una gran parada, en que se pasó revista á todas las fuerzas en los campos cercanos á la ciudad. Entonces se vió que la infantería, compuesta de seis regimientos de unas setecientas plazas, formaba un contingente total de cuatro mil hombres: mil quinientos de ellos eran mosqueteros; dos mil piqueros; y los restantes guadañiles ó campesinos armados de mazos y martillos. Algunos cuerpos de voluntarios, muy contados, tales como el nuestro y el de Taunton, podían reclamar con algún fundamento el derecho de ser considerados como tropas regulares; pero no por eso dejaban de constar en su mayoría de labriegos y artesanos armados. Con todo, las deficiencias de su armamento é instrucción militar estaban subsanadas por la circunstancia de ser gente robusta, llena de valor nativo y de celo religioso.

El ligero y voluble Monmouth comenzó á entusiasmarse una vez más, al observar su bizarro aspecto y oír sus calurosas aclamaciones. Mientras cabalgaba junto á su Estado Mayor, le oí expresar su satisfacción á los que le rodeaban, preguntándoles si sería posible que voluntarios tan animosos y esforzados pudieran retroceder ante las tropas mercenarias é indiferentes del rey.

—¿Qué me decís, Wade?—preguntó.—¿No hemos de ver nunca una sonrisa en ese triste semblante? ¿Qué? ¿La vista de esos valientes no os da la esperanza de ocupar el puesto de Gran Canciller?

—Líbreme Dios de pronunciar una palabra, capaz de entibiar el celo ó debilitar el entusiasmo de Vuestra Majestad—respondió el abogado;—pero no puedo menos de recordar la época, en que Vuestra Majestad, al frente de los mercenarios que acaba de citar, puso en precipitada fuga á tropas tan esforzadas como éstas, en el combate de Bothwell Bridge (1).

—Cierto, cierto—dijo el rey pasándose la mano por la frente que era su gesto favorito, cuando le acometía el fastidio ó el cansancio.—Los partidarios del Pacto en Occidente eran hombres atrevidos; y, no obstante, no pudieron resistir el empuje de nuestros batallones. Pero aquéllos carecían de instrucción; mientras éstos saben desplegar en línea y formar el cuadro con toda la perfección deseable.

—Aunqui no tuviéramus un solu cañón ni un pedreñal—dijo Ferguson;—aunqui careciéramus hasta d' una simpli ispada, teniendo que pelear con nuestras propias manus, el Señor nos daría la victoria si lo hallara agradabli á sus divinus ojos.

—En todas las batallas—observó Saxon que llevaba el brazo herido, vendado con su pañuelo,—el triunfo se debe á alguna combinación afortunada que nadie pudo prever y que no obstante inclina la balanza á favor de uno de los contendientes. Muchas veces he sido derrotado cuando tenía esperanzas de vencer; y al contrario he obtenido el triunfo cuando creí ser derrotado. Todo combate viene á ser un juego de azar, cuyo resultado no se conoce hasta haber tirado la última carta.

—La duda subsiste en tanto que duren las apuestas—añadió Buyse con su voz gruesa y gutural.—Hay muchos capitanes que ganan con maña la primera parte, y sin embargo pierden la partida.

(1) Lugar de Escocia, inmediato á Bothwell, donde en 22 de junio de 1679 el duque de Monmouth derrotó á los partidarios del Pacto (*covenanters*).

—Esa primera parte, debida á la astucia y el artificio, es sin duda la próxima batalla; y la partida, la campaña entera—observó el rey sonriendo.—Nuestro buen amigo Buyse es un maestro en metáforas relativas al arte militar. Pero me parece que nuestros pobres caballos están en condición lastimosa. ¿Qué pensaría de una parada militar como ésta el primo Guillermo, acostumbrado á ver en La Haya las brillantes y bizarras tropas de su guardia?

Durante esta conversación, había desfilado la prolongada columna de infantería, enarbolando aún las banderas que había traído consigo, y que á la sazón estaban muy deterioradas por el viento y el agua. La última observación de Monmouth había sido sugerida por el aspecto de los diez escuadrones de caballería que pasaron después de los infantes. Las continuadas marchas y la incesante lluvia de los días anteriores habían dejado sentir sus efectos en los caballos; y, por otra parte, los jinetes no presentaban un aspecto más satisfactorio con los cascos mugrientos y las armas oxidadas. Aun para el menos experto en achaques de guerra, era manifiesto que únicamente podíamos tener confianza en la infantería para resistir un ataque del enemigo. En lo alto de los cerros que nos rodeaban, el frecuente centelleo de las armaduras que brillaban aquí y allá al reverberar en ellas los rayos del sol, demostraba cuán fuertes eran las tropas del rey precisamente en la misma arma en que nosotros teníamos deficiencias tan considerables. A pesar de todo, la revista de los contingentes con que contábamos nos causó una impresión favorable, porque demostró el espíritu excelente de los voluntarios en los que no parecía quedar resentimiento alguno por el duro castigo ejecutado en los fanáticos del día anterior.

La caballería enemiga nos siguió de cerca durante estos días; pero los soldados de á pie se habían retrasado á causa del mal tiempo y de las crecidas. El úl-

timo día de junio partimos de Wells y avanzamos por llanuras cubiertas de juncos y por las colinas de Pol-den hasta Bridgwater, donde hallamos algunos reclutas que esperaban incorporarse á nosotros. Aquí Monmouth estuvo tentado á tomar posiciones y emprender trabajos de fortificación ; pero se le indicó que, aun en el caso de poder sostenerse en la ciudad, sólo había en ella provisiones para algunos días, mientras, por otra parte, los alrededores habían quedado ya tan agotados de vituallas, que podía esperarse poco de ellos. Abandonáronse, por tanto, los trabajos emprendidos ; y, poco después, nos vimos empujados hacia la bahía sin tener un resquicio por donde escapar ni quedarnos otro arbitrio que aguardar la aproximación del enemigo.

IX

DEL GRITO DE ANGUSTIA QUE SALIÓ DE LA CASA SOLITARIA

Y de esta suerte terminaron al fin nuestras fatigosas marchas y contramarchas para encontrarnos rodeados de fuerzas regulares y con toda la fuerza del Gobierno dispuesta á caer sobre nosotros. No tuvimos la menor noticia de que hubiera ocurrido levantamiento alguno á favor nuestro en ninguna parte de Inglaterra. En todas partes eran reducidos á prisión los disidentes ; y la Iglesia dominaba como dueña y señora. Las milicias de los condados avanzaban contra nosotros desde el Norte, Este y Oeste. A Londres habían llegado seis regimientos de tropas holandesas suministradas por el príncipe de Orange mediante el compromiso de corresponder con dinero ó con otro servicio análogo. Decíase que estaban en camino nuevos refuerzos procedentes del país últimamente citado. En la *City* se habían alistado diez mil hom-

bres. No había región alguna, fuera de la que nosotros ocupábamos, donde no se reunieran contingentes para marchar en socorro de la flor del ejército inglés, que estaba ya en el condado de Somerset. Y todos los preparativos enumerados tenían por fin derrotar á cinco ó seis mil obreros y pescadores, mal armados y peor provistos de dinero, los cuales estaban dispuestos á dar sus vidas por un hombre y por una idea.

Pero si la idea por que peleaban aquellos pobres hombres era noble y elevada, ¿qué diremos del hombre elegido para campeón de su causa? ¡Lástima que voluntarios de aquel temple tuvieran semejante caudillo! Alternando entre las elaciones de la confianza y los desmayos de la desesperación, eligiendo un día su futuro Consejo de Estado para proponer al siguiente huir del ejército, Monmouth pareció desde un principio la verdadera encarnación de la volubilidad. Con todo, gozaba de cierta nombradía antes de acometer esta empresa. En Escocia se había coronado de laureles, merced á su afortunada campaña, no menos que á la moderación y clemencia usadas con los vencidos. En Europa había mandado una brigada inglesa mereciendo los elogios de los veteranos soldados de Luis y del Imperio. Y sin embargo, ahora que estaban en litigio su cabeza y porvenir, se mostraba débil, irresoluto y cobarde. En frase de mi padre, «todas las virtudes le habían abandonado». Confieso que cuando le vi cabalgar entre sus soldados, con la cabeza caída sobre el pecho y el semblante triste como si asistiera á un entierro, esparciendo en torno suyo una impresión de desmayo y desconfianza, me convencí de que, aun en el caso de triunfar, un hombre así no estaba destinado á ceñir sus sienes con la corona de los Tudor ó Plantagenet, sino que alguna mano extraña, la de alguno de sus generales, tal vez, había de arrebatarla.

Debo, no obstante, hacer á Monmouth la justicia

de afirmar que, desde la fecha en que al fin se decidió á pelear, por la sencilla razón de no quedar otro camino que seguir, dió muestras de un espíritu más varonil y guerrero. Durante los primeros días de junio, no se perdonó diligencia ni sacrificio alguno para alentar á las tropas y apercibir las para la próxima batalla. Desde por la mañana hasta la noche, trabajábamos sin descanso, enseñando á la infantería la manera de formar en pelotones para resistir las cargas de la caballería, ejercitándolos á la vez en el modo cómo debían auxiliarse unos á otros y atender á las órdenes de sus oficiales. Por la noche, las calles de la pequeña ciudad, desde el Campo del Castillo hasta el Puente de Parret, resonaban incesantemente con los rezos y predicaciones de los voluntarios.

Los oficiales no teníamos necesidad de castigar los desórdenes é irregularidades de la tropa, porque los mismos soldados se encargaban de hacerlo. Cierta individuo, que se presentó un día medio embriagado, corrió grave peligro de que le colgaran sus compañeros y al último fué expulsado por ellos de la ciudad, considerándole indigno de pelear por una causa que para ellos era sagrada. Por lo que mira á su valor, nunca fué necesario estimularlo, porque se mostraron intrépidos como leones; y el único riesgo temible era el de que su ilimitada osadía degenerara en temeridad. Su deseo era arrojarse sobre el enemigo, como una horda de fanáticos musulmanes, costándonos gran trabajo ejercitarlos en la firme serenidad y cautela que la guerra demanda.

Al tercer día de nuestra permanencia en Bridgwates comenzamos á sentir la falta de provisiones, á causa de haber vivido nosotros á costa de aquella parte del país, y también por efecto de la vigilancia ejercida por la caballería del rey, que hacía correrías constantes por todo el distrito impidiendo que se nos enviaran bastimentos. En vista de ello, resolvió lord Grey enviar dos destacamentos de caballería á favor

de la obscuridad de la noche, para procurarnos vituallas. El mando de la pequeña expedición se confió al comandante Martín Hooker, antiguo guardia de seguridad, hombre de lenguaje rudo y maneras bruscas, que había prestado excelentes servicios ejercitando á los cabezudos aldeanos y labradores en guardar cierto orden y disciplina. Sir Gervasio Jerónimo y yo pedimos permiso á lord Grey para unirnos á la expedición, gracia que se nos concedió sin dificultad, porque no había temor de que se suscitaran desórdenes.

Serían las once de una noche sin luna, cuando salimos de Bridgwater con el intento de explorar el terreno en la dirección de Boroughbridge y Athelney. Habíamos tenido confidencias de que por aquella parte las tropas enemigas eran poco numerosas, y la fertilidad del distrito daba esperanzas de hallar en él abundantes provisiones. Llevamos con nosotros cuatro carros vacíos, con ánimo de transportar en ellos lo que tuviéramos la suerte de recoger.

Nuestro jefe dispuso que marchara delante uno de los piquetes de caballería y el otro detrás, mientras sir Gervasio capitanearía un grupo de jinetes que irían de avanzada á unos cien pasos del convoy. En este orden salimos de la ciudad, precisamente cuando sonaba el último toque de las trompetas, y nos alejamos por los silenciosos y sombríos caminos, atrayéndonos las miradas curiosas de los moradores de las casas, situadas junto al camino por donde avanzamos, envueltos en la obscuridad de la noche.

No puedo pensar en esta excursión sin que se me representen todos los pormenores con gran viveza de colorido. Las sombrías masas de copudos sauces que se alzaban junto á nosotros, el suspirar de la brisa entre las mimbreras, las vagas y borrosas formas de los piquetes de caballería, el sordo patullar de los cascos y el choque de las vainas contra los estribos; todo ello se conserva fresco en mi memoria. El ba-

ronete y yo cabalgábamos al frente, rodilla con rodilla; y su amena charla sobre la vida que había llevado en Londres, entreverada de trozos de verso ó canto, de Cowley ó Waller, servían de bálsamo consolador á mi triste y algo apesadumbrado espíritu.

—Esto se llama vivir en una noche tan sosegada —dijo sir Gervasio, mientras respirábamos el fresco ambiente del campo, empapado de los vahos de las sementeras y del ganado vacuno.—Maldita sea mi suerte, si no tengo motivos para envidiaros, amigo Clarke, la dicha de haber nacido y vivido en una aldea. ¿Qué placeres puede ofrecer la ciudad, dignos de compararse con los liberales dones de la Naturaleza, con tal de tener á la mano siempre un peluquero inteligente, y un vendedor de rapé, y un perfumista, y uno ó dos abastecedores tolerables de bebidas? Con esto, y un buen café, y una casa de juego, me parece que había de darme maña para pasar algunos meses agradables en pleno contacto con la rústica Naturaleza.

—Pues, señor, hay que ver lo que son las cosas—repuse riendo;—nosotros, la gente de las aldeas, hemos creído siempre que la verdadera vida feliz, y en la que se adquiere ilustración y cultura, es precisamente la de las ciudades.

—¡Valiente ilustración y cultura las que yo he adquirido allí!—replicó.—¡Voto al chápiro verde! Si he de decir la verdad, más he vivido y aprendido en las pocas semanas que hemos andado rodando por esos caminos, aguantando la lluvia en compañía de nuestros gañanes, que durante el período entero en que fui paje de la corte y objeto de los favores de la fortuna. Es cosa bien aburrida no tener nada en qué pensar más que en devolver un cumplido ó en bailar un minué. ¡Por Júpiter, muchacho! Tengo que dar muchas gracias á vuestro amigo el carpintero. Como él dice en su carta, mientras un hombre no utiliza sus dotes naturales, tiene menos valor en el mundo

que cualquiera de las gallinas que estamos oyendo cacarear ; porque al menos ellas cumplen su misión de poner huevos. ¡ Pardiez ! Voy á dedicarme á predicar este nuevo credo.

—Pero—repliqué,—cuando erais rico, por fuerza seríais útil á muchas personas ; porque, ¿ cómo es posible gastar tanto dinero y no hacer mucho bien ?

—¡ Ay, bienaventurado Miguel ! —exclamó con una alegre carcajada.—¡ Querido y bucólico Miguel ! Vos no dejáis de hablar de mi pobre fortuna en tono de asombro y ahuecando la voz, como si en realidad hubiera sido la riqueza de las Indias. No podéis figuraros, amigo, cuán fácil cosa es para un saco de dinero criar alas y echarse á volar, privándoos de su grata compañía. Verdad es que el hombre que lo derrocha apenas se aprovecha de ello, limitándose á hacerlo pasar á otras manos ; pero, aun así, la falta está en la circunstancia de entregarlo á gente que no lo merece, sosteniendo de ese modo una clase inútil y corrompida, con pretexto de proteger á personas decentes. ¡ Caramba, muchacho ! Cuando pienso en la caterva de mendigos hambrientos, alcahuetes sacatrapos, matones cínicos, zalameros y adulones que vivían á nuestro amparo, echo de ver que nuestro dinero causaba un daño irremediable con sostener á sabandijas de tal ralea. ¿ No los he visto acosarme en número de treinta, una mañana en que concedía audiencia y arrastrarse hasta mi cama?...

—¿ Hasta vuestra cama ? — pregunté asombrado.

—¡ Claro que sí ! Era moda recibir en la cama, luciendo fina camisa de batista adornada de encajes y con la blanca peluca muy compuesta ; si bien posteriormente se permitió pasar á la sala, pero vistiendo á la *negligée*, en bata y babuchas. La moda, Clarke, es un tirano terrible, á pesar de que su dominio no se extienda hasta aldeas como Havant. El hombre ocioso de la capital debe tener algún método de vida, y ser esclavo de los cánones de la moda. Nadie los

observaba en Londres más estrictamente que yo. Puedo decir que era un modelo de regularidad en mis irregularidades y de orden en mis desórdenes. A las once en punto, venía mi ayuda de cámara con la copa matinal de vino aromatizado, cosa excelente para combatir las bascas, y un ligero desayuno, que podía ser la pechuga de un verderol ó el alón de una cerceta. Luego comenzaba la recepción, y entraban veinte, treinta ó cuarenta individuos de los que os he hablado; si bien, de cuando en cuando, se tropezaba con algún caso de honrada necesidad, como el de algún literato que pedía una guinea ó algún sabio sin hospedaje, que tenía el cerebro tan atiborrado de erudición antigua, como vacía la bolsa de dinero moderno. Porque además de poder hacer algo por mi cuenta, era público que gozaba de gran valimiento cerca de milord Halifax, Sidney Godolphin, Lorenzo Hyde y otros que estaban en condiciones de elevar á un hombre al pináculo de la fortuna ó hundirlo en el arroyo... pero, hablando de otra cosa, ¿no percibís unas luces á mano izquierda? Tal vez convenga averiguar si podemos sacar algo de allí.

—Nuestro jefe, Hooker, tiene órdenes de encaminarse á cierta casa de campo—respondí.—Ya pasaremos por ahí á la vuelta, si nos queda tiempo. Hemos de estar de regreso antes de amanecer.

—Pues por fuerza necesitamos obtener vituallas, aunque tengamos que retroceder hasta Surrey—repuso.—Que me maten, si me atrevo á mirar á la cara á mis mosqueteros como no les lleve algo con que brindar por el triunfo de nuestra causa. Cuando me separé de ellos, apenas tenían con qué regalar el gusto, como no fuera con las balas de su bolsa de municiones. Pero venía hablándoos de la vida que hacía en Londres. Nunca nos faltaba en qué pasar el tiempo. Si una persona de calidad tenía afición á los deportes, siempre los había más ó menos atrayentes. Podía por ejemplo asistir á las salas de esgrima

en Hockley, ó á las riñas de gallos en Shoe Lane, ó á las de perros en Southwark ó al tiro de pichón y caza menor en Tothill Fields. Además, á su disposición estaban los jardines de San Jacobo y los botes que navegaban por el río con la baja marea hasta los fresales de Rotherhithe, ó bien le era dable cabalgar hasta Islington para tomar un vaso de crema ó pasear por el parque, que era lo más elegante para los caballeros que se preciaban de vestir á la moda. Ya veis, Clarke, que andábamos bien ocupados en medio de nuestra ociosidad. Luego, al caer la tarde, teníamos los teatros: Dorset Gardens, Lincoln's Inn, Drury Lane y el de la Reina, en los que siempre podía hallarse algún entretenimiento.

—Allí, al menos, pasaríais bien el tiempo—observé;—porque oiríais los grandes pensamientos y magníficas estrofas de Shakespéare ó de Massinger, que despertarían en vuestro espíritu sentimientos é ideas elevadas.

Sir Gervasio rió tranquilamente al oirme.

—¡Qué cándido sois, Miguel! Me estáis causando el mismo efecto que el sencillo ambiente de la campiña. Pero, inocente, ¿ignoráis que al teatro no se va á presenciar la representación?

—Pues, ¿á qué se va entonces?—pregunté.

—Sencillamente á vernos unos á otros—respondió.—Habéis de saber que para toda persona de calidad, la moda es volver la espalda al escenario desde que se levanta el telón hasta que vuelve á caer. Allí teníamos á las mundanas más elegantes para echarles algunas pullas, y... ¡qué lenguas tan viperinas tenían las condenadas!... y á las diablitas del antifaz cuyas pequeñas caretas picaban nuestra curiosidad y á las bellezas más empingorotadas y á los galanteadores de la corte; todo ello ofreciéndose por blanco de nuestros monóculos. ¡Buena estaba la representación! Algo mejor teníamos que hacer que escuchar alejandrinos ó apreciar el mérito de los

hexámetros. Verdad es que cuando bailaba La Jeune, ó salían á las tablas la Bracegirdle ó la Clidfield, palmoteábamos y mosconeábamos, pero nuestros aplausos se dirigían á la mujer de mundo y no á la artista.

Al terminarse la función, iríais sin duda á cenar y después á la cama.

—A cenar, desde luego: unas veces á la Casa Renana, otras á la de Pontack, en la callejuela de Abchurch, cada uno según su capricho. Después venían los dados y los naipes en Groon Porter's ó bajo las arcadas de Covent Garden, donde podíais entregarnos al piquet, billar, primero, ó cualquier otro juego acomodado á vuestro gusto. Después de eso, podíais hallar á todo el mundo en los cafés, tomando una cena de última hora que se os servía á menudo con cuatro endiablados huesos y algunas ciruelas para despejaros la cabeza de los vapores del vino. ¡Voto á tal, Miguel! Como los judíos aflojen un poco en su persecución, ó esta guerra nos traiga alguna ventura, habéis de venir conmigo á Londres para ver con vuestros ojos todo lo que os he referido.

—Si he de decir la verdad, no siento grandes deseos de visitar la capital—respondí.—Mi genio tardo y serio pegaría en los lugares que me habéis descrito, como una calavera en un banquete.

A punto estaba de replicar sir Gervasio, cuando de pronto rasgó el silencio de la noche un lamento prolongado y agudo que nos puso los pelos de punta. En mi vida he oído tan desgarrador acento de desesperación. Detuvimos los caballos, y lo mismo hicieron los soldados que venían detrás, aguzando el oído para percibir el punto de donde había salido el clamor, porque, á juicio de unos, ese lugar estaba á nuestra derecha, y según otros, á nuestra izquierda. En esto, había llegado el grupo principal de la expedición con los carros, y todos nos pusimos á escuchar atentamente esperando que volviera á sonar el espantoso alarido. Poco después le oímos de nuevo con un

salvaje y penetrante dejo de agonía ; aquello parecía el grito de una mujer que estaba en un trance de angustia mortal.

—Allí es, comandante Hooker—exclamó sir Gervasio, alzándose sobre los estribos y explorando la obscuridad.—Hay una casa á poca distancia, y percibo un débil resplandor que debe salir por una ventana cerrada.

—¿No acudimos inmediatamente?—pregunté con impaciencia, porque nuestro jefe permanecía con impasible estolidez en su caballo, como si no estuviera seguro de la resolución que debía tomar.

—Yo he venido aquí, capitán Clarke—dijo,—para llevar provisiones al ejército ; y de ningún modo estaría justificado que abandonara mi cometido para meterme en otras aventuras.

—¡ Ira de Dios ! Cerca de nosotros hay una mujer que se encuentra en un trance mortal—interrumpió sir Gervasio.—¿Es posible, comandante, que penséis en continuar vuestro camino sin hacer caso de sus gritos en demanda de auxilio? ¡ Calle ! Ahora se oye otra vez.

Mientras esto decía, el clamor volvió á salir de la casa solitaria.

—Yo no puedo aguantar esto por más tiempo—interpuse, sintiendo que me hervía la sangre en las venas ;—seguid vuestro camino, mayor Hooker, mientras mi amigo y yo acudimos á ver lo que ocurre. Luego sabremos justificar ante el rey nuestro comportamiento. Vamos, sir Gervasio.

—Reparad en que desobedecéis, capitán Clarke—dijo Hooker ;—aquí estáis á mis órdenes, y si os alejáis, tendréis que sufrir las consecuencias.

—En un caso como éste, no me inportan una blanca vuestras órdenes—respondí acalorado.

Y tirando de la rienda á *Covenant*, me lancé á galope por una vereda estrecha y desigual que conducía á la casa, seguido de sir Gervasio y de dos ó

tres soldados. En el mismo momento oí una imperiosa voz de mando, dada por Hooker y el rechinar de las ruedas, indicio de que nos había abandonado, prosiguiendo la marcha para desempeñar su misión.

—Tiene razón—observó el baronete, mientras seguíamos la vereda ;—Saxon ó cualquier otro jefe hubieran recomendado la disciplina.

—Hay cosas más altas que la disciplina—murmuré.—Á mí me hubiera sido imposible pasar de largo dejando á esa pobre mujer abandonada á su desgracia. Pero, ¿qué es esto?

Un enorme bulto obscuro aparecía frente á nosotros ; y al acercarnos, vimos que eran cuatro caballos, atados al seto por las bridas.

—Caballos de las tropas del rey, capitán Clarke—dijo uno de los soldados que había echado pie á tierra para examinarlos.—Tienen las sillas y pistolerías con la marca del Gobierno. Aquí hay una puerta de madera que da acceso á un sendero, por donde se puede llegar á la casa.

—Lo mejor que podemos hacer es apearnos—dijo sir Gervasio, saltando de la silla y atando su montura al lado de las que estaban en el seto.—Vosotros, muchachos, quedaos á la mira de los caballos, y acudid en nuestra ayuda cuando os llamemos. Sargento Holloway, podéis acompañarnos, tomad vuestras pistolas, por si acaso.

X

DEL ESPADACHÍN DE CHAQUETA PARDA

El sargento, que era un fornido y huesudo aldeano de Occidente, abrió la puerta y todos avanzamos por el tortuoso sendero, cuando una ráfaga de luz amarillenta salió repentinamente de la puerta de la casa, al abrirse, y vimos una figura vaga que se coló

dentro de la vivienda. En el mismo instante se oyó un confuso estrépito seguido de dos pistoletazos y voces entrecortadas, entre chocar de aceros y una tempestad de juramentos. Al percibir aquel repentino alboroto, corrimos los tres con la mayor prisa posible y nos asomamos por la puerta, ofreciéndonos una escena tan terrible, que jamás se borrará de mi memoria mientras viva.

La habitación era una pieza grande y alta, con largos varales de pernils y piezas de cecina, como las que suele haber en las casas de labranza del condado de Somerset. En un rincón había un reloj de pared; y en el centro una mesa rústica, sobre la que se veían platos y fuentes preparados para una comida. Frente por frente de la puerta, ardía una fogata de leña, y encima de ella vimos con horror indecible que pendía un hombre cabeza abajo, suspendido de una cuerda atada á los tobillos, y que después de pasar por una argolla sujeta á una viga había sido atada á otra del piso. Los esfuerzos de la infeliz víctima habían hecho que la cuerda se retorciera, de suerte que el cuerpo del hombre giraba sobre las llamas, como si fuera un cuarto de carne puesto al fuego. En el umbral yacía una mujer que debía ser la misma cuyos gritos nos habían atraído á aquel lugar; pero su rígido semblante y contraído cuerpo mostraban que nuestra ayuda había llegado muy tarde para salvarla del terrible destino que la amenazaba. Inmediatos á ella estaban tendidos los cadáveres de dos dragones, con las chaquetas rojas del ejército real, ceñudos y amenazadores aún después de muertos. En el centro de la pieza había otros dos dragones que tiraban tajos y cuchilladas con sus montantes á un hombre pequeño y rechoncho, cargado de hombros y envuelto en una especie de chaquetón de paño pardo. Empuñaba éste una larga tizona de cazoleta y saltaba con gran agilidad por entre las sillas y alrededor de la mesa, y paraba ó esquivaba los

golpes con maravillosa destreza, tirando cada vez una estocada á sus adversarios. A pesar del duro aprieto en que estaba, su rostro sereno y resuelto, expresión firme y ojos vivos, hacían pensar en un valiente, mientras la sangre que corría por la manga de uno de sus adversarios demostraba que la lucha no era tan desigual como pudiera parecer. En el instante en que fijábamos los ojos en la escena, saltó atrás para evitar una terrible embestida de los soldados furiosos, y de un rápido tajo cortó la cuerda de que pendía la víctima. El cuerpo cayó sobre los ladrillos del piso con un ruido sordo, mientras el espadachín se escabullía en otra región de la pieza, parando ó evitando con suprema habilidad y maña los espesos golpes que llovían sobre él.

Aquella escena extraña nos dejó perplejos durante algunos segundos; pero luego vimos que no había tiempo que perder, porque cualquier resbalón ó descuido había de ser fatal para aquel valiente. Penetrando en la habitación, espada en mano, caímos sobre los dragones, que, al verse sobrepujados en número, se retiraron á un rincón y lucharon desesperadamente, sabiendo que no podían esperar clemencia después de la infame hazaña que habían perpetrado. Holloway, nuestro sargento de caballería, se arrojó á ellos furioso, recibiendo una estocada que le tendió en tierra muerto. Antes que el dragón tuviera tiempo de sacar el arma, sir Gervasio le derribó de un tajo y en el mismo instante, el desconocido espadachín forzó la guardia de su antagonista y le hirió mortalmente en la garganta. De los cuatro dragones ninguno escapó con vida; y sus cuerpos, unidos al de nuestro sargento, y á los del anciano matrimonio, primeramente sacrificado, aumentaban el horror de la escena.

—El pobre Holloway ha muerto—dije después de poner la mano sobre su corazón.—¿Quién vió ja-

más infamia semejante? Esto es espantoso y me causa vértigo.

—Aquí hay un poco de aguardiente, si no me engaño—dijo el desconocido, encaramándose á una silla y alcanzando una botella de un anaquel.—A juzgar por el olor parece bueno. Tomad un sorbo, porque estáis más blanco que una camisa recién planchada.

—Tengo valor para pelear honradamente en la guerra; pero escenas como la presente me hielan la sangre—respondí después de tomar un trago del frasco.

En aquella época, queridos míos, era un soldado muy joven aún; pero debo confesar que toda clase de crueldad me causó siempre la misma repulsión hasta el término de mis campañas. Os aseguro que cuando fui la última vez á Londres, la vista de un caballo, de seco espinazo, que tiraba de un carro excesivamente cargado, acezando con su carga y recibiendo brutales golpes por no hacer lo que no podía, me causó una impresión más desagradable que el desastre de Sedgemoor ó que la mortandad de la otra derrota más terrible, en que quedaron tendidos al pie de los terraplenes de Landen diez mil hombres de la flor y nata del ejército francés.

—La mujer ha exhalado el último aliento—dijo sir Gervasio,—y el hombre me parece que no ha de poder volver en sí. No tiene grandes quemaduras; pero, á mi juicio, el infeliz padece de una terrible congestión por habersele acumulado la sangre en la cabeza.

—Si no es más que eso—observó el desconocido,—todo podrá remediarse;—y sacando del bolsillo una navajita, descubrió el brazo del viejo y le abrió una de las venas. Al principio sólo brotaron de la herida algunas gotas de sangre negra; pero poco después comenzó á circular un chorro, y el paciente dió señales de recobrar el conocimiento.

—Vivirá—dijo el desconocido espadachín, vol-

viendo á meter su lanceta en el bolso.—Y bien, ¿á quién debo ayuda en este asunto, que tal vez hubiera tenido el mismo resultado, si nos hubierais dejado zanjarle entre nosotros solos?

—Pertenece al ejército de Monmouth—respondí.—Está acampado en Bridgwater y nosotros hemos salido á reconocer el terreno y á buscar provisiones.

—Y ¿quiénes sois vosotros?—preguntó sir Gervasio.—Y ¿cómo os habéis metido en esta pendencia? ¡Pardiez! se necesita ser un gallo de duros espolones para luchar con cuatro enormes gallipollos como éstos.

—Mi nombre es Héctor Marot—respondió el espadachín, limpiando sus pistolas descargadas y volviendo á cargarlas con el mayor cuidado.—En cuanto á quién soy es asunto que importa poco. Baste saber que he ayudado á quitar de en medio á cuatro granujas de la caballería de Kirke. Reparad las caras de asesinos que tienen, aún después de muertos. Estos hombres han aprendido á guerrear peleando contra los salvajes de Africa, y ahora practican sus diabólicos procedimientos entre pobres ingleses indefensos. ¡El Señor permita que las tropas de Monmouth no dejen uno con vida! Esta peste es más temible que la cuerda de la horca ó el hacha del verdugo.

—Pero, ¿cómo os ha ocurrido llegar aquí en el preciso momento?—pregunté.

—Venía trotando por el camino en mi yegua, cuando oí galopar en la misma dirección que yo llevaba, y ocultándome cuidadosamente, como lo hubiera hecho cualquier hombre cuerdo en los tiempos que corren, vi pasar á estos cuatro criminales. Llegaron á la casa del labrador, y poco después colegí por los gritos y otras señales la endiablada fechoría que estaban cometiendo. Entonces dejé mi yegua en el campo y me llegué á toda prisa; con lo que pude observar por la ventana que estaban atando al buen

hombre y colgándolo frente al fuego para obligarle á confesar dónde tenía guardado el dinero, aunque, de hecho, creo que ni él ni ningún otro labrador de esta comarca tenga dinero alguno que guardar, después de haber acampado sucesivamente en ella dos ejércitos. Viendo los sayones que el viejo no cantaba, le colgaron, y sin duda le hubieran asado vivo, á no haber penetrado yo y derribado á dos de ellos con mis pistolas. Los otros dos se lanzaron á mí, pero logré traspasar á uno el antebrazo, y seguramente hubiera dado buena cuenta de ellos, aunque no hubierais venido vosotros.

—¡ Sois un bravo!—exclamé. — Vuestro nombre no me es enteramente desconocido, y tengo alguna reminiscencia de haberle oído antes de ahora.

—No sé—repuso clavando en mí una mirada de soslayo ;—no puedo decir nada sobre el particular.

—Pues juraría que me han hablado de vos—repuse.

El desconocido se encogió de hombros y continuó examinando el cebo de sus pistolas con cierta expresión de inquietud y desconfianza. Era un hombre robusto y cuadrado, de cara torva y angulosa, que presentaba en la frente una larga cicatriz semejante á una cuchillada. Usaba una gorra de montar con vivos dorados, un chaquetón de paño burdo, bastante maltratado por el tiempo y un par de altas botas de caña desgastadas.

Sir Gervasio, que había permanecido contemplándole atentamente, lanzó de pronto una exclamación y se dió una palmada en la rodilla.

—¡ Claro que sí!—añadió.—Que reviente si puedo recordar dónde he visto esta cara ; pero no me cabe duda de que nos hemos encontrado en otra ocasión.

El hombre nos miró con aire hostil y frunciendo el ceño.

—Me parece que he caído entre gente conocida—repuso en tono desabrido ;—pero no conservo el me-

nor recuerdo de vosotros. Tal vez, jóvenes señores, os engaña la imaginación.

—No por cierto—replicó el baronete con aire tranquilo, é inclinándose hacia adelante murmuró algunas palabras al oído de nuestro hombre, quien al oirlas, saltó de su asiento y dió rápidamente algunos pasos, como para escapar de la casa.

—¡Oh, eso no!—exclamó sir Gervasio, interponiéndose entre él y la puerta,—no tenéis por qué huir de nosotros. ¡Quita allá, hombre! No hay para qué echar mano á la espada. Bastante sangre ha corrido ya esta noche. Además, no intentamos causaros daño alguno.

—¿Qué pretendéis, entonces? ¿Qué os ocurre?—preguntó, mirando recelosamente como la fiera cazada en una trampa.

—Después de lo que he visto, os tengo verdadero afecto—declaró sir Gervasio.—¿Qué me importa que hayáis echado á alguno al otro mundo, mientras seáis un hombre de corazón? Máteme Dios si olvido la fisonomía vista una vez, y menos la vuestra, que lleva en la frente una marca tan inconfundible.

—Y aunque fuera yo esa misma persona, ¿qué intentáis?—preguntó el desconocido con aire amenazador.

—Aquí no hay hipótesis que valga. Puedo jurar que sois el mismo. Pero no temáis que me hubiera propasado á... no; aunque os hubiera sorprendido infraganti. Habéis de saber, Clarke, puesto que nadie nos escucha, que en otro tiempo desempeñé en Surrey el cargo de juez de paz, y que entonces me llevaron preso á nuestro amigo, acusándole de cabalgar á horas desusadas de la noche; molestando algún tanto á los viajeros. Ya me entenderéis. La causa se elevó al tribunal correspondiente, pero el reo se fugó entretanto, logrando salvar su vida. A la verdad me alegre mucho de que así fuera, porque convendréis conmigo en que una persona tan decente no debe

bailar en la cuerda como cualquier vulgar asesino de los ejecutados en Tyburn.

—Y yo recuerdo bien ahora dónde he oído vuestro nombre—repuse.—¿No es verdad que estuvisteis preso en Badminton, en las cárceles del duque de Beaufort, y que lograsteis escapar del antiguo calabozo de Boteler?

—Puesto que tan enterados estáis, caballeros—replicó sentándose en el borde de la mesa y balanceando descuidadamente sus piernas,—sería una insensatez que yo tratara de engañaros. Soy, verdaderamente, el mismo Héctor Marot, que ha sembrado el terror en todos los caminos reales del Oeste, y que ha visto más calabozos que cualquier otro hombre del Sur. Sin embargo, puedo decir con toda verdad que en mis diez años de salteador de caminos, no he quitado jamás una blanca á ningún pobre, ni he hecho el menor daño á quien no quisiera causármelo á mí. Al contrario, muchas veces he arriesgado la vida por salvar la de otros.

—De eso, nosotros podemos salir fiadores—respondí;—porque si esos cuatro diablos de la chaqueta roja han expiado su crimen, á vos se debe antes que á nosotros.

—¡Bah! Poca honra me cabe en ello—añadió Héctor.—Tengo todavía muchas cuentas que ajustar con la caballería del coronel Kirke, y me he alegrado de haber tropezado aquí con estos canallas.

Mientras sosteníamos la conversación precedente, se nos incorporaron los soldados que estaban afuera, junto con algunos de los labradores vecinos, que se llenaron de terror al contemplar aquel montón de cadáveres y pensar en la venganza que al día siguiente habían de tomar las tropas reales.

—¡Por los clavos de Cristo!—exclamó uno de ellos que era un aldeano viejo y rubicundo;—llevad á esos malditos soldados al camino, para que crean que han muerto en un combate. Si se supiera que

los habían matado dentro de una casa de labranza, prenderían fuego á todas las de esta comarca y apenas escaparía con vida ninguno de nosotros.

—Tiene razón el viejo—dijo el salteador con acento brusco.—No tiene gracia que seamos nosotros los autores de la fechoría y paguen otros las consecuencias.

—Bien, oíd una cosa—dijo sir Gervasio, volviéndose al grupo de aterrados labriegos.—Voy á proponeros un arreglo del asunto. Nosotros hemos venido por vituallas, y difícilmente podemos volver con las manos vacías. Si entre todos vosotros nos procuráis un carro lleno de víveres de todas clases y una docena de cebones, no solamente os protegeremos en este trance, sino que os damos palabra de pagaros los víveres al precio corriente en el mercado, si queréis venir por el dinero al campo protestante.

—Yo me encargo de los cebones—dijo el anciano á quien habíamos salvado la vida, y que ahora había recobrado fuerzas suficientes para incorporarse.—Ya que mi pobre mujer ha muerto asesinada, me importa poco lo que pueda ser de mi hacienda. Quiero verla enterrada en el cementerio de Durston, y luego os seguiré al campamento, y allí moriré contento, con tal de haber quitado de en medio á uno solo de esos diablos encarnados.

—Decís bien, abuelo—exclamó Héctor Marot ;—es lo mejor que podéis hacer. Me parece que veo colgada allá en el techo una vieja escopeta de caza, que con una buena carga de postas y un pulso sereno, podría echar abajo á uno de esos pajarracos de plumaje rojo.

—Había sido la compañera fiel de mi vida por más de treinta años—dijo el anciano con el rostro lleno de lágrimas.—Treinta siembras y treinta cosechas habíamos trabajado juntos. Pero ésta es una sementera que ha de dar cosecha de sangre, con tal que mi mano acierte á dirigirla debidamente.

—Si vais á la guerra, abuelo Sawain, nosotros cuidaremos de vuestra hacienda—dijo el labrador que había hablado anteriormente.—En cuanto á las legumbres y verduras, que pide este caballero, no sólo le daremos un carro, sino tres, con tal que se nos conceda media hora de tiempo para cargarlos. De ese modo estaremos seguros de que servirán para favorecer la buena causa. Oye, Miles, ve á donde están los mozos y diles que pongan á prisa en los carros las patatas, las espinacas y la cecina.

—Ahora lo mejor será que nosotros procuremos cumplir la otra parte del contrato—dijo Héctor Marot.

Y, diciendo y haciendo, comenzó, con la ayuda de nuestros soldados, á transportar los cadáveres de los cuatro dragones y el de nuestro sargento, dejándolos en tierra á corta distancia de la vereda, donde puso los caballos convenientemente y removió la tierra como si se hubiera reñido allí un encuentro de tropa de caballería. Entretanto, algunos operarios lavaron las baldosas de la cocina é hicieron desaparecer todas las señales de la tragedia. La mujer asesinada, fué puesta en la cama de su dormitorio, de suerte que no quedó indicio alguno de lo ocurrido, como no fuera la persona del infeliz labrador, que continuaba sentado en el mismo sitio con aire pensativo, apoyando el rostro en sus secas y callosas manos y mirando con expresión vaga y fija, enteramente ajeno á lo que pasaba á su alrededor.

La carga de los carros se efectuó rápidamente y con ellos vinieron los cebones recogidos en un campo inmediato. A punto estábamos de comenzar nuestro regreso, cuando llegó á caballo un joven aldeano con la noticia de que entre nosotros y el campamento había un escuadrón de la guardia real. El mensaje encerraba extraordinaria gravedad, porque nosotros no éramos más que siete, y necesariamente te-

níamos que avanzar con lentitud á causa de la impedimenta de los carros.

—¿Qué es de Hooker?—indiqué.—¿No convenirá enviarle un aviso?

—Yo puedo ir al momento—dijo el aldeano.—Me comprometo á llevarle el recado si está en el camino de Athelney.

Dicho esto, picó espuelas á su caballo y desapareció galopando en la obscuridad.

—Mientras tengamos espías voluntarios como éste—observé,—no cabe dudar que la población de la comarca está de parte nuestra. Hooker tiene todavía la mayor parte de los dos escuadrones, de modo que podrá defenderse. Pero, ¿cómo podremos volver nosotros?

—¡Ira de Dios, Clarke! improvisemos aquí una fortaleza—indicó sir Gervasio.—Nos defenderemos en esta casa de labor contra todos los que vengan, hasta que regrese Hooker y luego nos incorporaremos á él. ¡Lástima que no tengamos aquí á nuestro terrible coronel, que estaría en sus glorias, ideando fuegos cruzados y fuegos de flanco con todas las demás filigranas de una defensa bien dirigida.

—El caso es—repuse,—que después de habernos separado del mayor Hooker alardeando de caballeros, parece bastante impropio pedirle ayuda ahora que se ha presentado el peligro.

—¡Hola! ¿Esas tenemos?—exclamó el baronete.—No creía yo que fuera tan fácil llegar al fondo de vuestra estóica filosofía, amigo Miguel. A pesar de toda vuestra estolidez y sangre fría, sois bastante delicado en tratándose de puntillos de honor. ¿No será mejor que avancemos para ver si damos con él? Apuesto una corona á que no tropezamos con una chaqueta roja.

—Si queréis seguir mi consejo, señores—dijo el salteador de caminos, trotando en una hermosa yegua baya,—yo os diría que lo mejor que podéis hacer es

permitirme serviros de guía hasta el campamento. Raro será que no logre hallar caminos por donde desconcertemos á esos brutos de la guardia real.

—Esa propuesta me parece prudente y oportuna —repuso sir Gervasio.—Maese Marot, aquí tenéis mi caja de rapé, servíos de ella y habréis concertado un pacto de amistad con su dueño. ¡ Recórcholis, hombre! Aunque nuestro conocimiento por ahora se limite á que yo estuve á punto de mandaros ahorcar en una ocasión, os tengo simpatía, si bien quisiera veros empleado en otro oficio más distinguido.

—Algo me consuela el tener por compañeros á muchos que cabalgan de noche, como yo—respondió Marot, riendo entre dientes.—Pero lo mejor es partir, porque comienza á clarear en Oriente, y antes que lleguemos á Bridgwater será ya de día.

Dejamos, pues, la funesta casa de labranza, á nuestra espalda, y nos alejamos con todas las precauciones militares, cabalgando Marot y yo al frente y á cierta distancia, mientras dos de nuestros soldados de caballería cubrían la retaguardia. La obscuridad era todavía muy densa, á pesar de que una débil faja grisácea señalaba en el horizonte la próxima venida de la aurora. Con todo, nuestro guía nos señaló la ruta en medio de las tinieblas sin vacilar un instante, sin que fuera obstáculo la espesa red de atajos y veredas que cruzaban los campos y pantanos, donde los carros se hundieron á veces hasta los ejes, mientras en otras ocasiones rechinaban amenazando volcar por entre rocas y piedras. Con tanta frecuencia torcíamos en nuestra marcha y tan á menudo mudábamos de dirección al avanzar, que más de una vez desconfié de nuestro guía; pero, al fin, cuando los primeros rayos del sol comenzaron á brillar en el horizonte, divisamos la aguja de la iglesia parroquial de Bridgwater que se erguía frente á nosotros.

—¡ Vive Dios, Héctor! Por fuerza debéis tener

instintos de alimaña para haber acertado con el camino en una noche tan obscura—manifestó sir Gervasio acercándose á nosotros.—Ahora respiro con satisfacción al ver la ciudad, porque mis pobres carros han venido crujiendo y rechinando de tal suerte que me duelen los oídos de oír los chasquidos del eje. Maese Marot, os quedamos reconocidos por este servicio.

—¿Es éste vuestro distrito especial?—pregunté yo;— ó ¿conocéis del mismo modo todas las comarcas del Sur?

—Mi coto—respondió Marot encendiendo su corta y negra pipa,—se extiende desde Kent á Cornualles, pero sin llegar al norte del Támesis ni del canal de Bristol. En toda esa región no hay camino alguno que no me sea familiar, ni hay en los setos entrada alguna que no sea capaz de hallar en la noche más obscura. Es mi oficio. Pero el negocio ha perdido mucho. Si tuviera un hijo, no le dedicaría á esta profesión. La han echado á perder las escoltas de las diligencias y los malditos fundadores de los Bancos que guardan el dinero en sus cajas fuertes, entregando á los dueños hojas de papel, que á nosotros no nos sirven para nada. Os aseguro que, el pasado viernes hizo una semana, detuve á un ganadero que venía de la feria de Blandford y le robé setecientas guineas en cheques de papel, como los llaman, y de haber sido en oro hubiera tenido bastante para vivir tres meses. La verdad es que el país avanza mucho, cuando se permite que tales documentos sustituyan la verdadera moneda del rey.

—¿Por qué continuáis viviendo en semejante oficio?—pregunté.—A poco que reflexionéis, ha de pareceros claro que pararáis por fuerza en la ruina y en la horca. ¿Conocéis siquiera á uno que haya medrado en esa profesión?

—Sí por cierto—respondió al punto.—Un tal Kingston Jones, que ejerció muchos años el oficio

en Hounslow. En una ocasión logró pescar diez mil guineas de oro; y como hombre cuerdo, no quiso volver á arriesgar el cuello. Fué á Cheshire, contando la historia de que acababa de llegar de las Indias, compró una gran posesión y ahora es un caballero rico de la campiña que goza de gran reputación y por añadidura desempeña el cargo de juez de paz. ¡Rayos y truenos! Verle ahora sentado en el tribunal, condenando á algún ratero miserable por haber robado una docena de huevos es una comedia que me saca de quicio.

—A pesar de todo—insistí,—sois hombre, juzgando por lo que hemos visto y con vuestra pericia en el uso de las armas, podríais alcanzar rápidamente un puesto distinguido en cualquier ejército. Sin duda sería preferible que utilizarais esas bellas cualidades, ganando honra y crédito en lugar de convertirlas en escalón de infamia para subir á la horca.

—Por lo que respecta al patíbulo me importa muy poco—repuso el salteador, despidiendo azules bocanadas de humo que flotaban en el ambiente matinal. —Todos tenemos que pagar nuestra deuda á la Naturaleza; y el hacerlo danzando en la cuerda ó en una cama de plumas, al cabo de un año ó después de diez, me tiene tan sin cuidado como á cualquiera de vosotros que estáis sujetos á los azares de la guerra. Por lo que hace á la deshonra, es cuestión de opiniones. Por mi parte no me parece afrentoso cobrar un tributo de peaje desvalijando á los ricos, puesto que al hacerlo así expongo mi vida.

—Hay un derecho natural—repliqué,—que no puede abolirse con palabras, y es tan peligroso como estéril jugar con él.

—Además, aun cuando fuera cierto lo que habéis dicho respecto de la propiedad, observó sir Gervasio, —eso no os excusaría de la vida irregular y azarosa que lleva consigo vuestro oficio.

—¡Bah! Bien mirado se reduce á una cacería,

excepto que en algún caso determinado la pieza puede convertirse en cazador. Sin duda es, como decís, un juego peligroso; pero sólo dos entran en la partida, y cada uno tiene sus probabilidades. Aquí no valen fulleras ni dados falsos. Hace muy pocos días, saliendo á echar un vistazo por el camino real, vi á tres labradores muy alegres que corrían á todo galope por los campos, con una trailla de perros delante persiguiendo á un conejo inofensivo. Era una región yerma y despoblada en los límites de Exmoor, de suerte que me asaltó la idea de que el mejor modo de emplear mis ocios era cazar á los cazadores. ¡Voto al infierno! Fué una ocurrencia magnífica. Los labradores corrían, gritando como locos, con las chaquetas ondeando al soplo de la brisa, azuzando á los perros y divirtiéndose extraordinariamente. No llegaron á darse cuenta del tranquilo jinete que cabalgando detrás de ellos y sin un ¡alto! ni un ¡venga la bolsa! les limpió enteramente los bolsillos. Sólo faltó allí una cuadrilla de ministriles de la justicia que hubieran hecho otro tanto conmigo para que hubiera resultado algo parecido al juego de los muchachos cuando se pasan los unos á los otros el cinto preguntándose después quién lo tiene.

—¿Y qué resultó de todo?—pregunté, porque Héctor se reía en silencio.

—Pues que mis tres amigos tomaron su liebre y sacaron sus botellas para echar un trago, como gente que había ejecutado una hazaña extraordinaria. Todavía estaban bromeando y riendo á costa de la pieza cobrada, y uno de ellos se había apeado para cortarles las orejas, cuando llegué galopando.

—¡Buenos días, señores!—dije;—nos hemos divertido en grande.

Se me quedaron mirándome desconcertados y uno de ellos me preguntó qué diablos tenía yo que hacer allí y cómo me atrevía á mezclarme en una diversión, á la que no estaba invitado.

—Ciertamente, pero yo no pretendo cazar la liebre, caballeros—repuse.

—Entonces, ¿qué pretendéis?—preguntó uno de ellos.

—¡Caramba! una cosa muy sencilla: cazaros á vosotros—respondí;—y por cierto que desde hace muchos años no he tenido una cacería más afortunada.—Dicho esto, les mostré mis pistolas como argumentos convincentes y en cuatro palabras les expliqué el asunto. Seguramente os hubierais reído de ver la cara que ponían al sacar lentamente las anchas bolsas de cuero que guardaban en sus faltriqueras. Aquella mañana gané setenta y una libras; cantidad más digna de una buena carrera que las orejas de una liebre.

—¿Pero no levantaron á la gente de toda la comarca para perseguiros?—pregunté.

—¿Y qué me importaba? Cuando mi yegua *Alicia* olfatea que corre peligro la cabeza de su amo, vuela más que las malas noticias.

—Bien; ya estamos en nuestras avanzadas—observó sir Gervasio.—Ahora, mi buen amigo (porque para nosotros lo habéis sido, digan otros lo que quieran), ¿no queréis venir en nuestra compañía y pelear por una buena causa? ¡Vive Cristo, hombre! que habéis cometido muchos crímenes y reclaman expiación, yo os lo aseguro. ¿Por qué no añadir una acción buena á la cuenta que habréis de dar, arriesgando la vida en defensa de la fe reformada?

—No en mis días—respondió el salteador de caminos deteniendo su cabalgadura.—No me importa nada mi piel; pero, ¿por qué había de arriesgar mi yegua en semejante contienda de locos? Si por desgracia el animal recibiera algún daño en la refriega, ¿dónde podría encontrar otro? Fuera de eso, á ella no le importa nada que sea un papista ó un protestante el que ocupe el trono de Inglaterra; ¿no es verdad, hermosa?

—Pero podríais tener ocasión de ganar algún grado en el ejército—reliqué.—Nuestro coronel Décius Saxon es hombre aficionado á los buenos espadachines y goza de gran ascendiente con el rey Monmouth y su Consejo.

—¡Nada, nada!—exclamó Héctor Marot en tono impaciente.—Cada uno que siga su vocación. En cuanto á los soldados de Kirke, siempre estaré dispuesto á entenderme con ellos, desde que una cuadrilla de esos galopos ahorcó á mi amigo, el viejo y anciano Jaimito Houston de Milberton. Ya llevo echados al otro barrio siete granujas de la chaqueta roja, y daría cuenta de todo el regimiento si tuviera tiempo disponible. Pero no pelearé contra el rey Jacobo ni arriesgaré la vida de mi yegua; por consiguiente, no me habléis más del asunto. Y ahora es tiempo de dejaros, porque tengo mucho que hacer. ¡Ea! ¡Pasadlo bien!

—¡Adiós, adiós!—exclamamos estrechando sus callosas manos curtidas por la intemperie;—gracias por el servicio que nos habéis hecho guiándonos.

El bandido saludó quitándose el sombrero, sacudió las bridas y se lanzó al galope por el camino entre una densa nube de polvo.

—¡Mala peste, si vuelvo á decir una palabra contra los ladrones!—dijo sir Gervasio.—En mi vida he visto á otro hombre que esgrimiera la espada con mayor seguridad y destreza; y debe ser un excelente tirador de pistola para haber derribado de dos tiros á dos corpulentos dragones como los que hemos dejado en el camino. Pero oíd, Clarke, mirad por aquella parte. ¿No divisáis pelotones de chaquetas rojas?

—Sin duda alguna—respondí tendiendo la vista por la ancha llanura cubierta de juncales que se dilataba desde el otro lado del tortuoso Parret hasta los lejanos Cerros de Polden.—Alcanzo á verlos más allá en la dirección de Westonzoyland: y el rojo vivo de

sus uniformes resalta sobre el tono gris del paisaje como las amapolas en un campo de trigo.

—Todavía hay más por la parte de la izquierda, cerca de Chedzoy—observó sir Gervasio.—Uno, dos, tres, y otro más allá, y otros dos detrás de éste... seis regimientos de infantería en total. Me parece que veo brillar los petos de la caballería allá lejos, y también algunos indicios de artillería. Por quien soy que Monmouth no tendrá más remedio que pelear, si alimenta alguna esperanza de ceñir á sus sienes la corona. Todo el ejército del rey Jacobo se le ha venido encima.

—Necesitamos, pues, volver á nuestros puestos—respondí.—Si no me engaño, veo flotar nuestras banderas en la plaza de la ciudad.

Picamos espuelas á nuestras fatigadas monturas y proseguimos nuestro camino con los soldados que llevábamos y los víveres recogidos, hasta que estuvimos de regreso en nuestros cuarteles, donde los voluntarios hambrientos nos saludaron con alborozadas aclamaciones. Antes de mediodía los cebones quedaron convertidos en trozos de carne dispuestos para el asador; y el acopio de verduras y demás vituallas completaron la última comida que muchos de nuestros soldados habían de tomar.

El comandante Hooker llegó poco después con una buena cantidad de provisiones, pero no en muy buen estado, porque había tenido un encuentro con los dragones, perdiendo en él ocho ó diez hombres. Expuso en debida forma sus quejas al Consejo por el modo con que le habíamos abandonado; pero se acercaban á toda prisa importantes acontecimientos, y quedaba muy poco tiempo que dedicar á minucias de disciplina. Por mi parte, confieso francamente, al reflexionar en el hecho, que el comandante tenía perfecta razón, como militar, y que nuestro comportamiento, juzgado con arreglo á la ordenanza, no admitía excusas. Sin embargo, tengo la seguridad de que

aun ahora, mis queridos niños, en que me siento abrumado por el peso de los años, el grito de una mujer en situación de angustia, sería una señal que me arrastraría en su ayuda en tanto que mis viejas piernas puedan sostenerme. Porque el deber que tenemos de acudir en auxilio del débil, supera á todos los demás en cualesquiera circunstancias; y por lo menos yo no sabría decir por qué el uniforme del soldado ha de despojar de sus sentimientos naturales al corazón del hombre.

XI

DE LA NIÑA DE LOS MARJALES Y DE LA BURBUJA QUE
SALIÓ DEL PANTANO

Cuando nosotros llegamos á Bridgwater, en toda la ciudad reinaba gran agitación, porque se sabía que las tropas del rey Jacobo estaban á cuatro millas de distancia, en la llanura de Sedgemoor, y era probable que avanzaran de un instante á otro y asaltarán la ciudad. Por la parte de Eastover se habían construído algunas obras de defensa, y detrás de ellas estaban colocadas dos brigadas dispuestas á rechazar la acometida, mientras el resto del ejército permanecía de reserva en la plaza del mercado y en el campo del castillo. Sin embargo, en las primeras horas de la tarde volvieron al campamento algunos piquetes de nuestra caballería y campesinos de los marjales con la noticia de que no era probable un asalto. Las tropas reales habían acampado cómodamente en las pequeñas aldeas de las inmediaciones; y después de recoger cantidades considerables de sidra y cerveza que hubieron de entregarles los labradores, no daban el menor indicio de avanzar.

La ciudad estaba llena de mujeres, viudas, madres y hermanas de nuestros campesinos, las cuales ha-

bían venido de puntos distantes y próximos, para ver una vez más á sus queridos allegados. Las mismas calles de Londres, de Fleet ó Cheapside, en día de gran tráfico, no se encontraban tan concurridas como lo estaban las de la ciudad principal del condado de Somerset. Soldados de caballería con botas de caña y coletos de ante; milicianos con uniformes de escarlata; tauntoneses de rostro severo y pardos trajes; piqueros vestidos de jerga; rudos y bravíos mineros; gañanes de luengas blusas; marinos de curtido rostro y atrevido continente; montañeses y roqueros de la costa del Norte, secos y enjutos... todos aparecían fundidos en una abigarrada multitud que se movía entre empujones y vocerío ensordecedor. Entre ellos se veían por todas partes numerosas aldeanas, con bonetes de paja, que hablaban á gritos, lloraban, abrazaban y exhortaban. Aquí y allá destacándose de entre los multicolores trajes y brillantes armas de los soldados, se movía la figura tétrica y sombría de algún ministro puritano, envuelto en amplio manteo de color pardo y cubierta la cabeza con sombrero de ancha ala, repartiendo á diestro y siniestro breves y encendidas exhortaciones ó sentenciosos y graves textos de la Biblia impregnados de espíritu belicoso, que llenaban de entusiasmo á los oyentes. De cuando en cuando salía de la multitud un clamor vibrante y fiero, semejante á los aullidos de una jauría furiosa que luchara contra la trailla por lanzarse al cuello del enemigo.

Nuestro regimiento había abandonado el servicio, al saberse con entera certeza que Feversham no intentaba avanzar, y á la sazón andaba ocupado con los víveres que nuestra excursión nocturna había procurado al ejército. Era un domingo, despejado y caluroso, en que no se veía una nube en el cielo, y soplabá una fresca brisa, impregnada de las aromas de la campiña. Durante el día entero, las campanas de las aldeas vecinas llenaron el aire de sus sonidos,

esparciéndolos por la soleada comarca. Las ventanas superiores y los rojos tejados de las casas aparecían llenos de mujeres y niños de pálido rostro, que dirigían ansiosamente la mirada hacia el Este, donde las manchas de carmesí resaltaban sobre el fondo pardusco del inmenso yermo señalando la posición de nuestros enemigos.

A las cuatro, Monmouth celebró su último Consejo de guerra en la torre cuadrada, de donde arranca la aguja de la parroquia de Bridgwater, excelente lugar de observación que dominaba los alrededores. Desde que presté el servicio de llevar el mensaje á Beaufort, se me había honrado siempre, invitándome á asistir á las juntas, á pesar del humilde puesto que ocupaba en el ejército. Habría en total unos treinta consejeros, que eran los que cabían en el local, soldados y cortesanos, caballeros é individuos de la secta puritana, unidos todos á la sazón por los vínculos del peligro común. La aproximación de la crisis que había de decidir la futura suerte de los allí reunidos había quebrantado mucho la divergencia de sus ideas y sentimientos y destruído en gran parte antagonismos que parecían irreductibles. Los sectarios no mostraban ya la misma austeridad, y ardían en deseos de que llegara el momento de la batalla, cuyo resultado les inspiraba viva inquietud; y por otra parte, la ligereza de los hombres de mundo se había trocado en inusitada gravedad, al echar de ver el peligro de la situación. Unos y otros olvidaron, por un momento, sus antiguas querellas. mientras se reunían en el parapeto y se pusieron á contemplar con aire grave las espesas columnas de humo que se alzaban sobre el horizonte.

El rey Monmouth aparecía entre sus jefes, pálido y ojeroso, con el aspecto abandonado y descompuesto del hombre á quien un trance angustioso le hace olvidarse del cuidado de su persona. Tenía en la mano unos gemelos de marfil, y al aplicarlos á los ojos, sus

blancas y finas manos temblaban nerviosamente de tal modo, que daba pena mirarle. Lord Grey alargó sus anteojos á Saxon, quien, apoyado de codos sobre el tosco antepecho de piedra, permaneció largo tiempo escudriñando el campamento enemigo.

—Son los mismos soldados que estuvieron á mis órdenes en otra ocasión—dijo Monmouth por fin en voz alta, como hablando consigo mismo.—Más allá, á la derecha, diviso la infantería de Dumbarton. Conozco bien á esas tropas. Seguramente pelearán con brío. Si las tuviéramos á nuestro lado, todo nos saldría á maravilla.

—No digáis eso, señor—repuso lord Grey con viveza ;—hacéis una injusticia á vuestros valientes partidarios. También ellos sabrán pelear hasta verter la última gota de su sangre por la causa de Vuestra Majestad.

—Vedlos ahí—dijo Monmouth tristemente señalando las calles donde hervía la muchedumbre.—Corazones más generosos y esforzados no palpitaron jamás en pechos ingleses ; pero, ahí los tenéis clamoreando y vociferando como payasos la noche de un sábado ; comparad su aspecto con el orden y severidad de los batallones disciplinados. ¡ Desgraciado de mí ! ¿ Por qué habré arrancado de sus hogares á gentes tan honradas para pelear una batalla en que no hay esperanza de vencer ?

—¡ Alto ahí !—exclamó Wade.—Ni ellos creen que el combate sea desesperado, ni tampoco nosotros.

Mientras la conversación seguía en tales términos, se alzó de la apiñada multitud que escuchaba á un orador colocado en una ventana, una gritería estruendosa.

—Es el venerable doctor Ferguson—dijo sir Esteban Timewell que acababa de llegar.—Está hablando como un inspirado y su peroración arrebató al auditorio. Es un verdadero profeta de la Antigua

Ley. Ha elegido por texto aquellas palabras: «El Señor, Dios de los dioses, es grande en su sabiduría y se acordará de Israel. Si ha de ser rebelándonos contra el Señor ó traspasando su Ley, no nos salvéis en este día».

—¡Amén, amén!—gritaron devotamente varios soldados puritanos, mientras el bronco vocerío de los demás, el chocar de las hojas de las guadañas y el ruido de las armas, demostraban la profunda impresión causada en el pueblo por las ardientes palabras del fanático.

—Verdaderamente parecen entusiasmados para entrar en batalla—dijo Monmouth con semblante más animado.—Quizá, quien, como yo, ha mandado tropas regulares, se sienta inclinado á conceder excesiva importancia á la disciplina y á la instrucción. Esos valientes dan muestras de tener grandes esperanzas. ¿Qué pensáis de las disposiciones del enemigo, coronel Saxon?

—Por quien soy—respondió el interrogado con gran llaneza;—no me parecen gran cosa, señor.—He visto muchos ejércitos dispuestos en batalla en diversas partes del mundo y bajo distintos capitanes. He leído además la sección que trata de la materia en el tratado *De re militari* de Petrinus Bellus, y en las obras de un flamenco muy acreditado; y, sin embargo, no he hallado nada ni oído cosa alguna, que recomiende la disposición de las fuerzas en la forma que desde aquí estamos viendo.

—¿Cómo llamáis al caserío de la izquierda que tiene una torre cuadrada y cubierta de yedra?—preguntó Monmouth, volviéndose al alcalde de Brigwater, que era un hombre de baja estatura y semblante azorado, con señales evidentes de estar muy intranquilo en el lugar prominente á que le había elevado su cargo.

—Westonzoyland, Honorable Señor, es decir, Excelencia, digo, Majestad—tartamudeó.—El otro ca-

serío que está dos millas más allá es Mibblezoy, y más á la izquierda, precisamente en la parte más remota del Rhin, se ve á Chedzoy.

—¿Cómo del Rhin, señor? ¿Qué queréis decir?—preguntó el rey con vehemencia y encarándose tan fieramente con el tímido alcalde, que éste perdió la poca serenidad que le quedaba.

—Sí, señor, el Rhin... sí, Excelencia, digo, Majestad—repuso con voz temblona;—el Rhin, que la Excelencia de Vuestra Majestad no puede menos de alcanzar á ver, es... lo que la gente del país llama el Rhin.

—Así se denomina en efecto, señor, el conjunto de zanjas profundas y anchas que dan salida al agua del gran pantano de Sedgemoor—añadió sir Esteban Timewell.

Monmouth se puso pálido como un cádaver; y varios individuos del Consejo se miraron significativamente, recordando la rima extrañamente profética de que yo había sido portador. Sin embargo, aquel silencio fué interrumpido por un viejo comandante de la época de Cromwell, llamado Hollis, que había estado dibujando en un papel la situación de las aldeas en que el enemigo estaba acuartelado.

—Con la venia de Vuestra Majestad, indicaré en la disposición de las tropas con quien tenemos que combatir, una particularidad que me recuerda algo análogo del orden guardado por los escoceses en vísperas de la batalla de Dunbar. Cromwell acampaba en Dunbar, como lo hacemos nosotros en Bridgewater. El terreno de los alrededores, que era pantanoso é inseguro, estaba en poder del enemigo. No había nadie en el ejército, que no abrigara la convicción de que, si el viejo Leslie se mantenía firme en su posición, no tendríamos otro remedio, juzgando por los dictámenes de la más sana prudencia, que retirarnos á nuestros navíos, abandonar los depósitos de víveres y la artillería y refugiarnos á toda prisa á Newcastle.

Pero quiso la Providencia que Leslie evolucionara dejando un gran cenagal entre su ala derecha y el resto del ejército; lo cual visto por Cromwell, le indujo á caer sobre la división aislada del enemigo, al apuntar la aurora, destrozándola completamente con tan buena fortuna, que todas las tropas de Leslie huyeron, persiguiéndolas nosotros y acuchillándolas hasta las mismas puertas de Leith. En aquella batalla perdieron la vida siete mil escoceses, y sólo un centenar de los nuestros. Ahora bien, Vuestra Majestad podrá ver, con los anteojos, que entre esas aldeas se extiende una milla de terreno pantanoso; y que podemos aproximarnos, sin entrar en la gran ciénaga, á la que está más cercana, esto es, á Chedzoy, como creo que la llaman. Tengo la plena seguridad de que si el gran Cromwell estuviera ahora con nosotros, aconsejaría que nos aventurásemos en un ataque análogo.

—Es un plan atrevido teniendo que combatir á soldados veteranos con campesinos bisonos—observó sir Esteban Timewell.—Con todo, si se acuerda llevarlo á cabo, yo respondo de que ningún voluntario, nacido al amparo de la torre de Santa María Magdalena, se retraerá de prestar su cooperación.

—Decís bien, sir Esteban—repuso Monmouth.—En Dunbar, Cromwell tenía á sus órdenes tropas aguerridas para pelear con enemigos poco experimentados.

—Aun así y todo, no deja de haber gran fundamento en lo dicho por el comandante Hollis—observó lord Grey.—Tenemos que elegir entre acometer al enemigo ó quedar cercados enteramente y condenados á perecer de hambre. Siendo esto así, ¿por qué no hemos de aprovechar al punto la oportunidad con que nos brinda la ignorancia ó el descuido de Feversham? Mañana, Churchill logrará convencer á su jefe de la necesidad de corregir ese error; y no me cabe la menor duda de que las tropas enemigas

adoptarán otra disposición ; con lo que tendremos el sentimiento de haber desperdiciado una coyuntura favorable.

—Tiene la caballería en Westonzoyland—observó Wade.—El sol brilla con tal intensidad en este momento, que apenas podemos ver nada, á causa de su reverbero en los marjales y de los vapores que sobre ellos levanta. Con todo, hace un momento pude distinguir con mis anteojos las prolongadas filas de soldados, dispuestas en piquetes en la yerma planicie que se tiende del otro lado de la aldea. Más allá, en Middlezoy, hay dos mil hombres de las milicias ; mientras en Chedzoy, donde debemos concentrar el ataque, no hay más que cinco regimientos de infantería regular.

—Si logramos desbaratarlos, todo saldrá bien—dijo Monmouth.—¿Qué opináis vos, coronel Buyse?

—Mi consejo es siempre el mismo—respondió el alemán.—Aquí estamos para combatir, y cuanto antes lo hagamos mejor.

—Y vos, ¿qué decís, coronel Saxón? ¿Estáis conforme con la opinión de vuestro amigo?

—Creo con el comandante Hollis, señor, que FEVERSHAM ha dispuesto sus fuerzas de modo que podemos atacarlas con ventaja ; y que, por tanto, conviene hacerlo al punto. Sin embargo, considerando que hombres fogueados y con caballería numerosa pelearán á la luz del día mejor que nuestros soldados bisoños, me declaro por una encamisada ó ataque nocturno.

—Eso mismo opinaba yo—dijo Grey.—Nuestros amigos de aquí conocen el terreno palmo á palmo, y pueden guiarnos en la obscuridad hasta Chedzoy con tanta seguridad como si fuera de día.

—Según mis noticias—añadió Saxon,—en el campamento enemigo han entrado grandes cantidades de sidra y cerveza, así como también de vino y licores fuertes. En tal supuesto, podríamos darles una

sorpresa, mientras tienen las cabezas trastornadas por la bebida, y cuando apenas han de poder distinguir si somos nosotros ó los diablos del infierno los que han caído sobre ellos.

Un coro general de aprobación, salido de todo el Consejo, demostró que al fin había sido bien acogido el proyecto de un ataque inmediato, después de las marchas fatigosas y de los retrasos de las últimas semanas.

—¿Alguno de los consejeros tiene algo que decir contra este plan?—preguntó el rey.

Todos nos quedamos mirándonos mutuamente, pero, aunque en muchos semblantes podía leerse la duda ó la desconfianza, nadie dijo una palabra contra el ataque nocturno, porque, evidentemente, nuestra acción era dudosa de todos modos, y la determinación propuesta tenía al menos el mérito de prometer resultados más favorables que cualquiera otra. Sin embargo, queridos míos, me atrevo á decir que hasta los más valientes sintieron caérseles las alas del corazón al mirar el semblante triste y desmayado de nuestro jefe, preguntándose cada uno interiormente si por ventura podía esperarse de semejante hombre que llevara á cumplido término una empresa tan desesperada.

—Puesto que todos estamos conformes—dijo Monmouth,—el santo y seña será *Soho* y acometeremos al enemigo lo más pronto posible después de media noche. Entretanto, las demás disposiciones referentes al combate podrán ser estudiadas y discutidas. Ahora, señores, volved á vuestros regimientos y tened bien presente que cualquiera que sea el éxito de nuestra acción, y, ora Monmouth llegue á ser coronado rey de Inglaterra ó tenga que huir para salvar su vida, mientras conserve un aliento de ella, se acordará siempre de los valientes amigos que le acompañaron en la época de prueba.

Al oír estas sencillas y conmovedoras palabras,

los consejeros experimentaron un sentimiento de afecto al hombre que las había pronunciado y al mismo tiempo de compasión al pobre y débil caballero. Rodeámosle, con la mano puesta en la empuñadura de la espada, jurando que nos tendría siempre á su lado, aunque el mundo entero se interpusiera entre él y sus derechos. Hasta los rígidos é impasibles puritanos se sintieron movidos á demostrarle su lealtad; mientras los cortesanos, arrebatados de celo por la causa de Monmouth, desenvainaron las espadas y le vitorearon, hasta que la multitud que llenaba las calles se hizo eco del entusiasmo, llenándose el aire de atronadoras aclamaciones. Los ojos de Monmouth recobraron su brillo, y volvieron á colorearse sus mejillas al escuchar aquel clamoreó. Por un momento al menos pareció ser el rey en la forma que soñaba.

—¡Gracias, amigos y súbditos queridos!—exclamó.—El éxito de nuestra empresa está en manos del Altísimo, pero sé bien que esta noche haréis todo lo que está en vuestras fuerzas. Si Monmouth no logra poseer á toda Inglaterra, al menos seis pies de su suelo serán suyos. ¡A vuestros regimientos ahora, y quiera Dios ponerse de parte de la justicia y del derecho!

—¡Plegue á Dios amparar la justicia y el derecho!—repitió solemnemente el Consejo y sus miembros se separaron dejando al rey que en compañía del anciano lord tomara las últimas disposiciones para el ataque.

—Estos monigotes de la corte están siempre prontos á blandir sus espadas y á gritar cuando hay cuatro millas de distancia entre ellos y el enemigo—dijo Saxon mientras nos abríamos paso por entre la multitud.—Mucho temo que no han de mostrarse tan arrogantes cuando tengan enfrente una línea de mosqueteros, y cuando una brigada de caballería cargue tal vez sobre su flanco. Pero aquí viene el amigo

Lockarby, cuyo semblante indica que nos trae noticias frescas.

—Tengo que participaros una cosa importante, coronel— dijo Rubén acercándose á nosotros, casi sin aliento.—Recordaréis que hoy he estado de guardia con mi compañía en la puerta de Oriente.

Saxon contestó con una inclinación de cabeza.

—En el deseo de explorar el campo enemigo, trepé á un gran árbol que se alza precisamente en las afueras de la ciudad. Desde este punto de observación, he podido, con ayuda de un antejo, descubrir las líneas del ejército contrario. Mientras estaba observando, vi por casualidad á un hombre que se deslizaba medio á escondidas por entre las hayas situadas entre el campamento de las tropas del rey y de la ciudad. Seguíle con la vista y hallé que se acercaba á nosotros. Poco después, estuvo tan cerca, que pude distinguir quién era, pues se trata de una persona conocida mía; pero en vez de entrar en la ciudad por la puerta donde yo hacía centinela dió la vuelta por las turberas, y de ese modo se encaminó indudablemente en busca de otra entrada. Tengo motivos para creer que ese hombre no ama verdaderamente nuestra causa, y supongo que ha estado en el campo del rey á llevar confidencias de nuestros proyectos, habiendo regresado ahora en busca de ulterior información.

—¡ Perfectamente!—dijo Saxon enarcando las cejas.—Y ¿ cómo se llama ese individuo?

—Derrick y en otro tiempo ha sido principal aprendiz de maese Timewell en Taunton, pero al presente desempeña el cargo de oficial en la infantería de esa villa.

—¿ De modo que es el inquieto mozo que pretende á la linda señorita Ruth? ¿ Es posible que sus amoríos le hayan hecho pasar de valiente á espía del enemigo? Yo le tenía por uno de los más fanáticos, pues le he oído predicar á los piqueros. ¿ Cómo se ex-

plica que un sujeto de esa índole preste auxilio á la causa prelatista?

—Precisamente por la circunstancia de estar enamorado—repuse.—El amor es una planta que produce lindas flores cuando crece sin obstáculos, pero si se le contraría suele dar frutos muy amargos.

—Tenía resentimiento contra muchos de nuestro campo—dijo Rubén,—y desearía arruinar al ejército para vengarse de ellos, al modo que un desesperado querría echar á pique un buque para ahogar á un enemigo suyo que fuera en él. El mismo sir Esteban es objeto de su odio por haber rehusado obligar á su nieta á darle la mano. Al presente ha regresado al campamento; y por mi parte he creído que debía informaros de todo para que veáis si convendría enviar un pelotón de piqueros y seguirle de cerca la pista, no sea que vuelva á hacernos traición.

—Tal vez eso fuera lo mejor—respondió Saxon pensativo,—y sin embargo, creo que el tal sujeto ha de tener preparada alguna historia con que desorientar nuestras suposiciones. ¿No podríamos sorprenderle en el acto mismo?

Ocurrióme entonces una idea. Desde la torre había observado que á una tercera parte de la distancia al campo del enemigo se alzaba una casita solitaria, cerca del camino, en un lugar donde abundaban los pantanos. Todo el que tomara aquella ruta, tenía que pasar cerca de la casa mencionada. Si Derrick intentaba llevar confidencias de nuestros planes á Feversham, podría cortársele el paso en este punto colocando allí unos cuantos soldados de centinela.

—¡Magnífico!—exclamó Saxon cuando le hube explicado el proyecto.—El mismo Fleming no podría haber discurrido un arbitrio más ingenioso. Llevad, pues, el número de piqueros que creáis conveniente, y veremos si maese Derrick nos trae algunas noticias nuevas ó lleva informes frescos de aquí para milord Feversham.

—De ningún modo. Un pelotón de soldados que salga del campamento dará que decir—observó Rubén.—¿Por qué no habíamos de ir Miguel y yo?

—Eso sería lo más acertado—respondió Saxon.— Pero prometedme que, suceda lo que quiera, habéis de regresar al ponerse el sol, porque vuestros compañeros necesitan estar en armas, una hora antes de comenzar el avance.

Se lo prometimos así con el mayor gusto ; y cuando tuvimos noticias ciertas de que Derrick había regresado de hecho al campamento, Saxon se encargó de dejar caer delante de él algunas palabras, referentes á los planes que habíamos de ejecutar por la noche, mientras nosotros partíamos sin dilación para nuestro puesto. Dejamos atrás los caballos y deslizándonos por la puerta de Oriente, emprendimos el camino por charcas y pantanos, ocultándonos del modo que nos fué posible, hasta que salimos al camino solitario y nos encontramos frente á la casa.

Era una vivienda sencilla, revocada de blanco y con techumbre de pajas y ramajes, con una tablita sobre la puerta, donde se anunciaba la venta de leche y mantequilla. No salía humo alguno de la chimenea ; y las maderas de la ventana estaban cerradas ; de lo cual colegimos que sus moradores habían huído de los peligros que les amenazaban en aquel punto. A un lado y otro se extendían los pantanos, poco profundos y vadeables en los bordes, pero con enorme caudal de agua á cierta distancia, donde la traidora superficie aparecía cubierta de flotante vegetación. Llamamos á la puerta que mostraba los rigores de la intemperie ; pero, en vista de que no se nos contestaba, apliqué á ella mi hombro é hice saltar el cerrojo.

En el interior no había más que una sola pieza, con una escalera colocada casi verticalmente en un rincón, para subir á un agujero cuadrado del techo que daba acceso al dormitorio debajo del tejado. Tres

ó cuatro sillas y banquetas aparecían dispersas sobre el piso de tierra, y al lado de las mismas se veía una mesa rústica con varias vasijas anchas y parduscas destinadas á medir ó contener leche. Los manchones del muro y un hundimiento en un lado de la casita demostraban los efectos de la humedad de los pantanos que la rodeaban.

No fué pequeña nuestra sorpresa cuando tropezamos con uno de sus moradores. En el centro de la habitación, frente á la puerta por donde habíamos entrado, estaba una niña rubia y vivaracha, de cinco ó seis años. Vestía una falda blanca sujeta á la cintura por un cinto de cuero que llevaba una hebilla brillante. Por debajo del vestido asomaban dos pantorrillas regordetas, medio cubiertas por calcetines, y calzada con botas de cuero. La niña se nos presentó firmemente plantada, con el pie derecho echado adelante, como el que se apresta á defender el terreno que pisa. Su delicada cabeza estaba echada atrás, y en los grandes y azules ojos se leía la expresión del asombro y de la desconfianza. Al entrar nosotros, la niña agitó el pañuelo en ademán de golpearlos con él y de espantarnos, como si fuéramos dos gallinas intrusas que debiera arrojar de la casa. Rubén y yo nos detuvimos en el umbral, desconcertados y vacilantes, como dos muchachos grandullones, contemplando aquella menuda reina, cuyos dominios habíamos invadido, y dudando entre emprender la retirada ó calmar su cólera con palabras blandas y zalameras.

—¡ Ox ! ¡ Afuera *daquí!*—exclamó moviendo todavía las manecitas y sacudiendo el pañuelo.—¡ Afuera *daquí!* La abuelita me dijo que al que viniera le echara de casa.

—Y si no queremos irnos, amita—preguntó Rubén,—¿ qué haríais entonces ?

—Os echaré—respondió avanzando atrevidamente hacia nosotros agitando el pañuelo.—Tú, mal hom-

bre—continuó encarándose conmigo indignada,—tú has roto el cerrojo de la abuelita.

—¡ Oh ! eso no vale nada. Lo compondré otra vez —respondí con tono de arrepentimiento, y tomando una piedra clavé de nuevo la espiga de hierro del pasador, que había arrancado al empujar violentamente la puerta.—Ya está, amita, y vuestra abuela no advertirá la menor novedad.

—Pues lo mismito debéis marcharos ahora—institió ;—esta casa es de la abuelita y no vuestra.

¿ Qué íbamos á hacer ante la resuelta intimación de aquella menuda reina de los marjales ? A todo trance necesitábamos continuar en la casa, porque no había otro lugar donde ocultarnos ó guarecernos en toda la yerma y pantanosa extensión. Péro la minúscula dueña de la vivienda estaba empeñada en que saliéramos de allí con una decisión é intrepidez, que pudiera haber avergonzado al mismo Monmouth.

—Vendéis leche— según parece—dijo Rubén.—Nosotros estamos cansados y sedientos y por eso hemos venido á tomar un vaso.

—¿ De veras ?—preguntó sonriendo ;—¿ me pagaréis como la gente paga á la abuelita ? ¡ Ay qué bien entonces !... ¡ Anda salero ! Esto va á ser bonito.

Encaramóse á un banquillo y llenó dos grandes vasos de los barreños que había sobre la mesa.

—¡ Un penique ! ¡ Hagan el favor !—dijo la lecherita.

Era curioso ver á la menuda ama de casa guardar la moneda en el bolsillo de su falda, mostrando en su inocente rostro la satisfacción y orgullo con que había hecho aquel gran negocio en ausencia de su abuelita. Nosotros nos retiramos con la leche á la ventana y después de entreabrir las maderas, nos sentamos en ademán de echar una mirada al camino.

—¡ Por los clavos de Cristo, bebe poco á poco !—murmuró Rubén en voz baja.—Debemos hacer la

deshecha tragando lentamente nuestra leche; porque de otro modo volverá á echarnos de la casa.

—Ahora ya hemos pagado el portazgo—respondí—seguramente nos dejará continuar aquí.

—Si habéis acabado, debéis marcharos *daqui*—volvió á decir con firmeza.

—¡Tendrían que ver dos hombres de armas, como nosotros, soportando la tiranía de esta muñeca!—dije riendo.—De ningún modo, menuda, haremos un trato pagándoos este chelín por toda la leche que tenéis, y entonces continuaremos aquí bebiéndola á nuestro gusto.

—Jinny, como llama abuelita á la vaca, está precisamente en el marjal—observó la niña.—Casi es ya tiempo de ordeñar, y yo iré por ella si queréis más.

—¡Ahora sí que vamos á estar frescos!—exclamó Rubén.—¡Dios nos asista! La criatura acabará por hacernos comprar la vaca. ¿Dónde está vuestra abuelita, pequeña?

—Se ha ido á la ciudad—respondió la niña.—Allí hay unos hombres muy malos, con chaquetas rojas y escopetas, que vienen á robar y matar; pero la abuelita les hará marchar pronto *dalli*. La abuelita ha ido á arreglarlo todo.

—Nosotros estamos peleando contra los hombres de las chaquetas rojas, muñequito mío—repuse;—y así tendremos cuidado de vos y de vuestra casa y no dejaremos que nadie robe nada.

—¡Ah! entonces sí que podéis estar—dijo trepando sobre mi rodilla y permaneciendo sentada en ella, como un gorrión sobre una rama.—¡Qué muchachazo tan grande eres!

—¿Muchacho? y ¿por qué no un hombre?—pregunté.

—Porque no tienes barbas. ¡Vaya! la abuelita tiene más pelo en la cara que tú. Además, solamente

los muchachos beben leche. Los hombres toman sidra.

—Entonces, si soy un muchacho, ¿me quieres por novio?—pregunté.

—No por cierto—respondió sacudiendo sus bucles dorados.—No pienso casarme tan pronto; pero mi novio es Gil Martín de Gommach. ¡Qué blusa de hojalata tan bonita tienes y que espadón tan grande! ¿Por qué llevarán los hombres esas cosas para hacerse daño unos á otros, cuando en realidad son todos hermanos?

—¿Por qué son todos hermanos, amita?—preguntó Rubén.

—Porque dice abuela que todos son hijos del Gran Padre—respondió.—Si todos tienen un padre, deben ser hermanos, ¿verdad?

—«De las bocas de los niños y de los que maman», Miguel—dijo Rubén citando un texto de la Escritura, mientras miraba distraídamente por la ventana.

—Eres una linda florecita de los marjales—le dije sosteniéndola para que no se cayera con los esfuerzos que hacía en su afán de quitarme el casco.—¿No es bien extraño, Rubén, que tengamos á un lado y otro millares de cristianos, ansiosos de quitarse la vida, y que aquí entre ellos haya un querubín de ojos azules predicándonos la santa filosofía que debería hacernos volver á nuestras casas con el corazón despojado de sus iras y el cuerpo ileso?

—Si estuviera un día con esta criatura, me parece que había de aborrecer para siempre la vida de soldado—respondió Rubén.—Las palabras de la niña me hacen creer que el militar y el carnicero tienen muchos puntos de contacto.

—Y, no obstante, uno y otro son tal vez igualmente necesarios—repuse encogiéndome de hombros.—Hemos puesto la mano en el arado y, como dice el Evangelio, no debemos volver la cara atrás.

Pero, si no me engaño, el sujeto á quien estamos esperando se acerca al amparo del ramaje de los sauces que aparecen en aquella línea.

—Seguramente es él—afirmó Rubén asomándose por la vidriera de la ventana.

—Entonces, pequeña, tienes que sentarte aquí—dije tomándola en brazos y colocándola en una silla puesta en el rincón de la habitación.—Has de portarte como una mocita valiente y permanecer callada, suceda lo que quiera. ¿Lo harás así?

La niña cerró los labios y asintió con un movimiento de cabeza.

—Viene á toda prisa, Miguel—observó mi compañero que continuaba en su observatorio.—¿No es verdad que parece una raposa ú otra alimaña de la misma especie?

En hecho de verdad había algo en aquella figura delgada, vestida de negro y de movimientos rápidos y furtivos, que traía á la imaginación la idea de un animal astuto. Deslizábase entre las sombras de los arbustos achaparrados y mimbreras, con el cuerpo inclinado, de suerte que el ojo más penetrante no alcanzaría fácilmente á divisarle desde Bridgwater. No obstante, estaba á la sazón á tanta distancia de la ciudad, que sin el menor riesgo hubiera podido salir de su escondrijo y avanzar por el páramo; pero las profundas lagunas que había á ambos lados no le permitían dejar el camino, hasta haber pasado de la choza donde estábamos nosotros.

Al llegar frente á nuestra emboscada, los dos salimos por la puerta abierta y le cortamos el paso. En cierta ocasión había oído yo á un ministro *independiente* describir en Emsworth la aparición de Satanás; pero, si el buen señor hubiera estado con nosotros aquel día, no habría necesitado torturar mucho su imaginación. Una palidez cetrina cubrió el moreno semblante de Derrick, que al mismo tiempo retrocedió tomando aliento, mientras sus negros ojos

despedían un brillo siniestro buscando á derecha é izquierda un punto por donde escapar. Por un instante su mano buscó la empuñadura de la espada ; pero la reflexión debió hacerle comprender que difícilmente lograría abrirse paso por entre nosotros. Entonces miró á su alrededor, pero la retirada sólo era posible pasando por el campamento que había traicionado. Así, pues, permaneció con aire sombrío y estólido, torvo é inclinado el semblante, mirando con expresión recelosa é inquieta y ofreciendo la imagen y símbolo de la alevosía.

—Os hemos estado esperando algún tiempo, mae-se Juan Derrick—dije yo.—Debéis volver con nosotros á la ciudad.

—¿Qué motivos tenéis para arrestarme?—preguntó con voz bronca y entrecortada.—¿Con qué autoridad lo hacéis? ¿Quién os ha dado el cargo de molestar á los viajeros en el camino real?

—Tengo orden de mi coronel—respondí secamente.—Habéis estado ya otra vez esta misma mañana en el campo de Feversham.

—¡ Mentira !—rugió con fiereza.—No he hecho más que dar un paseo para gozar del ambiente.

—No lo neguéis—dijo Rubén ;—porque yo mismo os he visto regresar ; y ahora permitidnos ver qué papel es ése que asoma por debajo del jubón.

—De sobra conozco la causa por qué me tendéis esta celada—repuso Derrick con enconado acento.—Habéis hecho circular contra mí rumores calumniosos, para que no os sirva de obstáculo en vuestro proyecto de casaros con la nieta del alcalde. ¿Quién sois vos para atreveros á poner en ella los ojos? Un vagamundo sin amo ni familia que llega de no se sabe dónde. ¿Por qué habéis de aspirar á arrebatarnos la flor que se ha criado entre nosotros? ¿Qué tenéis vos que ver con ella ni con nuestra ciudad? Responedme.

—No es asunto ése que haya yo de discutir ad



porque para ello tendremos tiempo y lugar más oportuno—contestó Rubén tranquilamente.—Entregadnos vuestra espada y venid con nosotros. Por mi parte os prometo hacer lo que pueda para salvaros la vida. Si vencemos esta noche, vuestros pobres esfuerzos servirán de poco para hacernos daño. Si somos derrotados, tal vez no sobrevivamos muchos para perjudicaros á vos.

—Os agradezco una protección tan generosa—replicó con el mismo aire de frío encono mientras se desceñía la espada, y se acercaba lentamente á mi compañero.—Podéis tomarla para hacer un regalo á la señorita Ruth—añadió, presentando el arma en la mano izquierda, pero llevaos también «esto»—dijo rápidamente sacando un cuchillo del cinto y hundiéndolo en el costado de mi pobre amigo.

La acometida fué tan rápida é inesperada, que me faltó tiempo para evitarla ó prevenirla; y la víctima cayó en tierra exhalando entrecortados gemidos, mientras el cuchillo cayó en el camino á mis pies. El asesino lanzó un grito agudo de triunfo y retrocedió para evitar la estocada furiosa que le tiré, echando luego á correr por el campo con toda la velocidad que le permitían sus piernas. Era superior á mí en agilidad y estaba más ligeramente vestido; pero, por razón de mi estatura y ejercicio, había yo llegado á ser el mejor corredor de la comarca; y el ruido de mis pasos le hizo comprender que no tenía probabilidades de escapar de mi furor. Dos veces cambió rápidamente de dirección, como suelen hacerlo las liebres cuando los galgos les llegan á los alcances; y otras dos mi espada le pasó á corta distancia, porque, á decir verdad, no pensaba yo en perdonarle, más que si se tratara de una culebra venenosa que delante de mí hubiera clavado su diente en el pecho de mi amigo. Así, pues, ni me pasó por la imaginación usar con él de misericordia, ni él tampoco la pidió.

Al fin, sintiendo cerca de sí mis pasos y aliento, saltó desesperadamente por entre las junqueras precipitándose en el traidor pantano. Hundidos hasta el tobillo, hasta la rodilla, hasta la cintura, luchamos resbalando y vacilando á cada instante, y sacándole yo siempre ventaja; de modo que, poco después, le tuve al alcance de mi brazo y blandí mi espada para herirle. Pero estaba dispuesto, mis queridos niños, que el traidor no había de morir como un valiente sino como reptil que era; porque de pronto y cuando yo estaba á dos pasos de él se hundió en lo profundo produciendo un ruido estertoroso y cerrándose al punto sobre su cabeza la verde espuma del pantano. Aquello sucedió de una manera repentina y silenciosa, como si algún monstruo extraño de los marjales le hubiera asido y sepultado en lo profundo de la charca.

Todavía continuaba yo con la espada en alto y la vista fija en el sitio por donde había desaparecido el traidor, cuando salió á la superficie una enorme burbuja que reventó en el aire, quedando luego todo en silencio y ofreciendo la sombría superficie que tenía delante la imagen de la muerte y la desolación. No puedo decir si el desgraciado cayó verdaderamente en un hoyo profundo, ó si en su desesperación se arrojó al fondo de propósito. Lo único que sé es que en la gran ciénaga de Sedgemoor están sepultados los huesos de un traidor y de un espía.

Salí como pude del lodazal y regresé á toda prisa adonde había dejado á Rubén tendido en tierra. Inclinándome sobre él, hallé que el cuchillo había penetrado por la correa lateral que unía el peto al espaldar y que la sangre no sólo brotaba de la herida, sino que salía en burbujas por un ángulo de la boca. Con dedos temblorosos desaté las correas y desdí las hebillas, á fin de aflojar la armadura, apretando luego mi pañuelo contra su costado para detener la sangre.

—Confío en que no le habrás matado, Miguel—dijo abriendo repentinamente los ojos.

—Un poder más alto que el nuestro ha sellado su destino, Rubén—respondí.

—¡Pobre infeliz! Tenía muchos motivos para estar medio desesperado—murmuró y al punto cayó nuevamente en un desmayo. Mientras permanecía arrodillado junto á él, observando la palidez de su rostro y la dificultad de su respiración, pensé en la índole sencilla y bondadosa de mi pobre amigo y en el afecto que me profesaba sin merecerlo. Esta consideración, queridos míos, me conmovió de tal suerte que, sin vergüenza alguna lo digo, rompí á llorar como un niño á pesar de no ser hombre delicado ni sensiblero; y mis lágrimas se mezclaron con su sangre.

Mientras tales cosas ocurrían, Décimus Saxon había subido á la torre de la iglesia con ánimo de observar con el auxilio de sus anteojos cómo desempeñábamos nuestra misión. Como advirtiera que había sobrevenido alguna desgracia, buscó apresuradamente un cirujano experto, y nos le trajo con una escolta de guadañiles. Permanecía yo aún de rodillas junto á mi desmayado amigo, auxiliándole en la forma que mis escasos conocimientos me sugerían, cuando llegó el grupo con el coronel al frente y me ayudaron á transportar al herido á la casa preservándole de los rayos del sol. Los minutos me parecieron horas mientras el médico examinaba y sondeaba la herida con aire grave.

—El golpe no es mortal—dijo al fin, y al oírle me dieron ganas de abrazarle.—La hoja ha resbalado en una costilla, pero el pulmón está ligeramente herido. Es necesario que le traslademos á la ciudad.

—Ya oís lo que dice—repuso Saxon en tono bondadoso.—Como hombre de ciencia, su opinión es de peso... ¿qué dice á este propósito el poeta?

Mucho más vale un médico de maña
Que cincuenta soldados en campaña.

¡ Animo, hombre ! Estáis tan pálido que, al parecer, sois vos quien ha perdido la sangre y no vuestro amigo. ¿ Dónde está Derrick ?

— Ahogado en los pantanos — respondí.

— Perfectamente. Así nos ahorraremos siete pies de una buena cuerda de cáñamo. Pero aquí estamos en una posición peligrosa, porque la caballería real pudiera caer sobre nosotros. ¿ Qué niña es ésta que veo ahí tan pálida y silenciosa sentada en el rincón ?

— La guardiana de la casa. Su abuelita la ha dejado sola.

— Lo mejor es que te vengas con nosotros, pequeña. Pudiera ocurrir algo grave aquí, antes que haya concluído todo.

— No quiero ; tengo que aguardar á la abuelita — respondió con los ojos llenos de lágrimas.

— Es que nosotros te llevaremos con tu abuela — le dije. — No podemos dejarte aquí.

Le tendí entonces mis brazos y la niña se arrojó á ellos y se recostó sobre mi pecho, sollozando con pena inconsolable.

— ¡ Llévame ! — gimoteó. — Tengo mucho miedo.

Procuré tranquilizar de la mejor manera posible á la criatura y la puse sobre mi espalda. Los guadañiles habían preparado una especie de camilla con los mangos de sus dalles metidos por las mangas de las chaquetas y sobre ella fué colocado Rubén. El cirujano le administró un cordial que hizo aparecer en sus mejillas una ligera tinta de carmín, y el herido saludó entonces á Saxon con una inclinación y una sonrisa. De este modo, avanzando lentamente, regresamos á Bridgwater, donde Rubén fué conducido á nuestros cuarteles y la niña de los marjales puesta al cuidado de una familia de la ciudad, que prometió devolverla á su casa cuando hubieran terminado los disturbios.

XII

DEL COMBATE DE SEDGEMOOR

Por más urgentes y apremiantes que fueran nuestras necesidades y desgracias privadas, apenas teníamos tiempo para pensar en ellas, porque se acercaba el momento que había de decidir en lo futuro, no solamente nuestro destino sino el de la causa protestante de Inglaterra. Ninguno de nosotros miraba con desdén el peligro. Sólo un milagro podía librar-nos de la derrota, y la mayoría opinábamos que habían pasado las edades milagreras. Otros, sin embargo, pensaban de diferente modo, y creo que muchos de nuestros puritanos, si hubieran visto aquella noche los cielos abiertos y los ejércitos de los serafines y querubines que bajaban á prestarnos ayuda, lo hubieran considerado como el acontecimiento más ordinario y natural.

En toda la ciudad resonaban las arengas de innumerables predicadores. Cada escuadrón ó compañía había elegido su orador especial, y á veces más de uno para que les expusiera la justicia de su causa y la doctrina de la Biblia. Las pipas de cerveza, los carros, las ventanas y hasta los caballetes de las casas quedaron convertidos en púlpitos. La elocuencia de los oradores producía evidentemente sus frutos; porque la multitud prorrumpía á menudo en broncos y feroces rugidos mezclados con oraciones y jaculatorias. Los soldados se embriagaban con el fervor religioso mejor que pudieran hacerlo con el vino ó las bebidas alcohólicas; y sus semblantes aparecían congestionados; su lenguaje era duro y sus ademanes amenazadores. Sir Esteban y Saxon se miraban son-

riendo al observarlos, porque, á fuer de soldados veteranos, sabían que entre todos los medios que pueden contribuir á comunicar á un hombre valor y desprecio de la vida, el sentimiento religioso es el más fuerte y duradero.

Por la noche tuve tiempo de visitar al herido y le hallé cómodamente acostado respirando con alguna dificultad, pero tan animado y alegre como siempre. Nuestro prisionero, el comandante Ogilvy, que nos había cobrado gran afecto, estaba sentado junto á él leyéndole en voz alta un libro ameno.

—Esta pícara herida ha venido en malísima ocasión—dijo Rubén con impaciencia. ¿No es cosa insostenible que una pequeña punzada como ésta sea causa de que mi compañía entre en batalla sin su capitán, después de tantas marchas y de tan prolongado ejercicio? Se me ha invitado al banquete y en el momento de comenzar me veo obligado á retirarme de él.

—Tus soldados han sido reunidos á los de mi compañía — le respondí ; — aunque, á decir verdad, los pobres están consternados por la falta de su capitán. ¿Te ha visto el médico?

—Ahora mismo acaba de salir—dijo el comandante Ogilvy.—Dice que nuestro amigo mejora ; pero me ha advertido que no le deje hablar.

—¡ Chitón entonces, muchacho !—repuse poniéndome el índice en los labios.—Como te oiga articular una palabra me marchó al instante. Esta noche, comandante, os libraréis de una sorpresa desagradable. ¿Qué opináis de nuestras probabilidades de vencer?

—Que me parecen muy escasas—replicó sin ambages.—Monmouth viene á ser una especie de jugador arruinado que arroja su última guinea en la mesa. Es poco lo que puede ganar, y en cambio corre el peligro de perderlo todo.

—No estoy conforme—reliqué.—Si triunfamos,

tal vez se levante en armas todo el centro de Inglaterra.

—El país no está maduro para una revolución de tal índole—observó el comandante moviendo la cabeza.—Verdad es que no siente el menor entusiasmo á favor del papismo ni de un monarca católico ; pero no hay quien ignore que estamos tolerando un mal pasajero ; porque el llamado á suceder al rey actual es el protestante príncipe de Orange. ¿ Por qué, pues, habríamos de arriesgarnos en guerras civiles para conseguir lo que el tiempo y la paciencia han de darnos por sí mismos ? Fuera de eso, el caudillo que habéis elegido no merece confianza alguna. ¿ No prometió en su Manifiesto dejar á los Comunes la elección de monarca, y sin embargo, antes de transcurrir una semana, se proclamó á sí mismo, rey de Inglaterra en la plaza de Taunton ? ¿ Quién puede fiarse de un hombre tan infiel á su palabra ?

—¡ Traición, comandante, traición de primer orden !—repliqué riendo.—Sin embargo, si nos fuera dable encargar un caudillo como se encarga una chaqueta, quizá hubiéramos elegido uno de mejor temple. Estamos en armas, no precisamente por Monmouth, sino por las antiguas libertades y derechos de los ingleses. ¿ Habéis visto á sir Gervasio ?

El comandante Ogilvy y hasta Rubén se echaron á reir.

—Podéis hallarle en la habitación superior—respondió nuestro prisionero.—Jamás hubo entre los elegantes más refinados de la corte uno que se preparara para asistir á un baile de etiqueta con el esmero que sir Gervasio para entrar en batalla. Si las tropas del rey le hacen prisionero, seguramente han de confundirle con el duque. Aquí ha estado, no hace mucho, pidiéndonos parecer sobre sus lunares postizos, sus calcetines y no sé qué otras cosas más. Lo mejor es que subáis á verle.



—¡Caramba! Habéis llegado con la mayor oportunidad
—exclamó al verme entrar. (Pág. 210.)

SIG. 14.—CLARKE.—TOMO II

LÁMINA III



—¡ Adiós, entonces, Rubén!—dije estrechándole la mano.

—¡ Adiós, Miguel! ¡ Dios te saque con bien de la refriega!

—¿ Podría hablar con vos una palabra aparte, comandante?—murmuré en voz baja.—Me parece—continué cuando estuvimos en el pasillo,—que no podréis quejaros de la dureza con que os hemos tratado. ¿ Podría, pues, esperar de vos que cuidéis á mi amigo, si salimos derrotados esta noche? A no dudarlo, en el caso de que Feversham consiga prevalecer, habrá gran derramamiento de sangre. Los que están sanos pueden mirar por sí propios; pero el que está impedido necesita el apoyo de una mano amiga.

El comandante me estrechó la mano.

—Os juro ante Dios—dijo,—que no recibirá ningún daño.

—Me habéis quitado de encima un peso que me oprimía el corazón—respondí;—sabiendo ahora que le dejo en lugar seguro entraré en el combate con el ánimo tranquilo.

El soldado regresó sonriendo amistosamente al cuarto del enfermo, mientras yo subía la escalera y penetraba en el departamento de sir Gervasio Jerónimo.

Halléle de pie delante de una mesa, materialmente cubierta de botes, cepillos, cajas y una infinidad de menudencias, que había comprado ó pedido prestadas para la ocasión. Un gran espejo de mano aparecía fijo en el muro, con candelas á los dos lados. Frente á él, con expresión solemne y grave en el pálido y hermoso rostro, el baronete estaba componiéndose y recomponiéndose una corbata blanca. Sus botas de montar brillaban con el lustre que acababan de recibir y habían sido cuidadosamente compuestas. También se advertía la limpieza más esmerada en la vaina y cinto de la espada en el peto y en todas las prendas de vestir. Habíase puesto el traje más

vistoso y nuevo, adornando su cabeza con una magnífica peluca de toda etiqueta, que le llegaba hasta los hombros y blanqueaba como la nieve. No había la menor mancha en su persona desde el elegante sombrero de montar hasta las relucientes espuelas, formando extraña contraposición con el aspecto que yo ofrecía cubierto del lodo de Sedgemoor y con el vestido en desorden, á causa de haber cabalgado é ido de una parte á otra sin descansar en dos días.

—¡Caramba! Habéis llegado con la mayor oportunidad—exclamó al verme entrar.—Acabo de enviar por una botella de vino de Canarias. ¡Hola! Ya la tenemos aquí—añadió al ver entrar á una criada con la botella y los vasos.—Toma esa pieza de oro, querida, la última que me queda en el mundo, y la única superviviente de una excelente familia. Paga el vino á la patrona, chiquilla, y quédate con la vuelta, para que te compres algunas chucherías que lucir en el próximo domingo. Pero, ¡maldita corbata! no puedo conseguir quitarle las arrugas.

—Es igual—le repliqué.—¿Cómo podéis ocuparos en tales minucias cuando estamos á punto de dar la batalla?

—¿Minucias?—preguntó enojado.—¡Vaya unas minucias! Bien, basta; sería inútil discutir con vos. Vuestro ánimo bucólico será siempre incapaz de elevarse á comprender la sutil importancia que encierran asuntos de esta índole, y la tranquilidad que siente el espíritu al saber que todas las cosas están en su punto así como la inquietud que le acosa cuando hay algo desordenado. Indudablemente esto procede de la educación; y tal vez en la presente materia aventajo á muchos otros de mi clase. Me comparo á menudo al gato que se complace en lamerse todo el día, á fin de hacer desaparecer la menor mota de su piel. ¿No he tenido un tino especialísimo para colocarme el lunar sobre la ceja? ¡Bah! vos no sois competente para dar parecer. Tanto valdría consul-

tar al amigo Marot, el caballero de las pistolas. ¡ Llenad vuestro vaso !

—Vuestra compañía os está esperando junto á la iglesia—observé,—la he visto al pasar.

—Y ¿qué aspecto presentaba?—preguntó.—¿Estaban los mosqueteros bien limpios y empolvados?

—No tuve tiempo de fijarme en ello ; pero vi que estaban cortando las mechas y preparando el cebo de los mosquetes.

—Yo preferiría que tuvieran cierre de muelle—repuso rociándose con agua perfumada ;—los portamechas son pesados y molestos. ¿Habéis bebido bastante vino?

—No tomaré más—respondí.

—Entonces tal vez el comandante se encargue de apurar la botella. No es frecuente que yo necesite ayuda para una cantidad tan despreciable ; pero quiero conservar serena mi cabeza esta noche. Bajemos á ver á nuestra gente.

Cuando llegamos á la calle, eran las diez de la noche. El alborotado murmullo de los predicadores y el clamoreo del pueblo habían desaparecido, al volver los regimientos á sus puestos ; y las tropas permanecían ahora silenciosas y graves, pudiéndose distinguir sus apretadas filas á la débil luz de las lámparas y de las ventanas. De entre un montón de apretados cirros salió la luna derramando sobre la escena una luz fría y plateada, que desapareció poco después velada por nuevas nubes. Por la parte del Norte y en los últimos confines del horizonte aparecían trémulos rayos luminosos que se elevaban al cielo, con un movimiento de vaivén semejante al de gigantes y temblorosos dedos. Era una aurora boreal, espectáculo que rara vez se ve en los condados meridionales. Nada tiene, por tanto, de extraño que al presentarse en época tan crítica, los fanáticos vieran en aquel fenómeno un signo sobrenatural, comparándole á la columna de fuego que guió al pueblo de

Israel en su peligrosa peregrinación por el desierto. Las azoteas y ventanas estaban llenas de mujeres y niños, que prorrumpían en agudos gritos de terror ó asombro al avivarse ó palidecer aquella extraña luz.

—Son las diez y media por el reloj de Santa María—dijo Saxon, mientras cabalgábamos en busca del regimiento.—¿No tenemos nada que dar á los soldados?

—En el corral de aquella posada hay un tonel de sidra de Zoyland—contestó sir Gervasio.—Oye, Dawson, toma estos prendedores de oro y dáselos á mi posadero á cambio de la sidra. Abre el barril, y procura que cada soldado tome un vaso. Que me mate la peste, si van á ir á pelear no llevando más que agua en el estómago.

—Cuando van á echar de menos una bebida confortante, será antes de amanecer—dijo Saxon mientras pasaba corriendo una docena de piqueros en dirección á la posada;—porque el aire de los marjales tiene una humedad fría que penetra hasta los huesos.

—Pues yo comienzo á sentirla ya, y *Covenant* piafa con gana de hacer ejercicio—repuse.—¿No podríamos, en el caso de tener tiempo, caminar á trote largo hasta la línea?

—Seguramente—respondió Saxon en tono de satisfacción;—apruebo la idea.

Sacudimos, pues, las bridas y nos lanzamos al trote por las calles empedradas con pedernales que hacían saltar chispas de los cascos de nuestros caballos.

Detrás de la caballería y en una larga línea que se extendía desde la puerta de Eastover, pasando por el puente, á lo largo de la calle Alta hasta Cornhill y siguiendo luego por la iglesia hasta el lugar denominado Pig Cross, estaba nuestra infantería, silenciosa y austera, excepto cuando alguna voz de mujer salía de las ventanas y arrancaba á las filas al-

guna contestación breve y sorda. La vacilante luz se reflejaba en las hojas de las guadañas y en los cañones de los mosquetes, dejando ver las líneas de semblantes rudos y serios de los voluntarios, entre los que se contaban mozalbetes barbilampiños y hombres de avanzada edad con los cabellos entrecanos, todos animados del mismo valor y fiera resolución. Aquí se veían aún los pescadores de las regiones meridionales, los feroces mineros de los Mendips, los salvajes cazadores de Porlock Quay y Minehead, los ladrones de caza, venidos de Exmoor, los escuálidos marjaleses de Axbridge, los montañeses de los Quantocks, los tejedores de jerga y lana de Devonshire, los ganaderos de Bampton, los chaquetas rojas de la milicia, los graves ciudadanos de Taunton, y por último, como elemento más brioso y resistente de todo aquel ejército, los valientes campesinos de los llanos, con sus luengas blusas, y los brazos morenos y nervudos remangados, conforme á la costumbre que tenían de prepararse para el trabajo.

Hace cincuenta años, mis queridos niños, desde que transcurrieron los acontecimientos que os estoy relatando; y ese espacio de tiempo no es á los ojos de mi memoria más que una especie de neblina matinal, pues me parece que estoy cabalgando una vez más por las tortuosas calles de Bridgwater entre las apretadas filas de mis bizarros compañeros. ¡Qué hombres tan valerosos! Ellos supieron demostrar cuán escaso tiempo necesita el inglés para convertirse en soldado, y cuán indomable es el espíritu de los que habitan en las pacíficas aldeas, esparcidas en las soleadas vertientes del condado de Somerset y en las hondonadas de Devon. Si alguna vez Inglaterra cayera rendida en lucha con otra nación, y se viera abandonada de los que en lugar de defender su independencia, la dejaran á merced del enemigo, debería animarse, recordando que cada aldea del reino

es un cuartel, y que su verdadero ejército permanente está en el valor intrépido y sencilla virtud que se alberga en los humildes pechos de sus campesinos.

Mientras recorríamos la línea, salía de las filas un rumor de bienvenida y saludo, dirigido á la estirada y tétrica figura de Saxon. Estaban á punto de dar las once, cuando regresábamos á nuestro regimiento, y en aquel mismo instante el rey Monmouth salía á caballo de la posada, acompañado de su Estado Mayor que le seguía por la calle Alta. Habíase prohibido todo género de aclamaciones; pero las gorras levantadas en alto y el blandir de las armas manifestaban el entusiasmo de sus partidarios. No sonó trompeta alguna ordenando que se rompiera la marcha, sino que cada voluntario recibió el santo y seña empezando al mismo tiempo su movimiento. El aeom-pasado andar de centenares de hombres resonó acercándose cada vez más, hasta que le tocó el turno á la columna de los habitantes de Frome, situados frente á nosotros, y entonces emprendimos, mezclados con ellos, aquel viaje del que muchos no habían de regresar.

La ruta que seguíamos pasaba por el Parret y Eastover, y continuaba luego por el lugar, donde Derrick había quedado sepultado bajo las pantanosas aguas cerca de la casita solitaria donde encontramos á la niña. Un poco más allá, el camino se convierte en un sencillo sendero que recorre la llanura. Sobre la región pantanosa se alzaba una densa niebla que formaba espesos pelotones en las concavidades y ocultaba no sólo la ciudad de donde habíamos partido, sino las aldeas á que nos acercábamos. De cuando en cuando se despejaba el ambiente por breves instantes; y entonces podíamos ver á la luz de la luna la prolongada y ondulante línea negra del ejército, salpicada de reflejos de azul y manchas blancas de las toscas banderas que ondeaban al sople de la brisa

nocturna. Allá lejos, por la parte de la derecha, ardía una gran hoguera, que tal vez fuera una casa de labor, saqueada é incendiada por los bárbaros soldados de Tangiers.

Caminábamos lentamente y con gran cuidado, porque, conforme nos había advertido sir Esteban Timewell, la llanura estaba cortada por grandes zanjas, llamadas en el país *rines*, sólo vadeables en ciertos puntos. Estas zanjas habían sido abiertas á fin de sanear el terreno de los marjales; y era tal su profundidad, que ni los caballos podían atravesarlas. La escasa anchura de los puentes era causa de que se tardara algún tiempo en pasarlos. Al fin, efectuamos la travesía de las dos principales, la Zanja Negra y la de Langmoor, sonando entonces la voz de alto para formar en línea, porque teníamos motivos para creer que no existía fuerza alguna entre el campamento real y nosotros. Hasta aquí todo había salido admirablemente, y estábamos ya á media milla del campamento sin que hubiera ocurrido contratiempo ni desgracia alguna, y sin que los centinelas del enemigo ni sus avanzadas dieran la menor señal de su presencia. Evidentemente las tropas de Jacobo nos miraban con tal desprecio, que ni siquiera les había pasado por las mientes la idea de que pudiéramos atacarlas. Si alguna vez hubo general que mereciera ser penado por su negligencia y descuido, Feversham debía figurar en primera línea. Al romper la marcha por el páramo, el reloj de Chedzoy dió la una.

—¿Verdad que esto es magnífico?—murmuró en voz baja sir Gervasio mientras hacíamos alto del otro lado de la zanja de Langmoor.—¿Hay algo en el mundo que pueda compararse al interés y excitación de este espectáculo?

—Cualquiera diría oyéndoos hablar así que vamos á presenciar una lucha de gallos ó de perros—le respondí con alguna dureza.—La ocasión es so-

lemne y triste, como pocas. Gane quien gane, esta noche correrá en abundancia la sangre inglesa.

—Los que sobrevivan quedarán más á gusto—repuso con ligereza.—Ved allá lejos, entre la niebla, el resplandor de las hogueras en el campo enemigo. ¿Cuál era la recomendación de vuestro amigo el marino? «Ponte á barlovento y al abordaje», ¿verdad? ¿Se lo habéis dicho al coronel?

—¡Ea! ahora no estamos para pullas ni bromas—repliqué en tono serio;—lo probable es que pocos de nosotros veamos mañana la salida del sol.

—No tengo gran curiosidad por presenciar suceso tan ordinario—observó, riendo.—Al fin y al cabo, el sol saldrá poco más ó menos como ayer. ¡Voto á tal! Nunca me he levantado en mi vida para ver eso, aunque me ha gustado ver centenares de soles antes de acostarme.

—Le he dicho á mi amigo Rubén cuatro palabras sobre lo que debería hacer en el caso de que yo sucumba en la pelea; y me ha servido de gran alivio saber que no faltará quien dé mis recuerdos á todos los conocidos. ¿No podría yo prestaros un servicio análogo?

—¡Hum!—me contestó.—Si caigo en la refriega, podéis decirle á Araminta... pero no, mejor será dejar en paz á la pobre muchacha. ¿Por qué enviarle mensajes tristes y fastidiosos? Si por ventura fuerais á Londres, Tomasito Chichester se alegraría de oiros contar las peripecias que nos ocurrieron en Somerset. Podréis encontrarle todos los días de la semana en el café de «Coca Tree», entre dos y cuatro de la tarde. Allí está también la abuela Butterworth, á quien os recomendaría con gusto. Fué la reina de las nodrizas; mas por desgracia el tiempo cruel ha dado al traste con su negocio y ahora la pobre necesita que la alimenten á ella.

—Si salgo con vida de la pelea, y vos sucumbís,

haré por ella lo que pueda—le respondí.—¿Tenéis algo más que encargarme?

—Únicamente que el mejor sastre donde podéis vestiros es Hacker el de Paul's Yard—repuso.—Es un informe de menor cuantía, pero que no deja de tener su valor. Ahora otra cosa. He dejado allá una ó dos joyas que podrían servir de regalo para la linda puritana, si nuestro amigo se resuelve á llevarla al altar... ¡Caramba con la muchacha! ¡No son poco estrafalarios los libros que ha de hacerle leer!... ¿Qué pasa, coronel? ¿Por qué nos hemos detenido en el páramo como una bandada de golondrinas en el alero de un tejado?

—Están formando en línea de batalla—dijo Saxon que había llegado en aquel momento.—¡Rayos y truenos! ¿Quién vió jamás un ejército tan mal acampado? ¡Quién me diera tener aquí por espacio de una sola hora mil quinientos jinetes de la caballería húngara de Wessenburg! Seguramente había de dejarles el campo como una extensión de trigo después de un pedrisco.

—¿No podría avanzar nuestra caballería?—pregunté.

El viejo soldado hizo una mueca de desdén.

—Si hemos de ganar esta batalla, será con la infantería—añadió.—¿Acaso puede esperarse cosa alguna de una caballería como la que traemos? Procurad mantener el orden en vuestra gente, porque tal vez tengamos que rechazar la carga de los dragones del rey. Corremos el peligro de ser atacados de flanco, porque estamos en el puesto más comprometido.

—Me parece que hay algunas tropas á nuestra derecha—observé escudriñando el horizonte á través de la obscuridad.

—Así es; tenemos á los ciudadanos de Taunton y á los campesinos de Frome. Nuestra brigada cubre el flanco derecho. Cerca de nosotros están los mi-

neros de Mendip, que por cierto son excelentes camaradas, con tal que su impetuosidad no los arrastre á cometer imprudencias. En este momento caminan con el lodo hasta las rodillas.

—No por eso dejarán de pelear con gran brío—observé;—pero seguramente nuestras tropas siguen avanzando.

—¡ Sí, sí!—exclamó Saxon con gran entusiasmo, desenvainando la espada y atando su pañuelo alrededor de la empuñadura para sujetarla mejor.—¡ Ha llegado la hora! ¡ Adelante!

Con el mayor silencio y lentitud continuamos la marcha por entre la densa niebla resbalando y chapoteando por el suelo húmedo. A pesar del cuidado que poníamos, no era posible evitar que el avance de un número tan considerable de hombres no produjera un sordo rumor procedente de los millares de pisadas. Enfrente de nosotros se veían manchas de luz rojiza que oscilaba entre la niebla, señalando los diversos puntos en que las tropas de Jacobo tenían apostados los centinelas. Inmediatamente, nuestra caballería avanzó de frente, en una densa columna. Súbitamente salió de la obscuridad una voz que daba el «quién vive» seguido de la descarga de una carabina y el galopar de un caballo. A lo lejos y á lo largo de la línea oímos después una serie de disparos. Nuestras fuerzas habían llegado á las avanzadas enemigas. Al percibirse aquellas señales de alarma, los escuadrones de lord Grey cargaron lanzando atronadores hurras, y nosotros los seguimos con la infantería corriendo á toda prisa. Ya habíamos atravesado doscientas ó trescientas yardas, pudiendo oír de cerca el toque de las trompetas reales, cuando nuestros jinetes hicieron alto de pronto, quedando suspendido el avance.

—¡ Santa María!—exclamó Saxon corriendo precipitadamente á vanguardia para averiguar la causa de aquella detención.—Es necesario avanzar á toda

costa. Este alto hará fracasar enteramente la encamisada.

—¡ Adelante, adelante!—exclamamos sir Gervasio y yo blandiendo nuestras espadas.

—Es inútil, señores—rugió un alférez de caballería retorciéndose las manos de rabia;—estamos perdidos, nos han hecho traición. Hay una enorme zanja frente á nosotros de veinte pies de anchura, llena de agua é imposible de atravesar.

—¡ Dejad sitio á mi caballo y yo os mostraré la manera de pasar al otro lado!—gritó el baronete, picando espuelas á su montura.—¡ A ver, muchachos! ¿Quién se atreve á saltar conmigo?

—Deteneos, señor, deteneos, por los clavos de Cristo—dijo un soldado echando mano á la brida del caballo de sir Gervasio.—El sargento Sexton ha saltado hace un instante y jinete y montura se los ha tragado el abismo.

—Veámoslo—dijo Saxon abriéndose paso por entre los soldados.—Seguímosle nosotros de cerca, hasta llegar á los bordes del gran pantano que impedía nuestro avance.

Hoy es el día en que no he podido poner en claro si fué la casualidad ó la traición de nuestros guías la que nos llevó al pie de este terrible foso. Hay quienes aseguran que la zanja de Bussex, como se le denomina, no era ancha ni profunda, por lo que los marjaleses no la tuvieron en cuenta; pero que con las recientes y constantes lluvias había crecido, alcanzando una extensión hasta entonces desconocida. Otros creen que los guías se desorientaron con la niebla y equivocaron el camino; de suerte que, si hubieran tomado otro rumbo, habríamos podido llegar al campo enemigo sin cruzar aquel foso. Sea de ello lo que quiera, el hecho es, que nosotros quedamos detenidos ante aquella enorme balsa de agua ancha y negruzca, que tenía veinte pies de una margen á otra y mostraba en el centro la gorra del

infeliz sargento á manera de mudo aviso y amenaza dirigidos á los que intentaran vadearla.

—Por fuerza tiene que haber algún paso—exclamó Saxon furioso.—Cada momento que pasa el enemigo centuplica sus probabilidades de vencer. ¿Dónde está milord Grey? ¿Ha recibido ya el guía el castigo que merece?

—El comandante Hollis lo ha arrojado de cabeza en la zanja—respondió el joven alférez.—Milord Grey está recorriendo á caballo la ribera en busca de un vado.

Tomé una pica de uno de los soldados y sondeé con ella el depósito de agua pantanosa, después de haber entrado en la zanja hasta la cintura, mientras sujetaba con la mano izquierda la brida de *Covenant*; pero no logré hallar fondo ni señal alguna de que pudiera hallarse terreno firme dentro del foso.

—Oye, amigo—dijo Saxon tomando del brazo á un soldado de caballería.—¡Vuela á retaguardia! Trae al momento un par de carros de municiones, y veremos si es posible improvisar un puente para salvar esta barrera infernal.

—Si pudiéramos llegar á la otra parte unos cuantos—observó sir Gervasio mientras el jinete galopaba en cumplimiento de las órdenes recibidas,—nos sostendríamos allí hasta que recibiéramos ayuda.

Un sordo y feroz murmullo que sonó á lo largo de la línea del ejército rebelde demostró que el avance general se había estrellado contra el mismo obstáculo. Al otro lado del foso redoblaban los tambores, rasgaban el aire las trompetas y resonaban imperiosas voces de los oficiales ordenando las tropas para la pelea. Las luces que comenzaron á brillar en Chedzoy, Westonzoyland y en otros caseríos situados á derecha é izquierda de los anteriores, indicaban la rapidez con que se extendía la alarma. Décimus Saxon recorría de un lado á otro el borde

de la laguna, profiriendo juramentos en diversas lenguas, rechinando los dientes y levantándose, de cuando en cuando, sobre los estribos para amenazar con la mano levantada al enemigo.

—¿Quién vive?—preguntó una voz ronca entre la niebla.

—Tropas del rey—respondieron los campesinos.

—¿De qué rey?—interrogó nuevamente la voz.

—Del rey Monmouth.

—¡Fuego, muchachos!—y al instante siguiente, una nube de balas pasó silbando por nuestros oídos. La vista de los fognazos aterró á los caballos, que se lanzaron á todo correr por la llanura, á pesar de los esfuerzos que los jinetes hacían por detenerlos. No falta quien dice que tales esfuerzos fueron poco enérgicos y que desalentados los soldados de caballería por el fracaso sufrido en el foso, no tuvieron el menor reparo en volver grupas ante el enemigo. Por lo que se refiere á milord Grey, puedo asegurar con toda verdad que le divisé entre los escuadrones fugitivos, luchando con todas sus fuerzas por obligarlos á detenerse. Pero los escuadrones siguieron su desenfrenada carrera rompiendo por entre las filas de la infantería, y dejando á sus compañeros llevar el peso de la batalla.

—¡A tierra, voluntarios!—ordenó Saxon con voz potente que resonó dominando el estruendo de la mosquetería y los lamentos de los heridos. Los piqueros y guadañiles se echaron boca abajo obedeciendo al coronel, mientras los mosqueteros, arrodillados frente á ellos cargaban y descargaban, sin tener otro blanco que las mechas encendidas de los tiradores enemigos, las cuales aparecían como puntos luminosos de brillo variable en medio de las tinieblas. Todo á lo largo de ambas líneas, á derecha é izquierda, se había roto el fuego, que los soldados hacían en rápidas y breves descargas cerradas, y los campesinos en un confuso y continuado tiroteo. En

el ala más remota habían comenzado á funcionar nuestros cuatro cañones, llegando hasta nosotros el bronco estruendo de sus estampidos.

—¡Cantad, hermanos, cantad!—gritó nuestro animoso capellán, maese Josué Pettigrue, recorriendo las filas de los combatientes postrados en tierra. —¡Imploramos la ayuda del Señor en este día de prueba!

Los voluntarios entonaron en voz alta y fervorosa un himno, formándose luego un gran coro al acompañarlos los habitantes de Taunton que estaban á nuestra derecha y los mineros de Mendip, situados á nuestra izquierda. Cuando lo oyeron los soldados del campo contrario, prorrumpieron en atronadores hurras, llenándose el aire de ensordecedor clamoreo.

Nuestros mosqueteros estaban en los bordes mismos del Rhin de Bussex; y las tropas reales habían avanzado también cuanto les fué posible; de suerte que entre ambas líneas no había más que la distancia de cinco picas. Con todo, aquel breve espacio era impracticable, no sólo por el mortífero fuego de los combatientes, sino por los obstáculos naturales. Tan cerca llegamos á estar unos de otros, que los tacos encendidos de los mosquetes de nuestros adversarios pasaban por encima de nuestras cabezas á manera de copos de fuego y sentíamos en la cara el caluroso y rápido vaho de sus descargas. Sin embargo, á pesar de que zumbaba en el aire un espeso enjambre de balas, la puntería de los soldados era demasiado alta, dada la circunstancia de estar de rodillas nuestros voluntarios, por lo que pocos de éstos fueron heridos. Por nuestra parte, hicimos lo posible por mantener bajos los cañones de nuestros mosqueteros, obligándoles á inclinar las armas. Saxon, sir Gervasio y yo íbamos y veníamos á caballo de un extremo á otro de la línea de fuego, corrigiendo la puntería con nuestras espadas y recomen-

dando á los tiradores que apuntaran con calma y pulso firme. Los gemidos y lamentos del bando enemigo probaban que al menos algunos de nuestros disparos no se habían hecho al aire.

—Aquí nos sostenemos bien—dije á Saxon.—Me parece que afloja el fuego enemigo.

—Su caballería es la que me da que temer—respondió.—Pueden evitar la zanja, puesto que están en las aldeas situadas á nuestro flanco y en cualquier momento los tendremos encima.

—¡Hola, buen amigo!—gritó sir Gervasio deteniendo su montura al pie mismo del foso y quitándose la gorra para saludar á un oficial montado que estaba á la parte opuesta.—¿Podéis decirme si nos cabe la honra de pelear con la guardia de á pie?

—Somos el regimiento de Dumbarton, caballero—respondió el interrogado.—Os dejaremos buen recuerdo de nuestra entrevista.

—No tardaremos en pasar al otro lado para estrechar relaciones—replicó sir Gervasio, y en el mismo momento caballo y jinete cayeron rodando á la ciénaga, entre un murmullo de risas, que el suceso despertó entre los soldados del rey. Inmediatamente, media docena de nuestros mosqueteros se precipitaron en el foso, hundiéndose en el cieno hasta la cintura, y sacaron del peligro á nuestro amigo; pero el caballo que había recibido un balazo en el corazón se sumergió sin hacer el menor movimiento.

—No hay novedad—exclamó el baronete poniéndose de pie.—Prefiero pelear de este modo al lado de mis valientes.

Los voluntarios prorrumpieron en vítores y aclamaciones al oírle, y por ambas partes arreció el fuego con redoblado encono. Tanto para mí como para muchos otros fué objeto de admiración el comportamiento de aquellos bizarros labriegos que se batían, con las bocas llenas de postas, cargando, cebando y disparando con la misma seguridad que si lo

hubieran estado practicando toda su vida, y sosteniéndose contra un regimiento de veteranos, que en campañas anteriores había dado pruebas de no ceder la primacía á ningún otro del ejército inglés.

La grisácea luz de la mañana se extendía furtiva y callada sobre el páramo, y la batalla continuaba indecisa. La niebla flotaba sobre nosotros en blancuecinos pelotones y el humo de la pólvora formaba entre ambas líneas una nube sombría, á través de la cual los chaquetas rojas de la parte opuesta ofrecían, con sus prolongadas líneas, el aspecto de un batallón de gigantes. Dolíanme los ojos y sentía en los labios una picazón producida por los gases de la pólvora. Junto á mí caían voluntarios cada vez en mayor número porque, al aumentar la claridad, los soldados habían rectificado la puntería. Nuestro buen capellán fué alcanzado por una bala cuando llegaba á la mitad de un salmo, y lanzando un fervoroso grito de alabanza y acción de gracias, pasó á unirse con aquellos de sus feligreses que yacían muertos en el campo á su alrededor. También habían caído Guillermon Re-Hope y el hostelero Milson, suboficiales de los más valientes que contaba la compañía; el uno muerto, y el otro gravemente herido, pero con fuerzas todavía para seguir manejando la baqueta y escupir postas en el cañón de su escopeta. Los dos Stukeley de Somerton, hermanos gemelos y mozos de grandes esperanzas, yacían inmóviles, con los pálidos rostros vueltos al grisáceo cielo y unidos en la muerte como lo habían estado en su nacimiento. En todas partes, los supervivientes se encontraban rodeados de cadáveres; pero ninguno cejó en su puesto, y Saxon permanecía aún en su caballo animándoles con palabras de esperanza y elogio, apareciendo á los ojos de los sencillos patanes, con su rostro severo y anguloso y su enjuto y brioso continente, como sugestiva imagen que les infundía indomable aliento. Los que entre mis gua-

dañiles sabían manejar un mosquete fueron colocados en la línea de fuego y provistos de las armas y municiones abandonadas por los muertos.

Al paso que iba aclarando, pude observar por entre las franjas de humo y niebla el progreso incesante de la pelea por ambas partes. A mi derecha el terreno aparecía cubierto de las parduscas manchas que proyectaban en la verdosa planicie los voluntarios de Taunton y Frome, tendidos á la larga para librarse de los proyectiles. A lo largo de los bordes del Bussex, una espesa zona de nuestros mosqueteros cambiaba mortíferas descargas cerradas, casi á boca de cañón, con el ala izquierda del mismo regimiento que luchaba contra nosotros, y que estaba apoyado por un segundo regimiento de uniforme galoneado de blanco, perteneciente, á mi entender, á la milicia de Wiltshire. En ambas riberas de la negra ciénaga se extendía una ancha zona de cadáveres, de tono oscuro en una de las partes, y de vivo escarlata en la otra, las cuales servían de parapeto á los combatientes, que se ocultaban detrás de ellas y apoyaban los cañones de los mosquetes en los cuerpos exánimes de las víctimas. Entre las mimbreras de nuestro flanco izquierdo se habían refugiado quinientos mineros de Mendip y Bagworthy, los cuales cantaban á todo pulmón; estos voluntarios carecían de armas de tal suerte, que apenas había una escopeta por cada diez hombres, para contestar al fuego que se les hacía. Erales imposible avanzar, y tampoco querían retirarse, por lo que se guarecían entre los arbustos del mejor modo posible y aguardaban resignados á que sus jefes resolvieran lo conveniente. Más allá, en el espacio de media milla, poco más ó menos, se extendía la prolongada nube de humo, iluminada de cuando en cuando por vivas llamaradas, indicadoras de que todos nuestros batallones regimientos peleaban valerosamente. A la iz-

quierda había cesado el fuego de nuestros cañones. Los artilleros holandeses habían dejado á los isleños componer entre sí sus diferencias y escapaban á toda prisa á refugiarse en Bridgwater dejando sus silenciosas piezas en poder de la caballería real.

En tal punto estaba la batalla, cuando se alzó el grito de: «¡El rey, el rey!», y Monmouth pasó á caballo recorriendo nuestras filas, con la cabeza descubierta y el semblante azorado, entre una escolta formada por Buyse, Wade y otros doce jinetes. Detuviéronse á corta distancia y Saxon les salió al encuentro, saludando con la espada levantada. No pude menos de advertir la contraposición notable que formaba el veterano de tranquilo y sereno rostro, á la vez vigilante y atento, y el continente descompuesto del hombre á quien nos veíamos forzados á considerar como jefe.

—¿Qué opináis, coronel Saxon?—preguntó con gran agitación.—¿Cómo va la batalla? ¿No ocurre aquí ninguna novedad? ¡Qué error! ¡Oh, qué error! ¿Seremos rechazados, eh? ¿Qué decís vos?

—Señor, aquí nos defendemos bien—respondió Saxon;—á mi juicio, si pudiéramos improvisar algo parecido á las empalizadas ó estacadas, que usan los suecos, podríamos resistir el ataque de la caballería.

—¡Ah, la caballería!—exclamó el infeliz Monmouth.—Si salimos de ésta, milord Grey responderá del fracaso de nuestros jinetes. Huyeron como un rebaño de tímidas ovejas. ¿Qué general puede hacer nada de provecho con tales tropas? ¡Oh, día funesto, día desgraciado! ¿No avanzaremos?

—No hay razón para avanzar, señor, después del fracaso de la encamisada—dijo Saxon.—Había mandado traer algunos carros para tender un puente sobre el foso, conforme al plan que se recomienda en el tratado, *De vallis et fossis*; pero al presente, de nada servirían. No podemos hacer otra cosa que pelear como estamos.

—Enviar tropas á la otra parte sería sacrificarlas —dijo Wade.—Nuestras bajas, coronel Saxon, son considerables; pero, á juzgar por lo que veo en la ribera opuesta, hemos dado buena cuenta de los chaquetas rojas.

—¡Manteneos firmes! ¡Por amor de Dios, manteneos firmes!—exclamó Monmouth con aire desolado.—La caballería nos ha abandonado, y la artillería ha seguido su ejemplo. ¡Oh! ¿Qué puedo yo hacer con semejantes hombres? ¿Qué voy á hacer? ¡Desdichado de mí!

Picó espuelas á su caballo y partió á galope, siguiendo la dirección de la línea, con las mismas demostraciones de amargo desaliento. ¡Oh, queridos niños! ¡Qué cosa tan despreciable y vil es la muerte cuando se la compara con la deshonra! Si este hombre hubiera sabido soportar en silencio los rigores de su destino, como lo hacía el último soldado de á pie, que militaba bajo sus banderas, ¡con qué orgullo y satisfacción os hubiera yo hablado de nuestro caudillo de sangre real! Pero, dejémosle en paz. A la hora presente han quedado acalladas ya por muchos y largos años las agitaciones, temerosas inquietudes y emociones pasajeras que conmovían el espíritu de aquel hombre, como el hálito de la brisa conmueve y riza la superficie de las aguas. Acordémonos únicamente de la bondad de su corazón y demos al olvido las debilidades de su espíritu.

Mientras la escolta le seguía, el corpulento guerrero alemán se destacó del grupo y volvió á donde estábamos nosotros.

—Estoy cansado de trotar de un lado á otro como maniquí de feria—dijo;—quedándome aquí, tendré probabilidades de participar de la pelea... ¡Quietos, pues, mi querido *Bucéfalo*! Una bala le ha causado una rozadura en la cola; pero un soldado veterano como él, no ha de pararse en minucias... ¡Hola, amigo! ¿Dónde está vuestro caballo?

—En el fondo de la ciénaga—dijo sir Gervasio mientras con la hoja de la espada se rallaba el lodo que le cubría el vestido.—Ahora son las dos y media—continuó—y hace una hora ó más que andamos enredados en este juego... y eso que tenemos en frente un regimiento de línea. ¡Bah! esto no es lo que yo me había figurado.

—Pronto vais á quedar contento—repuso el alemán brillándole los ojos de satisfacción.—*Mein Gott!* (¡ Santo Dios!) ¡Qué soberbio! ¡Mira, amigo Saxon, mira!

Había verdaderamente motivo para que el soldado hiciera aquellas demostraciones de admiración. A través de la neblina espesa que teníamos á nuestra derecha, se veían brillar aquí y allá numerosos destellos de luz plateada, mientras llegaba á nuestros oídos un ruido sordo y atronador, semejante al producido por el oleaje al estrellarse contra las rocas de un acantilado. Los movedizos reflejos del acero se hicieron más visibles, mientras crecía el estrépito causado por el galopar de los jinetes, cuando de pronto se rasgó la niebla y aparecieron las prolongadas líneas de la caballería real, avanzando en sucesivas oleadas, teñidas de escarlata, azul y oro, ofreciendo un espectáculo superior á lo que puede soñar la fantasía. En aquel movimiento ordenado y compacto de un cuerpo tan considerable de jinetes había algo que infundía el sentimiento de un poder irresistible.

Fila tras fila y escuadrón tras escuadrón se acercaban á nosotros, con las banderas ondeando al viento entre penachos de crines y reflejos de acero, constituyendo por sí solos un ejército cuyos flancos se perdían entre la neblina. Mientras galopaban con espantoso estruendo, rodilla con rodilla y brida con brida, salía de entre ellos tal tempestad de juramentos, mezclados con el chocar de los arneses, el retiñir del acero y el acompasado patullar de milla-

res de cascos, que sólo el que haya tenido que hacer frente á tan arrollador torbellino con una pica de siete pies en la mano, es capaz de comprender el terrible trance de mantenerse á pie firme en la posición ocupada.

Pero con ser tan maravilloso el espectáculo, teníamos, queridos niños, como podéis suponer, poco tiempo para contemplarlo. Saxon y el alemán se metieron entre los piqueros é hicieron cuanto cabe en potencia humana para ordenar sus filas en un bloque nutrido. Sir Gervasio y yo ejecutamos una operación análoga con los guadañiles que habían sido instruídos sobre la manera de formar un triple frente á la usanza alemana colocándose la primera fila, rodilla en tierra, la segunda con el cuerpo doblado hacia adelante y la tercera de pie, haciendo avanzar las armas á igual distancia. Junto á nosotros, los voluntarios de Taunton habían formado un pelotón circular de aspecto sombrío, rodeado por una zona de acero, en cuyo centro podíamos ver y oír á su venerable alcalde, con la lengua y blanca barba flotando al soplo de la brisa y haciendo resonar en todo el campamento el eco estridente de su voz. El rumor de terremoto que engendraba la caballería enemiga se hizo cada vez más intenso y aterrador.

—¡ Firmes, valientes!—gritó Saxon con voz vibrante.—¡ Clavad en tierra el regatón de la pica y apoyad sobre él el pie derecho! ¡ No cedáis una pulgada! ¡ Firmes!

Una gritería ensordecedora salió de ambas partes, y la viviente oleada se estrelló contra nuestras primeras filas.

No es posible, mis queridos niños, describiros la escena que siguió con los chasquidos de las astas rotas, los agudos y entrecortados lamentos de los heridos, el resoplar de los caballos y el chirriar de las espadas contra los hierros de las picas y las ho-

jas de las guadañas. ¿Quién es capaz de reproducir con toda la viveza de colorido un cuadro, de que sólo conserva una vaga y confusa impresión? El que ha figurado en el hecho como actor no alcanza á tener idea tan clara del conjunto, como podría formársela un espectador que contemplara el espectáculo desde un elevado observatorio; pero conservo profundamente grabados en mi alma los incidentes que me tocó presenciar.

Mis recuerdos se limitan á un torbellino de humo por el que asomaban cascos de acero y rostros anhelantes y feroces, junto con la imagen de las enrojecidas narices de los caballos y sus patas delanteras levantadas en alto al retroceder frente al muro de acero. Vi entonces á un mozalbete barbilampíño, oficial de dragones, arrastrándose á gatas debajo de las guadañas y escuché su alarido de mortal angustia, cuando uno de los campesinos le traspasó de parte á parte dejándole clavado en tierra. Veo á un soldado barbudo, de semblante achatado, que montaba un caballo gris, llegar hasta el mismo muro formado por las hojas de las guadañas y buscar con ansia algún resquicio por donde penetrar, gritando al mismo tiempo con rabia frenética. En semejante ocasión y circunstancias, esos menudos incidentes de la lucha se imprimen en el ánimo de una manera imborrable, con todos sus pormenores; y así, me ocurre recordar ahora la blanca dentadura y rojas encías del jinete. Al mismo tiempo descubrí á un soldado de pálido rostro y labios finos que, echándose hacia adelante, sobre el cuello de su montura, enfilaba contra mí la punta de su espada, lanzando al mismo tiempo un torrente de maldiciones como las que suelen tener en la boca hombres de tal calaña. Todas estas imágenes surgen en mi ánimo, al pensar en aquella feroz refriega, durante la cual descargué tajos, mandobles y estocadas á hombres y caballos sin hacer caso de quites ni de guardias.

En torno mío se alzaba una babel espantosa de voces y gritos, piadosas jaculatorias de los campesinos y horribles blasfemias de los soldados, campeando sobre todo aquel fragor la voz de Saxon mandando á sus piqueros mantenerse firmes. Luego retrocedió el turbión de jinetes, abriendo un ancho círculo en la llanura, y el vocerío triunfal de mis camaradas junto con la lista de una caja de rapé que aparecía abierta frente á mí, proclamó que habíamos sabido hacer volver grupas á escuadrones tan aguerridos y esforzados como jamás siguieron el redoble de los timbales.

Pero aunque nosotros pudiéramos cantar victoria, el ejército en general no podía decir otro tanto. Unicamente la flor y nata de nuestras tropas pudo resistir y rechazar el empuje arrollador de caballos y jinetes vestidos de coraza. Los labriegos de Frome habían desaparecido, barridos enteramente por el enemigo. Muchos se habían hundido en la fatal ciénaga que detuvo nuestro avance. Otros yacían acuchillados en tierra en revuelto montón. Algunos, muy contados, se habían incorporado á nuestras filas, librándose así de correr la suerte de sus compañeros. A cierta distancia se veía aún á los tauntoneses conservando su posición, pero muy disminuidos en número.

Una prolongada lomera de caballos y jinetes, tendida frente á ellos, demostraba cuán violenta había sido la embestida y cuán indomable la resistencia. A nuestra izquierda los mineros habían sido dispersados á la primera carga, pero se defendieron tan ferozmente metiéndose debajo de los caballos y acuchillándolos, que al fin los dragones se retiraron. Los milicianos de Devonshire sufrieron la misma suerte que los voluntarios de Frome después de haber perdido su formación. Durante el curso entero de la lucha, la infantería enemiga, instalada en la margen opuesta del Rhin de Bussex, sostenía un ti-

roteo nutrido, al que nuestros mosqueteros, teniendo que defenderse contra la caballería, no pudieron contestar.

No se necesitaba gran experiencia militar para comprender que la batalla estaba perdida y juntamente la causa de Monmouth. A la sazón había amanecido enteramente, si bien el sol permanecía debajo del horizonte. Habíamos perdido la caballería y la artillería; nuestra línea estaba rota en muchos puntos, y algunos de nuestros regimientos habían sido destruidos. En el flanco derecho, la Guardia Azul de á caballo, la caballería de Tangiers y dos regimientos de dragones estaban formando para una nueva carga. A nuestra izquierda los guardias de infantería habían tendido un puente sobre la ciénaga y peleaban cuerpo á cuerpo con los voluntarios del norte de Somerset.

Por el frente recibíamos un fuego constante, sin que nos fuera dado contestarle sino de una manera débil é incierta, porque los carros de municiones se habían extraviado con la obscuridad de la noche; y muchos mosqueteros clamaban pidiendo municiones, mientras otros cargaban con guijarros en lugar de balas. Añádase á esto que los regimientos, aún en pie, habían perdido mucha gente á consecuencia de las cargas quedando reducido á una tercera parte. A pesar de todo, los valientes patanes lanzaban incesantes aclamaciones y se animaban mutuamente con chistes familiares como si la batalla fuera un juego más ó menos brutal, que habían de continuar hasta el fin mientras quedara un solo jugador.

—¿Está ahí el capitán Clarke?—preguntó Décimus Saxon, llegando á caballo con el brazo derecho salpicado de sangre.—Buscad á sir Esteban Timewell y decidle que incorpore sus voluntarios á los nuestros. Separados, no podremos resistir; juntos, haremos frente á otra carga.

Picando espuelas á *Covenant*, llegué adonde es-

taban nuestros compañeros y cumplí la misión que llevaba. Sir Esteban, que había sido herido por la bala de un pedreñal y llevaba atado á su blanca cabellera un pañuelo rojo, comprendió que el aviso era atinado y condujo á su gente al lugar donde estábamos nosotros. Como sus mosqueteros estaban mejor provistos que nosotros, prestaron excelente servicio sosteniendo por algún tiempo un fuego mortífero contra los que estaban del otro lado de la ciénaga.

—¿Quién lo hubiera creído de él?—exclamó sir Esteban con los ojos brillando de indignación, en el momento en que Buyse y Saxon les salían al encuentro.—¿Qué os parece de nuestro noble monarca, de nuestro campeón de la causa protestante?

—Indudablemente no es un gran guerrero—respondió Buyse.—Pero tal vez provenga de la falta de hábito, tanto como de la de valor.

—¡Valor!—exclamó el anciano alcalde en tono de mofa.—¡Mirad allá lejos y contemplad á vuestro rey!

Al decir esto señalaba una región del páramo temblándole la mano de ira más que de debilidad. En la lejanía pudimos divisar un caballero elegantemente vestido cuya figura resaltaba sobre el color grisáceo del suelo y al que seguía un grupo de acompañantes, que huían á todo galope del campo de batalla. No cabía equivocación: era el desleal Monmouth.

—¡Chitón!—exclamó Saxon al observar que nosotros prorrumpíamos en un grito de horror y de execración;—no desalentéis á nuestros valientes. La cobardía es contagiosa y se propaga en los ejércitos como la fiebre pútrida.

—*Der Feigherzige!* (¡ El Follón !)—exclamó Buyse rechinando los dientes.—¡ Pobres campesinos, tan valientes como desgraciados! ¡ Esto es horrible!

—¡ Sosteneos firmes con vuestras picas!—rugió Saxon con voz de trueno, y no bien habíamos te-

nido tiempo de formar el cuadro y colocarnos dentro de él, cuando la caballería cayó sobre nosotros nuevamente.

Al unírse nos los voluntarios de Taunton, había quedado abierto un claro en nuestras filas; y por él se precipitaron al instante los guardias azules, repartiéndose furiosos mandobles á derecha é izquierda. Los tauntoneses por una parte y nuestros soldados por la otra contestaron con sus picas y guadañas derribando á muchos jinetes; pero en lo más crudo de la refriega, la artillería del rey tronó con un ruido ensordecedor desde la parte opuesta de la ciénaga y un torrente de balas se abrió paso á través de nuestras densas filas, señalando su paso con regueros de muertos y heridos. En el mismo instante se oyó que nuestros mosqueteros, después de hacer su última descarga gritaban con desesperación: ¡ pólvora! ¡ Por los clavos de Cristo, pólvora!

Nuevamente tronaron los cañones, abriendo grandes claros en nuestras filas, como si la muerte hubiera penetrado en ella con su guadaña. Al fin, la formación quedó rota y deshecha. En el centro mismo del grupo formado por los piqueros brillaron los cascos de la caballería enemiga junto con el alzar y descargar de sus montantes. Todo el regimiento fué arrollado en un espacio de doscientos pasos ó más, mientras continuaba luchando furiosamente y se mezclaba con otros cuerpos de tropa que á pesar de haber perdido toda formación militar rehusaban huir. Los voluntarios de Devon, Dorset, Wiltshireid Somerset, pisoteados por la caballería, acuchillados por los dragones y barridos á docenas por las balas enemigas, continuaban peleando con valor desesperado á favor de una causa arruinada y de un hombre que nos había abandonado. Dondequiera que se fijaron mis ojos vi semblantes encendidos por el ardor de la pelea, y escuché rechinar de dientes y aullidos de rabia y provocación, pero ni un solo grito de temor

ó de sumisión. Hubo algunos que saltaron á las grupas de los caballos y derribaron de sus sillas á los jinetes. Otros tendidos en tierra despanzuraban á los caballos y daban muerte á los jinetes con sus guadañas, antes de que pudieran desenredarse.

Una vez y otra los guardias penetraron en el grupo de voluntarios; pero las dispersas filas volvían á cerrarse y continuaba la lucha con el mismo encarnizamiento. Tan desesperada y lastimosa hizo nuestra situación, que llegué á desear la dispersión y la fuga, á no ser porque en el ancho páramo no había refugio donde guarecerse. Y durante todo este tiempo, mientras los voluntarios peleaban abrasados de sed y abrumados de cansancio con el semblante ennegrecido por la pólvora, y escupiendo sangre, el hombre que se llamaba á sí mismo rey de aquellos valientes huía á rienda suelta con el corazón palpitante, concentrando todos sus pensamientos en salvar su vida sin cuidarse para nada de lo que pudiera ocurrirles á sus heroicos partidarios.

Un gran número de las tropas de infantería pelearon hasta morir, sin dar ni recibir cuartel, pero al fin, dispersos, quebrantados y sin municiones, la mayoría de los campesinos se declararon en fuga, perseguidos de cerca por la caballería. Saxon, Buyse y yo hicimos todo lo posible por reducirles al orden una vez más, no sin dar muerte á algunos de sus perseguidores, cuando observé de pronto que sir Gervasio permanecía de pie y sin sombrero con un grupo de sus hombres en medio de una muchedumbre de dragones. Picando espuelas á nuestros caballos, acudimos en su rescate blandiendo nuestras espadas hasta dejar por un momento despejado el campo.

—¡Saltad á mi grupa!—exclamé.—Podemos escapar.

Miróme sonriendo é hizo signos negativos con la cabeza.

—Me quedo con mi compañía—dijo.

—¿Vuestra compañía? —gritó Saxon. —¿Pero, estáis loco? Vuestra compañía ha quedado enteramente deshecha.

—Eso es precisamente lo que quería decir—respondió sacudiendo de su corbata una pequeña mancha.—No penséis en mí. Salvaos vosotros. ¡Adiós, Clarke! presentad mis respetos á...

Los dragones volvieron á cargar, obligándonos á retroceder mientras peleábamos desesperadamente, y cuando pude tender la vista á mi alrededor, el baronete había caído muerto. Después supimos que las tropas del rey habían hallado en el campamento un cadáver elegantemente vestido que confundieron con el de Monmouth á causa de la finura de sus facciones y la riqueza de su traje.

Indudablemente ese cadáver era el de nuestro intrépido amigo, sir Gervasio Jerónimo, nombre que se conservará siempre en mi memoria y que no puedo pronunciar sin sentir respetuoso afecto al que le llevó. Cuando, diez años después, me refirieron heroicas proezas de los jóvenes cortesanos pertenecientes á la servidumbre del rey francés y del jovial denuedo con que pelearon contra nosotros en las tierras bajas de Steinkirk y en otros puntos, me acordé de sir Gervasio y formé de aquellos valientes la opinión que se merecían.

Cada hombre ahora tuvo que mirar por sí mismo. Los rebeldes no ofrecieron ya resistencia alguna en ninguna parte del campo; y los primeros rayos del sol naciente, al caer sobre la inmensa y tétrica llanura, iluminaron la prolongada línea de los batallones de color escarlata, reflejándose en las crueles espadas que se levantaban y caían entre grupos de fugitivos.

El alemán se había separado de nosotros en medio del alboroto y confusión producido por la última carga de dragones; de modo que no logramos saber si había sucumbido en ella ó había salvado su vida;

pero con posterioridad nos dijeron que había logrado escapar para caer prisionero con el desdichado duque de Monmouth. Grey, Wade, Ferguson y otros consiguieron también salvarse; mientras Esteban Timewell quedó en el campo rodeado de sus austeros conciudadanos que, á su ejemplo, sucumbieron como indomables puritanos ingleses. Todo esto lo aprendimos más tarde. Al presente, huíamos á uña de caballo para salvar nuestras vidas, seguidos de algunos escuadrones, que no tardaron en abandonar la persecución en busca de presas más fáciles.

Pasábamos por una pequeña arboleda de alisos, cuando atrajo nuestra atención una voz varonil que parecía rezar. Penetrando por entre el ramaje, encontramos á un hombre sentado y apoyada la espalda contra una gran piedra, el cual se ocupaba en cortarse un brazo con un cuchillo de ancha hoja, entonando al mismo tiempo alabanzas al Señor con voz firme y entera. Al levantar el rostro para mirarnos, reconocimos en él á un tal Hollis, á quien ya he mencionado como uno de los que estuvieron con Cromwell en Dunbar. Una bala de cañón le había partido el brazo y el herido completaba tranquilamente la separación de la parte destrozada para librarse de aquel estorbo.

El mismo Saxon, á pesar de estar acostumbrado á todos los horrores de la guerra, se quedó contemplando lleno de estupor al extraño cirujano; pero el hombre, mostrándonos su reconocimiento con una breve inclinación, prosiguió su terrible tarea, hasta que, estando aún nosotros presentes, cortó el último trozo de brazo muerto y cayó á tierra mientras sus labios descoloridos seguían murmurando una oración (1). Como nosotros apenas podíamos hacer

(1) El incidente es históricamente verdadero, y puede servir para demostrar qué clase de hombres eran los que habían aprendido á guerrear á las órdenes de Cromwell.

nada por él y nuestra presencia en aquel lugar había de atraer á algunos soldados enemigos, le arrojé mi botella medio llena de agua y proseguimos á toda prisa nuestro camino.

¡ Oh, qué terrible cosa es la guerra, mis queridos niños ! ¡ Y cómo se dejan los hombres engañar por los deslumbradores atavíos de las operaciones militares y de los falsos sentimientos de honor y de gloria, hasta que al fin llegan á descubrir debajo de sus oropeles los horrores y calamidades que lleva consigo ! Cuando veáis desfilar los escuadrones deslumbrándoos con el brillo de sus armas y color de sus uniformes ; y cuando escuchéis el vibrante toque de las trompetas, acordaos del hombre solitario que se ocultaba á la sombra de los alisos y de lo que estaba haciendo en una época de civilización y en un país de cristianos.

Sin duda quien como yo ha encanecido bajo el arnés y visto tantas batallas en el transcurso de mi vida, debería ser el menos abonado para predicar sobre esta materia ; pero, hablando honradamente, no puedo menos de confesar que los hombres deben abandonar la guerra ó de otro modo reconocer que la doctrina de Cristo en lo que encierra de más sublime es demasiado elevada para ellos é inútiles todos los esfuerzos enderezados á practicarla en la sociedad. Yo he visto á un sacerdote cristiano bendecir un cañón que acababa de fundirse, y á otro ministro hacer lo propio con un barco de guerra en el momento de ser botado al agua. No puedo comprender estos actos religiosos, sino suponiendo que esas bendiciones no se dirigen á los instrumentos de destrucción, considerados como tales, sino como medios para la justa defensa de la verdad y del derecho atropellados.

Verdad es que en el Evangelio no solamente se encuentran preceptos sino también consejos de altísima perfección, inaccesibles, por desgracia, para

la mayoría de los hombres; pero, indudablemente, el ideal á que debe aspirar la humanidad supone la desaparición de la guerra con todos los crímenes y horrores que suelen acompañarla.

Volviendo ahora á mi relato, os diré, queridos niños, que desde la cima de los cerros situados al oeste de la pantanosa planicie, pudimos ver la nube de jinetes que se precipitaba como una tromba por el puente del Parret en la ciudad de Bridgwater persiguiendo á los inermes fugitivos. Habíamos detenido nuestros caballos para contemplar en silencio la fatal llanura, cuando llegó á nuestros oídos el rumor cercano de caballos y al volvernos, vimos á dos soldados de caballería con el uniforme de la Guardia Azul que cabalgaban hacia nosotros. Habían hecho un rodeo para cortarnos la retirada y nos acometieron con semblante amenazador.

—¿Más carnicería aún?—pregunté malhumorado.—¿Por qué se empeñan en obligarnos á pelear?

Saxon clavó una mirada escrutadora en los jinetes que se acercaban, y una amarga sonrisa cubrió de innumerables arrugas su enjuto semblante.

—Es el amigo que en Salisbury puso los sabuesos en nuestra pista—dijo.—Me alegro de encontrarme con él porque tenemos que ajustar una cuenta.

Y, realmente, uno de nuestros perseguidores era el arrebatado é impetuoso alférez con quien habíamos tropezado al comenzar nuestras aventuras. Una fatal casualidad le había hecho reconocer á mi compañero mientras galopábamos por el campo y se resolvió á seguirle con la esperanza de vengar la humillación que le había inferido. El otro era un cabo de lanceros, hombre robusto y de marcial aspecto, que montaba un caballo negro con una mancha blanca en la frente.

Saxon se acercó lentamente al oficial, mientras

el cabo y yo nos quedamos mirándonos el uno al otro.

—Bien, muchacho—oí decir á mi compañero ;— espero que hayáis aprendido esgrima desde que nos vimos por última vez.

El joven guardia profirió un grito inarticulado al escuchar la nueva provocación ; y un instante después el choque de sus espadas me dió á entender que habían empezado la pelea. Por mi parte, no tuve tiempo de echarles una mirada, porque mi adversario me atacó con tal furia, que hube de atender á rechazar la acometida. Aquello fué un honrado combate al arma blanca, sin que ninguno de los contendientes echara mano á las pistolas. Las estocadas del cabo, dirigidas, ora á mi rostro, ora al pecho, se repetían con tal insistencia, que no tuve ocasión de descargarle un terrible tajo que pusiera fin á la contienda.

Nuestros caballos giraban uno alrededor de otro, tascando el freno y piafando, mientras andábamos nosotros en quites y estocadas ; al fin nos acercamos hasta tocar rodilla con rodilla, pudiendo asirnos del cuello. Sacó entonces una daga del cinto é hirió con ella mi brazo izquierdo, mientras yo le descargué con el guantelete un golpe que le derribó del caballo, dejándole tendido en tierra sin habla. Casi en el mismo instante, el alférez cayó de su caballo con varias heridas.

Saxon saltó de la silla, y recogiendo del suelo la daga del soldado, hubiera dado el golpe de gracia á los dos, á no haberme yo interpuesto asiéndole de la muñeca. El aventurero se encaró furioso conmigo con expresión tan salvaje, que pude echar de ver la feroz condición de su naturaleza.

—¿Qué tienes tú que ver aquí?—rugió.—¡ Retírate inmediatamente !

—De ningún modo. Bastante sangre se ha derramado ya. Dejadlos en paz.

—¿Por ventura hubieran tenido ellos alguna compasión de nosotros?—preguntó irritado, luchando por desasirse de mí.—Han perdido la partida y deben llevar su merecido.

—A sangre fría, eso sería un asesinato—repuse con acento firme.—No lo consentiré en cuanto mis fuerzas lo permitan.

—¡ Me gusta ! ¡ Vaya una señoría que nos ha salido aquí imponiendo su consentimiento !—respondió con sorna y echando fuego por los ojos.

Con una violenta sacudida libertó la mano que yo le tenía asida y retrocediendo de un salto, recogió la espada que se le había caído.

—¿ Y ahora qué ?—pregunté poniéndome en guardia á horcajadas sobre el herido.

Saxon me miró fijamente durante un largo minuto con semblante ceñudo y contraído. Estuve esperando que de un momento á otro se arrojara sobre mí ; pero, al fin, devorando la rabia de que estaba poseído, envainó su espada con un movimiento brusco y saltó nuevamente á la silla.

—Se acabó nuestra amistad—dijo fríamente.—Dos veces he estado ya á punto de mataros y á la tercera pudiera ser que se me acabara la paciencia. No servís para amigo de un soldado aventurero. Hacedos cura, joven ; ésa es vuestra vocación.

—¿ Es Décimus Saxon el que habla ó es Guillermo Spotterbridge ?—pregunté acordándome de las bromas que le había oído, relativas á los antecedentes de su familia, pero en su arrugado rostro no apareció la sonrisa que yo esperaba.

Asiendo la brida de su cabalgadura con la mano izquierda, echó una mirada llena de odio al ensangrentado oficial y se alejó galopando por una de las rutas que conducen al Sur. Seguile con la vista durante algún tiempo, pero no se dignó enviarme con la mano un saludo de despedida y continuó su ca-

minó sin volver la cabeza hasta que desapareció en una hondonada del páramo.

—He ahí un amigo que me abandona—pensé tristemente,—y todo por no querer consentir que se quitara la vida á un hombre indefenso. Otro amigo ha quedado muerto en el campo de batalla. Un tercero, el más antiguo y querido de todos, yace herido en Bridgwater, á merced de una soldadesca brutal. Si vuelvo á casa, llevaré conmigo persecuciones y peligros á mis padres y hermanos. ¿A dónde iré ahora?

Por espacio de algunos minutos permanecí sin saber qué resolución tomar junto á los guardias que continuaban tendidos en tierra, mientras *Covenant* se alejaba poco á poco pastando la escasa hierba de aquellos lugares y volviendo la cabeza de cuando en cuando para mirarme fijamente, como si intentara darme las seguridades de su constante amistad.

Por el Norte se alzaban los cerros de Polden; al Sur se tendía la región de Blackdowns; al Oeste la azulada cordillera de los Quantocks y al Este la inmensa planicie de los marjales; pero por ninguna parte pude vislumbrar esperanza alguna de salvación. A decir verdad, sentía una mortal amargura y me importaba poco escapar ó no.

De mis meditaciones vino á sacarme un juramento pronunciado entre dientes y un gemido. El cabo se incorporaba en aquel momento, frotándose los ojos y mirando en torno suyo con expresión de asombro, como si no estuviera seguro del lugar donde estaba ni de cómo había venido á él. El oficial dió también señales de volver en sí y recobrar el conocimiento. Evidentemente no eran graves las heridas que habían recibido.

No había peligro alguno de que me persiguieran, aunque hubieran querido hacerlo porque sus monturas se habían alejado en busca de otros caballos sin jinete, que vagaban por los pantanos. Monté,

pues, y emprendí lentamente el camino, procurando no fatigar á *Covenant*, porque la brega de aquella mañana le había quebrantado bastante.

Veíanse numerosos escuadrones de caballería corriendo de un lado á otro por el marjal. Pero logré evitar su encuentro, trotando por la región más desierta, hasta que me hallé á ocho ó diez millas del campo de batalla.

Las pocas chozas por donde pasé, estaban abandonadas, y muchas de ellas presentaban señales de saqueo. No se veía un solo campesino. La mala fama de los soldados de Kirke había hecho huir de aquellos lugares á todos los que no se unieron á los rebeldes. Al fin, después de cabalgar por espacio de tres horas, me pareció estar bastante lejos de la zona de persecución para creermelo libre de todo peligro; por lo que elegí un lugar abrigado donde crecían al pie de un arroyo algunos arbustos. Allí me senté sobre un ribazo cubierto de suave musgo dando descanso á mis fatigados miembros y procurando eliminar de mi persona las señales del combate.

Sólo cuando pude examinar tranquilamente mi traje, me di cuenta del terrible encuentro en que había tenido parte, saliendo ileso de él casi por milagro. Apenas conservaba recuerdo de los golpes que había repartido en la pelea; pero debieron ser muchos y terribles, porque observé en el filo de mi espada melladuras sin cuento, como si hubiera estado golpeando con ella por espacio de una hora en una barra de hierro.

De los pies á la cabeza me encontraba cubierto de manchas de sangre, en parte mía, pero casi toda de otros. Mi casco había recibido numerosas abolladuras. Una bala de pedreñal dobló profundamente la visera del mismo dejándole una gran señal. Varias hendiduras y marcas indicaban en mi peto de prueba los lugares donde habían chocado los proyectiles. Tenía entumecido y casi inútil el brazo iz-

quierdo á causa de la puñalada que me había dado el cabo; pero al remangarme la manga del jubón y examinar la herida, hallé que á pesar de haber derramado mucha sangre, la incisión estaba en la parte exterior del hueso y carecía, por tanto, de importancia. Un pañuelo empapado en agua y atado fuertemente alrededor, calmó los escozores y restañó la sangre. Fuera de este rasguño, no tenía otras heridas, si bien á causa de mis esfuerzos me sentía tan molido y quebrantado como si me hubieran dado una paliza; y además la leve lanzada recibida en la catedral de Wells había vuelto á abrirse y estaba sangrando. Sin embargo, con un poco de paciencia y agua fría, pude curarla y vendarme tan bien como lo hubiera hecho cualquier cirujano del reino.

Después de atender á mis heridas, necesitaba componer mi aspecto exterior; porque en realidad hubiera podido tomármeme por uno de aquellos sanguinarios gigantes con quienes tuvieron que contender el famoso don Belianís de Grecia, y otros valientes paladines. Las mujeres y los niños hubieran huído al verme, porque estaba horriblemente ensangrentado, como un matazán de pueblo por San Martín.

Un buen lavatorio en el arroyo hizo luego desaparecer aquellas señales, dejando enteramente limpios de ellas mi peto y botas. Por lo que toca á mis vestidos, resultó tarea tan imposible la de quitar las manchas, que hube de abandonarla desesperado. Mi buen caballo apenas tenía rozaduras de espada ó bala, de suerte que, después de haber pastado y bebido, recobró su habitual vigor; y los dos abandonamos el arroyuelo en condiciones mucho mejores de las en que nos habíamos llegado á él.

Faltaba á la sazón muy poco para ser mediodía y yo comenzaba á sentir hambre, porque no había probado alimento alguno desde la noche anterior. En el páramo se veía un grupo de dos ó tres casas;

pero sus paredes ennegrecidas por el humo y chamuscados bardales indicaban que era inútil esperar en ellas algún alivio. Una ó dos veces alcancé á divisar gente en los campos y en la carretera; pero la presencia de un jinete armado les hacía huir á la espesura del bosque, como si fueran animales salvajes.

En cierto lugar, donde una elevada encina señalaba el cruce de tres caminos, pendían de una de las ramas dos ahorcados, demostrando que los temores de los aldeanos tenían su fundamento en las lecciones de la experiencia. Según todas las probabilidades, aquellos infelices debieron de ser colgados, porque el importe de sus menguados ahorros no había satisfecho las esperanzas de los saqueadores ó porque habiendo dado cuanto tenían á una banda de ladrones, no les restó cosa alguna con que aplacar la avaricia de otra cuadrilla que llegó después. Al fin, cuando ya me sentía bastante cansado de buscar inútilmente sitio dónde comer, descubrí un molino de viento que se alzaba sobre una verde colina en el lado opuesto á una extensión de terreno cultivado. Juzgando por sus apariencias, no debía haberle alcanzado el saqueo general; y así tomé la vereda que conducía á él desde el camino real (1).

XIII

DE LA PELIGROSA AVENTURA QUE ME SUCEDIÓ EN EL MOLINO

Al pie del molino se veía un sotechado que evidentemente servía de establo á las caballerías que llevaban el grano de los labradores. Allí había un montón de hierba, por lo que aflojé la cincha á Co-

(1) Nota C, Apéndice.—Batalla de Sedgemoor.

venant y le dejé que comiera á su sabor. El molino presentaba todas las apariencias de estar deshabitado, porque no se oía ruido alguno. Subí por una escalera de madera, y, abriendo la puerta de un empujón, entré en una pieza redonda enlosada, desde la cual una segunda escalera de mano conducía al sobrado de la parte superior. En uno de los lados de esta habitación había un largo arcón, y alrededor de las paredes descansaban colocados en fila numerosos sacos de harina. En el hogar se veía un montón de leña á punto de ser encendida, de modo que con la ayuda de mi yesquero no tardé en preparar una alegre fogata. Tomé un gran puñado de harina del costal más próximo y eché sobre ella agua de la que había en una jarra, con lo que logré amasarla en forma de torta y me dispuse á cocerla sonriendo entretanto al pensar en lo que hubiera dicho mi madre viéndome ocupado en semejante faena culinaria.

Bien seguro estoy de que el mismo Patricio Lamb cuyo tratado *El cocinero perfecto de Palacio* estaba siempre en la mano izquierda de mi querida madre, mientras con la derecha agitaba y batía alguna salsa ó condimento especial, no hubiera preparado un plato más de mi gusto en aquel momento; porque faltándome la paciencia para esperar á que la masa se cociera, la eché el diente y la devoré cuando aún estaba sólo medio pasada. Amasé entonces una segunda torta y habiéndola puesto al fuego, saqué la pipa de mi bolsillo y me puse á fumar, esperando á que se cociera con toda la filosofía de que en aquellos momentos me sentía capaz.

Absorto en mis reflexiones sobre la triste impresión que había de causar á mi padre la noticia de nuestra derrota, dejaba pasar tranquilamente el tiempo, cuando me sobresaltó un fuerte estornudo, que sonó como si me le hubieran disparado en el oído. Me puse al instante de pie y eché una mirada

á mi alrededor; pero no descubrí otra cosa que la sólida pared á mi espalda y la habitación vacía delante de mí. Casi había llegado á persuadirme de que había sido víctima de una ilusión, cuando volvió á interrumpir el silencio del lugar otro resonante estornudo, mucho más fuerte y prolongado que el anterior. ¿Estaría acaso el molinero metido en alguno de los sacos?

Desenvainé mi espada y recorrí las hileras de costales picándolos ligeramente; pero no logré dar con la causa de aquel ruido. De pronto y cuando estaba asombrándome de un hecho tan singular, comenzó á oirse una serie extraordinaria de resoplidos, garraspeos, gemidos entrecortados y silbos, mezclados con exclamaciones por el estilo de las siguientes: «¡ Santa Madre de Dios!» «¡ Cristo bendito!» y otras parecidas. Ahora ya no me cupo duda alguna respecto del lugar de donde el ruido procedía. Me lancé sobre el arquetón en que había estado sentado y levanté la pesada tapadera para examinar el contenido.

La gran arca estaba llena de harina hasta más de la mitad; y sepultado en ella se revolcaba un bulto, enteramente enharinado de tal modo, que hubiera costado trabajo precisar si pertenecía ó no á la especie humana, á no ser por los lamentos que estaba profiriendo. Me incliné y asiendo al-desconocido con una mano le levanté en vilo sacándole de su escondrijo; y, tan luego como le dejé en tierra, cayó de rodillas implorando á gritos misericordia, levantando al mismo tiempo tal nube de harina, á cada estremecimiento de su cuerpo, que á mi vez comencé á toser y estornudar.

Cuando la envoltura ó cascarón de polvo blanco fué poco á poco cayéndose, vi con gran sorpresa que aquel hombre no era el molinero ni ningún campesino, sino un soldado con enorme espadón al cinto, que al presente parecía un carámbano, y un gran

peto guarnecido de acero. El casco se había quedado entre la harina, y su cabello rubio, único toque de color que en él se advertía, estaba erizado de terror, mientras me suplicaba que le perdonara la vida. Advirtiéndome en su voz un acento que no me era desconocido, le di con el revés de mi mano en la cara; con lo que empezó á lanzar agudos lamentos como si le hubiera herido mortalmente. No era posible equivocarse al ver aquellos mofletes y ojillos de mirar anhelante. El sujeto en cuestión era nada menos que maese Tetheridge, el charlatán escribiente de Taunton.

Pero, ¡cuán diferente aparecía ahora del secretario de ayuntamiento, á quien yo había visto pavonearse con toda la pompa y arrogancia de su cargo, ante el buen alcalde, el día de nuestra llegada á Somersetshire! ¿Qué se había hecho de aquel vivo carmín semejante al de una camuesa de septiembre? ¿Dónde estaban la seguridad de modales y el comportamiento viril? Mientras continuaba de rodillas, sus grandes botas de caña chocaban una con otra por efecto del miedo y su dueño comenzó á endilgarme en tono lastimero que recordaba el usado por los mendigos de los asilos de Lincoln, una retahíla de ruegos, excusas y zalamerías, como si yo fuera Feversham en persona y estuviera á punto de mandarle ejecutar.

—No soy más que un pobre escribiente, Serenísimo Señor—decía con voz llorona.—De veras, Alteza, soy el escribano más infeliz del reino que se ha visto arrastrado á tener parte en estas contiendas por la tiranía de sus superiores. Hombre más leal que yo, Señor Excelentísimo, no se vió jamás en Inglaterra ni en el mundo entero; pero si el alcalde dice *sí*, ¿puede el secretario decir *no*? Perdonadme la vida, Milord; perdonad á un desdichado arrepentido de su culpa, que ruega constantemente

al Cielo le permita servir al rey Jacobo hasta derramar la última gota de su sangre.

—¿Renunciáis al duque de Monmouth?— pregunté en tono serio.

—Renuncio á él de todo corazón—respondió con acento de profunda sinceridad.

—Entonces preparaos á morir—troné con voz amenazadora blandiendo mi espada,—porque soy uno de sus oficiales.

El desdichado escribiente dió un grito de terror al observar el movimiento del acero y postrándose en tierra, se retorció con violentas contorsiones, hasta que, alzando el rostro, observó que me estaba riendo. Entonces se puso nuevamente de rodillas y luego de pie, mirándome desconcertado como si no estuviera bien seguro de mis intenciones.

—Debéis acordaros de mí, maese Tetheridge—le dije.—Soy el capitán Clarke del regimiento de infantería de Wiltshire, mandado por el coronel Saxon. Extraño mucho, á la verdad, que hayáis desertado del partido después de haber jurado fidelidad y tomado á otros el mismo juramento.

—De ningún modo, capitán, de ningún modo—respondió volviendo á tomar su antiguo aire de gallo de Bantam, tan luego como vió que había pasado el peligro.—En materia de lealtad y juramentos, soy el hombre más íntegro y constante que hubo en el mundo.

—Motivos sobrados tengo para creerlo—repliqué.

—¡Oh! No vayáis á figuraros...—continuó sacudiendo la harina de su persona.—No he hecho más que disimular, ¿sabéis? poniendo en práctica el principio de combinar la astucia de la serpiente, que todo guerrero debe tener, con el valor del león. Vos habréis leído á Homero, ¿eh? Yo también he adquirido mi correspondiente tintura de humanidades. No soy sólo un rudo soldado, por más forzado que

pueda mostrarme en el manejo de la espada. Maese Ulises es mi tipo, así como el tuyo supongo que es maese Ajax.

—Me parece que os convendría más el tipo de maese Periquito-en-el-arca—respondí.—¿Queréis tomar la mitad de esta torta? ¿Cómo diablos fuisteis á parar al arcón de harina?

—Muy sencillo, hombre—respondió con la boca llena de pan.—Ha sido una estratagema como las usadas por los grandes generales, los cuales se distinguieron siempre por la astucia para ocultar sus planes y refugiarse donde menos se esperaba. Después de haberse perdido la batalla y de haberme cansado yo de repartir tajos y mandobles, eché de ver que era el único ciudadano superviviente de Taunton. Si estuviéramos en el campo de batalla yo os mostraría el sitio que ocupé, todo cubierto de cadáveres que cayeron al filo de mi espada. Pero viendo que todo estaba perdido y que nuestros pícaros jinetes habían escapado, monté en el caballo de nuestro digno alcalde, que para nada le necesitaba ya, y salí tranquilamente del campo. Os juro que mi continente y manera de mirar impidieron á la caballería enemiga perseguirme de cerca. Verdad es que uno de los soldados se me interpuso en el camino, pero no pudo resistir el tajo furioso que le tiré. ¡Cuántas muertes como la suya llevo sobre mi conciencia! ¡Cuántas mujeres han quedado viudas y cuántos niños huérfanos! A mí no se me pone nadie delante, ¿sabéis?... pero, ¿qué es esto, Dios de misericordia?

—Mi caballo, que está en el cobertizo, junto á la puerta—respondí.

—Creí que fueran los dragones—observó el escribiente enjugándose las gotas de sudor que le habían brotado en la frente.—Buena cuenta hubiéramos dado de ellos vos y yo.

—¿Metidos en el arcón de harina?—interrogué.

—Todavía no os he explicado cómo he venido á parar aquí—continuó.—Después de haber cabalgado algunas leguas desde el campamento, descubrí este molino y me vino á la imaginación que un soldado valiente podía defenderse aquí contra un regimiento de caballería. A los Tetheridges nos viene de familia el huir del peligro de mala gana, aunque tal vez en ello haya algo de orgullo, y siempre nos hemos distinguido por nuestros instintos belicosos. Por nuestras venas circula la sangre de un antepasado ilustre que acompañó, como vivandero, al ejército de Iretón. Pues, como os iba diciendo, me detuve y apeé para reconocer el terreno, cuando el bruto de mi caballo sacudió con fuerza la brida y recobrando su libertad, se lanzó á correr saltando setos y zanjas. No me quedó, por tanto, más que mi buena espada para defenderme. Subí por la escalera y me ocupaba en planear el mejor modo de organizar la defensa, cuando oí ruido de cascos indicando la aproximación de un jinete, y poco después vos subíais aquí. Me oculté al punto en una emboscada, desde la cual seguramente hubiera hecho una salida ó ataque repentino, á no ser porque la harina me tapó las narices y me asfixiaba. Me alegro de que las cosas hayan sucedido así, porque en mi ciego furor pudiera haberos causado daño sin querer. Al oír el ruido que hacíais con la espada, cuando subíais por la escalera se me figuró que seríais alguno de los esbirros del rey Jacobo, tal vez el mismo capitán de algunos escuadrones que están allá abajo en los campos.

—Todo perfectamente explicado, maese Tetheridge—repuse volviendo á encender mi pipa.—Indudablemente el comportamiento que observasteis cuando os saqué del escondrijo, no era más que un artificio para disimular vuestro valor. Pero basta de esto. Ahora debemos pensar en lo futuro. ¿Qué intenciones tenéis?

—Permanecer en vuestra compañía, capitán—respondió.

—De ninguna manera; no tengo gran empeño en ello. Vuestro intemperante y arrebatado valor pudiera comprometerme en algún zipizape, que de otro modo podría evitar.

—¡Oh, capitán! por eso no lo hagáis, que yo moderaré mis ímpetus—exclamó.—En los turbulentos tiempos que corren no perderíais nada con la compañía de un hombre belicoso como yo y de valor tan probado.

—Sí, probado y deficiente—repuse cansado de tantas bravuconadas.—Os aseguro que partiré solo.

—Bien, bien; no necesitáis incomodaros tanto por eso—exclamó apartándose de mí precipitadamente.—Sea como fuere, lo mejor que podemos hacer es quedarnos aquí hasta la noche y entonces encaminarnos á la costa.

—Son las palabras primeras en que dais pruebas de alguna cordura—le repliqué.—La caballería del rey tendrá bastante que hacer con la sidra de Zoyland y la cerveza de Bridgwater. Si logramos pasar felizmente por entre esos lugares, yo tengo amigos en la costa del Norte que nos transportarán en un lugre hasta Holanda. Esta es una ayuda que no tengo inconveniente en ofreceros, ya que sois mi compañero de infortunios. ¡Lástima que Saxon no se hubiera quedado conmigo! Mucho temo que ha de caer prisionero.

—Si os referís al coronel Saxon—dijo el escribiente,—me parece que también es de los que saben unir la astucia al valor. Me consta que es un soldado de temple recio y brioso, porque hemos peleado juntos espalda con espalda por espacio de cuarenta minutos contra un escuadrón de caballería de Sarsfield. En cuanto á lenguaje crudo indudablemente le tiene, y quizá no guarda todas las consideraciones que reclama el honor de un caballero, pero en el

campo de batalla jefes como ése son los que necesitaba nuestro ejército.

—Decís verdad—respondí;—pero ahora que hemos matado el hambre, es tiempo de que pensemos en tomar algún descanso, puesto que quizá necesitamos viajar mucho esta noche. ¡Qué bien nos vendría tener á la mano una botella de cerveza!

—Yo también bebería con gusto á vuestra salud y amistad—repuso mi compañero;—mas por lo que hace á descabezar el sueño, es asunto que puede fácilmente arreglarse. Si subís por esa escalera, hallaréis en el sobrado una cama hecha con sacos vacíos donde poder reposar. En cuanto á mí, pienso continuar de pie un rato y prepararme otra torta.

—Quedaos, pues, de centinela por espacio de dos horas y llamadme luego—repliqué.—Después yo haré guardia, mientras vos dormís.

Maese Tetheridge tocó la empuñadura de su espada en señal de que cumpliría fielmente su cometido; y, en vista de ello, aunque no sin sentir alguna inquietud, subí al desván, y echándome en la ruda cama, no tardé en caer en un profundo sueño, arrullado por el zumbido monótono y triste de las aspas.

Desperté al oír pasos junto á mí y eché de ver que el escribientillo había subido la escalera y me estaba contemplando. Preguntéle si era ya tiempo de levantarme, á lo que respondió con voz temblorosa y extraña que podía dormir aún otra hora y que él había venido para ver si se me ocurría alguna cosa. Tan fatigado estaba yo, que apenas reparé en el tono vacilante de sus palabras y en la palidez de sus mejillas y dándole gracias por su atención, di media vuelta y me quedé nuevamente dormido.

Cuando desperté poco después, fué de una manera ruda y áspera. De repente sonaron fuertes patadas en la escalera y penetraron en tropel en el cuarto una docena de chaquetas rojas. Púseme de

pie de un salto y eché mano á la espada que había dejado junto á mí ; pero el arma había desaparecido mientras dormía. Privado de aquella defensa y sorprendido en condiciones tan desfavorables, me derribaron y sujetaron en un momento. Uno de ellos me apuntaba con una pistola á la cabeza jurando que me levantaría la tapa de los sesos si intentaba la menor resistencia, y al mismo tiempo otros me ataron con una cuerda dando tantas vueltas con ella á mi cuerpo y brazos, que aunque hubiera tenido la fuerza de Sansón no me hubiera sido dable desatarme.

Viendo que de nada habían de servirme los esfuerzos que hiciera, permanecí tranquilo, aguardando los acontecimientos. Ni en aquella ocasión ni en otra alguna, mis queridos niños, había concedido gran importancia á mi vida ; pero entonces la estimaba menos que ahora, porque cada uno de vosotros es un lazo que me liga á este mundo. Sin embargo, cuando pienso en las almas queridas que me esperan más allá del sepulcro, me parece que ni aun ahora había de inspirarme la muerte gran horror. ¡ Qué cosa tan insoportable y vana sería la vida sin ella !

Después de atarme los brazos y las piernas, los soldados me arrastraron por la escalera como si fuera un haz de heno hasta la pieza inferior, que estaba llena también de tropa. En un rincón vi al desdichado escribano, verdadera imagen del terror abyecto, que daba diente con diente y temblaba de tal modo que, á no haber estado sostenido por un cabo, seguramente hubiera venido á tierra. Frente á él había dos oficiales ; uno de ellos moreno, de baja estatura, con ojos negros brillantes y modales desenvueltos, el otro alto y delgado con un largo bigote rojo que le llegaba casi á los hombros. El primero tenía mi espada en la mano, y ambos estaban examinando cuidadosamente la hoja.

—Es una excelente pieza de acero, Ricardo—

decía aquél apoyando la punta contra una piedra del piso y doblando la hoja hasta que la empuñadura tocó casi en el suelo.—Mira con qué fuerza rebota. No lleva nombre de armero; y en su puño sólo se lee la fecha de 1638. ¿Dónde la habéis adquirido, amigo?—preguntó clavando la mirada en mi rostro.

—Ha sido de mi padre antes que mía—respondí.

—Entonces seguramente la habrá desenvainado á favor de una causa mejor que la defendida por su hijo—dijo el oficial más alto con sorna.

—En una causa tan buena, pero no mejor—repuse.—Esa espada se ha desnudado siempre en defensa de los derechos y libertades de los ingleses y contra la tiranía de los reyes y la intolerancia de los sacerdotes.

—¡ Bonita frase para el teatro, Ricardo!—exclamó el oficial.—¿Cómo es? «La intolerancia de los reyes y la tiranía de los sacerdotes.» ¡Vaya! Si Betterton la declamara cerca de las candilejas, con una mano puesta en el corazón y la otra señalando al cielo, estoy seguro de que el público de los pisos altos aplaudiría á rabiar.

—Muy probable—respondió el otro retorciéndose el bigote.—Pero no tenemos tiempo para estar de palique, ¿qué vamos á hacer con el hombrecillo ése del rincón?

—Ahorcarle—respondió el otro con gran sangre fría.

—¡ Oh! Eso no, caballeros ilustrísimos y magnánimos—imploró en tono lacrimoso maese Tetheridge, desprendiéndose repentinamente de la garra del cabo y arrojándose á los pies de los dos jefes.—¿No he sido quien os ha dicho dónde podíais hallar á uno de los soldados más fuertes y valerosos del ejército rebelde? ¿No os he guiado yo al lugar donde estaba? ¿No me he deslizado con cautela para quitarle la espada á fin de evitar que muriera alguno de los

súbditos del rey, al apresarle? Seguramente no os portaréis de ese modo conmigo, después de haberos prestado tan importante servicio. ¿Por ventura os he engañado? ¿No es, como yo había dicho, un gigante en estatura y de una fuerza portentosa? Todo el ejército puede decir si no vale por dos en singular combate. Y ahora que os le he entregado, ¿no me pondréis en libertad?

—Muy bien recitado y con envidiable modestia —observó el oficial más pequeño golpeando suavemente con la palma de su mano el reverso de la otra. —El énfasis está justificado y la enunciación ha sido clara. Cabo, haced el favor de colocaros un poco más atrás hacia las aspas del molino. ¡Gracias! Ahora, Ricardo, puedes apuntar lo que sigue de la representación.

—No, Juan, esto es demasiado absurdo—replicó el otro con impaciencia.—Los actores y sus disfraces están bien en el teatro; pero vos miráis las piezas escénicas como una realidad y la realidad como una ficción dramática. Lo que este reptil ha dicho es cierto. Debemos cumplirle la palabra, si queremos que la demás gente del país nos entregue los fugitivos. No hay otro remedio.

—Por mi parte soy partidario de la ley de Jeddard—respondió su compañero.—Primero ahorcaría á ese perillán y luego discutiría la cuestión de nuestra promesa. Sin embargo, me guardaré bien de imponer á nadie mis opiniones.

—No, eso no puede ser—respondió el oficial más alto.—Cabo, llevadle allá y que os acompañe Henderson. Quitadle el peto y la espada, que se afrentan de una compañía tan cobarde, y oíd, cabo, no estarán de más algunas caricias con las correas de los estribos para que conserve recuerdo de los dragones del rey.

Mi traidor compañero fué sacado á rastras, luchando y aullando; y, poco después, una serie de

lamentos dolorosos que fueron extinguiéndose lentamente al paso que la víctima huía de sus atormentadores, anunciaron el cumplimiento de la orden del oficial. Los dos jefes corrieron presurosos á la pequeña ventana del molino y prorrumpieron en carcajadas, mientras los soldados, asomándose furtivamente por encima de sus hombros le acompañaban en las demostraciones de hilaridad; de todo lo cual, colegí que maese Tetheridge, espoleado por el miedo, corría por setos y zanjas, ofreciendo un espectáculo algún tanto cómico.

—Y ahora vamos al otro—dijo el oficial más pequeño retirándose de la ventana y enjugando de su rostro las lágrimas de risa que le surcaban.—Esa viga de más allá servirá admirablemente para nuestro propósito. ¿Dónde está el verdugo Broderick, primer ejecutor de los ejércitos de Su Majestad?

—Presente, señor—respondió un soldado de cara gruesa y tétrica saliendo al frente;—ya tengo la cuerda con el lazo corredizo.

—Pasadla entonces por el hueco que hay entre la viga y el techo. ¿Qué tenéis en esa mano, grandísimo bergante, para tenerla vendada de ese modo?

—Perdonad, señor—respondió el hombre,—la culpa de todo la tiene un ingrato y canalla presbiteriano que tuve que ahorcar en Gommatch. Había hecho por él todo lo posible para aliviarle el tormento, y aunque le hubieran ejecutado en Tyburn, difícilmente le habrían tratado con más consideración. Pues, con todo y con eso, cuando le puse la mano en el cuello para cerciorarme de que el dogal estaba en su punto, me dió un terrible mordisco arrancándome un trozo del dedo pulgar.

—Lo siento mucho—dijo el oficial.—Ya sabéis que el mordisco humano en tales circunstancias es tan fatal como el del perro rabioso, de modo que el día menos pensado vais á amanecer ladrando y tirando dentelladas á todo bicho viviente. No os pongáis tan

pálido, hombre. Muchas veces os he oído predicar paciencia y valor á vuestras víctimas. ¿Tenéis miedo á la muerte?

—No temo una muerte cristiana, señor. Pero diez chelines por semana es una cantidad bien escasa para retribuir una faena tan peligrosa.

—¡Ca, hombre! Es una verdadera lotería—observó el capitán en tono de broma.—Según mis noticias, hay reo que al colgarlo se agita y sacude de tal modo, que llega á dar con los talones en el cogote. Pero tal vez el trance no sea tan penoso como parece. Entretanto, cumplid con vuestro deber.

Tres ó cuatro soldados me asieron de los brazos, pero les arrojé de mí como pude y avancé con paso firme y rostro sonriente hasta ponerme debajo de la viga que era un grueso larguero ennegrecido por el humo é iba de un extremo á otro de la pieza. Echóse la cuerda por encima de ella y el verdugo con dedos temblorosos me puso el dogal al cuello, cuidando de no poner la mano al alcance de mis dientes. Media docena de dragones asieron el otro extremo de la cuerda y se dispusieron á enviarme á la eternidad.

En el curso todo de mi azarosa vida nunca he estado tan cerca de los umbrales de la muerte, como en esta ocasión, y os aseguro que, no obstante lo terrible del trance, no podía pensar más que en el tatuaje del brazo de Salomón Sprent y en la habilidad con que se combinaban en él los colores rojo y azul.

Pero no se me escapaba pormenor alguno de todo lo que me rodeaba. Hoy conservo perfectamente en mi memoria la imagen de la rústica pieza de piso enlosado, la única y estrecha ventana, los elegantes y desocupados oficiales, la pila de armas que había en el rincón y hasta el tejido de la tosca sarga roja y los emblemas de los grandes botones dorados que adornaban la manga del verdugo.

—Es preciso hacer las cosas con orden—observó el capitán más alto sacando de su bolsillo un librito de memorias.—Quizá el coronel Sarsfield quiera algunos pormenores. Veamos. Este es el décimoséptimo, ¿no es así?

—Cuatro en la granja y cinco en las encrucijadas --respondió el otro contando por los dedos.—Además aquel á quien maté de un tiro en el soto, y el hérido que casi se nos murió antes de ahorcarle, y los dos que quedaron colgados en la arboleda del pie de la colina. No puedo recordar más, como no sean los ahorcados en Bridgwater inmediatamente después de la acción.

—Conviene que tomemos nota de todo—observó el otro garabateando en su libro.—Enhorabuena que Kirke y su gente cuelguen y maten como medio moros que son, sin ceremonias ni formalidades ; pero nosotros hemos de darles mejor ejemplo. ¿Cómo te llamas, galopo?

—Miguel Clarke, cápitán del ejército protestante —respondí.

Los dos oficiales se quedaron mirando el uno al otro ; y el más pequeño silbó de una manera significativa como si hubieran tropezado con una noticia inesperada.

—¡ Es el mismo !—añadió.—He ahí las ventajas de preguntar á tiempo. Mala peste me ataque si no tenía barruntos de que podía resultar lo que estamos oyendo. Dicen que era hombre fornido.

—Vamos á ver, granuja, ¿no has conocido al comandante Ogilvy de la Guardia Azul de caballería? —preguntó el capitán.

—Si os dijera que he tenido el honor de hacerle prisionero—repliqué,—y que desde entonces hemos compartido la vida de soldado, me parece que os venceríais de que le conozco.

—¡ Quítale el dogal !—ordenó el jefe ; y el verdugo, aunque de mala gana, sacó el lazo corredizo por

mi cabeza.—Joven—continuó dirigiéndose á mí,—seguramente estáis reservado para alguna gran empresa, porque no volveréis á encontraros tan cerca del sepulcro hasta que de hecho os hayan metido en él. Este comandante Ogilvy ha demostrado gran interés por vos y por un amigo vuestro que está herido en Bridgwater. Se ha dado á conocer vuestro nombre á todos los jefes de caballería con orden de llevaros ileso á la ciudad mencionada, en el caso de que cayerais prisionero. Pero debo advertiros que, aunque la palabra del comandante os libre de la ley marcial, no os servirá gran cosa ante los tribunales civiles, donde, al fin, habéis de ser juzgado.

—Mi deseo es compartir la suerte que corran mis compañeros—respondí.

—He ahí un modo de tomar vuestra salvación por el lado triste—observó el oficial más pequeño.—La situación está clara como el agua. Otro la hubiera aprovechado mejor. ¿Por qué no seguir el viento favorable de la fortuna? ¿Y qué sabéis de ella?

—¿Quién es ella?—pregunté.

—¡Bah! ¿Quién ha de ser? La mujer; vuestra esposa, novia, prometida... lo que queráis.

—No hay nada de eso—respondí.

—¿Cómo? ¡Ahora sí que estamos frescos! ¿Qué puede hacerse en un caso de esta naturaleza?—preguntó sorprendido.—Pues es lástima, porque después de un trance como el que habéis pasado, habría venido desalada á echarse en vuestros brazos. Yo he visto escenas así, á dos pasos del sepulcro. El caso es que hay gran abundancia de excelente material que se está echando á perder por falta de alguien que lo trabaje.

—Otras cosas tenemos que trabajar nosotros, Juan—repuso su compañero con impaciencia.—Sargento Gredder, tomad dos números y conducid al prisionero á la iglesia de Gommach. Ya es hora de

que continuemos nuestro camino, porque dentro de poco la obscuridad hará imposible la persecución.

Al oír la orden del jefe, los soldados bajaron al campo, donde tenían atados los caballos y emprendieron rápidamente la marcha dirigidos por el capitán más alto, mientras el alférez, aficionado á las cosas de teatro, formaba la retaguardia. El sargento, á quien se me había confiado, hombre fornido de anchas espaldas y tez morena, mandó preparar mi caballo y me ayudó á montar en él. Recogió, sin embargo, mis pistolas y las colgó de su arzón junto con mi espada.

—¿Queréis que le ate los pies por debajo del vientre del caballo?—preguntó uno de los dragones.

—No ; el muchacho tiene cara de hombre de bien—respondió el sargento.—Si da palabra de portarse bien, le desataremos los brazos.

—No tengo ánimo de escaparme—dije.

—Entonces quitadle la cuerda. Un valiente en situación desgraciada podrá contar siempre con mi benevolencia ; y que Dios me mate si digo mentira. Me llamo el sargento Gredder, en otro tiempo afiliado á las tropas de Mackay, y ahora á la caballería real, y hombre tan perseguido de contratiempos y tan mal pagado, como cualquier otro de los que militan al servicio de Su Majestad... ¡Doble derecha y seguid por la vereda ! Colocaos á los lados del prisionero y yo marcharé detrás. Tenemos las carabinas cebadas, amigo, de modo que procurad cumplir vuestra promesa.

—Podéis descansar en ella con toda confianza—respondí.

—Vuestro camarada os ha vendido de una manera vil—dijo el sargento ;—porque, al vernos venir por el camino, nos salió al encuentro y se entendió con el capitán consiguiendo que le perdonara la vida, á condición de entregarnos á uno de los soldados más valientes del ejército rebelde. Indudablemente no os

faltan bríos ni corazón, pero sois demasiado joven y sin experiencia de las cosas de la guerra.

—Esta ha sido mi primera campaña—respondí.

—Y probablemente será también la última—añadió el soldado con ruda franqueza.—Tengo entendido que el Consejo Privado intenta hacer un escarmiento que deje amansados á los *whigs* por veinte años. Han hecho venir de Londres un juez, cuya peluca es mil veces más terrible que nuestros yelmos. Mayor número de hombres ha de echar él al otro mundo que un regimiento de caballería en una persecución de diez millas. Por quien soy, me alegraría que tomaran por su cuenta esta faena de carniceros en que nos han metido. Mirad los cadáveres que penden de aquel árbol. Mal año es el que hace producir tales frutos á las encinas de Inglaterra.

—Sin duda—repuse,—es una época bien desgraciada aquella en que hombres que se llaman cristianos ceban de ese modo su saña en sencillos labriegos que han seguido los dictámenes de su conciencia. Comprendo que se castigue á los jefes y oficiales, porque, en caso de haber triunfado, podían esperar altas recompensas; y, por tanto, me parece justo que expíen las consecuencias de su derrota; pero me llega al alma ver tratar tan cruelmente á los infelices campesinos.

—No deja de haber mucha verdad en lo que decís—repuso el sargento.—Otra cosa sería si se tratara de alguno de esos predicadores gangosos, de esos mansos de cencerro, que han conducido sus rebaños á la perdición. ¿Por qué no ha de obligárseles á que se conformen con la Iglesia? Si el rey la encuentra aceptable, ellos no han de ser de mejor condición. ¡Mala peste para esas conciencias delicadas que rehusan contentarse con lo que labra la prosperidad de todo inglés honrado! No quieren seguir el camino real porque les parece demasiado ordinario y buscan

un atajo para su uso exclusivo, echando pestes contra los que no siguen su ejemplo.

—Pero convendréis conmigo—objeté— en que en todos los credos se encuentran personas de sólida piedad. Si un hombre observa una vida virtuosa, ¿qué importan las ideas que pueda tener en materia de religión?

—La verdadera virtud ha de guardarse en el corazón—observó el sargento Gredder.—Yo miro con prevención la piedad que sale demasiado á la superficie con gangosidades gazmoñas, gemidos alharaquientos y miradas santurronas. Esa piedad se parece á la moneda falsa que tiene más brillo y apariencia que la verdadera.

—¡Excelente símil!—repliqué.—Pero ¿cómo se explica, sargento, que hayáis fijado la atención en estos asuntos? Si malas lenguas no mienten, los dragones reales suelen pensar en otras cosas muy distintas.

—He pertenecido á la infantería de Mackay—respondió secamente.

—He oído hablar de él; y, según mis noticias, es hombre de grandes prendas y sólida piedad.

—Ciertamente—afirmó con vehemencia el sargento Gredder.—A juzgarle por su apariencia, Mackay no pasa de ser un militar rudo; pero en el fondo tiene el corazón de un santo. Puedo aseguraros que apenas había necesidad de emplear la vara en su regimiento, porque los soldados temían más una mala mirada de su coronel que al capitán preboste.

Durante nuestra larga caminata, tuve ocasión de convencerme de que el sargento se había asimilado las enseñanzas del coronel Mackay, porque dió pruebas de gran sensatez y moderación. En cuanto á los dos soldados, no profirieron una palabra en todo el camino, porque los dragones de aquella época no entendían más que de vino y mujeres, y quedaban mu-

dos siempre que salía á relucir otra cuestión cualquiera.

Cuando, al fin, penetramos en la pequeña aldea de Gommatch, que domina la llanura de Sedgemoor, mi guardián y yo nos despedimos con pena. Como último favor le rogué que cuidara de *Covenant*, prometiendo pagarle una cierta suma mensual por aquel servicio y encargándole que se quedara con el caballo para su uso si no se le reclamaba en el término de un año. No pude menos de experimentar un sentimiento penoso al ver que mi fiel compañero, en el momento de alejarse, volvió la cabeza y clavó en mí sus ojos con curiosidad, como si no acertara á explicarse aquella separación. Pero cualquiera que pudiera ser el sesgo que tomaran los acontecimientos, sabía bien que mi caballo quedaba en poder de una buena persona y había de estar bien atendido.

XIV

DE LA LLEGADA DE SALOMÓN SPRENT

La iglesia de Gommatch era un edificio pequeño cuya fachada aparecía cubierta de yedra, con una torre cuadrada, al estilo de las de Normandía, que se alzaba en el centro de la aldea. Sus grandes puertas de encina, tachonadas con clavos de hierro, y sus elevados ventanales en forma de aspilleras, la hacían servir admirablemente para el fin á que entonces se la destinaba. En el lugar se instalaron dos compañías de Dumbarton á las órdenes de un comandante de grave aspecto, á quien me entregó el sargento Gredder, haciendo una breve exposición de las circunstancias de mi captura y de las razones que habían impedido mi ejecución sumaria.

La noche avanzaba á toda prisa; pero las pocas lámparas que pendían aquí y allá en los muros de-

rramaban una luz incierta y vacilante sobre la escena. Tendidos ó sentados sobre el pavimento de piedra, había un centenar de prisioneros, muchos de ellos heridos, y algunos agonizando. Los que estaban sanos formaban silenciosos y pacíficos grupos alrededor de sus amigos, y hacían todo lo posible para aliviar sus padecimientos. Algunos se habían despojado de la mayor parte de sus vestidos á fin de suministrar á los heridos ropa en que poder apoyar la cabeza y abrigarse.

Aquí y allá podían divisarse, entre las sombras, confusas figuras arrodilladas, y el murmullo de sus rezos se difundía por las naves, interrumpido por algún que otro gemido ó por el fatigoso acezar de alguna de las víctimas. La amarillenta y débil luz de las lámparas caía sobre los rostros contraídos por el dolor y sobre las harapientas y enlodadas formas de los prisioneros, formando un cuadro digno de ser reproducido por alguno de los artistas de los Países Bajos cuyas obras vi mucho después en La Haya.

El jueves por la mañana, á los tres días de haberse dado la batalla, fuimos todos conducidos á Bridgwater, donde estuvimos presos durante el resto de la semana en la iglesia de Santa María, que era la misma desde cuya torre Monmouth y sus jefes habían inspeccionado la posición ocupada por Feversham. Cuanto más completos eran los informes adquiridos de los soldados y de otras personas acerca de la batalla, tanto más se puso de manifiesto que, á no ser por imprevistos accidentes, teníamos todas las probabilidades de haber triunfado en nuestro ataque nocturno. Feversham había cometido muchos y gravísimos errores, apreciando mal la importancia del enemigo y dejando su campamento enteramente expuesto á una sorpresa.

Cuando comenzó el fuego se arrojó de la cama, y como no encontrara su peluca se entretuvo en bus-

carla por la tienda de campaña, mientras se decidía el combate; y sólo se presentó en el campo á la terminación del mismo.

Todos convinieron en que si nuestros guías y exploradores no se hubieran engañado al creer vadeable el Rin de Bussex, nuestros soldados habrían penetrado en las tiendas enemigas antes que las tropas del rey se pusieran sobre las armas. Sólo esta circunstancia y el valeroso denuedo de Juan Churchill que era el segundo de Feversham, y que posteriormente se conquistó gran renombre, tanto en la historia de Francia como en la de Inglaterra, impidieron que el ejército de Jacobo sufriera una derrota que hubiera alterado la marcha de la campaña (1).

Cuando, pues, oigáis ó leáis, mis queridos niños, que el levantamiento de Monmouth fué fácilmente sofocado, ó que desde un principio debió considerarse como una causa perdida, no olvidéis que vuestro abuelo, después de haber tenido parte en el mismo, os asegura que la balanza estuvo realmente en el fiel, y que un puñado de campesinos animosos, sin otras armas que sus picas y dalles, estuvieron á punto de alterar el curso entero de la historia inglesa. La ferocidad demostrada por el Consejo Privado, después de vencida la rebelión, se inspiró en la conciencia que los gobernantes tuvieron del peligro de una derrota.

No quiero insistir demasiado en el ensañamiento y barbarie de los vencedores, porque vuestros oídos infantiles no deben escuchar tales enormidades. El indolente Feversham y el brutal Kirke se conquistaron en toda la región de occidente una fama de sanguinarios, que sólo fué eclipsada por el cobarde y asesino que los sucedió. Por lo que se refiere á sus víctimas, aunque perecieran ahorcadas, descuartizadas y atormentadas con todo género de crueldades,

(1) Nota D, Apéndice.—Relato de Ferguson.

al menos dejaron sus nombres en las aldeas á que pertenecían para ser transmitidos de generación en generación con la aureola que correspondía á los heroicos defensores de una noble causa.

Visitad hoy mismo las aldeas de Milverton, Wiveiscombe, Minehead, Colyford, ó cualquiera otra del condado de Somerset, y hallaréis que no se han olvidado en esos lugares los gloriosos nombres de sus mártires. En cambio, ¿qué memoria queda de Kirke y Feversham? Verdad es que se conservan sus nombres, pero como objeto del odio y execración de toda aquella comarca. ¿Quién no echará de ver, por tanto, que esos hombres, al castigar á otros, se llenaron á sí mismos de infamia? De esta suerte, el fallo inexorable de la historia ha dejado sentir sobre ellos todo su peso.

No perdonaron ninguna de las violencias y crueldades concebibles, sabiendo bien que tal comportamiento era agradable á los hipócritas que estaban en el poder. Se esforzaron por conquistar su protección, y lo consiguieron. Se ahorcó y acuchilló sin piedad á los vencidos; no hubo insulto ni contumelia que pudiera contribuir á acrecentar los horrores de la ejecución que no se infligiera á las víctimas; á pesar de eso, en el país nativo de éstas se refiere con orgullo que entre los muchísimos sacrificados no hubo uno que no arrostrara la muerte con firmeza, protestando de estar dispuestos á dar cien veces la vida por la misma causa.

Al cabo de una ó dos semanas, se recibieron noticias de los fugitivos. Monmouth, según parece, fué hecho prisionero por los soldados de Portman cuando intentaba encaminarse al Bosque Nuevo, de donde proyectaba escapar á Europa. Sacáronle arrastrando de un campo de alubias donde se había escondido, y fué llevado á Ringwood en Hampshire. A nosotros llegaron extraños rumores relativos á su comportamiento y pudimos recogerlos entre los brutales chis-

tes de nuestros guardias. Decíase que, todo tembloroso y descompuesto, había caído de rodillas á los pies de los patanes que le apresaron. Algunos añadían que había escrito al rey Jacobo sometiéndose incondicionalmente á todo, incluso á la condición de abjurar del protestantismo á trueque de salvar su cabeza (1).

Nosotros nos reíamos entonces de tales historias, menospreciándolas como invenciones de nuestros enemigos. Increíble nos parecía que, cuando los defensores de la causa protestante estaban dando pruebas de entereza y lealtad, el caudillo de aquellos héroes, en quien se fijaban los ojos de todos, pudiera demostrar menos valor que cualquier trompeta de los que marcharon al frente de sus regimientos al entrar en batalla. ¡Ay! tiempo había de llegar en que se confirmara la verdad de tales historias, demostrándose que no había bajeza ni infamia á que no se hubiera rebajado el infeliz Monmouth con la esperanza de prolongar por algunos años aquella existencia que tan fatal y nefasta había resultado para muchos que pusieron en él su confianza.

De Saxon no llegaron noticias, ni buenas ni malas, capaces de alentarnos á creer que hubiera hallado un refugio donde ponerse en salvo. Rubén continuaba en cama con su herida, al cuidado del comandante Ogilvy y bajo su protección. Este caballero vino á verme varias veces, y se esforzó por consolarme, hasta que le di á entender que me dolía encontrarme en situación distinta de los valientes con quienes había compartido los peligros de la campaña. Hízome un gran favor escribiendo á mi padre para participarle que me encontraba sin novedad y por el momento libre de todo peligro. En contestación á esta carta, recibí una larga misiva del anciano autor de mis días llena de valeroso espíritu cristiano, y en ella me ex-

(1) Nota E, Apéndice.—Comportamiento de Monmouth.

hortaba á tener buen ánimo y citaba importantes pasajes de un sermón sobre la paciencia, compuesto por el reverendo Josué Seaton de Petersfield.

Decíame, además, que mi madre estaba muy angustiada á causa de mi situación, pero que la sostenía su confianza en los decretos de la Providencia. Incluía una letra á favor del comandante Ogilvy, encargándole que hiciera uso de aquella cantidad en cualquier forma que yo indicara. Este dinero, junto con el pequeño depósito que mi madre me había cosido al cuello del jubón, prestó servicios inapreciables, porque cuando se declaró el tifus entre los prisioneros, pude adquirir alimentos convenientes para los enfermos y pagar la asistencia de médicos, de suerte que la enfermedad fué combatida antes que tuviera tiempo de propagarse.

A principios de agosto se nos trasladó de Bridgewater á Taunton, donde fuimos encerrados con otros centenares de prisioneros en el mismo almacén de lana en que nuestro regimiento había estado acuartelado á principios de la campaña. No ganamos gran cosa con el cambio, si bien nuestros nuevos guardianes mostraron menor crueldad que los anteriores y se portaron con mayor benignidad. No solamente se permitió, de cuando en cuando, que personas amigas entraran á visitarnos, sino que pudimos obtener libros y periódicos, mediante un pequeño obsequio hecho al sargento que estaba de servicio. Pudimos, por tanto, pasar el tiempo con cierta comodidad durante el mes ó algo más que transcurrió antes de ser sometidos á juicio.

Una tarde, en que estaba distraído, de espaldas al muro, contemplando una delgada faja de cielo azul que se descubría por la estrecha ventana, y dejando volar mi fantasía por las praderas de Havant, oí una voz conocida que me recordó mi casa de Hampshire. Aquel tono destemplado y bronco, que de tiempo en tiempo sonaba con acento de indignación, no podía

venir de otra persona distinta de mi viejo amigo el marino. Acerqueme á la puerta de donde provenía el alboroto, y desaparecieron todas mis dudas al escuchar la conversaci3n.

—¡Dejadme paso! ¿No queréis?—vociferaba.—Pues habéis de saber que yo no he torcido nunca mi rumbo cuando algùn enemigo se me atravesó por la proa. Debo deciros que tengo permiso del almirante y necesito atracar un momento junto á una nave de guerra de las más valientes; vira pronto, porque pudiera ocurrir que os pasara por ojo.

—Aquí no tenemos que ver nada con almirantes—replicó el sargento de guardia.—Ha pasado ya la hora señalada para ver á los prisioneros; y si no os retiráis, ensayaré en vuestras espaldas la resistencia de mi alabarda.

—Yo he dado y recibido golpes mucho antes que cualquier topo de secano como vos—replicó el viejo Salom3n.—Cuando vos estabais todavía mamando, andaba yo al abordaje con los barcos de Ruyter (1); y, aunque soy viejo, os daré á entender que no me falta nervio y puedo cambiar bordadas con cualquier filibustero de los que tienen marcadas las espaldas con las varas del capitán preboste. Si navego de vuelta hasta el comandante Ogilvy y le hago saber la manera con que me habéis recibido, os ha de poner el cuerpo más rojo que la chaquetilla que lleváis.

—¡Ah, el comandante Ogilvy!—exclamó el sargento en tono más respetuoso.—Si hubierais dicho que tenáis permiso del comandante Ogilvy, habríamos acabado; pero venís ladrando no sé qué cosas de almirantes, comodores y otros títulos de marina que no conocemos en tierra.

—Vergüenza les debiera dar á vuestros padres por no haberos enseñado debidamente el inglés castizo—

(1) De Ruyter ó Ruijter, vicealmirante holandés, que guerreó contra los ingleses en aquel período (1630-76).

gruñó Salomón.—Verdaderamente, amigo, no comprendo por qué los marinos han de dar lecciones á la gente de tierra en materia de lenguaje. Entre setecientos hombres que éramos en el navío *Worcester*, el mismo que se fué á pique en la bahía de Funchal, no había un miserable grumete que no entendiera mi lenguaje, mientras en tierra tropiezo á cada paso con zopencos, como tú, que saben tanto inglés como los moros de Berbería y se me quedan con dos palmos de boca abierta cuando les pregunto por la singladura ó las campanadas de la hora.

—¿A quién queréis ver?—preguntó el sargento, enojado.—Tenéis una lengua infernalmente larga.

—Sí, y áspera también cuando tengo que tratar con tontos—replicó el marino.—Si os hubiera tenido á mi cargo durante un curso de tres años, tal vez os habría hecho un hombre.

—¡Pase enhoramala el viejo!—exclamó el sargento furioso, y el marino entró pisando fuerte, con el tostado semblante contraído, en parte por la satisfacción de la victoria obtenida sobre el sargento, y en parte por estar masticando un trozo de tabaco.

Después de echar una mirada á su alrededor, sin que lograra verme, se puso las manos en la boca y gritó á todo pulmón mi nombre entre una serie de exclamaciones que resonaron en todo el edificio.

—Aquí estoy, Salomón—dije tocándole en el hombro.

—¡Dios te bendiga, muchacho! ¡Dios te bendiga!—dijo apretándome la mano.—No podía verte porque tengo un ojo con más niebla que los bancos de Terranova; y está así, desde que Guillermón me tiró un vaso en la *Posada del Tigre*, hace cerca de treinta años. ¿Cómo estás? ¿Sin novedad de fondo á cubierta?

—Todo lo bien que pudiera desear—respondí.—Tengo poco de qué quejarme.

—¿No te ha llevado una bala ninguna parte del

aparejo?—continuó.—¿No te han echado abajo los palos? ¿Ningún boquete en la línea de flotación, eh? ¿No te han quitado la pintura del casco, ni te han tumbado ni abordado?

—Nada de eso—repuse riendo.

—Pero, á la verdad, estás más delgado que antes y has envejecido diez años en dos meses. Cuando saliste, eras un barco de guerra gallardo y bien equilibrado como pocos; y ahora eres el mismo barco que después de la batalla y la tormenta ha perdido la pintura de los costados y las grímpolas. Sin embargo, me alegro mucho de verte sin grandes averías.

—He visto escenas capaces de añadir diez años á la edad de cualquiera.

—Sí, sí—respondió con un gruñido bronco, moviendo exageradamente la cabeza.—Es un negocio de lo más infernal. Sin embargo, con ser tan mala la tempestad, la calma viene siempre después, á condición de buscarla, con el áncora echada á gran profundidad, en la Providencia. ¡ Ah, muchacho, tú estás bastante bien! Pero, si no me engaño, tu pena nace de ver á esos desgraciados que te rodean más que de ti mismo.

—Es un efecto desgarrador verlos padecer sin exhalar una queja—respondí,—¡ y padecer por causa de semejante hombre!

—¡ El miserable, de corazón de gallina!—murmuró el marino, rechinando los dientes.

—¿Cómo están mi madre y mi padre?—pregunté —Y ¿cómo habéis venido de tan lejos?

—¡ Bah! me hubiera podrido de impaciencia si hubiera tenido que continuar amarrado por por más tiempo. Corté, por tanto, el cable y después de hacer una singladura con rumbo al Norte hasta Salisbury, he navegado hasta aquí con viento en popa. Tu padre anda cariacontecido y atiende, como de ordinario, á su trabajo, si bien los tribunales le han molestado mucho, de modo que ha tenido que ir dos veces á



El presidente del tribunal hizo su entrada en Taunton un lunes por la tarde, y yo le vi pasar desde una de las ventanas del cuarto en que estábamos encerrados. (Pág. 278.)

SIG. 18.—CLARKE.—TOMO II

LÁMINA IV



Winchester para sufrir un interrogatorio; pero le han encontrado los papeles en regla y no han podido presentar contra él ninguna acusación. Tu madre, la bienaventurada, tiene poco tiempo para gimoteos ni aspavientos, porque es tan esclava de su deber, que, aunque el navío se fuera á pique, apostaría un galeón de plata contra una mandarina á que no había de moverse del fogón preparando potingues medicinales ó amasando pasteles. Han recurrido á la oración, como otros lo hubieran hecho á los licores fuertes, y rezando templan sus corazones cuando sopla frío el viento de la desgracia. Se han alegrado mucho de que viniera á verte; y les di mi palabra de marino de que había de sacarte del cepo, si humanamente podía hacerse.

—¡Ea, Salomón! ¡Sácame cuanto antes!—repliqué;—¡bah! la cosa es fácil y desde luego lo doy por supuesto. ¿Cómo podrías conseguirlo?

—De muchas maneras—respondió bajando la voz de suerte que sólo se oyera un apagado murmullo; é inclinando al mismo tiempo su cabeza entrecana, como si hablara de un asunto que le hubiera costado largas meditaciones, añadió:—Podría apelarse al barreno.

—¡Al barreno!

—Sí, muchacho. Cuando yo era cabo de brigada en la galera *Providence* en la segunda guerra con Holanda, nos vimos encerrados entre costa de sotavento y la escuadra de Van Tromp; así que, después de pelear hasta que las balas enemigas nos barrieron los palos, y la sangre corrió en regueros por los imbornales, nos tomaron el barco al abordaje y nos llevaron presos á la isla de Texel. Cargados de cadenas, nos sepultaron en la bodega entre ratas y agua de pantoque, con las escotillas cerradas y aseguradas, y centinelas encima; pero, ni aun así pudieron con nosotros, porque al poco tiempo nos deshicimos de los grillos, y Guillermo Adams, el primer

carpintero, abrió un boquete en las costuras de los tablones, de modo que el navío estuvo á punto de irse á pique. En medio de la confusión caímos nosotros sobre la marinería enemiga, y valiéndonos de los grillos como de porras, reconquistamos el navío... pero veo que te ríes, como si hubiera pocas esperanzas de realizar ese plan.

—Si este almacén de lanas fuera el navío *Providence* y los campos de Taunton el golfo de Vizcaya, podría intentarse—respondí.

—Tienes razón que me he salido del canal perdiendo el rumbo—respondió frunciendo el ceño.—Sin embargo, queda todavía otro proyecto magnífico que he concebido y consiste en volar el edificio.

—¿Volar el edificio?—pregunté con asombro.

—Sí. Un par de barriletes llenos de pólvora y una mecha que arda á fuego lento lo harían en cualquier noche oscura. Y entonces ¿á dónde irían á parar estos muros que te tienen preso?

—Y ¿á dónde iría la gente que ahora está dentro de ellos?—objeté.—¿No volarían todos también?

—¡Mala peste para el proyecto! No había caído en la cuenta—replicó Salomón.—Nada; entonces lo dejo por tu cuenta. ¿Qué propones tú? No tienes más que dar órdenes y verás cómo, sin nave compañera ó con ella, gobierno conforme á tus disposiciones, mientras esta vieja carraca obedezca al timón.

—En ese caso, mi querido y viejo amigo—dije,—soy de parecer que dejes seguir su curso á los acontecimientos y regreses volando á Havant con un mensaje mío para los que me conocen, diciéndoles que tengan buen ánimo y esperen que se resuelvan todas las dificultades. Ni vos, ni otro hombre alguno puede ayudarme en esta situación, porque estoy resuelto á seguir la suerte de los prisioneros que me acompañan; y, aunque pudiera, no había de abandonarlos. Haced cuanto esté en vuestra mano para confortar el corazón de mi madre y dad mis recuerdos á Zaca-

rías Palmer. Vuestra visita me ha procurado un alegrón ; y otro ha de facilitarles á ellos vuestro regreso después de haberme visto. Así me favoreceréis mejor que estando aquí.

—¡ Voto á tal, si me hace gracia volver sin descargarse un golpe!—refunfuñó.—Sin embargo si ésa es tu voluntad, el asunto ha concluido. Dime, muchacho : ¿ te ha jugado alguna mala pasada aquel altarcón amigo que tenías, tan consumido de costados y con panza de arenque? Porque, si es así, juro por el Todopoderoso que, viejo y todo como soy, mi machete ha de trabar conocimiento con la tizona que lleva pendiente al cinto. Conozco el lugar donde ha anclado y amarrado por proa y popa, al abrigo de los vientos y en espera del cambio de temporal.

—¿ Cómo? ¿ Os referís á Saxon?—pregunté.—¿ De veras sabéis dónde está? Por Dios, hablad bajo, porque la noticia significaría un ascenso y quinientas libras oro para cualquiera de estos soldados que lograra echarle el guante.

—No es probable que puedan hacerlo—repuso Salomón.—Al navegar para acá, anclé por casualidad en un sitio llamado Bruton donde hay una posada, como tantas otras, cuya dueña es una moza de mucha lengua y ojos alegres. Estaba yo bebiendo allí un vaso de cerveza doble, á la hora de costumbre, cuando vinieron á caer mis ojos en un carretero seco y larguirucho, que cargaba en el corral un carro con barriles de cerveza. Mirándole con mayor atención, me pareció que la nariz del hombre, semejante al pico de un gavilán y sus chispeantes ojos de párpados medio arrizados, no me eran desconocidos ; pero cuando le oí jurar entre dientes en holandés puro y castizo, en un momento me vino á la imaginación quién era. Salí al corral y le di una palmadita en la espalda. ¡ Voto á Cristo, muchacho ! Habías de haberle visto retroceder de un salto y bufar como un gato salvaje, con los pelos de la cabeza enteramente

erizados. Sacó un cuchillo de debajo de la blusa, porque sin duda creyó que me proponía ganar el premio ofrecido al que le entregue á los chaquetas rojas. Le dije que su secreto no corría peligro de que yo lo revelara y le pregunté si tenía noticia de que estabas en el cepo. Me respondió que lo sabía y que salía fiador de que no habías de recibir ningún daño, aunque, á la verdad, á mí me pareció que trabajaba con todas sus fuerzas por tender el velamen de su propio navío y no de servir de piloto á otro alguno. Sin embargo, allí le dejé, y allí volveré á hallarle si te ha hecho algún daño.

—No—respondí;—me alegro mucho de que haya encontrado ese refugio. Rompimos nuestra amistad por opinar de diverso modo en un asunto particular; pero no tengo motivos para quejarme de él. Al contrario, me ha mostrado de muchas maneras su afecto y buena voluntad.

—Es listo y astuto como el escribiente de un sobrecargo—observó Salomón.—He visto á Rubén Lockarby, que te manda recuerdos. Sigue todavía en la la litera á causa de la herida; pero le tratan bien. El comandante Ogilvy me dijo que se había interesado tanto por él, que según todas las probabilidades, saldrá absuelto, especialmente porque no tuvo parte en la batalla. En cuanto á ti, cree que sería más fácil obtener el perdón si hubieras peleado con menos brío; pero te tienen por hombre peligroso, sobre todo porque muchos de los rebeldes te manifiestan cariño.

El buen marino continuó en mi compañía hasta hora avanzada de la noche, escuchando mis aventuras y refiriéndome en cambio las hablillas de la aldea, más interesantes para el que está ausente de ella que la elevación y caída de los imperios. Antes de partir sacó de la faltriquera un puñado de monedas de plata, y fué recorriendo los prisioneros para preguntarles lo que necesitaban y aliviar sus sufri-

mientos con algunas piezas y frases rudas de aliento, como las que podían salir de la boca de Salomón.

En la mirada afectuosa y en la honrada expresión del semblante hay un lenguaje que todos los hombres pueden comprender; y, aunque las razones del marino debieron de sonarles á griego á los campesinos de Somerset, éstos le rodearon en el momento de marchar colmándole de bendiciones. Por mi parte, experimenté el mismo efecto que si en nuestra estrecha y pestífera prisión hubiera penetrado una saludable ráfaga de brisa marina, dejándonos consolados y fortalecidos.

A últimos de agosto salieron de Londres los jueces y emprendieron aquel malhadado viaje que causó la pérdida de tantas vidas y haciendas y dejó en los condados del tránsito recuerdos que nunca se borrarán de la memoria de sus habitantes. De día en día, recibíamos noticias referentes á las actuaciones judiciales; porque los guardias se deleitaban en contarlas minuciosamente entre chistes y maldiciones, á fin de que supiéramos lo que nos esperaba y gozáramos, como ellos decían, los placeres anticipados de nuestra condena.

En Winchester la señorita Alicia Lisle que gozaba fama de santidad, fué sentenciada por el presidente del tribunal Jeffreys á ser quemada viva; y los esfuerzos y súplicas de los amigos de la víctima apenas lograron del juez la mezquina gracia de substituir el hacha por el haz de leña. La hermosa cabeza de la señorita Alicia fué separada del tronco entre los gemidos y lamentos de una llorosa multitud en la plaza de la ciudad.

La carnicería se ejecutó al por mayor en Dorchester. Trescientos de los acusados fueron condenados á muerte, pena que se aplicó de hecho á setenta y cuatro, hasta que los hacendados *torys* más leales de la comarca se quejaron de que por todas partes no se veían más que cadáveres de ahorcados. Desde

allí los jueces pasaron á Exeter y posteriormente á Taunton, á donde llegaron en la primera semana de septiembre, como bestias furiosas y embravecidas que después de haber probado la sangre, no podían calmar su sed insaciable. Nadie diría que eran seres racionales, capaces de discernir los diversos grados de culpabilidad y de absolver al inocente separándole del culpable.

La crueldad de los jefes halló campo abonado en que producir sus frutos, porque solamente en Taunton había un millar de infelices prisioneros, muchos de los cuales estaban tan poco ejercitados en expresar sus pensamientos y tropezaban con tantas dificultades para ello en el extraño dialecto en que se expresaban, que pudieron ser considerados como mudos en cuanto á las probabilidades de hacer comprender al juez y á los magistrados las excusas que podían alegar en su favor.

El presidente del tribunal hizo su entrada en Taunton un lunes por la tarde, y yo le vi pasar desde una de las ventanas del cuarto en que estábamos encerrados. Rompían la marcha los dragones con sus banderas y atabales; seguían á continuación los piqueros con sus alabardas y detrás de ellos iba una hilera de coches llenos de altos dignatarios de la ley. Al final, avanzaba una gran carroza abierta, tirada por seis yeguas flamencas de larga cola y adornada con incrustaciones de oro; y en este lujoso vehículo aparecía reclinado entre cojines de terciopelo el infame juez, envuelto en una toga de triple seda carmesí y adornada la cabeza con espléndida peluca blanca que le caía sobre los hombros.

Dícese que usaba el color escarlata á fin de infundir terror en el corazón del pueblo, y que para el mismo fin había mandado tapizar de rojo la sala del tribunal. Por lo que se refiere á su persona, siempre había tenido la costumbre de usar ese color; y la perversidad de sus instintos era ya proverbial entre toda

clase de personas, que le pintaban como á hombre de expresión y facciones tan monstruosas como su alma. Sin embargo, esto último carece de fundamento. Al contrario, Jeffreys debió de ser extraordinariamente hermoso en su juventud (1).

No tenía, en verdad, muchos años cuando yo le vi ; pero la relajación y mala vida habían dejado profundas huellas en su continente, sin destruir del todo la regularidad y belleza de sus facciones. Por el color parecía meridional más bien que inglés, con ojos negros y tez morena. Su expresión era altiva y noble ; pero estaba dotado de un temperamento tan irascible, que la menor contrariedad ó molestia le ponía frenético, y sus ojos despedían un brillo siniestro mientras echaba espumarajos por la boca. Una vez le he visto en ese estado, temblándole el rostro como si le hubiera acometido un accidente de epilepsia. Tan escaso era el dominio que tenía de sus emociones de otra índole, que, según me han contado, cualquier cosilla bastaba para hacerle sollozar y llorar, especialmente por cualquier insignificante desdén recibido de sus superiores.

A mi juicio, era hombre de extraordinarias facultades tanto para el bien como para el mal ; pero á fuerza de halagar las peores inclinaciones de su naturaleza despreciando el ejercicio de las buenas cualidades, llegó á convertirse en una bestia tan dañina como puede serlo un hombre degenerado. Mal gobierno era sin duda aquel que confirió uno de los cargos más elevados de la magistratura á un ser tan abyecto y maldiciente. Mientras pasaba su carruaje, un caballero *tory* que cabalgaba al estribo del mismo señaló á la atención del juez las caras de los prisioneros.

(1) El retrato de Jeffreys, que se conserva en la Galería Nacional de retratos confirma ampliamente las observaciones de Miguel Clarke. Su figura es la más hermosa de toda la colección.

neros que le estaban mirando. Echóles una rápida mirada, sonriendo maliciosamente; y luego se reclinó otra vez en el carruaje. Pude observar que ninguno de los curiosos se descubrió al verle y que hasta los rudos soldados parecían contemplarle con un sentimiento, mezcla de terror y de disgusto, al modo que un león contemplaría á un despreciable vampiro que se cebara en la presa cazada por él.

XV

DEL DIABLO DE TOGA Y PELUCA

Los preparativos para las ejecuciones comenzaron inmediatamente. Aquella misma noche se construyó un gran patíbulo al lado de la *Posada del Ciervo Blanco*. Durante horas y horas, pudimos oír el ruido del martillo y de la sierra, mezclado con las voces y los chistes obscenos del personal que formaba el séquito del juez, y estaba á la sazón de parranda con los oficiales del regimiento de Tangiers frente á la pieza de la prisión que dominaba la horca. Entre los prisioneros se pasó la noche orando y meditando; y los más animosos exhortaban á sus hermanos á portarse como hombres, caminando al patíbulo con serenidad que pudiera servir de ejemplo á los verdaderos protestantes en todo el mundo.

Los ministros puritanos habían sido ahorcados inmediatamente después de la batalla; pero quedaban unos cuantos que se encargaron de sostener el valor de sus feligreses y darles ejemplos en el patíbulo. Nunca he visto nada tan admirable como la serena y alegre tranquilidad con que aquellos patanes arrostraron su fatal destino. El valor que habían demostrado en el campo de batalla palideció ante el que demostraron en el degolladero de la ley. De esta suerte, entre el profundo murmullo de las plegarias

y súplicas de misericordia elevadas á Dios por lenguas que jamás la imploraron de los hombres, apuntó la claridad de la mañana, de la última mañana que muchos de nosotros habían de pasar en la tierra.

El tribunal debió haber comenzado á funcionar á las nueve ; pero el milord Presidente se encontraba indispuesto, por haber estado hablando hasta hora avanzada con el coronel Kirke. Eran cerca de las once cuando los heraldos y pregoneros anunciaron que había tomado asiento en el tribunal. Mis compañeros de prisión fueron llamados uno á uno por sus nombres, comenzando por los más prominentes. Salieron de entre nosotros recibiendo numerosos apretones de manos y bendiciones, y no volvimos á oír nada de ellos, como no fuera un súbito redoble de tambores que sonaba de cuando en cuando para ahogar, según nos dijeron los guardias, las últimas palabras de los condenados á muerte, evitando así que fueran recogidas por el público.

Aquel conjunto de mártires salió al encuentro de la muerte con paso firme y alegre semblante, desfilando uno tras otro durante aquel largo día de otoño, hasta que los rudos soldados de la guardia permanecieron silenciosos y admirados en presencia de un valor que no podían menos de reconocer como más elevado y noble que el suyo. Mucha gente pudo denominar juicio criminal las formalidades con ellos usadas ; y juicio fué en realidad, aunque no en el sentido en que lo entendemos los ingleses. En substancia se redujo á arrastrarlos violentamente llevándolos á presencia del juez y á insultarlos antes de hacerles sufrir la última pena.

La sala del tribunal era el espinoso sendero que conducía al patíbulo. ¿De qué servía la comparecencia de un testigo, si se le aturdía á gritos, insultos y amenazas por el presidente del tribunal que vociferaba y juraba de tal modo que podían oír sus gritos los atemorizados vecinos de Fore Street? He oído á

personas dignas de entero crédito que Jeffreys se encolerizaba como un endemoniado, brillándole los negros ojos con tal saña vengativa, que apenas parecía humana.

Los jurados temblaban en su presencia como ante un bicho venenoso, cada vez que fijaba en ellos su siniestra mirada. De cuando en cuando, según me han contado, su furor tomaba un sesgo más terrible, echándose atrás en su asiento y prorrumpiendo en histéricas carcajadas, hasta que las lágrimas corrían abundantemente por su rostro. En este primer día fueron ejecutados ó condenados á muerte cerca de cien prisioneros.

Habia yo esperado que me llamaran á comparecer entre los primeros de la lista, y así hubiera sucedido indudablemente á no ser por los esfuerzos del comandante Ogilvy. El hecho es que pasó el segundo día y eché de ver que no se acordaban de mí. Durante los dos días siguientes disminuyó el número de ejecuciones, no porque se despertara en el juez ningún sentimiento de piedad, sino porque los grandes propietarios *torys* y los principales defensores del gobierno, movidos á compasión, se rebelaron contra aquella carnicería ejecutada en hombres indefensos. A no ser por la influencia ejercida en el juez por esos elementos, no me cabe la menor duda de que Jeffreys hubiera ahorcado á todos los mil cien prisioneros que había en Taunton. Así y todo, sucumbieron doscientos cincuenta, víctimas de aquel monstruo, sediento de sangre humana.

Al octavo día de haber comenzado sus sesiones el tribunal, sólo quedábamos en el almacén de lana cincuenta prisioneros. Ultimamente los acusados habían comparecido en grupos de diez y veinte; pero á la sazón se nos llevó á todos de una vez con la correspondiente escolta, siendo introducidos en la sala cuantos cabían en ella, mientras los restantes aguardaban en la antecámara del salón como terneras en el mer-

cado. El juez descansaba reclinado en un sillón bajo un dosel de color escarlata, y tenía á sus lados otros dos jueces en asientos colocados á menor altura.

A la derecha estaba el cuerpo de jurados compuesto de doce sujetos, cuidadosamente escogidos, *torys* de la antigua escuela, defensores inflexibles de las doctrinas de la no-resistencia y del derecho divino de los reyes. Habíase puesto gran cuidado por los agentes de la Corona en la elección de estos hombres; de modo que no se contaba entre ellos uno que no fuera capaz de sentenciar á muerte á su mismo padre si recaían sobre él sospechas de inclinarse á favor de los presbiterianos ó del partido *whig*.

Frente al juez había una ancha mesa, cubierta de verde tapete y llena de papeles. A mano derecha de la misma se veía un grupo numeroso de abogados de la Corona, de semblante torvo y austero, y cada uno de ellos ojeaba con ansia los documentos que tenía en la mano pasando y repasando las hojas, como si estuvieran siguiendo la pista que había de servirles para cazar á sus víctimas.

Al otro lado de la mesa se sentaba un curial joven, de semblante sano y fresco; y los movimientos nerviosos que imprimía á su peluca y toga de seda indicaban especial inquietud. Era el abogado Helstrop, que la clemencia de la Corona nos había otorgado por defensor, para que nadie osara decir que se nos había juzgado sin cumplir con todos los requisitos legales. Lo restante de la sala estaba ocupado por empleados subalternos de los ministros de justicia y por soldados de la guarnición, que habían tomado el local por sitio de pasatiempo considerando el espectáculo como una especie de deporte barato y prorrumpiendo en carcajadas al oír las groseras burlas y jocosidades del presidente.

Después que el notario hubo expuesto en la forma acostumbrada que los que estábamos en la barra, después de haber perdido el temor de Dios, nos ha-

bíamos reunido facciosamente y hecho traición á Su Majestad con todos los demás cargos de rebeldía, ataque á la fuerza pública y proclamación de un soberano ilegítimo, el presidente de la sala procedió á tomar el asunto por su cuenta.

—Espero que estos males queden corregidos de una vez y para siempre—comenzó.—Confío en que no ha de ser necesario en lo futuro que se constituya nuevamente el tribunal en este edificio. ¿Dónde se ha visto jamás reunidos tantos criminales en una misma sala? ¿Quién ha tenido nunca delante de sí una multitud tan numerosa de traidores? ¡Ah, canallas, ya está preparada una cuerda para cada uno de vosotros! ¿No teméis el juicio divino? ¿No teméis el fuego del infierno? Oíd, vos, el de la barba gris que está en el rincón, ¿cómo se explica, infame, que la gracia de Dios os haya abandonado hasta el punto de hacer armas contra vuestro magnánimo y bondadoso monarca?

—Yo he seguido los dictámenes de mi conciencia, milord—respondió el honrado tejedor de Wellington, á quien hablaba el juez.

—¡ Los dictámenes de su conciencia!—aulló Jeffreys.—¡ Tiene que ver un fanático demagogo con conciencia! ¿Qué habéis hecho de ella durante los dos meses últimos, grandísimo granuja? De poco os va á valer esa conciencia, pillastre, cuando dancéis en el aire con una cuerda al cuello. ¿Hase visto nunca semejante perversidad? ¿Hubo en ninguna parte del mundo desvergüenza y cinismo como éstos? Y vos, grosero patán, ¿no sabéis siquiera bajar los ojos con respeto en lugar de mirar cara á cara á los ministros de justicia, como si fuerais un hombre honrado? ¿No tenéis miedo ninguno á la horca que os aguarda?

—Antes de ahora, milord, había pensado en ella y no la temí—respondió el interpelado.

—¡ Generación de víboras!—exclamó tendiendo los brazos.—¡ Rebelarse contra el padre más cariñoso

y el mejor de los reyes!... Notario, procurad que mis palabras consten en autos. ¡El más indulgente de los soberanos!... A los hijos desobedientes y díscolos hay que reducirlos á la obediencia con la vara.—Y al llegar aquí hizo una mueca feroz.—El rey quiere evitar á vuestros padres naturales que se molesten en cuidar de vosotros. Si lo hubieran hecho á su tiempo, sin duda os habrían imbuído principios más sanos. Tunantes, vamos á trataros con misericordia... ¡Qué misericordia tan mal empleada! ¿Cuántos tenemos aquí, señor juez?

—Cincuenta y uno, milord.

—¡Terrible caterva de villanos! Cincuenta y un malvados de lo más perdido que se reunió jamás en rastra de malhechores. ¡Qué enorme masa de corrupción! ¿Quién defiende á estos miserables?

—Yo defendiendo á los prisioneros, señor—replicó el abogado joven.

—¡Ah, maese Helstrop, maese Helstrop!—exclamó Jeffreys, sacudiendo su gran peluca hasta que perdió la mayor parte del polvo que tenía;—¿en causas tan malas como la presente empleáis vuestros talentos, maese Helstrop? Pudiera suceder que se os fuera la lengua, señor letrado. A veces se me figura que os veo también en el banquillo. Quizá no tardéis en necesitar la ayuda de un señor togado, maese Helstrop. ¡Cuidado, pues! ¡Mucho cuidado!

—El mandamiento que tengo es de la Corona, señor—respondió el abogado con voz temblorosa.

—¡A mí no se me contesta de ese modo!—vociferó Jeffreys con los negros ojos brillando de cólera. —¿Voy á consentir que se me insulte en mi tribunal? ¡No faltaba más que cualquier abogadillo de tres al cuarto, prevalido de la peluca y la toga que adquirió por casualidad, se atreviera á faltar al respeto al presidente de la sala y á querer eludir sus justas observaciones! ¡Ay, señor letrado! Mucho temo que os va á sobrevenir alguna desgracia.

—Pido perdón á Su Señoría—impetró lleno de miedo el defensor, con la cara más blanca que el papel que tenía en la mano.

—¡Cuidad mucho de lo que decís y hacéis!—repuso Jeffreys con voz amenazadora.—Y guardaos de mostrar excesivo celo á favor de esta gente que es la hez de la sociedad. Y bien : ¿qué pretenden alegar en su favor estos cincuenta y un malvados? ¿Qué invenciones mentirosas tienen que exponer? Señores del jurado, os ruego que fijéis la atención en la cara de asesinos que tienen esos hombres. Con gran acierto el coronel Kirke ha puesto en el tribunal una guardia suficiente ; porque ni los ministros de justicia ni los templos están seguros en manos de estos facinerosos.

—Cuarenta de los reos desean confesarse culpables de haber tomado las armas contra el rey—replicó nuestro abogado.

—¡Qué horror!—exclamó el juez.—Esta impudencia no tiene semejanza en la historia. Esta desvergüenza supera á todo lo que es dable concebir. ¿Es posible que se confiesen culpables, en lugar de mostrar su arrepentimiento por haber faltado al más benigno y paciente de todos los monarcas? Tomad nota de esas palabras, notario.

—Se han negado á dar ninguna prueba de arrepentimiento, señor—repuso el defensor.

—¿Eso más? ¡Ah, parricidas, malvados sin pudor!—exclamó el juez.—Poned á esos cuarenta á un lado para que los veamos bien. ¡Ahí los tenéis, señores! ¿Habéis visto en toda vuestra vida una banda semejante de perversos? Contemplad cómo la vileza y el crimen se atreven á presentarse con la cabeza erguida. ¡Oh, monstruos endurecidos! Y los otros once, ¿cómo pueden esperar que demos crédito á una hipocresía tan manifiesta, á un disimulo palpable? ¿Cómo intentan eludir el rigor del tribunal?

—Milord, todavía no han expuesto nada en su defensa—tartamudeó el abogado.

—Pero yo rastreo la mentira antes que la profieran los labios—replicó el juez sin deponer la violencia de su tono.—Puedo leerla en los semblantes tan pronto como se conciba interiormente. Adelante, adelante, que los momentos son preciosos. Exponed vuestra defensa, ó sentaos para que falle el tribunal.

—Estos hombres, milord—repuso tembloroso el letrado,—estos once hombres, señor...

—¡ Once diablos, milord! —interrumpió Jeffreys.

—Son labriegos inocentes, milord, que aman á Dios y al rey, y no se han mezclado para nada en las últimas revueltas. Han sido arrancados de sus hogares, no porque hubiera sospecha alguna contra ellos, sino porque no pudieron satisfacer la avaricia de ciertos soldados que se dedicaban al saqueo en...

—¡ Oh, vergüenza inaudita! —exclamó Jeffreys con voz de trueno.—¡ Oh, infamia increíble, maese Helstrop! ¿No estáis satisfecho con apoyar la felonía de los rebeldes que os propasáis á denigrar á las tropas del rey? ¿A dónde vamos á parar? Pero acabemos de una vez. ¿A qué se reduce la defensa de estos canallas?

—A probar la coartada, señor.

—¡ Ya! El recurso obligado de todos los pillos. ¿Tienen testigos?

—Aquí hay una lista de cuarenta, milord. Están esperando abajo; y muchos de ellos han venido de puntos muy distantes y pasando grandes fatigas y trabajos.

—¿Quiénes son? ¿Qué clase de gente es?—interrogó Jeffreys.

—Campesinos, señor, jornaleros y labradores, vecinos de esos infelices que los conocen bien y pueden dar abundantes informes.

—¡ Labriegos y cultivadores! —exclamó el juez desdeñosamente.—Por tanto, pertenecen á la misma

clase que los reos. ¿Querríais hacernos creer en el juramento de quienes profesan las ideas *whigs*, ó están afiliados al presbiterianismo ó á la fanática secta de declamadores del condado de Somerset, compañeros y compadres de los que están sometidos á nuestro tribunal? Estoy seguro de que han amañado las declaraciones bebiendo juntitos sus potes de cerveza. ¡Valientes pillos!

—¿No quiere Su Señoría oír á los testigos?—preguntó nuestro abogado, como avergonzándose de sentirse herido por tal ultraje en su escasa dignidad de hombre.

—Ni una palabra, señor letrado—dijo Jeffreys.—Todavía estoy dudando si los deberes que me impone la lealtad á mi rey y bondadoso señor... escribid bien claro, notario, eso de «bondadoso señor»... no me autorizan á poner en la barra á todos vuestros testigos, como cooperadores y encubridores del crimen de traición.

—Con perdón de Su Señoría—dijo uno de los prisioneros;—yo tengo por testigos al señor Johnson, de Nether Stowey, que es un buen *tory*, y también al señor Shepperton, el cura.

—Poco les honra á esos señores aparecer en una causa como ésta—replicó Jeffreys.—¿Qué vamos á decir, señores del jurado, cuando vemos que hacendados de la comarca é individuos del clero y de la iglesia oficial apoyan de esta manera la rebeldía y la traición? Sin duda, se acercan los días apocalípticos. Vos sois un *whig* de lo más peligroso y maligno que se conoce, cuando habéis seducido á esas buenas personas haciéndolas faltar á su deber.

—Pero oíd, milord—interpuso uno de los prisioneros.

—¿Oíros á vos, gañán desvergonzado?—interrogó furioso el juez.—No tenemos que oír ya nada. ¿Pensáis acaso que habéis vuelto á vuestro conventículo para atreveros á levantar la voz de ese modo?

¡ Oíros á vos ! ¡ Vaya ! Ya os oiremos cuando estéis amarrado al extremo de una cuerda antes de muchos días.

—Trabajo nos cuesta creer, señor presidente—dijo uno de los abogados de la Corona poniéndose de pie mientras revolvía un montón de papeles ;—trabajo nos cuesta creer, repito, que el tribunal del rey necesite llevar á cabo indagatoria ninguna para establecer la verdad de los hechos en ningún caso. Ya hemos oído la relación completa de esta criminal y execrable tentativa en repetidas ocasiones. Los acusados que están en la barra ante Su Señoría han confesado casi todos su crimen, y entre los demás no se encuentra uno que nos haya expuesto razones sólidas en pro de su inocencia. Por tanto, los señores magistrados opinan unánimemente que se requiera sin más dilación al jurado á que pronuncie un solo é idéntico veredicto sobre todos los prisioneros.

—¿ Que es... ? —preguntó Jeffreys echando una mirada al presidente del tribunal de hecho.

—De culpabilidad, señor—respondió el interrogado sonriendo, mientras sus compañeros asentían con la cabeza y se reían mirándose unos á otros.

—¡ Por supuesto, por supuesto ! Sin duda son culpables como Judas Iscariote—afirmó el juez mirando con maligna alegría el grupo de campesinos y artesanos que estaban ante él.—Ujieres, haced que se acerquen un poco más para que pueda verlos mejor. ¿ Qué decís ahora, canalla astuta ? ¿ No estáis convictos y en manos de la justicia ? ¿ Por dónde vais á escapar ? ¿ No veis el infierno abierto á vuestros pies ? ¿ No sentís el terror de la muerte ? Pronto, muy pronto, vais á recibir la última absolución.

El juez parecía un demonio en figura de hombre, porque mientras hablaba sonreía de una manera cruel y teceleaba con aire de complacencia en el rojo cojín que tenía delante. Eché una mirada á mis compañeros y vi que sus rostros parecían cincelados en

mármol. Si esperaba el presidente del tribunal haber arrancado lágrimas ó inspirado temor, no gozó de tal satisfacción.

—Si fuera cosa mía—añadió Jeffreys,—ninguno de vosotros escaparía de la horca. Sí; si dependiera de mí y pudiera obrar con independecia, algunas conciencias delicadas, algunos espíritus que se pican de sensibles y humanitarios, alardeando de servir al rey, mientras interceden por sus peores enemigos, habían de acordarse de las sesiones que el tribunal ha celebrado en Taunton. ¡Oh, hijos rebeldes é ingratos! ¿No sabéis que vuestro benigno y clementísimo soberano, que es el mejor de todos los hombres...—poned eso en el atestado, notario...—cediendo á los ruegos del ilustre y piadoso hombre de gobierno, lord Sunderland—apuntadlo, notario—ha tenido compasión de vosotros? ¿Ni siquiera este rasgo de magnanimidad os llega al alma moviéndoos á humillaros y confundiros? En cuanto á mí, confieso que al pensar en él (al llegar á este punto el juez se interrumpió súbitamente y prorrumpió en sollozos mientras las lágrimas corrían por sus mejillas), cuando pienso en la paciencia cristiana, en la inefable compasión de nuestro soberano, no puedo menos de acordarme del gran Juez, ante quien todos nosotros — y hasta yo mismo — tendremos que rendir cuenta algún día. ¿Lo repetiré otra vez, notario, ó lo habéis escrito ya?

—Ya lo tengo escrito, señor.

—Entonces poned «sollozos» en el margen. Conviene que el rey conozca nuestra opinión en tales asuntos... Sabed, pues, monstruosos rebeldes y traidores, que este buen padre á quien habéis despreciado se ha interpuesto entre vosotros y el rigor de la ley. Por orden suya retiramos el castigo que habéis merecido. Si sois capaces de orar, y si vuestros infernales conventículos no han despojado á vuestras almas de todos los auxilios del Cielo, caed de rodillas

y dad gracias al Todopoderoso al saber que vuestro paternal monarca manda absolveros libremente.

Entonces el juez se levantó de su asiento en ademán de descender del tribunal; y nosotros nos quedamos mirando asombrados de aquella imprevista terminación del juicio. Los soldados y curiales se mostraron igualmente sorprendidos, y los pocos aldeanos que se habían atrevido á penetrar en el recinto de la sala, prorrumpieron en murmullos de alegría y aprobación.

—Este perdón, empero—continuó Jeffreys, volviéndose á nosotros mientras sonreía maliciosamente,—va acompañado de ciertos requisitos y limitaciones. Todos vosotros seréis trasladados de aquí á Poole, cargados de cadenas; y allí hallaréis un navío que os está esperando. Embarcaréis con varios otros, y á expensas del rey, seréis conducidos á los ingenios y plantaciones de América para venderos en ellas como esclavos. Dios os depare dueños que, mediante el empleo del látigo y la vara, ablanden vuestros ánimos empedernidos, inclinándolos á cosas mejores.

Después de esto, el presidente iba á dar por terminado el acto, cuando uno de los abogados de la Corona murmuró breves palabras á su oído.

—Tenéis razón, amigo—respondió el juez en voz alta.—Se me había olvidado advertir una cosa. Ujieres, traedme á los prisioneros. Tal vez creáis que con el nombre de plantaciones designo los dominios de Su Majestad en América. Por desgracia hay ya en ellos muchos de vuestra misma ralea, é iriais á caer entre amigos que tal vez os confirmaran en vuestras erróneas ideas y malos caminos poniendo en grave peligro vuestra salvación. Con la palabra «plantaciones» quiero significar la isla de Barbadas y las Indias, donde viviréis con los demás esclavos, cuyas pieles tal vez sean más negras que las vuestras, pero cuyas almas aventajan en blancura á las de criminales como vosotros.

Con esta cariñosa perorata terminó el juicio; é inmediatamente se nos condujo por las calles repletas de gentío á la prisión de donde nos habían sacado. A un lado y otro de la calle, pudimos ver, al pasar, los cadáveres de nuestros antiguos compañeros que pendían de la horca, y cuyos rostros parecían hacernos una mueca burlona, por encima de las picas y del patíbulo.

Ninguna región salvaje del corazón del Africa pagana hubiera presentado un aspecto más terrible que el de la antigua ciudad inglesa de Taunton, después que Jeffreys y Kirke dispusieron de ella á su antojo. Percibíase en el ambiente algo fatal y mortífero, y la población se mostraba silenciosa y sobrecogida, sin atreverse á llevar luto por las víctimas sacrificadas, temiendo que se tradujera por un acto de traición.

Apenas habíamos regresado al almacén de lanas, cuando entró un pelotón de guardias con un sargento, escoltando á un individuo de elevada estatura y pálido rostro en el que resaltaba una dentadura desigual y saliente, vestido de casaca azul y blancos calzones de seda, con espada de puño dorado y brillantes hebillas en los zapatos; prendas que le presentaban como á uno de esos *exquisitos* de Londres, atraídos por el interés ó la curiosidad al lugar de la rebelión. El forastero andaba de puntillas, como un maestro francés de baile, agitando el perfumado pañuelo frente á su fina y prominente nariz y aspirando sales aromáticas de un frasquito azul que llevaba en la mano izquierda.

—¡Pardiez! — exclamó; — el tufo que despiden estos repugnantes patanes corta el aliento. ¡Sí, por cierto, pardiez! Que me hagan picadillo, si me hubiera aventurado á meterme entre esta gente á no hallarme en situación tan crítica. ¿Hay peligro de tifus, sargento? ¿Eh, qué decís?

—Todos están fuertes como rocas, honorable señor—dijo el suboficial, saludando.

—¡Je! ¡je!—repuso el *exquisito* con aguda risa de tiple.—No tendréis con frecuencia visitas de personas de calidad; lo juraría. ¡El negocio, sargento, el negocio! *Auri sacra fames...* ¿Recordáis el verso de Virgilio Maron, sargento?

—Nunca he oído hablar á ese caballero, señor... al menos no figura entre mis conocidos—dijo el sargento.

—¡Je! ¡je! ¿Nunca le habéis oído hablar, eh? ¡Qué bueno sería esto para contarlo á mis amigos, en Slaughter, sargento! Seguramente había de hacerlos desternillar de risa. Es cosa particular, ¡canario! que cuando me aventuro á contar alguna historia en el círculo, los oyentes se quejan de que no se les sirve bien, porque los mozos se ríen de tal modo que abandonan el cumplimiento de su deber. Pero ¡recarambitina! ésta es una pandilla de lo más repugnante y malvado. Mandad que se acerquen los mosqueteros, sargento, no sea que se tiren á mí.

—Nosotros lo evitaremos, honorable señor.

—Tengo concedida una docena de ellos, y el capitán Pogran me ha ofrecido muchos más á razón de doce libras por cabeza. Pero los quiero musculosos y fuertes, porque el viaje mata á muchos, sargento, y el clima deja también sentir sus efectos. Aquí hay uno que me conviene. Sí, verdaderamente es joven y hay en él vida y robustez. ¡Ponedle á parte, sargento, ponédle á parte!

—Se llama Clarke—dijo el soldado.—Ya he tomado nota de él.

—Si éste es el sacristán, ahora necesitamos el cura para completar el juego—añadió el lechuguino aplicando nuevamente el frasquito á las narices.—¿Comprendéis el chiste, sargento? ¡Je! ¡je! ¿Alcanza á tanto vuestro torpe ingenio? ¡Voto al chápiro verde! Nadie dirá que no soy hombre fácil de

contentar. Allí hay otro de rostro moreno que podéis apuntarme también. Ponedle aparte. ¡ Calle! me hace señas con la mano. ¡ Alerta, sargento! ¿ Dónde está mi frasquito de sales? ¿ Qué es ello, hombre, qué es ello?

—Con permiso—dijo el joven campesino,—si acaso me habéis escogido para entrar en la cuenta, espero que elijáis también á mi padre que es aquel hombre de más allá, para que vaya con nosotros.

—¡ Puah!—exclamó el elegante;—es una pretensión imposible, de todo punto imposible. ¡ A quién se le ocurre! El honor me lo prohíbe. De ningún modo puedo sustraer ningún hombre á mi buen amigo el capitán Pogran. ¡ Uf! ¡ Abrenuncio! Que me abran en canal si no había de decir que le había estafado. Aquel tipo fornido de pelo rojo, sargento. Los negros van á creer que está pintado. Esos, con los seis gañanes, completan mi docena.

—Os lleváis lo mejorcito—observó el sargento.

—¡ Que reviente si no tengo una vista de primera, lo mismo para caballos que para hombres ó mujeres! A mí no se me escapa nunca lo mejor. Doce por doce, sargento, hacen cerca de ciento cincuenta libras; y todo, por cuatro palabras, amigo, por cuatro palabras. No he hecho más que enviar á mi mujer, que es infernalmente hermosa, fijaos bien, y viste á la moda, á mi buen amigo el secretario para pedirle algunos rebeldes. «¿ Cuántos?» preguntó él. «Una docena bastarán», respondió mi esposa. El asunto quedó despachado de una plumada. ¡ Qué estúpida! ¡ No haber pedido un centenar! Pero, ¿ qué es esto, sargento? ¿ qué es esto?

Un sujeto pequeño, vivaracho y de semblante rojo como una manzana, vestido de rendigote y botas de montar, había penetrado en el depósito de lanas, pisando fuerte, con aire autoritario, arrastrando un espadón antiguo y con una fusta en la mano.

—¡ Felices, sargento!—dijo con voz fuerte é im-

periosa.—Tal vez me habéis oído nombrar. Soy maese Juan Wooton de La Casa Señorial de Langmere, cerca de Dulverton y he luchado con tanto empeño por el rey, que el mismo señor Godolphin ha dicho de mí en la Cámara de los Comunes que soy una de las columnas locales del Estado. Esas fueron textualmente sus palabras. ¡De primera! ¿No es verdad? Columnas, reparad bien: la idea supone que el Estado es, como si dijéramos, un palacio ó un templo y los ciudadanos leales, entre los que me cuento, otras tantas columnas. Yo soy una columna local, sargento, y he recibido autorización regia para escoger entre vuestros prisioneros, diez pícaros de los más fornidos para venderlos, obteniendo así el premio á mis sacrificios. Presentadlos, por tanto, á fin de que pueda elegir.

—En ese caso, señor, los dos traemos el mismo asunto—observó el londinense, inclinándose con la mano sobre el corazón, hasta que la espada se levantó apuntando al techo.—El honorable caballero, Jorge Dawnish, á vuestras órdenes. ¡Vuestro muy humilde y devoto servidor! Mandad en la forma que queráis. Me congratulo y felicito, señor, de haber conocido á persona tan distinguida. ¡Hem!

El rico hacendado de la campiña pareció algo sorprendido ante aquel turbión de cumplimientos londinenses.

—¡Ejem, señor! ¡Bien, señor!—respondió inclinando la cabeza.—Me alegro de verle, caballero—y volviéndose á un lado, añadió entre dientes:—¡qué abominablemente me ha salido el saludo! Pero, ¿dónde están esos hombres, sargento? El tiempo urge, porque mañana es el mercado de Shepton, y me gustaría echar un segundo vistazo al ganado antes de llevarle á vender. Allí hay uno fuerte como un toro. Me quedo con él.

—Perdonad, le tengo ya escogido—observó el cortesano.—¡Lo siento verdaderamente, córcholis!

—Entonces, éste—añadió el otro apuntando con el látigo.

—También es mío. ¡Je! ¡je! ¡je! ¡Vaya que es chusco!

—¡Acabemos, porra! ¿Cuántos son vuestros?—preguntó el ricacho de Dulverton.

—Una docena. ¡Je! ¡je! una docena justa. Todos los que están en este lado. La flor y nata, amigo, la crema de la cuadrilla. Ya sabéis el antiguo adagio: «el que primero llega...»

—Es una desgracia—exclamó acalorado el propietario;—una desgracia y una vergüenza. Nosotros somos los que hemos de pelear por el rey y arriesgar nuestras vidas, y luego, cuando la campaña ha concluído llega con sus manos limpias una caterva de lacayos de servicio y arramblan lo mejor, dejándoos con un palmo de boca abierta.

—¡Lacayos de servicio, señor!—chilló el *exquisito*.—¡Canario! ¡Recanario! Esto es una injuria que lastima mi honor. Yo he visto correr la sangre, señor, y andar á cuchilladas con menor motivo. ¡Retractaos, caballero, retractaos!

—¡Largaos pronto, maniquí!—exclamó el otro desdenosamente.—Habéis venido como los buitres al olor de la carnuza, después de haberse terminado la pelea. ¿Se os ha mentado á vos ni siquiera una vez en pleno Parlamento? ¿Sois acaso una columna local? ¡Largo, largo, monigote de sastrería!

—¡Calle el insolente destripaterrones!—replicó furioso el elegante.—¡Patán desvergonzado! La única columna local que habéis merecido conocer es la de la picota. ¡Mirad, sargento, ahora pone mano á la espada! Detenedle, sargento, detenedle, porque de otro modo, no tendré más remedio que lastimarle.

—No, caballeros—interpuso el suboficial.—Esta contienda no debe continuar aquí. En la cárcel no queremos camorras. Pero allá fuera hay un lugar cubierto de césped y perfectamente llano con todo el

espacio que un caballero puede desear, para despa-
charse á su gusto.

Esta proposición por el momento no pareció agrada-
dar á ninguno de los dos contendientes, los cuales,
sin embargo, prometieron encontrarse antes de po-
nerse el sol. Nuestro amo, como fundadamente puedo
llamar al elegante, partió al fin, y el rico hacenda-
do, después de elegir diez prisioneros, se alejó, echan-
do pestes contra los cortesanos, los londinenses, el
sargento, los prisioneros, y sobre todo contra la in-
gratitud del Gobierno que tan mal había premiado
sus sacrificios.

Esta escena no fué más que la primera de una
serie prolongada; porque el Gobierno, en su deseo
de satisfacer las reclamaciones de sus partidarios,
había prometido muchos más prisioneros de los que
había. Con profundo dolor debo decir que vi no so-
lamente hombres sino también mujeres de mi país y
hasta señoras de título retorcerse las manos y lamen-
tarse de no haber podido obtener ningún labriego de
Somersetshire para venderlo como esclavo. De hecho
no se avenían á soportar que sus reclamaciones al
Gobierno no les dieran derecho para apoderarse de
cualquier campesino que encontraran á su paso y
venderle entre los que iban embarcados, con destino
á las plantaciones de América.

Bien, mis queridos nietos, noche tras noche, du-
rante este largo y fatigoso invierno, habéis retrocedi-
do conmigo á tiempos pasados y contemplado esce-
nas, cuyos actores duermen ya el sueño eterno bajo
el césped del camposanto, excepto quizá algún que
otro superviviente, de cabello estrecano, como yo,
que podrá recordar los acontecimientos. Tengo en-
tendido que tú, José, has ido escribiendo todas las
mañanas lo que me oías referir la noche anterior.
Conviene que lo hayas hecho así, porque tus hijos y
los hijos de tus hijos podrán hallar algún interés en
ese relato, y aun quizá enorgullecerse sabiendo que

sus antepasados desempeñaron importante papel en las escenas descritas.

Mas al presente que se acerca la primavera, y la nieve desaparece de los campos, podréis hacer otras cosas mejores que escuchar sentados las historias de un gárrulo viejo. Decís que *no*, moviendo las cabezas, pero verdaderamente esos tiernos miembros necesitan adquirir fuerza y robustez con el ejercicio; cosa que no se obtiene alrededor del hogar. Fuera de eso, mi relato camina rápidamente á su término, porque nunca he intentado referiros más que los sucesos relacionados con el levantamiento de Occidente.

Si la conclusión ha sido árida y desagradable, y si la contienda no terminó con volteo de campanas y apretones de manos, como muchos cuentos de vuestros libros amenos, debéis echar la culpa á la historia y no á mí. Porque la Verdad es una señora muy grave y cuando se ha emprendido el camino con ella, es preciso continuar por los parajes que le plazca recorrer, aunque no reúnan la amenidad y condiciones necesarias para convertir el áspero desierto del mundo en los maravillosos jardines de las *Mil y una Noches*.

Tres días después de haber sido juzgados por el tribunal se nos colocó en la calle del Norte frente al castillo con otros prisioneros que habían de compartir su suerte con nosotros. Fuimos puestos en orden, de cuatro en fondo, atando con una cuerda á los de cada fila, de las que pude contar cincuenta, de modo que el total de prisioneros ascendía á doscientos. A un lado y otro cabalgaban dragones, y delante y detrás compañías de mosqueteros para evitar toda tentativa de liberación ó escape.

En este orden emprendimos la marcha el diez de septiembre, entre los llantos y gemidos de los habitantes de Taunton, muchos de los cuales veían á sus hijos ó hermanos marchar al destierro sin poder abrazarlos ni darles el último adiós. Varios de ellos, que

eran viejos caducos y mujeres decrepitas, con el semblante lleno de arrugas, viajaron algunas millas detrás de nosotros por el camino real, hasta que la retaguardia de infantería se volvió contra ellos y les obligó á retroceder entre maldiciones y golpes de sus baquetas.

Aquel día seguimos la marcha por Yeovil y Sherborne y á la mañana siguiente lo hicimos por las hondonadas del Norte hasta Blandford, donde se nos encerró en un corral para que pasáramos la noche, como si fuéramos bestias de carga. A los tres días, reanudamos el viaje por Wimborne y una serie de bonitas aldeas de Dorsetshire; las últimas que la mayoría de nosotros había de ver por espacio de muchos años.

A hora avanzada de la tarde, surgieron á nuestra vista los mástiles y jarcias de los barcos anclados en el puerto de Poole, y poco después habíamos descendido por el escarpado sendero que conduce á la ciudad. Cuando hubimos llegado á ella, se nos condujo al muelle donde estaba amarrado un bergantín de ancha cubierta y altos palos, destinado á transportarnos á regiones de esclavos. Durante el viaje entero la gente del pueblo nos trató con la mayor bondad, saliéndonos al encuentro con frutas y leche que repartían entre nosotros.

En otros lugares se nos acercaron varios ministros disidentes y permanecieron junto al camino, con peligro de sus vidas, echándonos la bendición, á pesar de los groseros chistes y brutales juramentos de los soldados.

Subimos á bordo, y poco después el piloto del barco, que era un marinero alto y colorado, con arillos en las orejas, nos condujo á la bodega, mientras el capitán, sentado en la popa, muy abierto de piernas y fumando su pipa, iba leyendo uno por uno nuestros nombres en una lista que tenía en la mano. Al observar la robusta constitución y buen estado de

salud de los labriegos, á quienes no había logrado quebrantar un encarcelamiento tan prolongado, los ojos del capitán brillaron de satisfacción, mientras se frotaba las rojas manos.

—Guíalos á la bodega, Jacobo—dijo á voces al piloto.—Estívalos bien, Jacobo. Allí podrán estar como duques, porque hay excelente sitio para alojamiento. Ponlos á cada uno en su sitio.

Uno tras otro fuimos pasando los prisioneros por delante del satisfecho capitán, y descendiendo por la escalera casi vertical que conducía á la parte inferior del barco. Allí entramos en un pasillo que tenía á ambos lados pequeñas divisiones para ser ocupadas por nosotros. Cuando cada prisionero llegaba frente á una de tales divisiones, un marino le metía en ella y el herrero del barco le sujetaba el pie con un anillo de hierro prendido en la extremidad de una cadena. Era ya de noche, cuando todos estuvimos colocados en nuestros puestos, y entonces llegó el capitán con un farol y recorrió todas las filas de prisioneros para cerciorarse de que el cargamento estaba en las debidas condiciones. Pude oírle calcular con el piloto el valor de cada prisionero y lo que pensaba ganar en el mercado de la isla de Barbadas.

—¿Les has preparado la comida, Jacobo?—preguntó mientras pasaba su farol por cada una de las divisiones.—¿Has procurado que todos tengan su ración?

—Un pan de centeno y una pinta de agua—respondió el piloto.

—Nada, que lo van á pasar como duques. ¡Voto á tal!—exclamó el capitán.—Mira ése, Jacobo: es fornido y vigoroso; podrá trabajar muchos años en los arrozales antes que se le coman los bichos del país.

—Seguramente los dueños de las plantaciones van á recibir satisfechos este lote. ¡Vive Dios, capitán,

que habéis hecho un negocio redondo! ¡ Bien habéis engañado á esos mamelucos de Londres!

—¿Qué es esto?—vociferó el capitán.—Aquí hay uno que no ha tocado la menestra. ¡ Oye, granuja! ¿ Eres tan delicado de estómago, que no puedes comer lo que comen otros mejores que tú?

—No tengo gana, señor—respondió el prisionero.

—¿ Pensáis que aquí valen antojos ni escrúpulos? Ya no tenéis que pensar en tener ó no tener gana, porque habéis de saber, pillastre, que sois mío en cuerpo y alma. ¡ No faltaba más que se os antojara no comer después de haber pagado por vos doce libras oro! Comed al instante lo que se os ha dado, grandísimo bergante, ó haré que os calienten las costillas.

—Aquí hay otro—dijo el piloto,—que anda siempre de murria sin dar señales de vida.

—¡ Vamos á ver, perro rebelde y obstinado!—exclamó el capitán.—¿ Qué te duele para que nos pongas esa cara de asegurador en tiempo de tempestad?

—Con perdón, señor—respondió el prisionero;—no hago más que acordarme de mi anciana madre que está en Wellington, y no sé cómo lo va á pasar ahora sin mí.

—¡ No tengo que ver nada con esa historia!—vociferó el brutal marino.—¿ Cómo habéis de llegar sano y alegre al puerto de destino si estáis ahí hecho un virote? Ahora tocan á reirse y á estar alegre, porque de otro modo os daré motivos para llorar. ¡ Vaya con el gallina, acobardarse como un chico de la escuela! ¿ No tienes cuanto podías desear? Mira, Jacobo, si vuelve á poner esa cara aplícale á las espaldas el extremo de un cabo. Cualquiera diría que tiene á menos estar con nosotros.

—Con permiso, señor—dijo un marinero, que venía á toda prisa de cubierta;—en popa aguarda un señor que desea hablar con vos.

—¿ Qué facha tiene, granuja?



—Seguramente es persona de calidad, capitán; porque habla con tanto imperio como si tuviera el mando del barco. Por una broma que le dijo el bote-ro, se puso furioso mirándole con unos ojos, como un tigre. Job Harrison dice que es el mismo demonio. A los marinos no les gusta la *pinta* que tiene, capitán.

—¿De dónde nos ha salido esa peste?—dijo el patrón.—Vuelve á cubierta y dile que estoy contando mi cargamento de esclavos y que al momento iré á verme con él.

—Con permiso, señor—repuso el marino:—tendremos un disgusto si no subís; porque jura que necesita inmediatamente camarote y que quiere veros al punto.

—¡Reniego de su linaje, sea el que fuere!—gruñó el capitán.—Cada gallo canta en su muladar. ¿Qué pretende aquí ese bergante? Aunque fuera el mismísimo lord del Sello Privado, le haría entender que en mi barco nadie manda más que yo en el castillo de popa.

El piloto y el capitán que seguía dando bufidos de indignación comenzaron á subir la escalera, haciendo gran ruido.

Una sola lámpara de aceite colgada de una viga en el centro de la escalera que pasaba por entre las filas de nichos era la única luz que nos alumbraba. A su amarillento y débil resplandor podíamos ver el sólido costillaje del barco arqueándose á ambos lados nuestros, y las enormes vigas que sostenían la cubierta. Inficionaba el aire un repugnante olor procedente del agua de pantoque. De cuando en cuando, un chillido, acompañado de un ligero rumor, anunciaba el paso de una rata por la zona de luz, desapareciendo en la obscuridad de la parte opuesta.

El acompasado murmullo con que sonaba la respiración de mis compañeros, fatigados del viaje, me hizo entender que habían caído en profundo sueño.

Una vez y otra se percibía el choque de los grillos y la aspiración profunda de alguno de los labriegos, que tal vez había soñado con las arboledas de los Mendips, para encontrarse de pronto metido en un ataúd, respirando el aire emponzoñado de la prisión.

Permanecí despierto largo tiempo pensando en mi suerte y en la de los infelices que me rodeaban. Pero, al fin, el monótono chapoteo del agua contra los costados del bergantín, unido al suave balanceo me sumergieron en un profundo sueño, del que me despertó de pronto el resplandor de una luz. Me incorporé y vi á varios marinos á mi alrededor y á un hombre alto envuelto en un manto negro y con una linterna que me aplicaba al rostro.

—Este es—dijo.

—¡Vamos, amigo! Vais á subir á cubierta—dijo el herrero del barco; y con cuatro golpes de su martillo me quitó la abrazadera de hierro que llevaba sujeta al pie.

—Seguidme—dijo el desconocido, y empezó á subir la escalera de las escotillas.

Era delicioso volver á respirar aire puro. El firmamento aparecía tachonado de brillantes estrellas. La brisa soplaba fresca, de la costa, y zumbaba agradablemente entre el aparejo del barco. A nuestro lado, veíamos brillar las amarillentas y alegres luces de la ciudad, y la luna comenzaba á salir por los cerros de Bournemouth.

—Por aquí, señor—dijo el marinero,—hacia popa donde está el camarote.

Seguí á mi guía y llegamos al pequeño camarote del bergantín. En el centro había una mesa cuadrada y encima de ella pendía una lámpara. En el extremo opuesto á la entrada estaba sentado el capitán en un espacio enteramente iluminado; y en su semblante podía leerse que estaba dominado por la avaricia. Sobre la mesa había un pequeño montón

de monedas de oro, un frasco de ron, vasos, una caja de tabaco y dos largas pipas.

—Tengo el gusto de saludaros, capitán Clarke—dijo el patrón con una inclinación de cabeza.—Os ofrezco el saludo de un honrado marino. Parece que al fin y al cabo no vamos á navegar juntos en este viaje.

—El capitán Miguel Clarke tiene que hacer otro viaje por su cuenta—dijo el desconocido.

Al oír el sonido de aquella voz, no pude contener mi asombro.

—¡ Santo Dios !—exclamé.—¡ Saxon !

—El mismo en cuerpo y alma—dijo desembozándose el manto y dejando ver el semblante y figura del soldado aventurero.—¡ Vive Cristo, hombre ! Si vos pudisteis sacarme del Solent, supongo que no hago nada demás con sacaros de esta maldita ratonera. « Amor con amor se paga », como reza el adagio vulgar. A decir verdad, me enfadé con vos al separarnos por última vez ; mas, á pesar de todo, no os he olvidado.

—Un asiento y un vaso, capitán Clarke—dijo el patrón.—¡ Rayos y truenos ! Yo hubiera creído veros saltar de alegría al recibir la noticia.

Me senté á la mesa, dándome vueltas á la cabeza.

—Esto es más de lo que podía soñar—dije.—¿ Qué quiere decir lo que estoy viendo y cómo se explica ?

—Para mí todo ello es tan claro como las lentes de mis binóculos—repuso el capitán.—Vuestro buen amigo, el coronel Saxon, que tal creo llamarse, me ha ofrecido por vuestro rescate la cantidad en que hubiera podido venderos en las Indias. ¡ Voto á Satanás ! Yo podré ser un marino rudo y franco ; pero tengo mi alma en mi almario. ¡ Sí, señor ! Y no amarro á un hombre pudiendo dejarle en libertad. Pero

tenemos que mirar al día de mañana, y el tráfico es duro y penoso.

—¿De modo que estoy libre?—pregunté.

—Enteramente libre—contestó.—Aquí está sobre la mesa el precio de vuestra libertad. Podéis ir adónde os plazca, con tal de no poner los pies en Inglaterra, donde continuáis sujeto á la sentencia de proscricción.

—¿Cómo habéis hecho esto, Saxon?—interrogué de nuevo.—¿No teméis nada por vos mismo?

—¡Ja! ¡ja!—dijo riendo el veterano.—Yo estoy enteramente libre; he obtenido el perdón y no me importan un maravedí ningún género de espías ó delatores. ¿Quién dijera que había de encontrarme días pasados, con el mismo coronel Kirke? Pues, sí, muchacho; tropecé con él en la calle y le provoqué, calándome el sombrero. El villano requirió la espada, y yo hubiera desenvainado mi tizona y enviado su alma á los infiernos, á no haberse interpuesto la gente entre nosotros. Ni él, ni Jeffreys, ni ninguno de ellos me importan las cenizas de esta pipa. Puedo hacerles una higa, cuantas veces se me pongan delante, aunque os aseguro, que no verán muchas veces la cara de Décimus Saxon.

—Pero, ¿cómo ha podido ocurrir todo esto?—pregunté.

—¡Vaya, hombre! De la manera más sencilla. Yo soy perro viejo y á mí no se me engaña fácilmente. Cuando nos separamos, busqué cierta posada donde estaba seguro de encontrar una mano amiga. Allí permanecí algún tiempo escondido, mientras ejecutaba el plan que había ideado. ¡Rayos y truenos! ¡Menudo susto el que me dió allí un marinero viejo, amigo vuestro, que podría venderse como una rareza en cualquier museo de antigüedades, porque no creo que sirva para otra cosa en el mundo! Bien, á su debido tiempo me acordé de la visita que hicisteis á Badminton y del duque de B. No quiero citar nom-

bres, pero ya me entenderéis. Envié á ese señor un mensajero para comunicarle que había resuelto comprar mi perdón declarando todo lo que sabía respecto de sus tratos con los rebeldes. Este mensaje se le comunicó secretamente, y su respuesta fué que acudiera yo á tener una entrevista con él por la noche en un lugar determinado. Pero en lugar de presentarme yo mismo, mandé á mi mensajero; y á la mañana siguiente se le encontró patitieso, con más agujeros en el jubón que ojales había hecho el sastre en la misma prenda. En vista de ello reiteré mis demandas ampliándolas é insistiendo en su satisfacción inmediata. Pidióme el duque que le expusiera mis condiciones; y le contesté que eran las siguientes: para mí, perdón absoluto y un grado en el ejército; y para vos, dinero bastante con que desembarcar en algún país extranjero, donde pudierais seguir la noble profesión de las armas. Obtuve ambas cosas aunque el buen señor sintió soltar la plata tanto como si le arrancaran las muelas, á par de muerte. Su nombre goza en la corte de gran ascendiente y es instrumento poderoso para recabar del rey cualquier gracia. De modo que estoy en posesión de mi entera libertad y del mando de un regimiento en Nueva Bretaña. En mi poder obran vuestras doscientas libras oro, de las que treinta se han pagado al capitán por vuestro rescate, y veinte se me deben á mí por los desembolsos hechos en la tramitación del asunto. En esta bolsa hallaréis las ciento cincuenta restantes, de las que pagaréis quince á los pescadores que se han comprometido á trasportaros sano y salvo á Flesinga.

Podéis conjeturar, mis queridos niños, cuán grande no sería mi estupefacción ante aquel inesperado y repentino sesgo que habían tomado los acontecimientos. Cuando Saxon cesó de hablar, quedé como helado y me esforcé por tomar como cosa real lo que me había dicho. Ocurrióme, empero, un pensamiento, que nubló las brillantes esperanzas concebidas

con motivo del recobro de mi libertad. Mi presencia había servido de gran consuelo á los infelices que estaban allá abajo en la bodega del barco. ¿No sería cruel dejarlos abandonados á su desgracia? No hubo entre ellos uno solo que no volviera á mí los ojos en aquella tribulación; y yo había procurado fortalecerlos y animarlos del mejor modo que supe. ¿Era posible que los desamparara en tan aflictiva situación?

—Os estoy obligadísimo, Saxon—dije al fin, hablando despacio y con alguna dificultad, porque la lengua se negaba á expresar mi pensamiento.—Pero recelo que todas vuestras diligencias van á servir de poco. Estos pobres campesinos no tienen quien cuide de ellos ni los asista; su extremada sencillez los incapacita para aclimatarse en un país extranjero; por lo que mi corazón se resiste á separarse de ellos.

Saxon se echó á reir al oirme é hizo un movimiento de extrañeza apoyando la espalda sobre su asiento y permaneciendo un instante con las piernas tendidas y las manos sepultadas en los bolsillos.

—¡Esto es demasiado!—dijo por fin.—He tropezado con muchas dificultades en la ejecución de mi plan, pero no había contado con la presente. Sois el hombre más absurdo é ilógico que he conocido. Siempre tenéis alguna razón extraña para andar en escarceos y quisquillas como potro sin domar. Sin embargo, me parece que he de lograr convencerlos de la falta de fundamento de vuestros reparos con algunas sencillas reflexiones.

—Por lo que toca á los prisioneros, capitán Clarke—dijo el patrón del barco,—podéis descuidar, porque los trataré como un padre. Os doy mi palabra de honrado marinero de que estarán bien atendidos. Además, con sólo que me entreguéis la miseria de veinte libras, podrán comer tan bien como muchos de ellos no lo hicieron jamás en sus casas. Les daré permiso para que salgan á cubierta custodiados por

centinelas, y gocen del aire libre una hora ó dos al día. ¿Puedo ofrecer mejores condiciones?

—Tengo que hablar unas palabras con vos, Clarke—dijo Saxon.

—Salió del camarote y yo le seguí hasta la popa, donde hicimos alto apoyándonos sobre las amuradas. Las luces de la ciudad habían ido extinguiéndose, una tras otra, y delante de nosotros se extendía la obscura superficie del mar estrellándose en una playa más obscura aún.

—No tenéis que sentir intranquilidad alguna por la futura suerte de los prisioneros—dijo en voz baja. —No irán á la isla de Barbadas, ni el avaro capitán hará con ellos el negocio que se imagina. No hará poco con salvar la piel; porque lleva á bordo un hombre que ha de darle que sentir.

—No os entiendo, Saxon—repuse.

—¿No habéis oído hablar de un tal Marot?

—¡ Héctor Marot ! ¡ Oh ! seguramente ; he tenido ocasión de conocerle. Es un salteador de caminos, pero á la vez un valiente de corazón generoso.

—El mismo. Como decís, es un espadachín esforzado, y hábil, aunque, á juzgar por lo que he visto de su juego de esgrima, no está fuerte en estocadas, y quizá concede excesiva importancia á los tajos olvidándose de usar la punta del arma. En esto se aparta de las enseñanzas de los mejores maestros de Europa. Pero, en fin, es materia en que caben diversas opiniones. En cuanto á mí, preferiría ceder el campo ateniéndome á las reglas todas del arte antes que salir ileso y vencedor quebrantándolas. A mí dejadme mi cuarta, tercera y el *saccoon*; y que el diablo cargue con eso de las pasadas y otros artificios.

—Pero, ¿qué ibais á decir de Marot?—pregunté con impaciencia.

—Que está á bordo—dijo Saxon.—Parece que se indignó al ver las crueldades que se cometían con los

campesinos después de la batalla de Bridgwater ; y siendo, como es, un hombre de ánimo un tanto feroz y violento, su cólera se desahogó en hechos más bien que en palabras. Aquí y allá comenzaron á aparecer soldados muertos á pistoletazos ó á cuchilladas, sin que se hallara el menor rastro del autor de tales fechorías. Hasta una docena ó más quedaron tendidos por los caminos, y no tardó en susurrarse que en todo ello intervenía Marot el salteador ; por lo que se emprendió una persecución activa contra él.

—Bueno, y ¿qué resultó?—volví á preguntar impaciente porque Saxon se había detenido á encender su pipa con el mismo yesquero que había usado cuando nos encontramos por primera vez.

Siempre que me represento á Saxon, lo hago de ordinario tal como le vi cuando se nos coló en el barco de pesca, con el semblante de nariz aguileña y expresión anhelosa, cubierto, al sonreír, de las innumerables arrugas y repliegues que en él habían impreso la edad y las penalidades. A veces veo en sueños ese mismo rostro, cuyos ojos brillantes, medio ocultos entre los párpados, me miran de soslayo ; y me ha ocurrido en algunos casos incorporarme y tender la mano en el espacio vacío, esperando sentir en ella el apretón de otra mano huesuda y vigorosa. Por muchos conceptos Saxon era un hombre reprochable, astuto, marrullero y de manga ancha en cuestiones de honra ; mas, con todo eso, tan difícil nos es regular nuestros sentimientos y tan incomprendibles son los impulsos de la naturaleza humana, que mi corazón se conmueve siempre ante su recuerdo y los cincuenta años transcurridos parecen haber acrecentado en lugar de debilitar el afecto que le cobré.

—Sabía ya—dijo fumando tranquilamente su pipa,—que Marot era un sujeto de ese jaez, y tampoco ignoraba que corría peligro de ser capturado. Procuré, por tanto, tener una entrevista con él, y entonces conocí que la circunstancia de haber perdido la yegua

que le servía de compañera en sus correrías le había vuelto más feroz y peligroso que en época anterior. Según manifestó, no se sentía con ánimos para continuar ejerciendo el bandidaje. En realidad, su situación era tan desesperada, que estaba dispuesto á todo y en condiciones de servir de instrumento para cualquier plan. Averigüé que en su juventud había hecho el aprendizaje de marino, y entonces vi que se me ofrecía la coyuntura más favorable para aprovechar sus servicios.

—Todavía no he salido de mis dudas y perplejidades—manifesté.—Acabad de explicaros.

—Ahora lo comprenderéis todo sin gran esfuerzo. Marot se resolvió á burlar los esfuerzos de sus perseguidores y á favorecer á los proscritos. ¿Qué medio mejor podía escoger al efecto, que entrar como marinero en este bergantín, que llaman *Dorothy Fox* y zarpar en él de Inglaterra? La tripulación cuenta sólo treinta individuos. Debajo de las escotillas hay doscientos hombres que, á pesar de su sencillez, saben andar á cuchilladas sin orden ni disciplina, en la forma que vos y yo conocemos y que conviene especialmente al caso actual. Bastará, pues, que Marot baje á la bodega cualquier noche oscura, y después de quitarles las cadenas, les provea de algunos garroses ó estacas. ¿Qué os parece, Miguel? Los colonos pueden muy bien cultivar con sus manos las plantaciones, como no tengan otra ayuda que la que han de prestarle los campesinos del Oeste, á lo menos por esta vez.

—Verdaderamente me parece un plan bien concebido—respondí.—Es lástima, Saxon, que vuestro agudo ingenio y rápida inventiva no hayan tenido campo mejor en que explayarse. Sin duda reunís condiciones excepcionales para mandar ejércitos y organizar campañas.

—¡Mirad allí!—murmuró Saxon, asiéndome del brazo.—Reparad en aquel espacio iluminado por la

luna junto á la escalera. ¿No veis á un marinero bajo y cuadrado que está solo en ademán meditabundo, con la cabeza apoyada en el pecho? Ese es Marot. Os oseguro que si yo estuviera en lugar del capitán Pogran, antes querría tener de piloto y compañero de litera al mismo diablo que llevar á bordo á un sujeto de esa índole. No necesitáis interesaros por los prisioneros; porque su futura suerte está decidida.

—Entonces, Saxon—repliqué,—sólo me resta daros las gracias y aceptar los medios de salvación que habéis puesto á mi alcance.

—Eso se llama hablar como un hombre—dijo él.—¿Hay algo que pueda hacer por vos en Inglaterra? Aunque, seguramente no he de permanecer aquí mucho tiempo, porque, según tengo entendido, se me confiará en breve el mando de una expedición que se está preparando contra los indios, que han talado las plantaciones de nuestros colonos. No vendrá mal hallar algún empleo lucrativo; porque una guerra, como la pasada, sin combates ni saqueos no la he visto en los días de mi vida. Os doy mi palabra de que mis dedos apenas han tocado la plata desde que comenzó el movimiento revolucionario; y, aunque me prometieran el saco de Londres, no volvería á enredarme en semejante campaña.

—Sir Gervasio Jerónimo me encargó que favoreciera á una persona amiga suya—observé;—pero ya he tomado algunas determinaciones para cumplir lo que le prometí. Sólo, pues, os encomendaré que comunicuéis en Havant mi opinión de que un monarca, tan cruel para con sus súbditos como el que hoy ocupa el trono, no es probable que dure mucho en Inglaterra. Cuando caiga, regresaré, y tal vez suceda esto antes de lo que generalmente se cree.

—Estos castigos del Oeste han suscitado hondo resentimiento en todo el país—repuso mi compañero.—Todas mis referencias coinciden en que el rey y sus ministros son más odiados hoy que antes del le-

vantamiento... ¡Hola! Aquí tenemos al capitán Pogran. El asunto está terminado, y mi buen amigo el patrón desea darse á la vela.

—Esperaba que habíais de regresar pronto—dijo el capitán avanzando hacia nosotros con pasos inseguros, haciéndome sospechar que debía haberse bebido casi toda la botella de ron.—¡Vive Dios, que estaba seguro de ello! No extraño que el capitán haya vacilado antes de salir del *Dorothy Fox*, porque es un bergantín que daría envidia á cualquier duquesa. ¿Dónde tenéis el bote?

—Aguarda aquí al costado del barco—replicó Saxon;—mi amigo y yo, capitán Pogran, esperamos que tengáis un viaje feliz y lucrativo.

—En él cifro grandes esperanzas—respondió el capitán, saludando con su sombrero de tres picos.

—También creemos que llegaréis sin novedad á la isla de Barbadas.

—¡Oh! De eso no hay que dudar—observó el capitán.

—Y contamos con que sabréis colocar vuestras mercaderías, como corresponde á vuestra caridad y humanidad.

—¡Bah! ¡Bonitas palabras!—respondió el capitán.—Vaya, señor, podéis mandarme como gustéis.

Junto al costado del bergantín aguardaba un bote de pesca, y á la escasa luz de sus faroles de popa, pude ver maniobrar á los marineros que tendían las velas disponiéndose á emprender la navegación. Salté por la borda y puse el pie en la escalera de cuerda que conducía al bote.

—¡Adiós, Décimus!—dije.

—¡Adiós, muchacho! ¿Habéis guardado el dinero?

—Sí, lo tengo en el bolso.

—Entonces tengo que haceros otro regalo. Me lo entregó un sargento de la Caballería Real; y es éste, que debe servir para procuraros cuanto necesitéis;

el instrumento al que puede volver los ojos todo hombre de corazón para ganarse la vida, el cuchillo con que podréis abrir la ostra del mundo. Ahí le tenéis, muchacho ; es vuestra espada.

—¡ Oh, mi vieja espada ! ¡ La espada de mi padre !—exclamé en un transporte de júbilo, mientras Saxon la sacaba de debajo de su manto y me la alargaba. Allí tenía la misma vaina desgastada y vieja y el mismo pomo de bronce que yo conocía también.

—Ahora—continuó,—pertenecéis al honroso gremio de los soldados aventureros. Mientras el Turco continúe amenazando las puertas de Viena, no faltará campo donde puedan emplearse las armas fuertes y los corazones esforzados. Si acudís á esa campaña, hallaréis que entre los combatientes de todos los climas y nacionalidades brilla á gran altura el nombre inglés. No dudo que, al entrar vos en el gremio, ese nombre se conquistará nuevos lauros. De buena gana os acompañaría, pero se me han prometido una paga y una posición que no me conviene despreciar. ¡ Adiós, muchacho, y buena suerte !

Estreché la áspera mano del soldado y bajé al bote. Recogieron desde el bergantín la cuerda con que estábamos amarrados, el botero tendió la vela y la pequeña embarcación salió disparada por la bahía. Avanzamos en un principio por entre una obscuridad, tan impenetrable como la futura suerte que me esperaba. Poco después las prolongadas elevaciones y descensos del bote me hicieron comprender que habíamos salido de la restinga del puerto y entrado en mar abierto. Las luces que brillaban dispersas en una larga zona indicaban la línea de la costa.

Al volver la vista atrás, apareció la luna por detrás de una nube y vi proyectarse sobre el inmenso fondo del mar las jarcias del bergantín. Junto á los obenques, divisé al soldado veterano que se asía á una cuerda con una mano y agitaba la otra en señal de alentadora despedida. Una segunda nube ocultó

enteramente el astro de la noche y la seca y huesuda figura de Saxon con el brazo extendido fué lo último que divisé del querido país donde nací y me crié.

XVI

DEL FIN Y REMATE DE TODO ELLO

Con esto, mis queridos niños, he llegado al término de la historia de un fracaso; valiente y noble, es verdad, pero, al fin, un verdadero fracaso. Tres años más tarde, Inglaterra había de volver en sí y romper los grillos que la encadenaban, arrojando de su suelo á Jacobo y su prosapia casi al mismo tiempo que yo navegaba con rumbo á un país extranjero. Habíamos cometido el error de anticiparnos á los acontecimientos que habían de venir después.

Sin embargo, llegaron días en que la opinión pública juzgó favorablemente á los que con tanto denuesto habían peleado en el Oeste, y en que sus restos, recogidos de la horca y de las encrucijadas, fueron trasladados en medio de una silenciosa manifestación de duelo á los cementerios donde hubieran querido descansar. Allí, donde tañe la campana que desde sus primeros años los había llamado á la oración, bajo el césped mismo que habían hollado en vida, á la sombra de aquellas colinas de Mendip y Quantock que tanto habían amado, reposan silenciosos y pacíficos en el seno de la madre tierra aquellos valientes que pelearon por la causa de la libertad.

No volveré á decir otra palabra más acerca de mí. Me había propuesto narraros la historia de la guerra del Oeste, y una vez terminada no hay razón alguna para entrar en nuevos comentarios. ¡Ah! De sobra sabéis que vuestro abuelo no se cansa de teneros á vuestro lado oyéndole hablar de los sucesos de otros días. Si alguna vez llegarais á acompañarle en un

viaje hasta Flesingá, os referiría las guerras del Imperio y os describiría la corte de Guillermo y la segunda invasión del Oeste que obtuvo un resultado más satisfactorio que la primera. Mas al presente no he de añadir una palabra más sobre tales asuntos.

¡Ea, picarillos, á correr por la pradera! ¿Acaso no tenéis que cuidaros más que de regalar vuestros oídos para permanecer aquí con tanto empeño alrededor de la silla de vuestro abuelito? Si mi vida se prolonga hasta el próximo invierno y los reumas me dejan en paz, es probable que reanude el hilo de mi historia.

De algunos asuntos sólo podría deciros lo que aun conserva mi memoria; pero muchos pormenores han desaparecido del campo de mis recuerdos. De otros he oído relaciones vagas é incompletas. Los cabecillas de la insurrección eludieron el castigo más fácilmente que sus secuaces; porque se aprovecharon de la circunstancia de ser más poderosa en los perseguidores la pasión de la avaricia que la de la crueldad. Grey, Buyse, Wade y otros compraron su libertad y absolución cediendo todas sus posesiones. Ferguson escapó. Monmouth fué ejecutado en Tower Hill, y en sus últimos momentos dió algunas pruebas de aquel valor que brillaba espasmódicamente en su débil natural, á modo de momentáneas llamaradas de una candela agonizante.

Mi padre y madre conocieron el restablecimiento del protestantismo y vieron á Inglaterra convertida en campeón de la fe reformada en toda Europa. Después de transcurrir tres años, me reuní con ellos en Havant hallándolos tan sanos y buenos como los había dejado, si bien los rizos de mi madre contenían mayor número de plateados cabellos, y los robustos hombros de mi padre comenzaban á encorvarse un poco, á la vez que se habían aumentado las arrugas que surcaban su rostro. El puritano y la anglicana vivieron aún pacíficamente durante largos años; y ese

ejemplo de dos almas unidas por el amor más tierno y el respeto mutuo á sus diversas creencias me hizo concebir la esperanza de que desaparecían en Inglaterra las enconadas y sangrientas guerras religiosas.

Tal vez lleguen días en que la antigua catedral católica y la capilla protestante vivan en armonía como dos hermanas de diferente edad, trabajando cada una por su particular fin y regocijándose mutuamente con sus triunfos. Acabe de una vez la lucha con picas y pistolas, con tribunales y prisiones, y pe-léese la contienda con otras armas de orden moral, rivalizando en pureza de vida, en ideas generosas y grandes y en el desenvolvimiento de obras caritativas. Entonces esa rivalidad dejará de ser una maldición para convertirse en una fuente inagotable de bienes.

Rubén Lockarby estuvo enfermo durante muchos meses; y cuando al fin recobró la salud, halló que el comandante Ogilvy había negociado su perdón. Después de algún tiempo y cuando todos los disturbios habían desaparecido, se casó con la nieta del alcalde Timewell y vive todavía en Taunton en situación desahogada y próspera. Hace treinta años nació un Miguelito Lockarby y al presente me dicen que ha venido al mundo otro Miguel del mismo apellido, hijo del anterior y que promete ser un *cabeza redonda* de lo más empedernido que siguió jamás el redoble del tambor.

De Saxon he tenido noticias más de una vez. Con tal ingenio supo explotar la influencia del duque de Beaufort, que por su mediación se le nombró jefe de las tropas enviadas para castigar á los salvajes de Virginia por sus crueldades y violencias contra los colonos. Tan hábilmente empleó sus emboscadas y ardides guerreros, que los indios le recuerdan aún, en el día de hoy, con una palabra de su idioma que significa «el marrullero patudo de ojos de rata». Después de haber rechazado á las tribus indias obligán-

dolas á internarse en los bosques, obtuvo por sus servicios una gran extensión de territorio en la que se estableció como colono. Allí contrajo matrimonio y pasó el resto de sus días cultivando tabaco y enseñando los principios de la guerra á una prolongada serie de descendientes tan larguiruchos y descuajarinados como su progenitor. Me dicen que con el tiempo surgirá allende los mares una gran nación de admirable poder y extensos dominios. Si tal acaece, pudiera ocurrir que los descendientes de Saxon ó los hijos de éstos tuvieran parte en su engrandecimiento. ¡ No permita Dios que sus corazones pierdan el cariño á la isla querida, que fué la cuna de su raza !

Salomón Sprent vivió después de casado tantos años felices como sus amigos podían desearle. Tuve carta de él en el extranjero y en ella me decía que aunque había zarpado sólo con su consorte en la navegación del matrimonio, al presente iban con él un botecito y una falúa. Cierta noche de invierno, en que había caído una gran nevada, mandó llamar á mi padre, que acudió presuroso á su casa y halló al viejo sentado en la cama, con la botella de *coñac* á su alcance, la petaca al lado y una gran Biblia sobre las rodillas. Respiraba angustiosamente y estaba en extremo grave.

—Ha cedido una tabla de mi barco y tengo nueve pies de agua en la bodega—dijo.—Me falta tiempo para achicar y estoy á punto de irme á pique. Si he de decir la verdad, amigo, hace varios días que no me sentía en buenas condiciones marineras ; y ya es tiempo de que me retire al puerto de la eternidad.

Mi padre movió la cabeza tristemente al observar la demacración de su rostro y la fatiga de su respiración.

—¿ Y vuestra alma ?—preguntó mi padre.

—Bien—respondió Salomón ;—ése es un cargamento que llevamos bajo las escotillas, aunque no podemos verle ni estibarle. He estado repasando aho-

ra las órdenes de embarque y los diez artículos de guerra y hallo que no me he separado del rumbo de tal modo que no tenga esperanzas de volver á entrar en el canal.

—No confiéis en vos mismo, sino en Cristo—dijo mi padre.

—El es el piloto para este viaje—replicó el viejo marino.—Pero siempre que tuve un piloto á bordo de mi barco, no dejé de seguir con cuidado la marcha del temporal; y así lo hago ahora. El que gobierna la nave no pierde nada con ello. Por eso quiero echar mi sonda, aunque dicen que no hay fondo en el océano de la misericordia divina. Decid, amigo, ¿pensáis que este mi cuerpo, este mismo casco derribado, volverá á resucitar?

—Así nos lo han enseñado—respondió mi padre.

—Quisiera quitarme las marcas del tatuaje—dijo Salomón.—Me hicieron esos dibujos, estando con sir Cristóbal en las Indias Occidentales y sentiría zarpar con ellos. Por mi parte, ¿sabéis? nunca he tenido á nadie mala voluntad, ni siquiera á los holandeses, y eso que peleé en tres campañas contra ellos y me llevaron uno de los mástiles los maldecidos. Si di la muerte á algunos de ellos, fué en honrada pelea y en cumplimiento del deber. Verdad es que he bebido cerveza y licor bastante para quitar el mal gusto al agua de pantoque, pero pocas veces me habrán visto calamocano y poco seguro en el aparejo, ó rebelde al timón. Tanto mi paga como el dinero que me correspondió de las presas, lo he repartido con mi prójimo cuando estuvo en situación apurada. En cuanto á las elecciones, lo mejor es no tratar del asunto. Me he portado como fiel consorte con mi Lucía, desde que se conformó con atender á mis señales. Estos son mis papeles, todos claros y en su punto. Si el Gran Almirante me llama esta noche al castillo de popa, no tengo miedo de que me mande poner en el cepo; porque, aunque soy solamente un pobre marinero, he

cumplido lo que manda en este libro y recibido sus promesas de premiar mis trabajos estando seguro de que no ha de faltar á su palabra.

Mi padre permaneció algunas horas sentado junto al moribundo é hizo todo lo que pudo para confortarle y asistirle en el último trance, porque manifiestamente el viejo marino se acercaba rápidamente á su fin. Cuando el autor de mis días se separó de él, dejándole acompañado de su fiel esposa, el moribundo le alargó la curtida mano por debajo de las ropas del lecho.

—Nos volveremos á ver otra vez muy pronto—dijo mi padre.

—Sí. En la latitud de los cielos—replicó el marino agonizante.

Ese presentimiento se cumplió, porque en las primeras horas de la mañana, su esposa, al inclinarse sobre él, vió que una alegre sonrisa iluminaba su moreno y curtido semblante. Incorporóse en la almohada y se llevó la mano á la melena, conforme á la costumbre de saludar propia de los marinos, y cayó luego dulce y pacíficamente en el último y perdurable sueño.

Sin duda me preguntaréis qué fué de Héctor Marot y del extraño cargamento que había zarpado del puerto de Poole. No se volvió á saber nada de ellos, á no ser cierta historia divulgada algunos meses después por el capitán Elías Hopkins del *Caroline* de Bristol; historia que tal vez se relacione con la suerte de los deportados. Refiere el mencionado capitán que, regresando á Inglaterra desde las posesiones de América, le ocurrió tropezar con una espesa niebla y un viento de proa en la proximidad de los grandes bancos de bacalao.

Una noche, mientras barloventeaba en una cerrazón tan espesa, que apenas podía ver la punta de sus mástiles, le ocurrió una cosa bien extraña y fué que mientras él y otros estaban en cubierta, oyeron

asombrados el canto de muchas voces fundidas en un gran coro, que en un principio sonaba débilmente y á gran distancia, pero que poco después creció y se aumentó como si los cantores estuvieran á un tiro de piedra del navío, debilitándose luego más y más hasta perderse en la lejanía. Entre la tripulación hubo algunos que lo creyeron cosa del demonio; pero, según observó el capitán Elías Hopkins, no se comprendía que el espíritu del mal eligiera los himnos religiosos del oeste de Inglaterra para sus entretenimientos nocturnos, y menos se explicaba que los moradores del infierno cantaran con el acento peculiar del condado de Somerset.

En cuanto á mí, apenas me cabe duda alguna de que en realidad la causa del hecho fué el *Dorothy Fox*, que pasó envuelto en la niebla; y también creo muy natural que los prisioneros, después de recobrar su libertad, se entregaran á piadosas demostraciones, conforme al verdadero estilo puritano. Si fueron arrastrados á las escarpadas costas del Labrador, ó si hallaron refugio en algún territorio desierto, donde no pudiera alcanzarles la crueldad del rey, es cosa que no se sabrá jamás.

Zacarías Palmer vivió muchos años, respetado y honrado de todos hasta que le llegó la hora de unirse con sus antepasados. Fué un sencillo y amable filósofo de aldea con un corazón de niño á pesar de lo avanzado de su edad. Su recuerdo tiene para mí algo del aroma de las violetas; porque si mis ideas sobre la vida y mis esperanzas en lo futuro difieren algún tanto de las téticas y duras enseñanzas de mi padre, sé que lo debo á las prudentes doctrinas y dulces exhortaciones del carpintero. Si, como él acostumbraba á decir, en el mundo los hechos lo son todo y el dogma nada, el intachable comportamiento que Zacarías observó debe servirnos de modelo á vosotros y á todos. ¡Séale la tierra leve!

Una palabra ahora acerca de otro amigo, que no

por mencionarse en último lugar fué el menos apreciado. Diez años llevaba ya en el trono Guillermo de Holanda, y todavía podía verse en la pradera de la casa de mi padre un caballo alto y de fuerte osamenta, cuya piel gris estaba salpicada de manchas blancas. Y la gente de la aldea pudo observar constantemente que, si pasaba tropa por Portsmouth, ó sonaba el clamor de las trompetas ó el redoble de los tambores, ese caballo enarcaba su viejo cuello, levantaba la cola y emprendía un presuntuoso y petulante galope.

Los aldeanos se detenían á observar con curiosidad los grotescos alardes del viejo caballo; y entonces solía ocurrir que alguno de ellos contara á los demás cómo en otro tiempo había cabalgado en él uno de los mozos de la aldea, y de qué manera un sargento de las tropas del rey había devuelto el bridón, como un recuerdo del jinete, á su padre y antiguo dueño. De este modo, *Covenant* pasó los últimos días de su vida, siendo un veterano entre los de su clase, bien cuidado y alimentado y tal vez con grandes aficiones á referir en su caballuno lenguaje á los incultos congéneres de Havant las maravillosas aventuras que le habían sucedido en el Oeste.

APÉNDICE

NOTA A.—*Razones invocadas por Monmouth á favor de su legitimidad.*

Sir Patricio Hume, refiriendo una conversación sostenida con Monmouth antes de su expedición, dice: «Le pregunté con instancias si se consideraba hijo legítimo del rey Carlos, fallecido últimamente. Me respondió que sí. Interroguéle de nuevo si podía demostrar y probar el matrimonio de su madre con el rey Carlos, y si intentaba presentar sus reclamaciones á la corona. Respondió que últimamente había podido probar el hecho del matrimonio, y que, si no habían fallecido recientemente algunas personas de quienes quería informarse, podría demostrarlo todavía. En cuanto á sus pretensiones á la corona, no pensaba dar paso alguno en el asunto hasta que se lo aconsejaran los que estaban interesados en unirse para obtener la libertad de las naciones».

Conviene advertir que en el nombramiento de Monmouth para general, fechado en abril de 1668, se le designa con las palabras «nuestro hijo amadísimo y natural». Fuera de eso, en el nombramiento extendido á su favor, confiriéndole el gobierno de Hull en abril de 1673, se le llama «nuestro muy amado hijo natural».

NOTA B.—*Monturas de los dragones y de las tropas de caballería.*

Los dragones, que en realidad eran un cuerpo de infantería montada, tenían caballos muy inferiores á los usados por la caballería real. De una carta de Cromwell («Squire Correspondence» 3 de abril de 1643) se deduce que el caballo de un dragón valía veinte piezas, mientras uno de la guardia real no podía comprarse por menos de sesenta.

NOTA C.—*Batalla de Sedgemoor.*

Las dos cartas siguientes presentadas al Instituto Real de Arqueología por el Reverendo C. W. Bingham arrojan curiosa luz sobre algunos pormenores de la batalla de Sedgemoor, aunque los informes provengan de una parte interesada.

«*Señora Chaffin.*

»*Chettle House.*

»Lunes, cerca de mediodía,

»Julio 6 de 1685.

»Queridísima: Esta mañana, á eso de la una, los rebeldes cayeron sobre nosotros mientras estábamos en nuestras tiendas del rey en Sedgemoor, con todo el ejército. Hemos dado muerte y hecho prisionero lo menos á un millar de ellos. Han tenido que huir á Bridgwater. Se dice que les hemos tomado todos los cañones, pero es seguro que la mayor parte están en nuestro poder. Se ha encontrado una casaca con estrellas con largos faldones. Algunos han creído que pertenecía al duque rebelde, el cual, según ellos, había muerto; pero la mayoría cree que sea de alguno de los de su servidumbre. Desearía que hubiera quedado entre las víctimas para que acabe la guerra. La opinión general sostiene que no podrá inducir á su gente á que pelee de nuevo. Doy gracias á Dios por haber salido bien y sin la menor herida, lo mismo que nuestros amigos de Dorsetshire. Te ruego que comuniques el contenido de esta á Brigidita. Tu amantísimo,

»TOSSEY.»

«*Bridgwater, julio 7 de 1685.*

»Hemos puesto enteramente en fuga á los enemigos de Dios y del rey y seguramente no quedan cincuenta hombres reunidos en todo el ejército rebelde. A todas horas estamos haciendo prisioneros en los campos de trigo y en las zanjas. Ha caído prisionero Willans, último ayuda de cámara del duque, y nos ha hecho una relación ingeniosa de todo lo sucedido, muy larga de escribir. La última palabra que su señor le dijo al huir su ejército fué que estaba perdido y necesitaba componérselas como pudiera. Creemos que se encaminará hoy con el general á Wells en su huída. Al presente está á dos millas del campamento y no puedo decir con certeza adónde intentará ir. Estaré en casa con toda seguridad el sábado lo más tarde. Me parece que mi amada Anita habría querido £ 500 porque su Tossey hubiera servido al rey hasta el fin de la guerra. Tuyo eternamente, mi querida niña.»

NOTA C.—*Lord Grey y la caballería en Sedgemoor.*

Es justo hacer constar que Ferguson ha gozado entre muchos la fama de soldado animoso y entendido, no menos que de hombre celoso en materia de religión. El relato que hace de la batalla de Sedgemoor es interesante, porque demuestra la manera de ver de los que de hecho tuvieron responsabilidad en las causas de aquel fracaso.

»Ahora bien, además de estas dos divisiones, cuyos oficiales, á pesar de no ser muy competentes, tenían valor sobrado para haber hecho algo honroso, si el descuido de un guía no les hubiera hecho tropezar con el obstáculo citado, no hubo parte alguna de las restantes tropas nuestras que avanzara, cargara ó se aproximara al enemigo de modo que pudiera dar ó recibir alguna herida. Mr. Hacker, uno de nuestros capitanes, no bien avistó el campamento enemigo, cuando disparó traidoramente una pistola para advertirles de nuestra aproximación, é inmediatamente desertó con su caballo huyendo á todo galope á acogerse al favor de una proclama publicada por el rey en la que ofrecía perdón á todos los que regresaran á casa dentro de ese plazo. Hacker alegó este comportamiento suyo al comparecer ante el tribunal; pero Jeffreys le respondió que él le consideraba merecedor de la horca más que á todos los demás por haber hecho traición á Monmouth lo mismo que al rey. Y aunque ningun otro de nuestros oficiales cometió una villanía parecida, no sirvieron de nada, por no haber intentado nunca cargar sobre el enemigo ni mantener siquiera á sus soldados formando un solo cuerpo. Y me atrevo á afirmar que, si nuestra caballería no hubiera disparado un solo tiro, limitándose á permanecer en una actitud capaz de inspirar recelo y aprensión al enemigo, la infantería sola hubiera ganado la jornada saliendo triunfante. Pero, como nuestra caballería anduvo dispersa y desunida y huyó siempre que se proximaba un escuadrón de los soldados á las órdenes de Oglethorpe, dió una gran ventaja á esta división de la caballería enemiga, para que después de haber dejado á la nuestra en la imposibilidad de atacar por andar dispersa á causa del miedo, cayera al fin sobre la retaguardia de nuestros batallones y nos arrebatara de las manos la victoria que habíamos comenzado á obtener y casi á ganar enteramente. Y es de advertir que esa parte de su caballería no pasaba de trescientos jinetes, mientras nosotros teníamos más de los necesarios, si hubieran dado pruebas de valor y estado á las órdenes de un jefe bizarro para haberles atacado fácilmente por el frente y flanco. Puedo afirmarlo así con gran certeza, porque presencié los acontecimientos con bastante pena de mi corazón; pues habiendo, contra mi costumbre, dejado de acom-

pañar al duque que avanzaba con la infantería, me incorporé á la caballería, de la que se esperaba la primera acción de aquella mañana consistente en romper y desordenar el campamento enemigo. Al tiempo que nuestros batallones debían ejecutar la operación, hice cuanto me fué posible, no sólo castigando á diversos soldados que habían abandonado su puesto, sino reprendiendo á diversos capitanes que faltaban al cumplimiento de su deber. Además hablé con gran acaloramiento á milord Grey y le conjuré á que cargara y no consintiera que nos arrebataran la victoria, obtenida en cierto modo por nuestra infantería. Pero, en lugar de darme oídos, no solamente desertó de aquella parte del campo y abandonó el mando, como hombre indigno y poltrón y cobarde, sino que á todo galope buscó al duque para decirle que la batalla estaba perdida y que había llegado el tiempo de mirar por sí. Con lo cual, como complemento á todo el daño anterior de que había sido ocasión, indujo al mudable é infortunado caballero á dejar los batallones, mientras seguían disputando con gran valor una victoria indecisa. Y esto sucedió para mayor desgracia, cuando cierta persona trataba de hallar al duque á fin de rogarle que acudiera y cargara á la cabeza de sus tropas. Sin embargo, me atrevo á afirmar que, si el duque hubiera sido dueño de doscientos jinetes, bien montados, con buen armamento, de valor personal y dirigidos por oficiales expertos, con ellos hubiera obtenido la victoria. Así lo han reconocido nuestros enemigos, que han confesado muchas veces que estaban dispuestos á huir á causa de la impresión que les había causado nuestra infantería y que hubieran sido derrotados, si nuestra caballería hubiera cumplido con su deber, en lugar de dejar que oportunamente la caballería enemiga torciera el curso de la lucha cargando sobre la retaguardia de nuestros batallones. Y la falta no estuvo en los soldados que tenían valor para seguir á sus jefes, sino en éstos y especialmente en lord Grey, á quien podemos acusar de haber traicionado nuestra causa, si es que la cobardía merece el nombre de traición.»

Trozo de un manuscrito del doctor Ferguson citado en «Ferguson the Plotter», obra interesante publicada por un inmediato descendiente suyo, abogado de Edimburgo.

NOTA E.—*Comportamiento de Monmouth después de haber caído prisionero.*

La siguiente carta, escrita por Monmouth á la reina desde la Torre, refleja el abyecto estado de su alma.

«Señora, no tendría el atrevimiento de escribir á Vuestra Majestad hasta haber demostrado al rey lo mucho que debo detestar lo que he hecho y el ardiente deseo que me anima de

vivir para servirle. Espero, señora, que lo que he dicho hoy al rey probará cuán sincero soy y cuánto abomino á todos los que me han inducido á la rebelión. Habiéndolo hecho así, señora, creí hallarme en condiciones de solicitar vuestra intercesión, que seguramente no rehusáis jamás á los desgraciados, estando cierto, señora, de que soy objeto de vuestra compasión por haber sido engañado y metido con adulaciones en este horrible negocio. Si deseara, señora, vivir por amor á la vida, nunca os causara esta molestia, pero si deseo la vida es para demostrar al rey lo que soy capaz de hacer y lo que haré excediendo á lo que puedo expresar. Por tanto, señora, después de una declaración como ésta me atrevo á instaros y suplicaros que intercedáis por mí, porque estoy seguro, señora, de que el rey os oirá benignamente. Vuestros ruegos no pueden ser rehusados, especialmente cuando piden una vida que se ha de dedicar sólo al servicio del rey. Espero, señora, que por la generosidad y bondad del rey y vuestra intercesión se me perdone la vida, que, en el caso de concedérseme, emplearé siempre en demostrar á Vuestra Majestad la más profunda é inconcebible gratitud y en servir al rey como verdadero súbdito. Obedientísimo y rendido servidor de Vuestra Majestad para siempre,

»MONMOUTH.»

FIN



OBRAS

DE

A. CONAN DOYLE

- El pirata del Támesis.
El capitán de la Estrella Polar.
La dama del brillante azul.
Sir Nigel, (2 tomos).
La guardia blanca, (2 tomos).
Los emigrados.
La sombra fatídica.
El protegido de Napoleón.
Un dúo.
La bandera verde.
El crimen del coronel.
Aventuras de Gerard.
La casa Girdlestone, (2 tomos).
Rodney Stone.
Miguel Clarcke, (2 tomos).
La tragedia del "Korosko".



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1104239479

